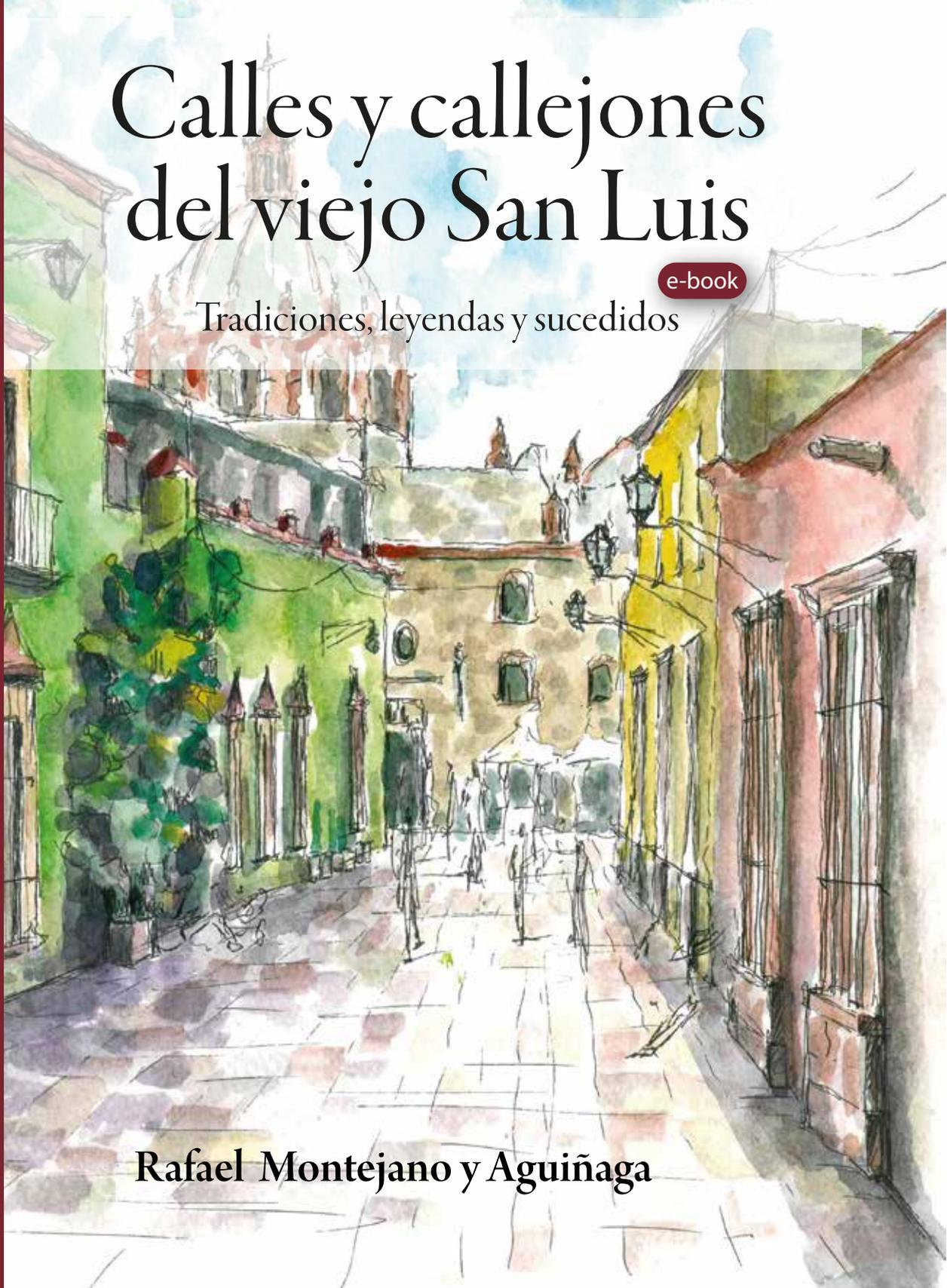


Calles y callejones del viejo San Luis

e-book

Tradiciones, leyendas y sucedidos

Rafael Montejano y Aguiñaga



Calles y callejones del viejo San Luis

Tradiciones, leyendas y sucedidos

3ª Edición

SERIE HISTORIA REGIONAL

Calles y callejones del viejo San Luis

Tradiciones, leyendas y sucedidos

Rafael Montejano y Aguiñaga

Montejano y Aguiñaga, Rafael
Calles y callejones del viejo San Luis. Tradiciones, leyendas y sucesos / Rafael
Montejano y Aguiñaga.- 3ª Ed. San Luis Potosí, S.L.P.: Universidad Autónoma
de San Luis Potosí, 2023.

155 p. ; 453 x 652 px.- (Biblioteca, Montejano y Aguiñaga. (Serie Historia
Regional)

ISBN electrónica: 978-607-535-351-7

© Rafael Montejano y Aguiñaga

D. R. © Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Primera Edición electrónica

ISBN: 978-607-535-351-7

Edición a cargo de la Dirección de Fomento Editorial y Publicaciones

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Editado en México

Los planos que ilustran el texto están tomados del *Plano de la Ciudad de San Luis Potosí*, por Juan B. Laurent, Sargento del 62 de línea. Año de 1864. Im. y Lit. de M. Gómez, San Luis Potosí. Esc.:1:5,000. En la mayoría de los casos este plano es anterior al tiempo de lo descrito en los capítulos del libro.

La fotografía del Capítulo de *La Calle de Maltos* fue tomada de una edición de 1999.

La versión digital de Entre calles y callejones del viejo San Luis cuenta con un glosario de términos y frases que fueron consultados y extraídos de más de 130 documentos y bases de datos. (N de E).



Mario Andrés Hernández Arias

Artista plástico

Arquitecto egresado de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, con especialidad en Arte Moderno y Contemporáneo por el Instituto de Investigación y Posgrado de la Facultad del Hábitat. Sus primeros inicios en técnicas plásticas fueron a temprana edad en el Instituto Potosino de Bellas Artes y posteriormente el Centro de las Artes de San Luis Potosí. Miembro desde hace cinco años y administrador actual del movimiento “*Urban Sketchers San Luis Potosí*” en donde ha acompañado colaboraciones, exposiciones y charlas con instituciones públicas y privadas en torno al dibujo urbano y la ciudad de San Luis Potosí.

Contenido

■ Mensaje de la editora	11
■ Soportal	15
■ El Callejón del Cariño	21
■ El Callejón del Santo Entierro	31
■ La Calle de Maltos	47
■ El Callejón del Muerto.....	57
■ La Calle de la Estacada	63
■ El Callejón del Diablo.....	73
■ El Callejón del Cobre.....	85
■ El Callejón del Beso	99
■ El Callejón de las Manitas	107
■ El Callejón de las Cruces.....	119
■ La Calle de los Espantos	131
■ El Callejón del Perico.....	139
■ Referencias bibliográficas.....	145
■ Glosario	155

Mensaje de la editora

La Real Academia de la Lengua Española define el lenguaje como la “Facultad del ser humano de expresarse y comunicarse con los demás a través del sonido articulado o de otros sistemas de signos”, así como la “Manera de expresarse. Lenguaje culto, grosero, sencillo, técnico, forense, vulgar”.

Al ser parte de una comunidad, la lengua cambia, evoluciona y se adapta a las necesidades comunicativas que ésta pueda tener. Eso no significa que antes se hablara mejor que ahora. Incluso, debemos entender que algunas palabras y expresiones que se conservan de nuestros antepasados, y que actualmente podrían ser mal vistas —incluso que podrían considerarse como barbarismos—, anteriormente no eran señaladas como tales.

Por ello, es relevante conocer los libros escritos en un registro anterior de nuestra lengua, que son, desde luego, distintos al actual. Es aquí donde entra el trabajo de la edición, desde la cual se busca traerlos al presente mediante la actualización del texto —respetando su escritura y esencia—. De este modo, nos es posible reconocer la riqueza léxica de nuestra lengua, valorarla y atesorarla, para las futuras generaciones.

Este preámbulo me lleva al motivo que nos convoca, hablo de la tercera edición del libro *Calles y callejones del viejo San Luis*, del licenciado Rafael Montejano y Aguiñaga, la cual es un esfuerzo por acercar un texto imprescindible para el reconocimiento patrimonial, histórico y arquitectónico de nuestra ciudad. Esta obra, que vio la luz por primera vez en 1992, es un referente para la historia de las potosinas y los potosinos, así como un legado para las generaciones actuales y futuras.

La nueva edición de esta obra —en este formato digital— ofrece una mayor cercanía al texto, pues mediante un glosario podemos comprender el significado de ciertas palabras que han caído en desuso. Así, la tercera edición es el resultado del arduo trabajo de casi un año, durante el cual se identificaron, investigaron y agregaron casi 3 100 significados de términos y frases que fueron consultados y extraídos de más de 130 documentos y bases de datos, como diccionarios, leyes, documentos, páginas web, entre otros, que abarcan desde el siglo xv a la fecha.

Aunque estoy segura de que no hay presentación que haga justicia al padre Rafael Montejano y Aguiñaga, cuyo nombre es todo un referente en la historia de nuestra ciudad, gracias a que publicó más de 100 textos en un lapso de 40 años, y la mayoría trata de San Luis Potosí y su historia, ofreceré algunos datos generales, a manera de protocolo.

Nació en la capital potosina en 1919. Estudió teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, en Roma; en 1943 estudió en la Escuela Vaticana de Biblioteconomía y la Escuela Vaticana de Paleografía, Diplomática y Archivística, donde se preparó como bibliotecario. A su regreso a San Luis Potosí, en 1945, estudió Arqueología, Antropología e Historia en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, donde posteriormente impartió clases de filosofía, historia universal, historia del arte, biblioteconomía, latín, sociología, historia de México, técnica de periodismo, etimologías, economía y ética del trabajo social.

Con esta obra, actualizada mediante la tercera edición, esperamos que los lectores puedan echar a volar su imaginación, y recorran, con la mirada y las palabras, esas calles antiguas —algunas todavía existentes en nuestro Centro Histórico, y otras que lamentablemente no—. El texto es la puerta de entrada a ese viejo San Luis, que se revela página por página y calle a calle. Esperamos que con esta invitación los lectores se acerquen y disfruten la nueva edición tanto como nosotros disfrutamos este viaje por la lengua del siglo xx y sus variantes anteriores a éste. Muchas gracias.

Patricia Briones Zermeño

—¿A dónde vamos?
—Cállate... Ya lo sabrás
—¡Camina!

León Felipe

Soportal

*Yo no voy como cualquiera
por la calle caminando:
Yo me voy enamorando
de la calle, a mi manera.*

No fue un albañil o alarife a sueldo, no, el que, con cuerda y estaca en mano, tiró la traza del primitivo San Luis; tampoco fue el apego a las pragmáticas de las Leyes de Indias; ni siquiera don Juan de Oñate, el primer repartidor de solares, ya que solamente registró en un papel los cuadros de tierra que mercedaba. El que delineó estas calles y callejones, con sus respectivas plazas, de la muy noble y leal San Luis Minas del Potosí, hoy tan mistificados por el urbanismo inabecedario y utilitario; el que delineó estas calles señeras, procerosas, que le dan esa fisonomía y encantos únicos; calles que no dejan que la vista se pierda en inalcanzables y vagas lejanías; calles que van encauzando la mirada o al corazón de una plaza o a la fascinante plástica del imafrente de una iglesia o que se contonean, angostan y ensanchan, picando curiosidades de saber qué hay más allá; estas viejas calles del viejo San Luis las trazaron el alma y los pies de los primeros pobladores.

En 1592, la tierra era llana y ancha, y, aunque arenosa, un cierto lugar entre los dos ríos llamados de Española y de Santiago; abundaba en agua. Generosos manantiales, que luego apellidaron "Los Ojos de Agua del Rey", "Los Ojos de Agua de la Magdalena", "Los Ojos de Agua del Bosque", los últimos en enjutar, y las aguas broncas descendidas de la sierra de San Miguelito, que se sosegaban plácidamente al tocar lo llano para resumirse muy despaciosamente en La Lagunita y en La Ciénega, mantenían la verde trama del zacate, de los mezquites y de los palmares.

Algo de este valle virgen, del que habían huido hacía siglos los animales grandes y aún los medianos, triscado tan sólo por los indios nómadas y por aves y animales menores; algo de este valle inculto había sido decalvado por los primeros guachichiles que se dieron de paz después de guerrear ferozmente

por años y años, y con los cuales, en 1588, el capitán Caldera y fray Diego, después de hacer las paces, formaron el "Puesto" inestable de San Luis.

En 1592, al fundarse el pueblo de San Luis Mesquitique, al resonar el bramo dado al descubrirse las minas del Cerro de San Pedro, únicamente los que recibieron mercedes alrededor de la plaza cuidaron las apariencias. Los demás tomaron la tierra que necesitaron o que les gustó ya para abrir huertas, ya para formar haciendas de beneficiar metales.

Los mentados ojos de agua y las corrientillas que éstos labraban para que se deslizara, las haciendas de beneficio con sus jales, La Lagunita y La Ciénega y la enorme extensión de algunos predios, como los de los conventos de San Francisco y de San Agustín, como los de la huerta de Gonzalo Patiño, que el tiempo andando sirvió para integrar la llamada "de Maltos" o como la de Juan de Andrade, condicionaron la forma definitiva de la ciudad. En unas calles respetaron el cauce de las corrientes y a su vera pararon las bardas de sus casas; en otras, fueron los jales desbalagados los que las angostaron y las torcieron; en otras más, los magueyes y nopales orilleros. Pero, sobre todo, las mansiones de los religiosos, como auténticos polos de desarrollo urbano, religioso y social, abrían y atrapaban calles.

San Luis Potosí obedeció en su trazo escribió muy bien el perínclito doctor don Francisco de la Maza, por ser pueblo llanero, al principio renacentista de Plaza Mayor al centro, manzanas ligeramente rectangulares de oriente a poniente y calles tiradas a cordel, cuando menos en el centro. Los conventos variaron las dimensiones y no permitieron la secuencia del tamaño inicial de las manzanas, Y en general, con razón, pues una ciudad no es un desenvolvimiento puramente racional y lógico, sino humano, efectivo, cordial, variable, con sentido más allá de lo comercial y con necesidades sociales, religiosas y estéticas.

La calle de la Concepción, hoy Zaragoza, la de más alta calidad y alcurnia en el San Luis de la dominación española, encontraba su orilla frente a la fábrica de San Laurencio o de La Merced; del costado de San Francisco salía otra en derecha al Colegio de Jesuitas y acababa allí; de allí, pero hacia levante, partía otra al Hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, y allí moría, al topar con el costado de esta iglesia; de la plaza homónima arrancaba otra que paraba frente al atrio de San Agustín. Hay que recordar que, originalmente, la hoy calle de Allende, de Obregón al norte, no existían, como tampoco el callejón de los Gallos o de Lozada, y que la calle de Galeana sólo corría de la plazuela de San Francisco al costado de San Agustín, y que ya muy tarde fue cuando partió el convento franciscano, como las de Iturbide y Guerrero, el carmelitano.

Fueron estos trazos los que, al distribuir tan desordenada y humanamente los espacios habitables, determinaron la urbanística de San Luis.

El desorden —¡y qué bien! (añade el citado crítico del arte)— comenzó con los franciscanos al erigir toda una ciudadela religiosa con el enorme convento y sus tres iglesias, obstruyendo tres calles de oriente a poniente. Estas mismas calles se detenían ante el costado poniente del convento de San Agustín, por lo cual se formaba un conjunto urbanístico autónomo dentro de la urbanística general, que tenía sentido entre los dos más grandes monasterios de la ciudad.

Pero hay más todavía: esas calles no sólo enmarcan el aspecto físico de nuestra ciudad, son el asiento, la cuna, de sus tradiciones y de su historia. Porque en la cuenca de sus calles y sus plazas, el hombre le fue dando ser y forma a la vida. Allí se desarrolló la vida de San Luis: en las plazas y en las calles, más que en los palacios y en los campos de batalla.

Las calles son las venas y las arterias de una ciudad, por eso, a través de las puertas y ventanas, se unen a los hogares y a las instituciones para inyectarles la sangre y la vida.

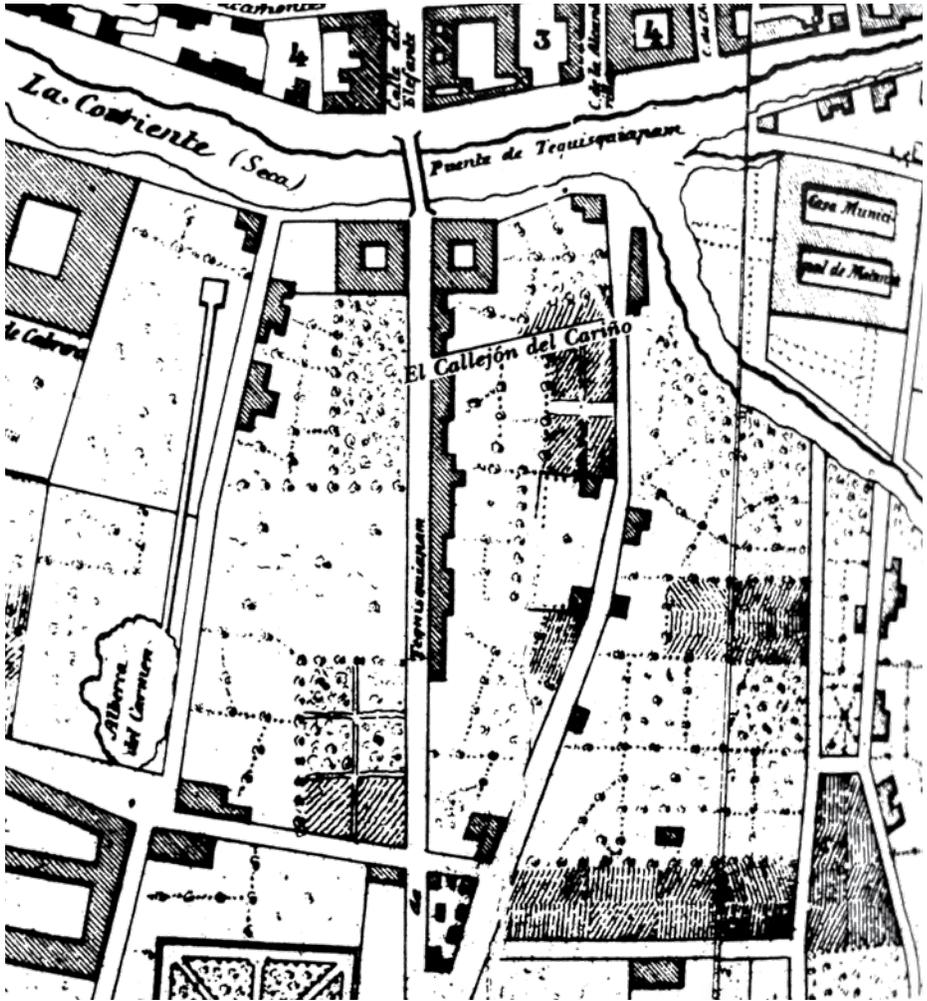
Cada hombre, de acuerdo con su estructura síquica y somática vive una vida que le es exclusiva y única. La ciudad también. Esa vida exclusiva, distinta de cualquier otra, la van moldeando las gentes que la habitan, los sucesos, las costumbres y las plazas, las calles y los callejones.

A estas calles del viejo San Luis, que después se fueron alongando libérrimamente, como al potosino le dio su gana, también el hombre, no un acuerdo cabildero movido por bastardos intereses de facción, les dio sus respectivos nombres; nombres honestos, sinceros, espontáneos y evocadores que siempre recordaban algo exclusivo, feliz o infeliz, que estrujó la vida de la recoleta y apacible ciudad; nombres brotados quien sabe cuándo de la misma alma popular; nombres expresivos y simbólicos, inteligibles a todos y pronunciables por todos: del Apartado, de la Sacristía, de los Burros, del Colegio de Niñas, del Santo Entierro, de la Concepción, del Bragado, de la Cruz, del Valiente, de la Alhondiguilla, del Sol, de la Cocolmea, del Arenal, del Beso, de la Duda, de la Pastora, de Trancas, del Moro, de la Perlita, de los Gallos Viejos...

Los nombres de las calles, callejones y plazas de las viejas ciudades son como relicarios que rememoran tradiciones, hechos, personajes y cosas que un día fueron populares. A eso respondían los antiguos nombres. Había una relación íntima, especial, intrínseca, entre el signo y el significado. Hoy, los nombres ya no brotan de la calle misma, del alma del pueblo: son, en el peor sentido de la palabra, impuestos. Y como le impusieron este, que a su vez fue impuesto a otras muchas ciudades pudieron haberle impuesto cualquier otro, igualmente vano e inexpressivo, que no guarda absolutamente ninguna relación con la calle en cuestión. Lo cual es como deshacer su historia y su esencia misma.

En las páginas que siguen traigo a colación los nombres idiosincráticos, pero legítimos, de algunas calles del viejo San Luis y las causales por las que los recibieron. Al fin del cuento son gajos de la tradición, páginas de la historia y pedazos de su alma y su vida.

Pascua de Navidad de 1978



El Callejón del Carriño ■
Aunque geoméricamente muy bien delineado, en realidad no era así. Ni forma tenía.

Callejón
del
Cariño



El Callejón del Cariño

La propecta y desaparecida Corriente —hoy calle de Reforma— que el buen alcalde mayor don Bernardo Iñiguez del Vayo mandó abrir a su costa en 1688, sirvió no sólo para atapar los caminos de las aguas que, cuando se despeñaban broncas por la sierra, tenían en perenne medror a la ciudad, sino también para fijar los lindes, por la banda del poniente, entre el viejo San Luis y la villa de Nuestra Señora de los Remedios de Tequisquiapan. Del lado de adentro, vinieron a quedar las muchas haciendas de beneficiar metales; y del de afuera, las huertas de los indígenas de la susodicha villa y las de los de Santiago del Río y de Nuestra Señora de la Asunción de Tlaxcalilla.

Entre las primeras ,las de los tequisquiapanecos, hubo una, a la que orillaban, además de La Corriente por el lado de levante, la calle Real de Tequisquiapan por el norte y por el sur una corrientilla que descendía del Camino Real de Jalisco. Era una labranza vieja que cada día bajaba de más a menos por la incuria de su dueño y la mala calidad de las tierras, a tal grado que llegó la hora en que aquello, más que un huerto, paró en un triste solar yermo, en un baldío lagartijero sin más cobertura que mezquites, nopales, magueyes y chaparrales de la tierra.

Con estar tan cerca de la ciudad —corriente de por medio— y colindante con su traza, estaba también en las haldefueras de la villa de Tequisquiapan. De no ser porque por un lado pasaba la calle Real, angostada a partir de la arriba memorada Corriente, arbolada y terrosa, esta huerta que fue, no sería más que un retirado y desierto eriazo. Pero el hecho de yacer entre dos caminos: uno, tan triscado por los naturales del barrio y por toda laya de gente que hacía gala de asociarse con la horrura más degradada, arriscada y maleante, y el otro por arrieros, viandantes y trajineros, la convertían en un paraje muy cortado a la medida para abrigadero de embriagos, gallofos, trapaceros y sujetos salaces y enamoriscados.

Hasta allí, por estar de aquel lado del viejo San Luis, no llegaba la recia y celante mano de los alcaldes de la ciudad ni, mucho menos, la de las autoridades de la villa. Nadie tenía cuenta de ese suburbial. De suerte es que, por lo abandonado, en sus adentros podían estarse, plácidamente, sin riesgo ninguno, a todo su amor, tanto los arrieros cargando o descargando o pastoreando sus largas recuas, como las vaguillos de la ciudad holgando sin temores y jugando al empújote el haba o a la chita o a la coxcojilla o a la rayuela y demás solaces de muchachos, que como jugadores empedernidos corriendo los naipes en el chilindrón, en la pechigonga, en el tresillo, que perdularios ejecutando fáciles placenterías y otras cosas que no se pueden decir.

Así, sin que nadie, ni su dueño, se diera cata, cobró forma y fama de empecatado divertidero aquella desbaratada huerta, sita entre los términos de dos caminos, al abrigo discreto y eficaz de los órganos, mezquites y nopales, más uno que otro árbol pirulero que la ceñían y donde, a la sordina de las justicias, podía soltarse la rienda de todos los sentidos y de todos los placeres, por damnables que fuesen.

De estas disfamadas cualidades se dio cuenta una mentada Isabel, de nombre, y Bedoya, de cognomento, a quien decían la China, por remoquete, y la Cariñosa, por irrisión. De la tal se contaba de cierto que no era buena de su cuerpo, y que por eso su marido, al comprobarlo con hechos fiables, la largó después de darle una memorable mano de azotes. El burlado y vengador consorte, de pura tristura por tamaño fracaso, se alineó en las huestes del rechinante don Félix María Calleja del Rey; con el que, para desencono y desenojo, guerreó con dura sañeza hasta que los insurgentes, el tiempo andando, acabaron su penar con feroz lanzazo que le entró por las costillas mendozas y le partió el corazón.

La tal China, o Cariñosa tanto monta, puso ojo sesgo en el abandonado solar, lo tomó en arriendo por una nonadilla y abrió en el centro de él, en lo más recóndito, una tienda de mal vivir, bien guarecida por las enmarañadas cercas que daban a los caminos. Para su aposentamiento, levantó un mísero jacal; varios semejantes para los deleites y gozos de eso que llaman el enardecimiento de la carne; y a la sombra de un esponjado árbol del Perú escanciaba las botas, en cochambrosas jícaras deslacadas y en medios guajes, a la inllenable clientela.

Ésta provenía, copiosa y consumidora, tanto de la villa de Tequisquiapan como de la ciudad, a la que se sumaban los arrieros y viandantes que entraban o salían por el Camino Real de Jalisco. Los mezquites servían de acogedoras umbrellas a los bebedores, acomodados placentemente en chaparros banquillos de tres patas o en el vivo suelo. Nadie extrañaba, menos requería, el mostrador. Y cuando

las demasías del pulque les anublaban el entendimiento, enajenándoles las propiedades de las fuerzas, no tenían más que desplomarse a orear su borrachera al cobijo del mismo mezquite.

Bien pronto se hizo esta pulquería —mal afamado negocio que no era más que encubierta de los otros— de mucha y muy algarera parroquia. Como ninguna de las pulquerías del viejo San Luis, brindaba a manos llenas todas las comodidades precisas para cualquier bureo desaforado y pecaminoso: nautle de Milpillas o de los llanos de Peñasco, recio, saporoso y efectivo, del que siempre estaba muy bien abastada, ya natural, ya curado con variedad de mixturas que le daban más sazón y reciedumbre; apetitosas y godibles mozas, de esas que creo que dicen 'del revuelco', muy ágiles de manos, lo mismo para complacer a los embriagos salaces que para aligerarles el peso de las víboras hinchadas de onzas peluconas; amplio campo entre los árboles y chaparrales tanto para los paliques fantasiosos como para dirimir cuestiones litigiosas a hierro de daga, sin temor de habérselas con la justicia.

Sus muchas huideras por los cuatro vientos, amén de las dos entradas principales, infundía cierta indubitable confianza en el ánimo de los parroquianos. Y siempre había allí, empezando con la Cariñosa, gente muy discreta y comprensiva, de corazón blando y boca sellada, bien dispuesta a ocultar o a poner a salvo a cualquiera que, aún inopinadamente, se viese en calzas prietas por alguna acción nefanda. De suerte que la pulquería de la Cariñosa era el más fiable abrigadero de matantes, salteadores, ganzueros, gurristas y de cuantos ejercían vida hampesca y baldía, sin dios ni ley.

Pero no sólo se daban cita allí perdularios y vagabundos para menos. Entre las féminas del trato había ciertas viejas cobijeras o celestinas, utilísimas demandaderas para concertar relaciones de amor y alcahuetas, como también se les nomina. Graduadas con honores en la facultad de la experiencia, reunían donosamente en sí los altos y singulares requisitos que exigía el ingenioso señor don Quijote cuando, puesto en plática con aquel galeote quintañón, de venerable faz y barba emblanquecida, aseveraba sentencioso:

Por solamente el alcahuete limpio no merecía él ir a galera, sino a mandarlas y a ser general de ellas. Porque no es aquí como quiera el oficio de alcahuete: que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada y que no lo debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aún había de haber veedor y examinador de los tales, con número deputado y conocido, como corredores de lonja. Deste modo se escusarían muchos males que se causan por andar este oficio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son

mujercillas de poco más o menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que a la más necesaria ocasión y cuando es menester dar una traza que importe se les velan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones por qué convenía hacer elección de los que en la República habían de tener tan necesario oficio.

En la mentada pulquería había quienes ejercían diestramente este necesario y delicado oficio. No sólo regían con preciada destreza cualquier encomienda atañadera a intercambiar billetes de amor, sin que se dieran cata de nada ni padres ni maridos, sino que, dado el caso, empleaban todos sus ingenios con mucho despejo y elegancia para doblar voluntades con muy galana y conceptuosa dialéctica. Las había, también, que ,a más de las antes dichas cualidades, tenían la de fabricar filtros, amuletos y toda suerte de medios para encender, avivar, torcer o extinguir pasiones amorosas. Así, entre tantos daños, la pulquería de la Cariñosa rendía algunas apreciables utilidades.

El tiempo andando, a la mordaz y mofante clientela de esta grosera y mal fachada pulquería, sin pared testera ni mostrador ni bancos, escondida en lo más recóndito de la desbaratada huerta, le pareció necesario y conveniente designarla de algún modo. Fue así como, hincando clavos de malicia, de la mala burla que hacían de la señora al llamarla la Cariñosa, tomaron el nombre de El Cariño; por ella y porque también de eso había tienda allí, sin que pusieran cartel, la tal pulquería empezó a ser conocida de entonces en adelante, como la Pulquería del Cariño.

Pero éste, en su buena y natural significación, no existía en la tal. De continuo se armaban ahí desde rifirrafes intrascendentes, en los que no pasaban de mostrarse algunas malas señales y decirse de esto o de lo otro, hasta cuentas y apretadas sanfrancias, cuyas resultas eran sinnúmero de contusos, heridos y occisos. El pulque en demasía, lo cual era lo corriente, les desbarataba el natural equilibrio de los humores gruesos, y ya sin este regulador del genio, quedaban desgobernadas todas las fuerzas broncas. Así, los que llegaban comedidos y amorosos, vinculados entre sí por amistades muy intrínsecas o por parentescos muy finítimos, salían por gracia de una altercación violenta o con los pies por delante, implorando mortuorio, o con el bandullo colgando urgidos de curación o raudos y veloces poniendo tierra entre ellos y la justicia o la vindicta.

Para mover guerra, no era menester muchas condiciones: bastaba y sobraba con que la maritornes que ayer le sirvió a éste, hoy le insinuara sus buenos quereres a ése; o que a uno le pareciera que aquél otro le veía con mirar torcido; o que, en medio de una movida charla, cualquiera pusiera en duda sus afirmares para que

brincara incontenible y fogoso tratando al interruptor de bellaco y de mientes. Por cualquier nonada, cuando el pulque ya los había tomado por sí, brincaban incontenibles de la estrecha y serena apacibilidad tertuliana a las sinrazones valentonescas y desafortunadas, muy engestados y rebufantes, buscándole el pelo al huevo, como suele decirse.

Puestos en tan riguroso trance, no cabía otro remedio para darle riguroso acabamiento a la súbita litispendencia que el pleito a punto o a filo de hierro, para lo cual no tenían que caminar mucho: allí mismo, al canto de las botas pulqueras, se formaba el palenque, circundado por los mirones. Y empezaban, tras dos o tres reniegos horrendos e incitantes, las sanguinosas hostilidades.

De seguido, o porque alguno de los pleiteantes echaba mano de recursos mañosos o porque siempre, al choque de los aceros, al atronar de las maldiciones, a la vista de la sangre y con el enervamiento de la gritería, a todos los agarraba un ansia irreprimible de guerrear, uno o más se descontaban de los circundantes y reforzaban la pendencia aventando por su cuenta, y sin otro motivo, furiosos tajos y reverses. Se formaba así, en menos de nada, una descomunal herrería, que venía a desvanecerse cuando los contendientes caían desatinados por los golpes o sin sentido por las heridas. Entonces, los que se consentían pasables, tomaban calzas de villadiego; a los lazrados y estragados por los metisacas o cuchilladas, en volandas los ponían a buen recaudo en las manos de curanderos y yerberos; y a los difuntos, los hacían perdedizos entre los breñales que orillaban el Camino Real.

De esta impunidad con que se arropaban tantas y tamañas zacapelas sangrientas acaecidas en la Pulquería del Cariño da fe el curioso don Ramón F. Gamarra en su inédita *Historia contemporánea de San Luis Potosí*, julio de 1856-marzo 1881, escrita en 1885, cuando asienta que, en 1857:

Recién tomada la plaza y después de dictadas por Aguirre las providencias más apremiantes para restablecer la tranquilidad pública, andaba una noche el señor Manuel Colorado, jefe municipal de la Villa de Tequisquiapan, cuando encontró en este lado de la Corriente a tres Fronterizos en estado de ebriedad escandalosa que acababan de salir de la Pulquería del Cariño, y llevaban a empellones a una pobre mujer (de las daifas que allí laboraban y sacada de allí). Llamarlos al orden y hacerle ellos fuego con sus pistolas, fue todo uno. Muerto aquel potosino honrado y patriota, la ronda se dispersó y el crimen quedó sin castigo. Así han quedado otros muchos, cometidos no después del trastorno que ocasiona un sitio, sino en plena libertad.

A fuer de discreto, don Ramón no dice cuáles, pero en su ánimo estaba la clara referencia a los cometidos en la Pulquería del Cariño, como él la conoció.

Don Manuel Muro también la mienta, y no para hacer buenos recuerdos. Según cuenta, el 4 de julio de 1865 estaban unos mexicanos —"Pasaban de cien", de donde se ve lo anchuroso y acogedor de ella— cuando acertaron a meterse allí ciertos soldados franceses —"cerca de igual número"—, y al poco rato, cuando en unos y otros el nivel del pulque estaba al par del de los sesos, por una cosa así, tan insignificante que no se supo, salieron a relucir los aceros. Marrazos, verduguillos, tranchetes, toda clase de fierros en adementado bailoteo o chocaban entre sí o se clavaban en las carnes, entre ayes, pujidos y denuestos. "La alarma cundió hasta la ciudad —añade Muro—, cerrándose los comercios y recogándose las gentes que transitaban por las calles a sus respectivas habitaciones". El jefe de la plaza ordenó que salieran patrullas de tropa francesa y mexicana a poner paz y a aprehender a los rijosos. De docientos que eran, y además los mirones, a ninguno encontraron en la pulquería.

Con las guerras de Reforma y de la Intervención, la suerte de la tan por mí memorada pulquería torció su rumbo. No que se haya anegado de apacibilidad y armonía; tampoco que haya sido clausurada. No. Sino que entonces, con las frecuentes entradas de los liberales, que traían en sus tropas gentuza de la peor calaña, mayormente los mentados Fronterizos, buenos sólo para cosas terribles de medror y de infamia, los pleitos al calor del pulque quedaron escuetos de valentía y arrojando pundonor. La soldadesca esa no sabía del manejo airoso y caballeresco de la daga y el balduque. Como ruines prepotentes, con además aleve y ventajoso, sin hacer rostro, huyendo la cara, disparaban sus pistolas a bocajarro o, agavillados en cobarde y vil asociamiento, asestaban tiros arteros para apoyar sus caprichos.

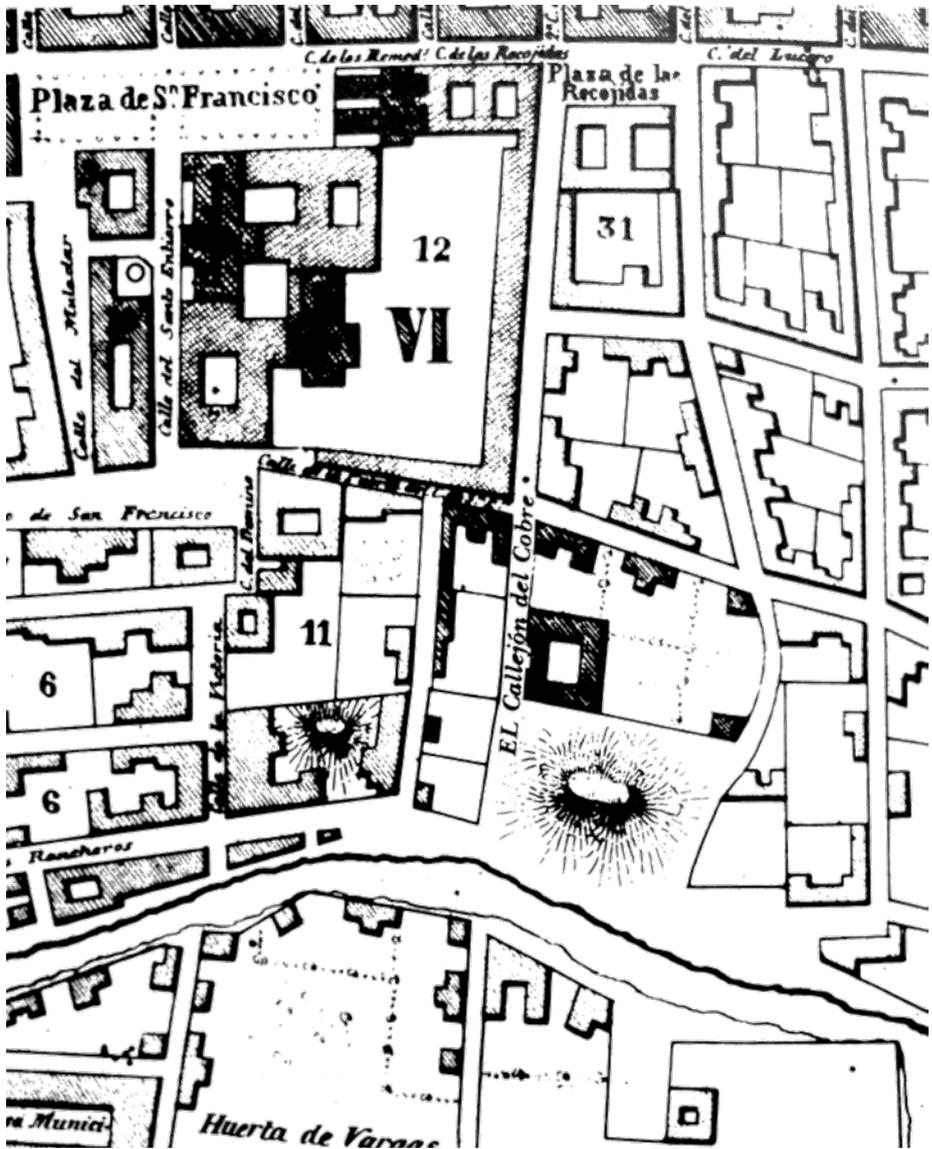
Así llegó a una mala muerte la Cariñosa. Tuvo una hija, pedrada de tumulto, se decía; la cual, a su vez, por obra de otra pedrada semejante, engendró también otra hija, nieta, por consiguiente, de aquélla. En 1858, cuando el energúmeno ése que se nombraba Zuazua y que bebía la maldad como agua, entró a saco al viejo San Luis, matando y robando como nunca antes nadie había secuestrado, matado y robado, en uno de los aciagos días, el mes era de junio, de los horrendos saqueos, seis Fronterizos, ya la noche encima, dieron con la Pulquería del Cariño. Pistola en mano, obligaron a la señora a que les diera ronda tras ronda de jícaras de nautle, sin pagar los costos, ante el azoro de los parroquianos.

Añadiendo agravios, uno de ellos osó propasarse con la susodicha nieta, buena moza a la sazón, y la arrastró a lo oscuro con intenciones que no son para decirse. Tal desafuero, y en sus propias barbas, no lo podía consentir la Cariñosa, que no le conocía la cara al miedo. Llena de vehemencia y audacia, de golpe y zumbido arremetió contra el villano, y fue cuando éste le descerrajó un tiro a la par del pecho. Los otros Fronterizos, al fin bellacos, quintaesencia de la horrura más apodrecida, le dieron cabal remate vaciando sobre ella sus pistoletetes. Con tanta bala adentro, por fuerza hubo de fenecer la Cariñosa. Ya era vieja entonces, como de sesenta y cinco años.

La clientela, que, hasta allí, por temor de los Fronterizos, se había mantenido queda, se puso toda corajosa y encendida al ver a la mujer entintada de su sangre y finada sin remedio. Rompió bárbaramente entre los viles, asaeteándolos y hendiéndolos, de no dejar cosa sana, con sus dagas y cuchillos. La herida más chica resultó ser de diez puntos cirujanos.

Después del trágico acabar de su madre, la hija reabrió la pulquería, pero ya no como antes. Sofrenó los pleitos. Las autoridades, por otra parte, con la cruenta ejecutoria del malfamado negocio que acabo de nombrar, mandaron abrir calle, entre el Camino Real de Tequisquiapan y el de Jalisco, partiendo el solar en dos, con lo que le quitaron lo recóndito a la pulquería; ordenaron, también, talar los abrigaderos y excluir a las damas; construir un socucho, con su respectivo mostrador de adobe y sus alacenas para jícaras, guajes y jarros y cercada con una barda.

Al quedar patente y mutilada, decayó su atracción. De nada valió que la dueña la adornase, como a toda pulquería que se respeta, con banderas, gallardetes, grímpolas y flores de papel de china; de nada que músicas ratoneras la alegraran con canciones de liviandas y tonadillas de amor; de nada que curara exquisitamente el pulque con mixturas que lo hacían más apetitoso. Perdida la prístina discreción al abrirse la calleja, destruido el palenque para pleitos, idas las señoras que dijimos, también la misma pulquería se fue. No sé cuándo. Sólo la memora la estrecha y parva rúa, intransitada y soledosa, que va de la hoy avenida Carranza a la de Madero, a poco andar de la Reforma, y que tomó nombre de la primitiva dueña, Isabel Bedoya, alias la China, alias la Cariñosa, o sea, el Callejón del Cariño.



El Callejón del Santo Entierro ■

Su nombre lo ubica en el plano. Perpendicular a él, el callejón de los Gallos.

En la esquina un pequeño círculo indica el palenque de la Plaza de Gallos.



Callejón del
Santo Entresso

El Callejón del Santo Entierro

Nadie se explica cómo, por más que ataree el entendimiento, tan bella y donairoso dama se ha embaulado en ese caserón tan simple; ni por amor de qué, tan alhajada de encantos y todavía en lo mejor de su edad, conlleva apaciblemente esa existencia hermética que amustia los primeros de su serena hermosura; ni para qué se ha embozado en ese halo de misterio, toda recogida a su interior, sin más compañía que un don otáñez y una arcaica dueña de venerables tocas y luengas faldas negras; ni cuál es el motivo que la constriñe a cerrar su corazón al mundo y abrir tan sin medida sus entrañas y sus manos a la piedad.

La hermosa, la recoleta, la caritativa, la enlutada doña Mirta, viuda de aquel opulento ricohome que fue don Gaspar Suárez de Barbosa, de muy alto nacimiento, criada con cuchara de plata en la boca y crecida en mansiones llenas de atuendo, mora en esa derrubida finca, y tan mal enjalbegada y maldolada, con sus ventanas de viejo montante y robustas y apretadas rejas y toscas puertas de mezquite, del terroso y triste callejón de la Sacristía de San Francisco, tan triste, tan terroso y tan lleno de casote, que no despunta en él ni un mísero matojo.

Si la pared testera de esta susodicha casa mira a los fornidos y nuevos muros del convento seráfico, por el costado y el espaldar sus términos sirven de ataharre a los muladares formados todos ellos por basuras trasañejas y desperdicios de la reciente fábrica, que apenas acaban de sacar de cimientos los reverendos franciscanos.

Doña Mirta lleva años de vivir en el viejo San Luis. Un buen día, sin más corte que el otáñez y la quintañona dueña de susodichos, llegó a esa casa adquirida de trasmano, proveniente del Real de San Matías de Pinos. Allá, después de dar tierra a su marido, de tapadillo abandonó inopinadamente hogar, minas, comercio, hacienda y fámulos, y enfiló sus pasos a San Luis. Desde entonces mora en este callejón silente de paz inalterada.

Quieta, muy quieta es esta apartada rúa, tan al margen del tráfico cotidiano. Nadie discurre por ella, como que por ese rudimento de calle de no ser a las cenegosas haciendas de beneficiar metales que se tienen por atrás del convento, por donde está la puerta falsa, no se va a ninguna parte. Allí están ya las haldefueras de San Luis y por allí corren sus alindes. Remecen feblemente esta mansa quietud las voces graves, acompasadas, armoniosas que efluyen a pausas de las campanas del seráfico templo.

A empuñar el ferrado llamador de las macizas puertas de este simple caserón, nadie se allega; ni nadie, de no ser la acuitada doña Mirta, el amomajado otáñez y la senecta dueña, las ha traspasado; ni siquiera los reverendos frates del convento de enfrente. Anchas caridades, es cierto, prodiga la generosa dama, pero al amparo de la tenue claridad de las amanecidas o de la creciente oscuridad de las anohecidas, cuando ni una mano percibe los desempeños de la otra. Si noramala alguien, debajo de la luminosidad del día, llama a la puerta, sus aldabazos, por más tercos y recios que sean, como si fueran dados en casa vacía, se enclavan en la nada.

En el escampado patio, que circundan cuatro andanas de aposentos, se derrama también la silente y plácida quietud del callejón, amustiada por la falta de vida interior. Tampoco allí nada la quiebra. Sus habitantes cruzan el patio, van de una sala a otra, caminan con apagados pasos. Es un patio opaco al que no alcanzan a restaurarle el brillo las rojas bugambilias, antes bien lo hacen exhalar un humor doliente. Su frío pavimento, más que de baldosas, parece hecho de muelle alfombra de lana que embebe los andares. Nada de voces altas ni de ruidos, mucho menos la gozosa carcajada estruendosa y tonificante o la suave melodía de alguna letrilla o de un romance o el alegre sonar de una vihuela, de un laúd, de un clavicímalo. Es como si allí durmiera, tras pasar por debajo de muchas fatigas, un ogro, de genio fosfórico y tonante, cuyo sueño no es dable interrumpir. Reina en toda esta mansión un silencio reverente, infrangible, acartonado.

Enfrente, donde se está dando cabal fin a la nueva iglesia y convento franciscanos, fray Luis Atanasio, sobrestante de la fábrica, recorre la parte susana del edificio. A punto, según el cronista Arlegui, se debe a "su eficacia la feliz y pronta conclusión de ella". Solázase el buen fraile, ahora que ya lo mayor y mejor alcanzó su término, en los frutos de sus atareos. Deambula con ojo inquisidor por los pretiles, toca y golpea los aplanados para confirmar su consistencia, mira y remira la airosa linternilla de la cúpula, su grácil y ondulante perfil, se acerca a las ventanillas que dan a su interior.

Hasta allí llega la robusta voz de fray Juan de Otaola, uno de los mejores picos de oro de la Provincia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco de los Zacatecas, que con su verba ponderosa y brava y con sus muy lucidas razones tunde las conciencias y hace que los pechos rebosen de sentimientos buenos.

En este domingo, en que alarifes, obradores y peones de mano reparan cansancios, solas, muy solas, y calladas se encuentran las azoteas; fray Luis, con embobado arrobo, regusta la consumación de la obra. Rebutido el pecho de un regocijo interior que le hace temblorrear las más hondas telillas del alma, tiende sus largos mirares al uno y al otro punto, laudando al Señor que le permitió y dio alientos para concluir la iglesia; sus ojos blandos, mansos, se van hasta más allá de la puerta falsa, por donde se derraman, inacabables, los escoriales de las haciendas de beneficio; se deslizan luego a los cerros de donde sacaron tantas y tamañas piedras; seguido regresan a posarse por acá, sobre los socuchos del callejón, míseras construcciones enanas, anquiseas, frente a los altos muros del convento; finalmente, se asientan, en abúlica contemplación, sobre la enigmática y derrumbada casa de doña Mirta.

Tenues, muy tenues, vuelven a ponerse en sus oídos las ardientes peroraciones de fray Juan de Otaola que talan todo descreimiento religioso y fortifican a la plebanía hecha a la fe. Fray Luis, todavía con ese embaimiento encima, adelanta sus pasos hasta el pretil, y se apoya en él. Se cala la capucha para defenderse del inclemente asoleo y cruza luego los brazos, hundiendo las manos en las anchas mangas para recostarse a su gusto en el reborde.

De allí domina la andana de los aposentos de atrás y un buen retazo de patio, en una de cuyas esquinas, cierta bugambilia escuálida araña las paredes. Pensamientos e ideas volanderas, plenas de gratitud, le trepan desde las más profundas socuevas del pecho. Versan sobre la generosidad de doña Mirta que se adelantó siempre, con más de lo que se podía esperar, a cualquier cuestación para esta obra. Con esas buenas y santas cogitaciones volanderas, ahora que divisa una porción del asoleado patio, se cruzan otras, salpimentando curiosoos y ansias indagatorias sobre lo vacío que está ese caserón y el enigma que lo arreboza; la señora que elude con fija terquedad visitas, conversaciones, amistades, sobre sus moradores, tres embaulados en su cerrado mundo interior.

Acodado en el pretil, fray Luis Atanasio, ya con este curiosoo figgador en los ánimos, a la par que ojea lo visible del hogar de doña Mirta, cuestiona y emplea todos sus ingenios sobre cuáles pueden ser los infrangibles secretos de esa mujer que la tienen tan apartada de todo y de todos, en esa casa muda, estíptica, descarnada, donde hasta los vapores que emanan los humeros salen quietos y cautelosos.

Por eso, no da importancia a lo que parece oír. Oye regocijados gritos femeninos, aunque discretos y mesurados, a su vez, llenos de maternal amor, tiernos arrumacos, cancioncillas de cuna, voces onduladas por mil cadencias afectuosas, y un sinfín de alborozadas expresiones que sólo puede hacer la que mece en sus brazos y alimenta con sus propios pechos al fruto de sus entrañas. Fray Luis las percibe, más no repara en ellas; cree que salen de las casuchillas vecinas; pero caen en su oído tan claras, tan finas, nada cascajosas ni burdas, que bien pronto comprende que no pueden salir de allá sino de acá.

Doña Mirta, empero, no tiene hijos ni ha dado señas de tener el entendimiento desconcertado. En lo intrínseco de fray Luis suben más y más de nivel el urioseo y la perplejidad. Afina vista y oído. Aquella, por más que se alonga, no percibe nada; éste alcanza a percibir más nítidas, más sonoras, más efusivas, esas manifestaciones de incontenible afecto maternal. Y él, que ha dialogado muchas veces con doña Mirta, no puede menos que comprobar en el riguroso cotejo, que es ella la que, allá abajo, en el patio quizá, a hurto de cualquier ojo indiscreto, desahoga sus sentimientos de madre. Y no como jugarreta, sino real, sincera, veraz, espontáneamente, con un ser de carne y hueso.

A las curiosas cogitaciones volanderas les copan las salidas muy donosas argumentaciones: la hermosa, la recoleta, la enlutada señora no tiene hijos ni nunca ha dado muestras de haberse visto en estado de buena esperanza; de tener trabucado el juicio, tampoco; siempre encasillada, nunca en travesuras amorosas. Varios le han recuestado y tratado de amores, pero sin ningún suceso. Mucho menos la dueña, tan arcaica y acecinada. Las maternales explosiones, discretas, cantarinas, vehementes, prosiguen allá abajo y, por primera vez, el desolado y silente patio aparece irradiando vida.

Fray Luis columbra, entonces, un tenue, vago, porqué doña Mirta y sus fámulos han hecho corro aparte y llevan esa vida claustrera: quizás un hijo mal habido o disforme o con el entendimiento entre las nieblas de la demencia desde su natividad o con algún achaque desdoloroso. Por eso, para que el vulgo parlero no saque a la plaza lo que de fijo es ignominia, conllevan toda esa existencia eremítica, sin firmar amistad con nadie.

Desde el punto y hora en que el buen fraile infiere estas posibilidades, présagos de un penar muy grande, se le huye el sosiego. Dudas, ocurrencias, ora temerarias, ora compasivas, perplejidades sin cuento, le desecan los sesos y vacían su consueta tranquilidad. Y como sólo hay un modo de recuperar la serenidad perdida, y de cortar de cuajo cuanto haya de malo y manchoso en ese misterio, con dura

pertinencia se propone hacer rutilar la verdad y la buena obra de volver a doña Mirta a una vida llevadera, apañándole el penar que la esclaviza tan reciamente.

Desde ese día, afilando todos los aceros de la discreción, por las mañanas, en las noches, a deshora, cuando las alturas de la nueva fábrica están limpias de albañiles y obradores, se da a deambular por ellas, muy cautelado, vigilando el patio de esa casa misteriosa, con ánimo de invenir algo que quiebre la incógnita y ponga cabal fin a todas sus curiosas y dudas desasosegantes. Andan los días y no le es dable comprobar nada: la casa siempre igual, muda y sola, sin algo que rompa el tullido y la quietud.

Con larga espera apacenciada continúa en acecho, y la frustración de sus sospechas marca otro derrotero a sus dudas. ¿Por qué no, en vez de un cuarto personaje, de cuya existencia no han vuelto a aparecer indicios, el porqué de la clausura en una demencia intermitente de la señora, demencia prohijada por su maternidad fallida, y es cuando se imagina tener de bulto en sus brazos lo que no pudo tener en su vientre? Con lo que los pechos del buen fraile se ven anegados por grandes riadas de congoja, y no da con qué es peor: si un accidente en el corazón de la señora por un hijo traspasado por cualquier desbarato o un achaque en el entendimiento de ella por la razón desatada a veces.

Pretextando necesidades que doña Mirta puede remediar, fray Luis la procura, le habla, la visita. En las visitas, por tratarse de él, le dan por primera vez puerta franca, pero lo pasan luego a la sala; una sala ombrajosa, fría, austera, que las tacañas lucernas no dejan abarcar en toda su dimensión. En las pláticas, la dama no sabe decir más que bellezas, demostranza de que tiene el juicio muy bien concertado. Fray Luis se queda en las mismas. Vuelve a deambular por las azoteas. El insuceso no lo arredra. Ya que la señora no da pie a ninguna suspicacia, no queda mas que tirar la zarpa a la obra.

Un buen día, a prima noche, cuando la azogada claror de la luna repuja el perfil de la ciudad dormida, fray Luis torna al pertinaz acecho. El callejón de la sacristía de San Francisco, las casuchas, la casa de doña Mirta destacan en las argentadas haldas de la noche. El silente sosiego se desenvuelve a su gusto. Las campanas están quedas. Cuando el fraile lleva rato acodado en el pretil con sus ojos fijos en el patio, melodiosas, débiles, preñadas de maternal ternura, las esperadas cadencias ascienden ingravidas, casi imperceptibles. Es una canción de arrullo. Mientras todo el vecindario tiene los sentidos clausurados por el descanso, fray Luis las distingue cabalmente. Distingue, también, plácidos y fingidos reproches a un párvulo que no quiere entregarse al sueño; mimos y caricias a un niño que es arquetipo de encantos y hermosura.

Se le acaban las dudas. Es doña Mirta. Una doña Mirta en pleno ejercicio de la maternidad. Y no se cansa. Andan las horas, cobra nuevos bríos, la luna trepa más y más en los peldaños del cielo, demediando la jornada, y chorrea su luz platinada más a plomo, hasta llenar de ella el patio. Fray Luis no la ve a la señora, pero la percibe por las voces, las exclamaciones de artificial impaciencia, los jadeos y demás artificios de la presunta madre, que mece la cuna, carga al niño, lo pasea y juega con él, lo brinca y dice ternuras.

En el amplio remanso de la noche, a su abrigo, y defendida de toda violación de su secreto, doña Mirta goza de su maternidad sin inhibición ninguna. Brincando a la criatura, llega a hacerlo, sin darse cata de que fray Luis la vigila, en el fondo del patio, junto a la andana de los aposentos posteriores. Allí torna a arrullarlo, a levantarlo, a mecerlo en sus brazos al son de tiernas melodías y mil mimos endulcorados por el amor. El fraile la ve ahora muy clara, muy definidamente. Doña Mirta sostiene al niño en el brazo izquierdo y con la derecha le toca la naricilla, le cierra los párpados para abrir las puertas al sueño, le acomoda el gorro y las alfamares, lo remece, le canta de nuevo, torna a brincar, mesurada y discreta, canta y ríe. Finas coberturas arropan al párvulo y forman revuelo cuando la señora, embebida de maternal júbilo, gira sobre sí misma, en acompasados vaivenes.

Fray Luis, con los ojos llenos de asombro, contempla aquello que tan bien ilumina el claror de la luna. Pero se llena de conturbaciones. La certidumbre de que ese minúsculo personaje es el secreto sello del misterio de doña Mirta, le nubla los humores más que la larga duda. Para ser un niño, no más crecido que uno de pecho, son muchos los años de encierro. Sólo que esté encanijado. De ser así, es demencia manifiesta vestirlo y tratarlo como a recién nacido. Con todos los años del vivir de doña Mirta en esa casona, la criatura debería ya tener dientes, y sentarse por sí mismo, y caminar. Aún encanijado.

Fray Luis sutiliza su entendimiento y afila su vista para poder desentrañar ese extraño e insólito comportamiento. Luego la señora, siempre con el regocijo efluyéndole copiosamente del pecho, entre cancioncillas y mimos, escapa de su vista; a seguido, también las melodiosas cadencias desaparecen, y nuevamente la quietud, sorda e inalterable ya, se cierne sobre la casa. Únicamente el fraile prosigue acodado en el pretil, con el pecho embutido de intrigantes suspicacias que lo reempujan hasta pensar en brujerías, en nigromancias, en algún tenebroso crimen o en una apacible manía finísima a la locura o ya en los alindes de ella.

Con estas imaginaciones tan dificultosas percurdiéndole la molondra, cargado de mil tristezas, casi en desmayo, sorprende la amanecida a fray Luis. Las del

alba y las de la primera misa lo retornan a la realidad. Y baja al templo con el indesviable propósito de poner en este mismo día las cosas en claro, por lo que, cuando empieza a dispersarse la parroquia que asiste a misa, va a buscar a la dueña, que bien sabe dónde suele acomodarse en la iglesia, la llama y la conduce al locutorio, sin que se perciban ni doña Mirta ni el otáñez.

Con muy sutil y amorosa retórica, el buen fraile se explica ante la atónita anciana, muy desprevenida para el caso. Azorada ya por el llamamiento, su embarazo sube más altos grados cuando fray Luis le habla de lo que se ruge por la ciudad acerca de doña Mirta y de ellos, de lo que oyó la vez primera, de lo que vio entre la noche del ante día y en esa madrugada, de lo que él supone.

Con la faz empalidecida, temblorantes las arrugas, ido el ejercicio de la voz, sin huelgo, incapaz de restaurar la serenidad perdida ni de emitir razón alguna, la asustada dueña baja más y más a las profundidades del desconcierto, con lo que arrastra a fray Luis a más tenebrosas suposiciones. Redobla éste sus asedios, calientásele la boca, hinca clavos de malicia en cada palabra, habla ya de los grandes castigos divinos, de la intervención de la justicia, de que doña Mirta ejecuta atrocidades innominables con una criatura desvalida, del garrote y disfamia a que se exponen todos, la una, por actora, los otros dos, por receptadores.

A pesar de las bravas razones de su interlocutor, de las fieras amenazas con que la agobia, de que su miedo y mutismo la traicionan, la dueña no se da a partido ni ceja un punto en su callada pertinacia ni suelta la lengua. Inconforme, fray Luis, fatigado por la larga espera, apareja la última razón: o rompe la dueña el sello del secreto o, *incontinenti*, manda al hermano Onorato por el señor alcalde mayor y sus alguaciles para que ellos, a nombre del rey, lo rompan. Si habla, le promete desplegar toda su caridad y discreción en valerlos a todos, si no, sumará su rigor al de la justicia en el desentrañamiento de ese misterio, que muy desdorado y asaz negro debe ser, puesto que lo esconde con empecinada terquedad.

La dueña está que no cabe en la estrechez de los dos graves riesgos en que se encuentra emparedada: el peligro cierto para todos y la fidelidad a su ama. Muy fríos y abundantes trasudores la bañan, se le almidonan y agarrotan los miembros, le entra hogoío y el miedo le vence la voluntad. Se suelta en copioso llanto, efluyen de su boca dolorosos válesmes y, al cabo, se acoge a la paternal caridad de fray Luis, implorando clemencia para sí y para doña Mirta, y entre una gran avenida de hipos y lloros, tumbándose a los pies del religioso, quiebra la concha que guarda la perla del secreto.

Con él en las manos, lacerado el pecho por hondas tristuras, armándose de mucha prudencia, discreción y aviso, toma en los pies el camino de doña Mirta, seguido de la llorosa dueña. Responde el don otáñez al llamado, abriendo dos ojos como espuelas al ver al fraile y a la mujer preguntando por la señora. Acude ésta, presa de inenarrables preocupaciones desde que vio que aquélla no venía y hace pasar a fray Luis a la sala. Ella calla que te callarás; él sin encontrar cómo sacar la voz del pecho; ella pensando en que cuando la desgracia ha de venir, es por demás la diligencia; él, aparejando esa virtud que llaman consideración, llave maestra que todas las puertas abre y a todas cerraduras hace. Durante largo rato, con estas especulaciones contrastadas en sus interiores, se quedan entrambos a buenas noches.

Al cabo fray Luis, alquitarando su caridad y entendimiento, con argumentos muy cornutos, dícele a la señora que ya es sabedor de su secreto, que debe poner fin a ese falaz ensueño, que entre los dos pueden acabarlo muy secretamente y a satisfacción. Con lo que doña Mirta, viéndose perdida, con habla trémula y entrepajada, derrumba la mampara que por tantos años mantuvo enhiesta, rompe las nemas con que lacró el secreto y declara al reverendo su adementada pasión de tanto y tanto tiempo.

Dícele que mucho ha, cosa de quince años, llegaron a su pueblo terroso y triste de Molinuevo, del Valle de Angulo, del Corregimiento de Laredo, de las Montañas de Burgos, letras misivas de don Gaspar Suárez de Barbosa en son de desposorio. Se había fijado en ella, mozueta aún, por lo que la pedía en esposa a su señor padre. Portaban las letras doña Antona, la dueña, hermana del dicho Suárez de Barbosa.

También a éste le había dado la luz en el mismo lugar. Era hidalgo, pero abandonó la susodicha puebla para venirse a la Nueva España con ánimo de acrecentar riquezas, las que logró en el Real de San Matías de Pinos. Frisaba en los 40 años de su edad cuando determinó tomar estado, para lo cual comisionó a la hermana Antona, que fue la portadora del pliego petitorio a sus señores padres. Tan bien rigió el negocio la mujer, que la boda se concertó en menos de tres credos, y se hizo por poder. Así doña Mirta, a los veinte años de nacida, pasó a mujer de don Gaspar y a estos reinos, yéndose a vivir a Pinos, en una mansión llena de principalidad y servida por numerosos criados.

Colmada de regalos y atenciones, que su consorte no hacía otra cosa que remirarse en ella y adivinar sus gustos para adelantarse a cumplirlos, pasó los primeros meses de maridaje sin saber si estaba enamorada o no de don Gaspar; ni alcanzó a saberlo, porque en lo mejor de esa existencia conyugal, cuando ella advirtió en

sí las señales claras de que no se había casado en vano, una congoja grande de estómago abajó a su esposo de las nubes de tanta felicidad y salud a la rigurosa pena de la enfermedad, que presto cobró mayores fuerzas hasta darle entrada en la muerte. De manera que a poco de casada y antes de ser madre, ya era viuda. Viéndola desamparada, recias nostalgias y saudades la asieron por su cuenta, y también ella cayó en desmedro, de ponerse al cabo de la vida.

En este trance doña Antona, su cuñada, sirvióle de madre, y fue una sedancia para sus penas, como que entrambas se consentían sin más en este mundo. La necesidad y el luto las amarró fuertemente con las ansias de salvar al niño nonato aún y que iba a alongar la progenie de don Gaspar. Ya no les cupo otro pensamiento ni las atrajo otro querer. Las dos, con mucho afincamiento, no hacían sino pedir la reposición de la desmendada salud de doña Mirta y un buen parto.

Se llamó a los mejores facultativos de los alrededores; se echó mano de los curanderos y curanderas mejor acreditados; se multiplicaron las promesas de anchas limosnas y legados a los santos más milagreros; nada dejó por hacerse. Ambas señoras habían fijado los hilos de su vida en esa criatura tan incierta. De continuo ardían en la alcoba de la doliente doña Mirta velas de Nostramo, de la Candelaria y de Nuestra Señora de la Expectación; de continuo se rezaban trisagios, duenarios, triduos y novenarios.

Cuando parecía que todos los artificios curativos devolvían el recobro, a dos meses ya para el feliz suceso, un fuerte dolor cólico quebró todas las esperanzas, poniendo a doña Mirta a punto de fenecer. De resultas de esto entró a la luz y a los padecimientos de este mundo pecador un niño, con lo que se dieron por bien pagadas las dos de tan recios trabajos casi imposibles de llevar. Regularon las penas y tomaron asiento las alegrías. Doña Mirta y doña Antona no cabían en sí por tamaño alborozo, para el que era estrecha la arquitectura de sus pechos. Más a poco, con tiempo apenas para echarle las aguas, el parvulito aquel que las había hecho pasar por debajo de fieras angustias y zozobras finó inopinadamente.

Se les acongojó toda el alma a las dos, cayeron en repetidos y larguísimos desmayos, se hundieron en mares de lágrimas inacabables, y ya que no pudieron detenerle la vida al niño, determinaron de consumo defenderlo de la pudrición a que estaba indefectiblemente sentenciado. El don otáñez, que había sido fiel sirviente de don Gaspar y hombre de fiar mucho, dióse al arduo desempeño de pescudar entre las negras esclavas del Real a la más capaz en el manejo de las hierbas, de las ilutaciones, de los aojos y de los atamientos.

Fue así como muy de ocultis y por un buen tahalí de oro, una de esas morenas, la más consumada maestra en el arte, embalsamó muy lindamente al niño, sin que se le fuera el color, que quedó como de cera pintada, viva copia del natural, con los párpados suavemente arrimados uno junto al otro, que no parecía, sino que dormía el angelito a sueño suelto. Así adobado, cientes nada más de los hechos doña Mirta, doña Antona y don otáñez, clausurado el pico de la negra con esa inviolable cerradura que es el oro, volvieron a Gasparico a su cunita, y en la mesa del mortuorio sustituyeron al difunto con un muñeco de trapo, vestido con las más finas ropas, bien encubierto con velos y flores.

Nadie se apercibió del trueque. A su hora, con los plañidos del ritual, el don otáñez solo, porque las señoras dizque no tuvieron corazón para dar al niño a la tierra, encabezó el cortejo, cargando el arcacito, sin dejar que nadie lo tocara, a la iglesia parroquial, donde fue el falso enterramiento. Cubrieron la huesa con una lápida muy bien tallada y escopleada.

Para las dos mujeres el niño no era muerto. Amén de ellas, nadie volvió a pisar jamás la alcoba de doña Mirta. Allí, en la cunita, entre lienzos de fino encaje y almohadones, yacía el angelito amomajado. En el corazón de las mujeres estaba escrito que dormía, y no otra cosa. De solapo, cuando no había riesgo de que ninguna alma trafagase por el patio, doña Mirta sacábala a que le diera el sol; cuidando las corrientes de aire maléficas, lo bañaba y unguía con polvos de arroz y aguas aromáticas y renovaba las hierbas preservativas que tomaron el lugar del bandullo, lo fajaba y lo mudaba de ropas.

Por ser mucha la servidumbre y muy anchuroso el caserón doña Mirta y doña Antona vivían con los temores pegados a los pechos. Para no dar un paso falso, bien pronto sentenciaron abandonar el Real de Pinos y, vendidas todas las pertenencias, enrumbaron los pasos a San Luis, donde ya el don otáñez había comprado casa y donde, por no conocerlos nadie, esperaban pasar una vida llevadera, sin susultos ni tremores, consagradas ambas a dos al amor y cuidado del niño.

Aquí les renacieron las alegrías. A sus anchas, sin turbamientos, muy sobre sí, lo adormían cantándole, lo acostaban al sol, lo bañaban, lo brincaban en el patio, lo paseaban a solas, le prodigaban mil caricias. Y todo como si estuviera todavía con el alma en el cuerpo y en ejercicio de cabal resuello. Esa quietud silente, esa paz inalterada, ese retrainimiento, esa privación de amistad con alguien, era para no turbar el sueño de la criatura dormida y para no dar pie a un falaz descubrimiento. Noramala los padres franciscanos renovaron la fábrica. Desde entonces se les anubló el humor, y sólo muy a la chita callando, a deshora, cuando

ningún cristiano era cierto que estaba en la parte susana de la obra, doña Mirta soltaba las riendas a su maternidad.

En este punto, la señora no puede dar más paso en su triste declaración. Después de haber discurrido tanto tiempo con tantos recios dolores encima, este último la pone en estado de fenecer. Fray Luis transvena en ella los efluvios sedantes de su caridad; háblala sobre la fe, que debe ser dócil y fornida para soportar las pruebas por más onerosas que sean; háblala sobre la paz que deben gozar los muertos; háblala sobre las suspicacias que ya no están poniendo su buena fama en la falaz balanza de las lenguas maldicientes. Háblala suavemente, esforzándose por hacer rutilar la cordura y el buen seso en ese corazón agobiado por una tristura trasañeja. Esparce en el ánimo de doña Mirta reconfortante retórica que da causa a muy proficuas especulaciones, hasta desalmenarle la porfía. Prométele, en fin, un santo entierro a Gasparico, a huerto de todos y en sagrado, sin que nadie jamás de los jamases lo descubra.

Enflaquecida su voluntad, la señora pone su suerte y la del cuerpecillo de su hijo en las piadosas manos de fray Luis. Sólo pide una merced, que ya que es ineludible el que lo despegue de sus brazos, le dan tierra cerca, lo más cerca de su casa, a ser posible enfrente, en el atrio baldío que está cerca de su casa, entre la torre y el crucero; que ella pagará esta merced levantando allí mismo una capilla a la Madre Perdolente, con quien se consiente hecha una y otro sí, que en conmemoración de este santo entierro de su hijuelo, ella dará un bulto obrado por la hábil maestría del mejor escultor queretano.

De allí a poco, a la par de la fábrica de la iglesia, fray Luis empezó a acercar de cimientos la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, paredaña al templo y con puerta al crucero. Sacó también otra capilla, o mejor diciendo, pasadizo en la puerta lateral, entre la torre y el espaldar de aquélla, a fin de emparejar el lienzo que va del crucero a la torre, dándole forma a la capilla. Fue en ese mentado pasadizo donde, a su tiempo, se colocó una urna para conservar la imagen del Santo Entierro, tallada y donada en memoria del entierro de Gasparico, en el atrio donde luego se alzó la Capilla de la Dolorosa.

Fray Luis procedió con tanta discreción y sigilo que, en el *Libro donde se asientan los entierros de españoles de esta parroquia del pueblo de San Luis* sólo se dice que el susodicho inhumó “a un infante, de calidad español, de tres días de nacido, que murió de mal parto”, sin especificación de padre ni madre.

No se sabe, al menos yo no lo sé, qué fue después de doña Mirta y de sus gentes. El tiempo andando, donde estuvo su casa se formó una plaza de gallos, que también

servió para comedias. Allí, en las muchas veces que el funesto y engraido Santa Anna, alias su alteza serenísima, pasó por San Luis malrotó fuertes cantidades de dinero en alocadas apuestas. En los dieces del siglo de hoy desapareció ese palenque y en su lugar se fabricaron varias casas, de donde se colige que tenía muy buenas proporciones la antañona mansión de doña Mirta.

Afirma quien la conoció que la dicha plaza donde topaban gallos tenía una amplitud de más de cincuenta varas. Todo eso daba, en lo testero, al convento de San Francisco, calle de por medio, precisamente la del Santo Entierro; al callejón de los Gallos, hoy de fray Alipio Lozada, por el costado; y por la parte de atrás cogía un buen retazo de la hoy calle de Guerrero y entonces del muladar de San Francisco. Muy tarde se hizo, y no existía por entonces, la manzana que en nuestros días se irgue frente a la desembocadora de la calle de Díaz de León y va del callejón de Lozada al jardín.

La plaza de gallos, que sólo ocupaba la mitad de lo que fue la casa de doña Mirta, allá por la mitad del siglo pasado, era del hispano Rafael Urtétegui. Este, en mayo de 1869, la dio “en venta real y enagenación perpetua” al célebre empresario matehualense don Diego González Lavín. El cual, en 1885, la hipotecó en favor de don Felipe Muriedas como apoderado de don Federico Gresser, francés y uno de los dueños del afamado establecimiento Al Fiel Pastor, para garantizar cierto préstamo. Después, en 1907, la volvió a hipotecar a don Adolfo González Lavín. La testamentaria del señor González Lavín la liberó en 1917 y la vendió en 6 100.00, en el negocio andaba el arriscado señor Joaquín Arguinzóniz, lo cual fue el fin de la susodicha plaza de gallos.

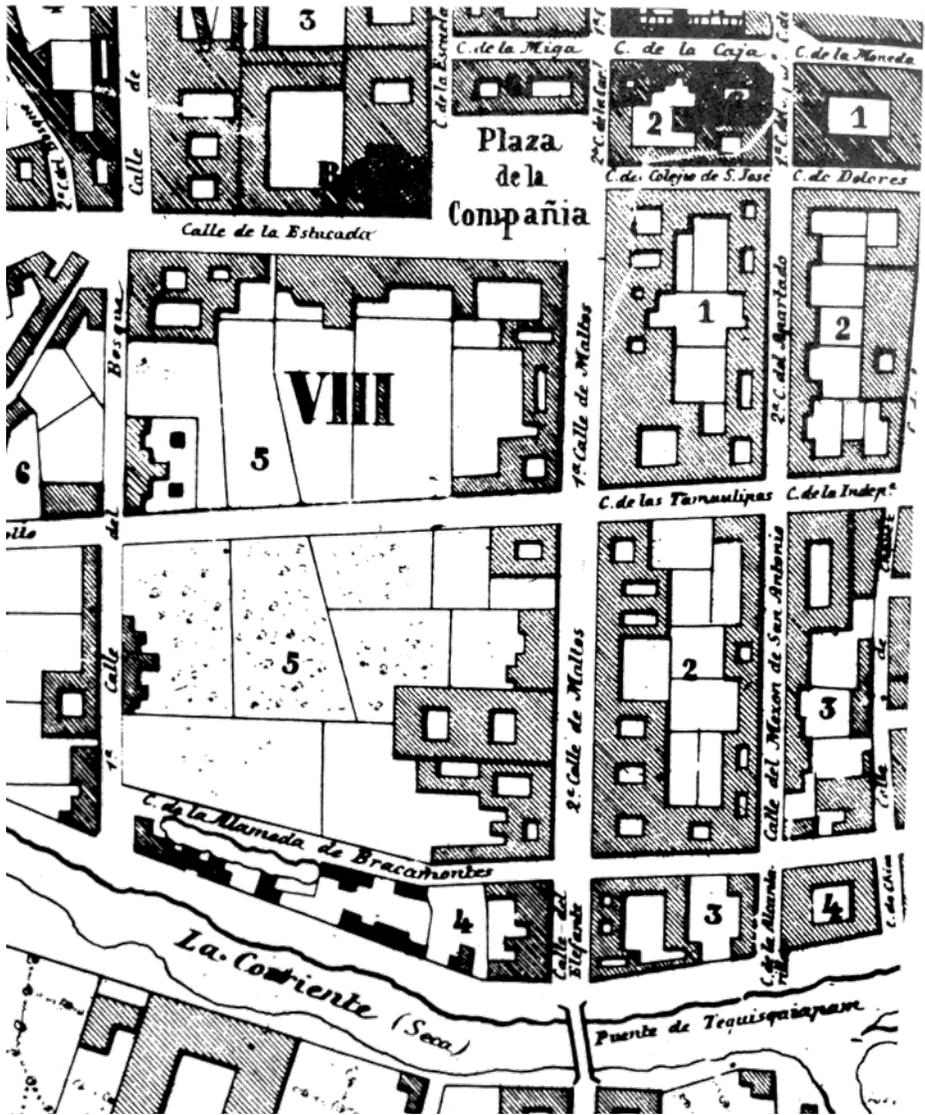
De fray Luis Atanasio refiere el cronista Arlegui que, en 1707:

El cuatro de julio, fue electo provincial el M.R.P. Fr. Luis Atanasio de la provincia de los Angeles, calificador por la suprema. Era muy religioso y celoso del culto divino; pero de natural tan violento e intrépido, que dio mucho en que merecer a todos; debiendo advertir el prelado que la afabilidad y prudencia con los súbditos los lleva como con la mano al obediencia rendido de sus preceptos. Hizo la capilla de Nuestra Señora de los Dolores del convento en San Luis, con todo su adorno, y fue sobrestante de la iglesia de su convento, debiéndose a su eficiencia la feliz y pronta conclusiones de ella, como de otras muchas obras —una ellas, la capilla del Santo Entierro, digo yo—. En esta iglesia yace sepultado su cuerpo.

Desde las remotas fechas del triste acaecimiento de suso, a esa calle, actualmente primera de la avenida Universidad, se le llamó del Santo Entierro. El vulgo indocto la nominó así por la homónima imagen del Señor que por allí sacaban en procesión y que se conservaba en el pasadizo o capilla de la puerta lateral. A fray Luis le plació el apelativo y lo propaló cuando pudo. Él lo afincó en la opinión, porque bien sabía para sus adentros que no podía tocarle ni atañerle mejor nombre, como que allí se había hecho, de verdad, un santo entierro, el del disecado Gasparico, el hijo póstumo del ricohome don Gaspar Suárez de Barbosa y de la doliente doña Mirta, quien por tantos años lo mantuvo insepulto, remeciéndolo con sus caricias, entre finos lienzos y almozalas.



- La tercera casa a la izquierda, con tres nobles ventanas a un lado, en el centro el solemne portón y enseguida otras tres ventanas, era la famosa Casa Maltos, demolida en los setenta y en cuya área se levantó a insulsa finca —estacionamiento y negocios— de la plaza Centro.



La Calle de Maltos ■

Iba de la hoy Carmona o plaza de la Compañía a la actualmente Bolívar. Partida la manzana a fines de 1858, resultaron las 1ª y 2ª cuadras de la calle de Maltos.



Calle de Matos

La Calle de Maltos

A relativo, que no apodo —como terquean en repetir los que no saben—, era lo que portaba con galana ostentación don Rafael de Maltos. Provenía, en línea recta e indesviada, de uno de aquellos rijosos y ariscos capitanes guachichiles, de los más hoscos y dañinos, que no sólo se resistían con dura contumeliosa pertinacia a ponerse de paz, sino que con extremosas e inapagables llamaradas de furor avivaban por este lado del tunal grande la famosa, cruenta prolongada guerra de los Chichimecas. Era el tal capitán gran señor de mucha gente, y aunque esos bárbaros vivían apartados y diversos entre sí, le tenían mucho acato y mucha cuenta todos los indios que vagueaban, a fuer del salvaje insumisos y guerreantes, desde las sierras del Xale y Bernal hasta los Bocas de Maticoya.

En su habla guachichil respondía al áspero nombre de Moquamalto, y fue digno sucesor en la fiereza y encono de aquellos otros capitanes Guazqualo, Moquimahal y Macolia El Viejo ,que menciona Gonzalo de las Casas, que con irritada saña y furor asolaban la tierra, ejecutando espeluznantes demasías. El memorado las Casas cuenta que:

Es la mayor señal de su brutalidad a la persona que prenden, ora sea hombre o mujer, lo primero que hacen es hacerlos de corona, quitándoles todo el cuero y dejando el casco mondo, tanto como una corona de un fraile, y estando vivos. Y yo ví un español, sin él, a quien ellos se lo quitaron; y a la mujer del Copoz, también se lo quitaron. Y hasta han vivido sin él muchos días y aún creo que viven hoy.

Quítanles así mismo los nervios para con ellos atar los pedernales en sus flechas; sácanles las canillas, así de las piernas como de los brazos, vivos; y aún a las veces las costillas; y otras cien crueldades, hasta que el mísero entre ellos despide el ánima. Traen colgadas por detrás las cabelleras de las coronas que quitan, y algunas han sido

de mujeres, con cabellos rubios y bien largos; y así mismo traen los huesos de las canillas para mostrarles como insignias de trofeos; y aún no perdonan a los cuerpos muertos, porque todas cuantas crueldades pueden o se pueden imaginar, hacen ellos, colgándoles de árboles, quitándoles la lengua, sin perdonar las partes vergonzosas, como no ha muchos días que un capitán que yo envié, halló un cuerpo colgado de una encina con todas estas crueldades y un brazo menos, el cual se entendió ser español. Por nuestros pecados y justicia de Dios han padecido hartos cristianos estas crueldades.

Es su manera de pelear con arco y flecha, desnudos, y pelean con harta destreza y osadía; y si acaso están vestidos, se desnudan para el efecto. Traen su aljaba siempre llena de flechas y cuatro o cinco en la mano del arco para aprovecharse más presto dellas; y con ellas y el arco rebatir las que les tiran sus enemigos, hurtando el cuerpo. Y a esta causa pelean apartados unos de otros, y ninguno se pone atrás del otro, sino exento, por ver mejor venir la flecha y guardarse della; o metidos entre matas, arcabucos espesos o peñas, donde no los pueden ver y ellos tirar a su salvo. Los más acometimientos que hacen es de sobresalto, estando escondidos, y salen de repente, y así los toman desapercibidos y descuidados o a prima noche o de madrugada, cuando ellos entienden los hallarán más descuidados. Son, como tengo dicho, por todo extremo crueles en la guerra, que no perdonan sexo ni edad, que al niño que mama le achuecan en una piedra y a la madre desuellan la cabeza y matan, y a los demás hacen todo lo que está dicho.

Estos apeligrados bárbaros pintaron una raya muy larga, que se tendía por donde ahora están los límites con Querétaro y Guanajuato, y que los españoles, empleando todas las bélicas ocurrencias de su ingenio, de ningún modo podían desbaratar ni dar un paso adelante. Hubo de emprenderse una guerra formal, muy dura y afanosa. En esta guerra tomó parte un afamado otomite. Conin, de nombre, que en castilla significa ruido, o Hernando de Tapia, al hacerse cristiano, con un tupido enjambre de indios flecheros abrió camino desde el centro hasta Querétaro, donde se aposentó y trabó amistad con los chichimecas, sus vecinos como cacique y gobernador que era de ese nuevo descubrimiento y fundación.

Este don Hernando o Conin, en su gentilidad, fue casado y velado con doña Magdalena, la cual le dio varios hijos, uno de ellos don Diego, que sucedió a su padre en el cacicazgo y en los riesgosos atareos pacificadores. Descubrió algunas minas y, lo que es más y fue lo que levantó su nombre a muy alta estimación,

desde Querétaro hizo varias y recias entradas por tierras chichimecas, ganando a filo de hierro y haciendo que se sujetaran como leales vasallos al rey nuestro señor, todo el valle de San Francisco —hoy Villa de Reyes, por mal nombre— y Los Bledos.

Moquamalto, con estas incursiones pacificadoras de don Diego, vio acortados sus dominios. Se volvió más hosco e inconforme, más rechinoso y más aferado en sus reencuentros con los conquistadores. Su sañeza tomó más vuelo cuando por el viento de Mexquitic asomó don Miguel Caldera, estrechando el cerco y haciéndolo pasar tragos muy acedos. Las terribles rotas que venía sufriendo, en vez de asentarle el genio, lo emberrinchinaban más, y redobló sus asedios y multiplicó sus horrendas demasías en los asaltos a los presidios y convoyes de Zacatecas.

Fue cuando apareció por estas tierras invioladas que malamente apodan Tangamanga, arrastrando con heroico denuedo muertes, soles, caminatas, pedreas y todas incomodidades, fray Diego de la Magdalena, cristianando la barbarie. Dice Arlegui que fray Diego y un compañero sacerdote "entraron en los términos y territorios de los guachichiles como corderos entre lobos".

Fray Diego, ardido de caridad, sin más cobijo que la ruin estameña del hábito y sin ser ordenado de misa sino simple lego doctrinero, dióse del todo a derramar los efluvios de su amor apostólico sobre los zahareños bárbaros. A pie vivo recorrió toda la tierra adentro, en pos de Moquamalto para abajarle lo indómito y ponerlo en sosiego. En este afán, los guachichiles porción de veces "le dieron de palos y mojicones y hacían otros malos tratamientos", sin que por eso cejara su misionera pertinacia, antes se le recrecían los ímpetus.

La parola blanda, paternal, persuasiva del lego doctrinero pudo más que el filoso y curtido acero del capitán, y Moquamalto se rindió a fray Diego. Después de meses de tenaz e indesviado asedio, el misionero enlazó la voluntad del guachichil haciéndolo todo suyo. Y como era gran señor de muchas gentes, todas éstas, igualmente se fueron rindiendo al fraile, un grupo aquí, otro allá y otro más allá.

En el lugar donde el fiero capitán de chichimecas se entregó vencido a fray Diego, éste levantó una tosca cruz fabricada con ramas de mezquite. Con el tiempo esa cruz fue reemplazada por otra, de correcta factura, y ésta por otra y después por otra, hasta que labraron la de piedra que hoy se encuentra adosada a la pared testera de la Parroquia del Sagrario o templo de la Compañía, en la plaza de los Fundadores.

Rendido Moquamalto, cambió del todo sus manchosos proceder de bárbaro y se hizo uno de los pilhuanes de fray Diego, "que son indios mozos y doctrinados" según apostilla de Gonzalo de las Casas. Con su compañía, reforzó los parlamentos del fraile y le fue de gran ayuda para poner toda la tierra en paz y dar fin a la sangrienta guerra de los Chichimecas. Y así como antes dio rienda suelta a las extremas intransigencias de su furor, acosando con terribles emboscadas a los cristianos, así, ya hecho a la fe, dio buen sabor a su condición fogosa, cristianando guachichiles y otomites.

Cuando fray Diego, coronando sus amorosos afanes, congregó a los nómadas, asentó el principal aduar en el sitio donde domeñó a Moquamalto y le dio al lugar el nombre de San Luis. Esto fue hacia 1588, y aquél lo dejó como gobernador y cacique de la nueva fundación. En 1590, firmada ya la paz con los mecos bárbaros, fray Diego de la Magdalena concertó un viaje a México y, con el nunca bien ponderado capitán Miguel Caldera, medio hermano de sangre de Moquamalto, llevó a los capitanes de toda la nación cuachichil a dar la obediencia al rey ante don Luis de Velasco y a conseguir favores y regalos de paz. Entre los cuachichiles, dicho está, iba Moquamalto.

Caído un par de años, en 1592, al descubrirse las minas de San Pedro, los españoles necesitaron agua para el laboreo de los metales, y como no la había en el cerro, se bajaron al valle, a instalarse en donde existía en abundancia, o sea, en el pueblo indígena de San Luis. Para esto, removieron a los cuachichiles a Santiago del Río, fundándose entonces este barrio o villa extramuros, pero no de balde. Semejante transacción le rindió a Moquamalto crecidas ganancias en tierras y honores, como paga de sus buenos servicios en la pacificación de sus congéneres y en la cesión de los solares para la nueva congregación.

Don Juan de Oñate, primer alcalde mayor de San Luis, le dio a escoger las mejores tierras por el rumbo de Las Terceras y lo nombró gobernador perpetuo de Santiago. Al bautizarse, tomó el nombre de Diego, por amor al fraile que lo sacó de la gentilidad, y de la denominación primitiva sólo conservó el Malto, pues el Moqua le recordaba acciones muy desdorosas que no quería memorar. Y entre los dos interpuso el "de", como correspondía a los grandes señores. Así fue como, de 1592 para acá, fue conocido como don Diego de Malto.

Tuvo varios hijos, a quienes dieron en nombrar "los Maltos", de modo que así tomó forma definitiva el apellido. Todos heredaron la arrogancia fachendosa del genearca o fundador del apelativo y el mismo barroco engrimiento por la vida hazañosa de Moquamalto. Amaban los primeros lugares, estimaban las consideraciones y estaban siempre con la voluntad muy aparejada para cualquiera buena acción.

Cuando la gran rebelión tepehuana de 1616-1618 puso en recia crisis medrosa a la Nueva Vizcaya y a las fronteras chichimecas —una de ellas, San Luis—, apenas, el 25 de noviembre, recibió Pedro de Salazar ,viejo y curtido milite que había guerreado en la Armada Invencible y en Italia, y a la sazón teniente de capitán general del pueblo de San Luis Minas del Potosí, la noticia de la rebelión de suso, prestamente dio la alarma, y en menos de dos días tuvo el primer alarde, y para el día 30 ya tenía una tropa de varios cientos de hombres, entre los cuales los afamados caciques Juan Tenso y don Diego de Maltos o Moquamalto.

Éste, ya viejo, acompañado de su hijo Diego, el mozo, fue hasta Durango a combatir a los tepehuanes, a las órdenes del célebre Urdiñola. Volvió, como había de volver, victorioso y con derecho a más premios, que recibió en honores concedidos en la fundación de una especie de mayorazgo indígena sobre su feudo de Las Terceras. Fue cuando se le anubló el humor y se le pudrieron sus alegrías.

A poco de regresar de los tepehuanes y de fundado su mayorazgo cuachichil, Diego, el mozo, natural heredero del mismo y del puesto de gobernador, vino a finar por obra de unas viruelas malignas que no admitieron curabilidad ni compostura. Y sólo le quedó un hijo, el ultimogénito, porque los que intermediaban entre éste y el difunto, eran hembras, inútiles para alongar sus ambiciones. El mismo Maltos murió sin ver embarbecido al párvulo.

Los malos quererres de la fortuna se cebaron en los Maltos. Desde Miguel, el mentado ultimogénito, todos ellos no engendraron más que un varón cada uno y los demás resultaron del género femenino. No había modo de que robusteciera el apellido, menos de que se multiplicara; y así muy dificultosamente se conservaba el apelativo y el mayorazgo chichimeca de Las Terceras.

Miguel engendró a Juan, único varón entre los varios retoños de su matrimonio. Este mentado Juan fue el que —como lo asienta el minucioso don Julio Betancourt—, en 1699, "compró a Miguel Márquez las casas y tenería en la que se fundó la conocida casa de Maltos", que vino a ser como la casa solariega en esta ciudad y, en su tiempo, la propiedad más extensa, descontando la de los Carmelitas, del centro de San Luis o ,lo que es lo mismo, de todo el viejo San Luis.

De generación en generación, un único hombre por vez, llegamos hasta don Rafael de Maltos. Como ya lo he dicho antes, éste portaba con galana ostentación su apelativo, y en él arreciaron los engrimientos de sus antepasados. Rigiendo con destreza la heredad, acrecentó la fortuna aquistando minas muy fructíferas en San Pedro y una hacienda de beneficiar aquí en la ciudad. Pero también en

él hincó sus clavos el disfavor. Aunque era el vecino más conspicuo de Santiago del Río y su republicano perpetuo, no pudo dar vida más que a un varón y a dos hembras, que todos fueron don Juan Antonio, doña Ana Petra y doña Luisa.

Don Rafael educó a su hijo en la escuela de los más ásperos rigores para ver si la rudeza le fortalecía la condición y, de este modo ,a su tiempo, procreando varones cortara el sino maleficioso que conlleva el apellido. Desde muy niño le templó el cuerpo con las onerosas faenas campiranas; lo asabientó en el riesgoso manejo de todas las armas y cabalgaduras; lo hizo madrugero, a fin de que, ganando horas, pudiera cumplir con los atareos físicos de casa y los escolares en el Colegio de los Reverendos Jesuitas, donde lo inscribió para la doctrinanza en alguna carrera liberal.

El muchacho respondió con creces, obrando una conducta arrojada, sesuda y conceptuosa. Sólo que, en lo mejor de su edad y cuando abundaba en prometimientos, un acre desamor metió sus pasos por otros rumbos; y así, descostándose de todo, se fue al Colegio de San Nicolás de Valladolid, donde se ordenó de misa. Llegó a ser, en propiedad, cura y juez eclesiástico del Real de San Francisco de los Pozos de 1757 a 1779; y en 1771, cuando el pomposo y muy magnífico juramento guadalupano emitido por la ciudad, fue uno de los tres principales que asistieron con capa pluvial.

Fallido en sus propósitos, viendo cercenado de cuajo la progenie, don Rafael de Maltos en lo adelante, después de renunciar a sus cargos en el Ayuntamiento y cofradías de Santiago, se arrinconó en su caserón, como resignado sufridor de sus penas. Así pasó de esta miserable vida para la eterna.

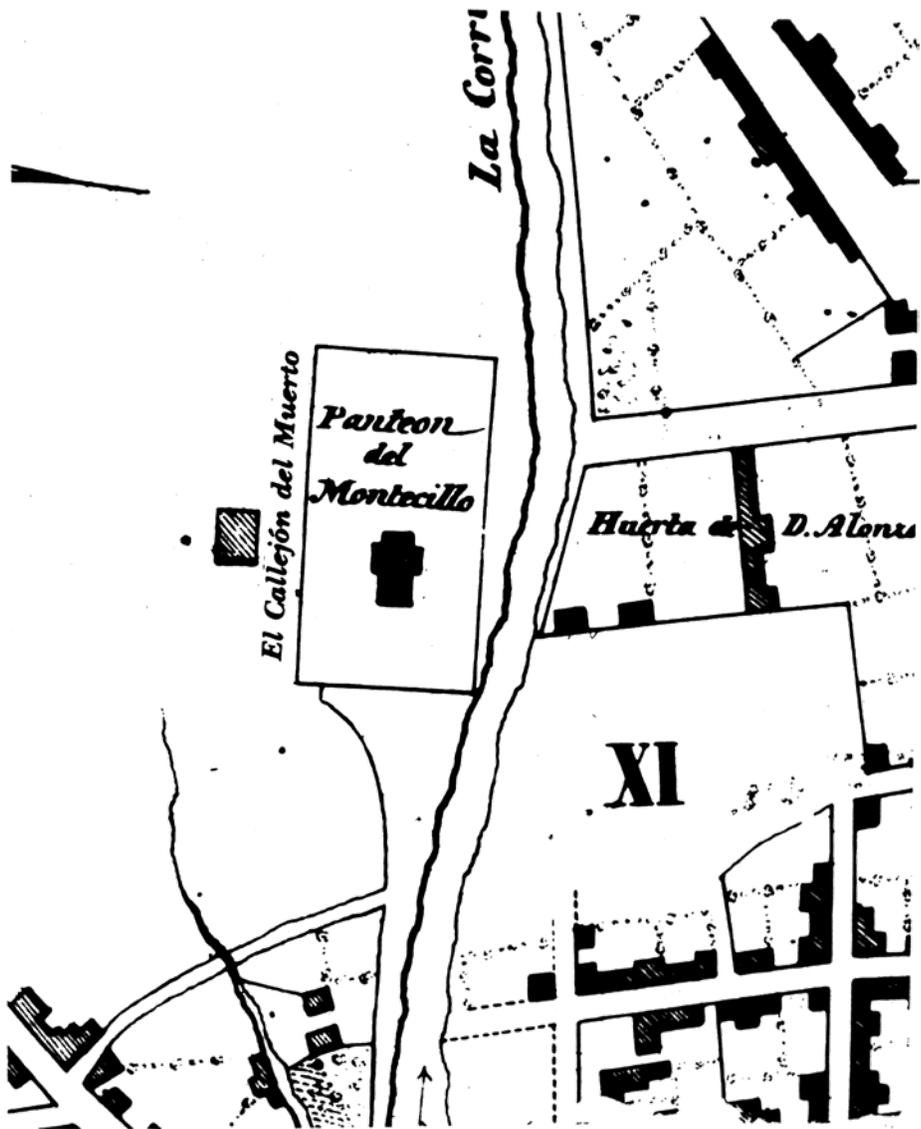
Doña Ana Petra y doña Luisa, habiéndose quedado con las tierras, las haciendas y demás tenencias, por cesión que les hizo su hermano el bachiller don Juan Antonio, al faltar su padre abandonaron el barrio nativo, donde hasta entonces habían morado todos los Maltos, y se vinieron a habitar la amplia construcción donde hacían laboreo de los metales y de los cueros. La orfandad les trajo apetitosa herencia, y aunque muchos conqueridores ambiciosos las veían con largos ojos, mayormente los iberos que andaban a caza de desposorios para allegar riquezas, y algunos diciéndose despulsados por su amor, les hicieron ardorosas y porfiadas recuestas que parecían muy de veras, las Maltos no quisieron tomar estado. Por el contrario, clausuraron sus negocios, pero abrieron extensa huerta y sacaron de cimientos una casa con anchurosos patios, corredores y muchos aposentos. Allí, viviendo con humilde pasar, se dieron ambas a grandes e ilimitadas caridades.

El principal norte de sus beneficios lo pusieron en las mujeres perdidas o finítimas a la perdición. No hacía mucho que don Nicolás Fernando de Torres, con singular esplendidez, había fundado la primer institución femenina en San Luis, el extinto Colegio o Beaterio de Niñas Educandas de San Nicolás. A imitación, pero impelidas principalmente por el acedo recuerdo de aquella mala hembra que, sin género de medida y comedimiento, ya hechos los esponsales con el hermano Juan Antonio, maculó su cuerpo con torpes relaciones, malrotando su vida, las Maltos abrieron asilo para todas las que, ya sea por la mano de la justicia, para enderezamiento de sus intenciones, o por la propia, con ánimos de echar pasos atrás de sus desvíamos, se veían urgidas de un seno abrigadero. Para unas y otras siempre estaban francas las alabeadas puertas. Allí les daban amorosamente la mano, diciéndoles gran copia de cosas santas, sapientes y bien habladas que les servían de saludable ejemplaridad y las ejercitaban en el cultivo de hortalizas y en la cría de cerdos, cóconos, gallinas y vacas, en el sutil arte del deshilado, del tejido y del bolillo, en la manufactura de exquisitas viandas y en todos los desempeños femeniles.

Por luengos años las Maltos estuvieron derramando las avenidas de sus caridades en el enorme caserón, manteniendo a su costa a todas las pupilas. Primero murió doña Petra, después ,muy tarde, doña Ana Luisa. El acto de su enterramiento —que obra en los libros de la Parroquia del Sagrario— dice que el 7 de diciembre de 1810 dieron sepultura en el camposanto de la Capilla del Rosario, a doña Luisa Maltos, india soltera. Fallecidas estas caritativas señoras, la amplia vivienda y la huerta pasaron a poder de la ciudad.

Por los reveses de la independencia y la mala administración, llegó a mucha rotura el edificio. De hogar que fue para descarriadas, le convirtieron en cárcel y fábrica de tormentos. El redomado bellaco advenedizo aquel que fue Vicente Romero y que hizo su próspero agostillo como gobernador del Estado, cuando finaban los veinte del siglo de ayer, mandó dar en la casa de las Maltos un banco de palos a sus enemigos políticos, hasta saltarles el alma. Por mucho tiempo, para sempiterna disfama, perduraron —al decir de Muro— en paredes y pisos grandes manchas de sangre, testimoniando las alevés occisiones.

Con esto, la ruinososa hosquedad del caserón infundía medror en los transeúntes. Apartábanse de sus banquetas, nadie lo quiso tomar en arriendo y con el descuido desbaratáronse sus paredes. Como ya no era más que ruinas mostrencas las tasajearon y de su área inhabitada sacaron muchos lotes y calles. Originalmente abarcaba la susodicha casa, con su hacienda de beneficiar plata y tenería, una descomunal manzana delimitada por las hoy calles de Reforma, Julián de los Reyes, Damián Carmona y Álvaro Obregón. Esta última, en sus cinco primeras cuadras, de la plaza a la Corriente, fue conocida en el viejo San Luis, desde el tiempo de don Juan hasta 1915, como la calle de Maltos.



El Callejón del Muerto ■
Al lado norte del Panteón del Montecillo se tendía este pedazo de callejón, delimitado por este cementerio y una troje vieja. Todo lo destruyó el ferrocarril.



Callejón del
Muerto

El Callejón del Muerto

Como aquel taimado viejo carlangüento no había otro en toda la ciudad. Los olía, por más lejos que estuvieran. Y no se perdía uno. Nada remilgoso, había puesto de lado las preferencias. De arriba, de en medio o de abajo, le importaba poco. Eran, eso le bastaba, y como saeta se clavaba en ellos. Ya dentro, conseguía fácil acomodar haciéndose útil, necesario, indispensable.

Así vivía, o mejor, de eso vivía. Habiendo siempre a mano una casa ajena, hospitalaria y cómoda, no tenía necesidad de una, sino de muebles; de sustento, menos, como que allí se hartaba y aún hacía acopio para cualquier famélica eventualidad; y de vestido, mucho menos, porque de cuando en cuando o apañaba algo, si nada le ofrecía, o hacía méritos para que lo premiaran, muy agradecidos, con cualquier ropa en desuso.

Era feliz. Sin sudar ni gota, lo tenía todo: casa, vestido, sustento y bebida. Porque ya se sabe: no hay muerto sin velorio ni velorio sin bebida. Y si las penas con pan son buenas, las amargas penas fúnebres se almibaran y engullen fácilmente con el vino y lo que después de él se viene. Las aguas licorosas tienen esa virtud, lo que es grato lo agigantan y lo que no lo es lo vuelven nada.

El viejo aquel, como muy consumado en esos luctuosos menesteres, tenía sus sabias mañas. No se metía así nomás en el velorio. Se arrimaba, primero, a las puertas a amaitinar el panorama, a mirar quien entraba y quien salía; sin prontos, con tantito que escuchaban aquí y otro tantito que indagaban allá, fabricaba aquel conjunto de conocimientos requeridos para entrar, como quien entra a su casa y se codea entre amigos.

Si el fenecido era de la alta, ya con todos los santos y señas desplegadas en la memoria, se allegaba a los principales deudos con una timidez que parecía de veras, con un aire de profunda pena que se veía muy cierto, y entre pujos y suspiros entregaba sus respetuosas condolencias, recordado que el finado lo había amparado y consolado en su desventura. Luego escogía, con muy estudiada

discreción, un lugar dónde no estorbar y donde, simultáneamente, fueran advertidos sus reprimidos y fingidos llantos. Después, se iba arrimando a la cocina, al café con piquete, a las bebidas; enseguida, ya en confianza, iba y venía por toda la casa con diligente solicitud haciendo mandados. A su tiempo, se iba bien comido, bien bebido y bien socorrido.

Si el difunto era de la baja, el negocio se volvía más fácil. Previa las averiguaciones de rigor, se hacía pasar como compadre o como viejo amigo de la infancia o de infortunio. Allí se desenvolvía con seguro aplomo, sugería las rondas de café, las cantidades de chinguere por servir, advertía lo que hacía falta. Si los dolientes estaban muy atareados por la pena y no atinaba una, él se ofrecía o se encaramaba a tomar las riendas de la casa y a componerlo todo.

Esto le daba más derechos a la cena o al almuerzo o a la comida o a un recuerdo del finado o a pasar en la casa enlutada los días siguientes, consolando a los tristes y viviendo a sus expensas. Pero devengaba la manutención. En ausencia de los padrinos, coronaba a la criatura ,si se trataba de un “angelito”, o echaba el primer puño de tierra si no estaban los compadres, o entonaba las alabanzas ,de las que tenía inagotable repertorio, o dirigía los rezos, o recogía la sombra al final del novenario póstumo.

Con tantos años en estas cosas, conocía todas las reglas exequiales. Era una enciclopedia funeraria bípeda. Tenía su clientela, que en veces lo procuraba. Los hermanos de Las Benditas Ánimas muy solícitos y cumplidores en la devoción de ayudar a bien morir, de amortajar y de enterrar a los que carecían de parientes y familia, de darles la caja, la misa y los responsos, eran sus clientes más asiduos. Por este quehacer no cobraba nada. Se conformaba con un jarro de café con mucho espíritu, a fin de soportar él solo la desvelada con el muerto, y con la cena y el almuerzo.

Unos calvatruenos, conociendo la maña del viejo éste, de zanganear de velorio en velorio comiendo y bebiendo, urdieron darle un escarmiento para que le sirviera de ejemplaridad. Uno de ellos se haría pasar por un despreocupado forastero, conocido y amigo de los demás que, a su paso por aquí, tuvo la nada apetecible suerte de rendir la vida lejos de los suyos. Sin nadie en esta ciudad que le diera enterramiento, ellos muy compasivamente se lo darían. El velorio sería en una apartada callejuela, extramuros, colindante con el panteón del Montecillo.

Tan sola y tan dejada se encontraba esa callejuela que no había nada por ahí, únicamente una troje vieja que nunca habitó nadie y las espeluznantes bardas, cacarizas y ensalitradas, del cementerio. En esa troje se tendería el fingido muerto y, en lo mejor de la noche, se levantaría, prorrumpiendo en ademanes y palabras

feas, para asustar al viejo, y con una ferocidad y bríos suficientes como para hacer que se le apeara el alma.

Todo bien concertado, aquellos hombres sin juicio fueron a ver al viejo. Le explicaron la falsa desgracia y le rogaron muy ahincadamente que les hiciera a ellos y al fingido muerto la caridad de velarlo. Únicamente serían unas horas, de la media noche al clarear el día; y para evitarle mortificaciones, lo llevarían en carretela al lugar del velorio.

Prosiguiendo el escarmiento, antes de la media noche recogieron al viejo en la plazuela de San Juan de Dios y lo llevaron a la deshabitada troje, donde le presentaron al falso muerto, que allí estaba, a media pieza con las cuatro velas de rigor por toda luz; le encarecieron el cuidado del amigo, lo proveyeron de la bebida necesaria para superar la soledad, lo dejaron con el seudofinado y se alejaron, para esconderse en la noche, a la espera de los frutos de la perversa lección.

Rodó el tiempo y nada, ni gritos de espanto ni carreras despavoridas ni ruidos siquiera. "Se durmió aquél", pensaron, y siguieron en espera, hasta que ellos también cayeron en el sueño. Pasó la noche y fueron las primeras claridades las que los sacaron a la memoria. Despertaron pesarosos por no haber gozado el espectáculo, y decidieron regresar a la troje donde, de seguro, estarían el viejo zángano con el alma en los pies. Encontraron todo tal cual, a la luz modorra de las candelas, el viejo acurrucado en un rincón, adormilado, en el centro la caja, medio abierta, con el yacente más tranquilo, más descolorido y más frío de como lo dejaron.

Un temor vago, informe, les pellizcó el alma, retacándolos de sobresalto. Se les fue el gozo. Olvidaron la picardía. Con impulsos de tullido acercáronse al féretro. Despertó el viejo.

—Buenos días les dé Dios, ¿ya volvieron?, bostezó.

—¿Nuestro amigo?, susurró uno.

—Allí está. Como que se están acabando las velas.

Las mechas carbonizadas, una a una, resbalaban flojerasas en los charcos de cera. Mientras, renacía el silencio y se hinchaba la oscuridad.

De veras que lo querían — pensó el viejo—, se ven muy tristes.

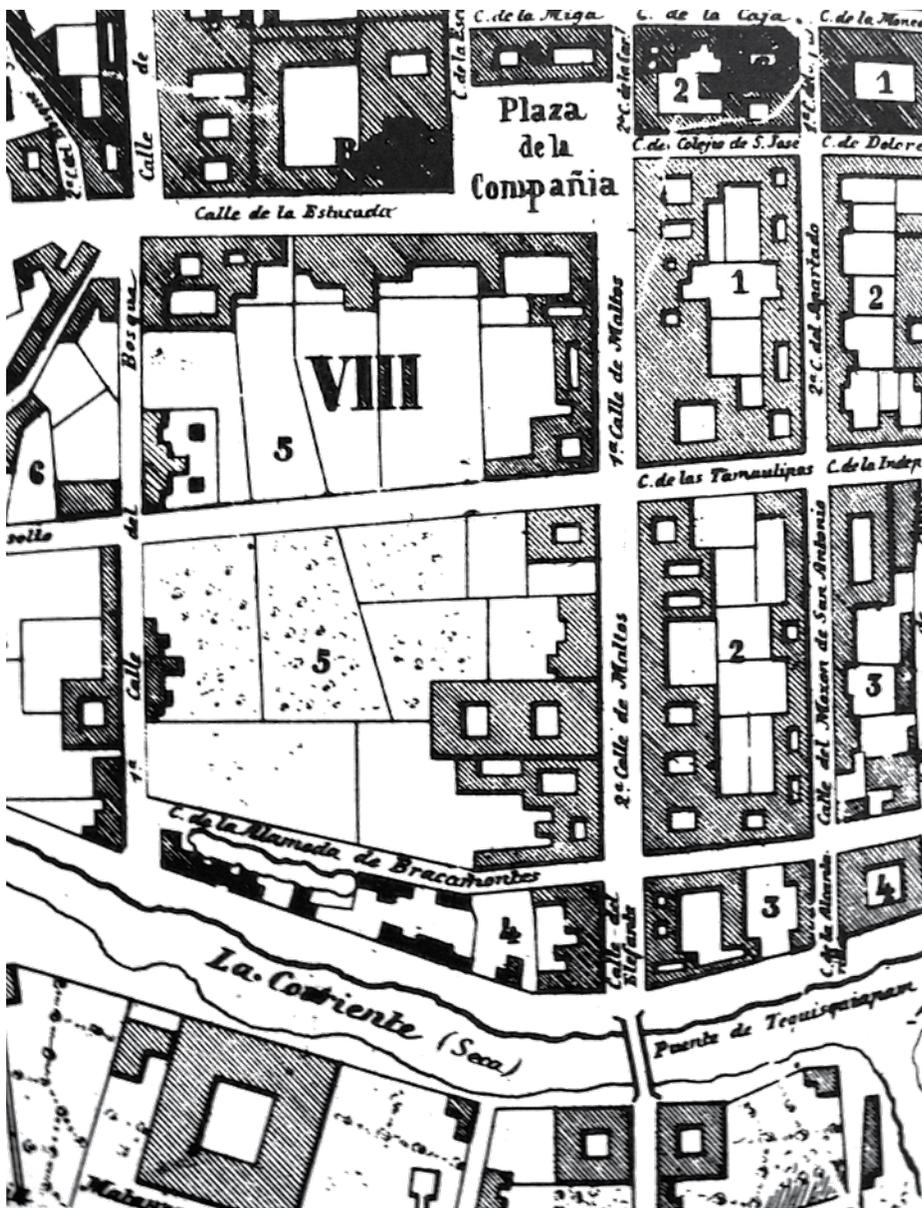
Lúgubres certidumbres, que no presentimientos, aplastaban a los sobresaltados. Desfallecían por saber lo sucedido y tenían miedo de saberlo.

—¿Nuestro amigo? —repitieron al rato— ¿Qué pasó con nuestro amigo?

—Lo que pasa con algunos. Ha de haber muerto de empacho o ya tenía mucho de difunto, y los gases los levantan. A veces me sucede, pero ya sé lo que se hace, con un candelerazo en la nuca se vuelven a tender... Y si escupen sangre, es mejor.

Desde entonces, esa abandonada callejuela en la que nunca nadie había fallecido, porque nunca nadie había vivido en ella, la llamaron callejón del Muerto.

Corría al lado norte del antiguo cementerio de la ciudad, empezando en una esquina y concluyendo en la otra. Todavía en el plano de San Luis que el sargento del ejército francés J. B. Laurent levantó en 1864, y que don Florencio Cabrera alegaba que era vil plagio del suyo, se ve aislada, solitaria, lejana, la dicha troje. El ferrocarril acabó con ella, con el cementerio y con el callejón.



La Calle de la Estacada ■

Contiguo a la sacristía de la hoy Parroquia del Sagrario o de la Compañía, estuvo el Cuartel de la Estacada. No se abrían aún las calles de Álvaro Obregón ni la de Arista



La Calle de la
Estacion

La Calle de la Estacada

En el supuesto plano del Nuevo Real de Minas de San Luis que delineó su primer alcalde, don Juan de Oñate, simplemente no existía. En la banda poniente de las dos primeras cuadras de la actual avenida de Damián Carmona se ayuntaban los lindes de la huerta de Gonzalo Patiño y los de un solar pardo, llano y limpio de árboles que había sido de los franciscanos. En éste, cuando era un monte breñoso, había asentado fray Diego, en el remoto año de 1588, a los cuachichiles nómadas, hécholes una ermita de vahareque —donde ahora es el patio grande de la Universidad— y dándole a ese parvo y desbaratado aduar el nombre de San Luis.

De ahí a poco, andados unos cuantos años, traspuesta la fundación de la ciudad y removidos los cuachichiles y tlaxcaltecos a sus sitios definitivos, los frailes franciscos dejaron este solar bajo y lodoso a los recién llegados padres ignacianos. De este modo el Colegio de la Compañía vino a quedar entre la huerta del mentado Patiño y la de Juan de Andrada, inmunda y estrecha callejuela de por medio. La cual “no se avenía con la vecindad de un monasterio y de las escuelas a él anexas, por lo que los rectores del Colegio hicieron cuanto pudieron por ataparla. Como de facto, aunque no —como era de ley en aquellos tiempos— sin algunas contradicciones. Mas para ello hicieron un trueque: al oriente cogieron para sí la indeseada calleja y al poniente recogieron los límites de su fábrica, para darle el ser a una nueva calle, la actual de Damián Carmona, conocida en aquellos remotos ayeres como calle Real de Santiago o camino de Santiago.

A esa calle la triscaban innúmeras gentes. Todas las que tomaban en sus pies los caminos para Mexquitic, Ahualulco, Zacatecas, Las Charcas y demás poblaciones del norte. Ni era muy larga. Empezaba al canto de la iglesia de la Compañía, enseguida se metía entre los carcaveros y terrosos terrenos de las haciendas de beneficio para morir luego; pasando La Corriente, hasta Santiago, todo eran palmas y mezquites socarrados por la terca lumbre del sol.

Al par que se formaba la calle Real de Santiago, se alzaban la iglesia de la Compañía, el Colegio, el patrimonio de éste, más tarde la capilla de Loreto y las casas del

lado frontero. Entre el patrimonio se contaban algunas casas, ciertas capellanías y, sobre todo, la opulenta hacienda de la Parada que prosperaba y abastaba las cátedras, pues siempre le corrió buena dicha. Como en esta amplia heredad había copia de ganado, los reverendos jesuitas, a poco de haberla adquirido en 1623, abrieron, por el lado de la calle Real de Santiago, una matanza en la que los pobres y los padres tenían su agostillo con el expendio de carne todos los días, safando los viernes, que eran de abstinencia. Como esta matanza caía atrás de la iglesia y Colegio, sin mucho devanar los pensamientos, se colige que todo ella se entendía por donde hoy se irgue la Biblioteca de la Universidad con parte del edificio trasero y de la segunda calle Arista.

Esta negociante y allegadora matanza perduró cosa de siglo y medio, poco menos, desde recién aquistado el susodicho fundo ganadero hasta el negro año de 1767 en que, sin género de mesura y comedimiento, por torvas causas que se guardó en su fosco y real pecho don Carlos III, los beneméritos jesuitas —de virtudes tan bien cuarteladas, sobre todo en el fatigoso arte de desasnar y adoctrinar mancebos— fueron echados de sus iglesias, colegios y patria. Fue cuando los alaraqüentos y sanguinosos “tumultos” que el afierado visitador Gálvez aplacó blandiendo terribles castigos de horca, degüello, destierro y ciertos edictos conminativos. Sólo así envainó sus iras.

Con esto, dicho está, quedaron desiertos y abandonados el colegio, las dos iglesias y la matanza, en la que se fue añadiendo desmedro a desmedro, más que en las otras fincas. Al pie de algunos años, la Junta de Adjudicaciones, que se dio ancho placer repartiendo a manos llenas las temporalidades de los jesuitas, adjudicó la ruinosa matanza a la Intendencia de San Luis Potosí y ésta la convirtió en cuartel. Lo demás, lo partió en solares que puso en venta. Uno de ellos, al norte de la dicha matanza y pegado a ella, lo compró el teniente coronel de Dragones, don Pedro Arista. En él sacó de cimientos una casa habitación, misma que recibió a su hijo Mariano cuando, en 1802, entró a este valle que tantas penas y glorias le habría de dar: una vida trabajosa, la Presidencia de la República (1851-1853), destierros y el irremediable fin a bordo del vapor inglés Tagus, cuando iba a reparar quebrantos corporales, de Sevilla a Francia, en 1855.

Muy derrubada ya la dicha matanza la ocuparon como cuartel de las fuerzas virreinales. Por 1814 se llamaba Cuartel de Provinciales o Cuartel de Dragones, tanto monta. El hecho es que servía para aposentamiento de la soldadesca y era una de las plazas fuertes de la ciudad. Para hacerla más fuerte aún, a los primeros rugidos de la independencia, mientras el intendente don Manuel Jacinto de Acevedo, boquiflojo, pusilánime y gotoso incurable se metía al Hospital de San Juan de Dios a reparar sus perennes alifafes con emplastos, clisterios y ciertos elixires

confortativos y medicamentos, el comandante don Toribio Cortina hacía aprestos para el caso (¡Dios nos tenga!) de que la llamarada insurrecta flameara por acá. Uno de esos aprestos, allende de los que aparte tomó Calleja, como los de arrestar a ciertos sospechosos, como el de degollar a Fray Antonio de Otahegui, como el de “suicidar” al padre Vargas, amén de otras menudencias, fue el de rodear de estacas toda la calle testera del dicho Cuartel. De fijo, para aquella fatídica noche del 10 de noviembre de 1810, ya estaban enclavadas allí las tales estacas, según consta por la deposición verbal que hizo don Benito Campero en la causa que, por infidencia, les substanciaron a José Esparza y a su hijo adoptivo Diego. Atestó como puntual testigo el supranominado Campero:

Que la tarde de ese día (las víspera de que Villerías y socios hicieran armas contra el gobierno virreinal), yendo el que habla para su huerta, se encontró hacia el zapote con don José Esparza y su hijo Diego; que luego que se saludaron, trabaron conversación, y se fueron ya los tres reunidos para su huerta; que allí le dijo Esparza que fuesen a ver el cerco o estacada que había hecho don Toribio; que, en efecto, fueron los tres a la ver; que estando dentro della trataron de con los pasos medirla, y entraron en discusión de qué número de gentes cabrían, pues aseguraba Esparza que tres mil, y el deponente que más. Acabada esta conversación, se salieron; y ya viniéndose, le dijo Esparza que se decía que aquella estacada se había hecho para encerrar criollos; que de allí se volvieron a la huerta, de donde como a las horas de la noche se salieron, y ya viniéndose le dijo Esparza: "Mañana es el Día del Patrocinio"; y habiendo andado como veinte pasos le repitió lo mismo, añadiéndole que era el día grande.

Queda, pues, con cartel de bien averiguada verdad, que hubo allí hecha, y muy bien hecha por don Toribio Cortina, comandante de la plaza, una cerca o estacada de cierto grandor en su amplitud como que podrían caber dentro de ella "tres mil gentes o más". Muro niega la existencia de la tal estacada, pero no hay que hacerle caso. En éste, y en otros muchos asuntos de su *Historia de San Luis Potosí*, como no era investigador ni hurgó con sabia minuciosidad, sino que escribió copiando, resbaló en hartos y grandes desatinos.

A la hora de la verdad, que no tardó ni tantito así en llegar, el memorado cerco o estacada sirvió para maldita la cosa, porque no allí, sino enfrente de la casa del comandante Cortina, donde estuvo el horroroso Cine Othón, fueron las bregas y enojos. Los insurrectos, habiéndose apoderado del Cuartel de Artillería —donde se encontraba, por Madero, la Tesorería del Estado—, con arrabiada furia y ardimiento empezaron a dar batalla al dicho comandante, y no cesaron en sus

hostilidades y estragos hasta tener a don Toribio, rojeados rostro y pecho con su sangre, en sus perinquinosas manos.

De modo que la estacada resultó inútil, pero siguió allí, frente al cuartel, y más valía que no hubiera seguido o que los insurgentes la hubieran hecho brasas, como que a poco andar sirvió de filosa arma para un sangriento sucedido.

A la que nominaban Bernabea le bullía en los pechos una como llama desasosegada que la despeñaba sin freno en todo género de liviandades. No era de aquí, le dio la luz en Bocas. Allí, desde niña, daba cara a todos los pelandrines de la contorna. Y como sus favores pasaban la raya y llegaban a lo vedado, un día, sin más, encontróse de repente en muy cabal y visible estado de buena esperanza. Notáronlo los padres, pasáronlo a los oídos del rectísimo administrador de la hacienda don Juan Nepomuceno Oviedo, y éste, sin muchos atareos, dio presto con el autor de lo que Bernabea llevaba en cierne. En pago y trueco lo hizo que tomara estado con ella. La mujer, y más teniendo junto a sí quien la gobernara muy de veras, quedó escarmentada, muy señora de sus pasiones, muy apegada a su marido y no volvió a ser causa de malhablares.

En eso llegó el bando de Calleja, quien tenía en muy mucho al amo Oviedo, instándole para que lo valiera con gente armada a fin de hacer frente a la insurrección. No se lo dijo a tonto ni a sordo, sino a quien más ganas tenía, como que ya desde antes su padrino, el célebre doctor Cos, le había dado la voz de alerta, Hernández y Dávalos publicó la epístola. El amo Oviedo acudió de los primeros a la formación del ejército de Calleja con 180 de sus criados, los celeberrimos cuanto bravos Tamarindos, por la color de la gamuza de su atuendo. Entre ellos iba el esposo de la Bernabea.

Los Tamarindos, con el amo a la cabeza, fueron la flor y nata del ejército realista. Con ímpetu y braveza, muy alzadas las crestas y los bríos, hicieron gala de los filos y aceros de su valor en Aculco; en la reconquista de Guanajuato, donde las pringosas chusmas de Hidalgo "les echaron harta vara y mucha flecha" y donde Calleja hizo especial mención honorífica del teniente coronel Oviedo y de sus Tamarindos; en el Puente de Calderón, donde, según el parte del mismo Calleja "el elogio del honor, valor y pericia de los jefes y oficiales, lo hace la misma acción"; en la toma de Zitácuaro y en el memorable sitio de Cuautla. Allí encontraron el fin de su hazañoso guerrear, al cabo de tanto buscarle la cara a la muerte, el amo Oviedo, cuatro capitanes y once oficiales de los Tamarindos, uno de ellos el marido de la Bernabea.

Con la triste nueva de que su cónyuge había rendido la vida en el sitio de Cuautla, todo el ánimo se le amustió a la Bernabea. Como que se le trabucó el juicio, como que lo arrastraba entre nieblas. Dióse de lleno a vagar por entre las calles de la hacienda; después alongó sus pasos y ya no hacía otra cosa más que recorrer los montes. Traía la vista divagada, con un mirar plomizo y melancólico sin curarse de nada, ni de las piedras filosas ni de los breñosos matojos ni de las víboras. Fiados en su demencia, los zarzales le hincaban con zaña la dolorosa agudeza de sus pinchos bravísimos. Y ella, que antes vestía tan arreada, acabó con las vestes y las carnes laceradas.

Una curandera del vecino Valle Umbroso la amparó y la cogió por su cuenta. Dictaminó que el corrimiento de los humores por el fatal acaecimiento le había carcomido el seso y la había hecho resbalar a aquella apasible locura. Para recoger esos humores y volverlos a su punto, le suministró constantes jarabes confortativos y tlalchichinole, de hojaseén, de suelda, de orejuela de ratón, de romero, de tabardillo, de manzanilla y de mala mujer; para purificarle la sangre, la hacía beber julepes imbebibles, de esos que llaman cordiales, a base de estafiate, aguas de rosa, de limón y de canela, de las de nueve infusiones al sereno y con pringuitas de hierba sin raíz.

Le aplicaba por todas partes continuas ventosas; la santiguaba de seguido con la vela de Nostramo y la asperjaba con sangre tibia de chuparrosa, a fin de desbaratar las malas sombras que le anublaban el entendimiento; le plantaba ardientes cataplasmas de boñiga tanto en la nuca como en la frente para templarle las humedades flemáticas y se le asentara el juicio.

En fin, la bruja apuró toda su sapiencia para enderezarle el sentido. Y aunque ,dice, y dice bien, una fable vieja que "mujeres atrevidas, quitan las vidas", esta vieja no se la quitó a la Bernabea, al contrario, de allí a poco se vio que ya comía, que ya no le daba por vagar entre lo breñoso, que ya hablaba en razón, que había recuperado todas las potencias, que ya no tendía tanto sus lánguidos ojos a donde decían que estaba Cuautla.

Las incesantes correrías y los largos ayunos habían dejado a Bernabea con el cuerpo tan lleno de cicatrices como vacío de carnes. Era un puro esqueleto erguido y lanzal. Con bebedizos sustanciales y platos nutritivos, todo en una subsiguiente operación, la vieja curandera le repuso las prístinas formas y el color.

Si el áspero tratamiento le disolvió las malas natas que le trabucaron la razón, le desató, en cambio, las adormidas pasiones de la muchachez. No se supo si por uno de los remedios o por otro o por todos juntos, el caso es que la llama aquella

tornó a flamear en su ánima con renovado y brioso desasiego. Dióse de nueva cuenta a disolutas disipaciones y hubo ,por sus damnables bureos escandalosos, de perder la tierra. Se vino a San Luis.

Le atraían los milites. Buscó dares y tomares con los internos del Cuartel de Dragones Provinciales, como les decían, aunque no eran tales, sino de las nuevas milicias creadas por Calleja cuando, con los auténticos Dragones Provinciales, los Fieles del Potosí y los Tamarindos (entre los que iba el marido de Bernabea) se fue a mover guerra contra los insurgentes. Se ve que en las más soterradas telillas de su ánima y sin el juicio del todo acabalado, la infeliz mujer procuraba en los milites vivos a su Tamarindo muerto.

Bernabea tuvo amistades placenteras con uno y con otro y con otros, con muchos, pero no faltó quien se le aficionara de pie. Éste la quiso para él, sólo para él con frenesí goloso; no consentía socios. También a él le parpadeó el entendimiento, hasta que quedó en lo oscuro por la pasión. Hubo entre él y ella, por las irrefrenadas generosidades de la mujer, inacabables contradicciones rijosas, mamporros y amenazas. Mas no por eso se aplacó la Bernabea. Seguía en sus malas andanzas, y con los propios milites del mismo cuartel.

Por fuerza hubo de llegar el día en que al burlado amante ya no le pareció conveniente ni necesario tolerar tantas y tan constantes infidelidades que tan cruel batería le daban, por lo que determinó acabar con ellas o, si no se enmendaba, con ella. Y así se lo hizo saber. Mas esta prohibición tan conminativa sólo fue añadir llama a llama y deseo en el ardiente cuerpo de Bernabea. Más todavía, tomó la amenaza a figa, con lo que los rencores del hombre se afieraron en demasía.

Esa noche, todo él corajoso y encendido, se dio a espiar los pasos de Bernabea. A hurto se escapó del Cuartel de Dragones y se apostó cerca de la casuchilla donde vivía su coima, al otro lado de La Corriente, por la misma calle Real de Santiago. Oyó tocar las ánimas; las campanadas lo cogieron aparejando el daño que le tenía destinado a Bernabea. Un daño tal, no a látigo ni a belduque, ni a simple mamporro o a pedrea; un daño tal que, a la par que le sirviera de castigo y ejemplaridad a la loca esa, le sosegara definitivamente sus adementadas ansias vindicativas a él. Acabó de pasar la última campanada y prosiguió aguardando a que saliera Bernabea.

A boca noche apareció ella, muy segura y confiada en el embozo de lo oscuro, enrumbó sus pasos hacia el cuartel. La calle Real de Santiago estaba tan llena de tinieblas como vacía de ruidos, por ventura el rozar de algún rucio o el ladrido desvalgado de algún perro. Sin darse cata de la seguía, Bernabea cruzó La

Corriente; más acá, con andar cauteloso, se allegó al cuartel. Ya cerca, lanzó un silbido, que era como el santo y seña, al que contestó el de guardia, en forma de contraseña, como diciéndole que sí, que el campo estaba franco, que se arrimara, que no había ninguno afuera.

La Bernabea se aproximó al de guardia y los dos cortaron placenteramente las correas que sofrenaban las pasiones que hervían en sus pechos.

Según estaban, no se dieron cuenta ni de como sí ni de como no. El caso es que el otro, después de tantear despacio las cosas, con táticos y atentados pasos, les saltó encima embestiadamente y los derribó a los dos. De caídos, al uno, con una patada burreña, le enajenó el sentido; a la otra, que era el motivo de sus furentes enojos, como traía en sí desatada la razón y esto le ciendoblaba las fuerzas, sin darle tregua para un grito, un quejido o un simple suspiro, la acogotó hasta exprimirle toda la vida. Luego, tal como lo había lucubrado para dar cabal cumplimiento a su ira y al castigo, cargó a la mujer, la levantó tan alto como pudo y la clavó en una de las estacas, en una de las más chaparras, más filosas y más próximas al cuartel.

Dios amaneciendo encontraron a Bernabea plácidamente acucillada, envuelta con recato en su rebozo, con el cuerpo atravesado por la estaca.

De la mala muerte de Bernabea retomó nombre esta calle. De entonces para acá la apellidaron la calle de la Estacada, como también al cuartel, cuyo nombre pasó a ser Cuartel de la Estacada.

Demediando el siglo, cuando aquellas cruentas sanfrancias entre los dos credos, toda la patria era campo de guerra, los generales Vidaurri, que venía del norte, y Miramón, que salió de México a recibirlo, tuvieron un memorable reencuentro en Ahualulco, el 29 de septiembre de 1858. Miramón le infligió a Vidaurri tan colosal derrota, que alas les faltaron a los liberales en los pies para correr.

“A las cuatro de la tarde pasaron a todo escape por La Parada como cuatro mil dispersos entre los que iba el gobernador de Guanajuato Sr. Francisco Verduzco, Evaristo Madero, Ignacio Zaragoza... y mi humilde persona”, escribió don Francisco Gamarra en su *Historia contemporánea de San Luis Potosí*, inédita. Para memorar tal hecho, el victorioso general determinó convertir la calle de la Estacada en monumento de tamaño triunfo, y así, el 11 de octubre dio el decreto respectivo, ordenando se rectificase, ampliase y se le impusiera el glorioso nombre de Ahualulco.

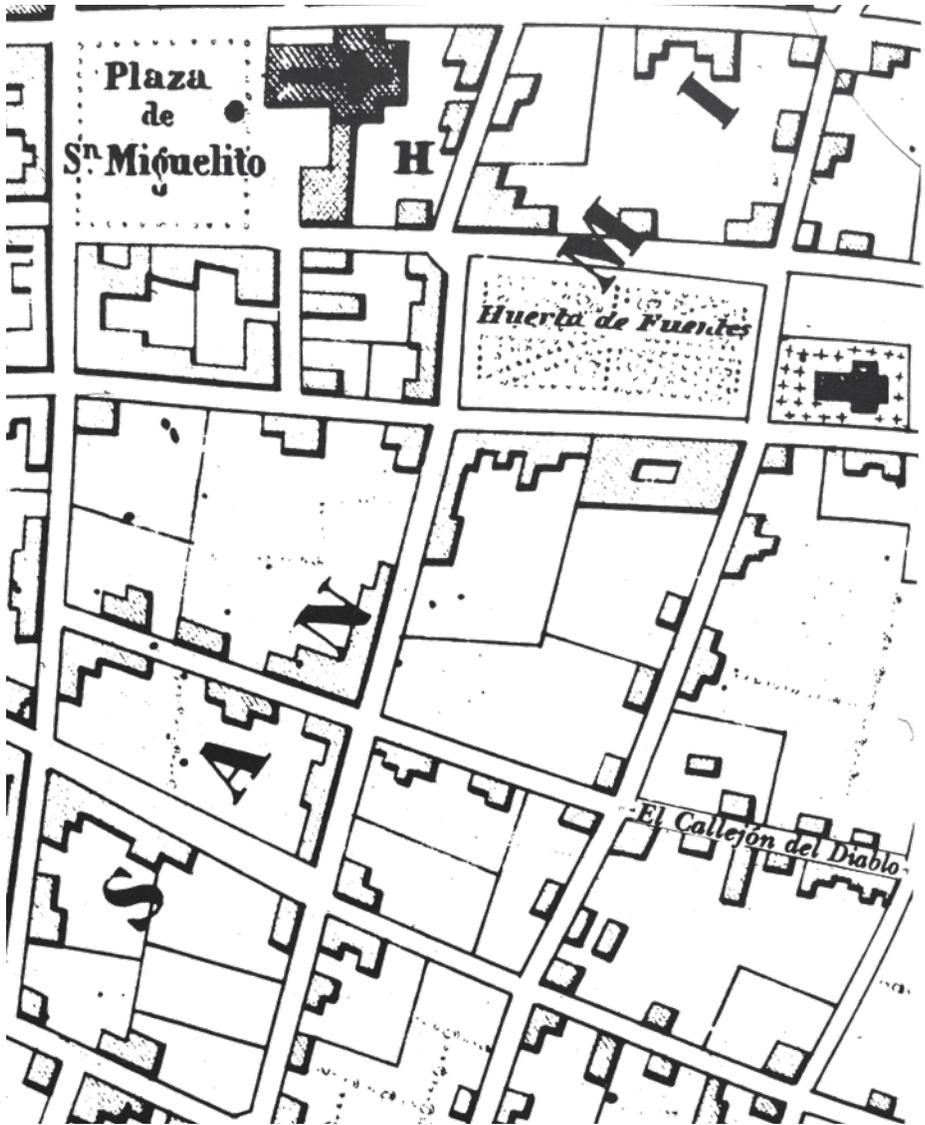
La dicha calle, hasta entonces, de real sólo tenía el nombre. Como una simple calleja, estrecha, torcida y polvosa, empezaba en la plazuela de la Compañía; a

poco andar, pasado el cuartel, la estrechaba más la informe mole de El Mesón del Refugio natural aposentamiento de todos los que entraban a San Luis por ese rumbo. Más allá de la Corriente, que era donde caían los límites de la ciudad y

Se derrumbó el mesón. Su dueño, don Hilario Delgado, removió cielo y tierra para impedirlo. No pudo. Después levantó una grita terca reclamando las perlas de la virgen como indemnización; exigía, nada menos, que cien mil pesos, y de aquéllos, en rigurosa compensación. Muy tarde, caídos ya como veinte años, al cabo de ir y venir entre justicia, alcanzó la mísera retribución de veinte pesos por todo.

Los liberales, que en Ahualulco tuvieron que soportar una de las más negras afrentas, ya gananciosos no podían consentir recuerdo tan grato. Durante las dictaduras juarista y porfirista, avenida de la Libertad, así le pusieron. Pero la costumbre era terca: cuartel y calle siguieron siendo de la Estacada; y éste siguió al cobijo de tal nombre hasta su demolición, en 1923, cuando el doctor Juan H. Sánchez dio con él por tierra para levantar en su lugar el edificio de la biblioteca de la Universidad.

Por las mismas fechas, el capricho convenenciero de la facción en turno escogió otro nombre para esta antigua rúa. En vez del nombre de una matada le impusieron el nombre de un matón. Pero este arbitrario bautizo no prosperó. El pueblo, cuando a ella le ponía en su boca, hacía referencia o de la calle de la Estacada o de la avenida Libertad, rara vez de la calle de Maclovio Herrera. Hoy se llama Damián Carmona, el Cuauhtémoc cuachichil que dejó el ombligo en el rancho de San Marcos, pertenecía de San Miguel de Mexquitic Tepetipacque, San Luis Potosí, que no en un inencontrado lugar sino en el sitio de Querétaro, sacó a relucir la impávida indígena.



El Callejón del Diablo ■

A dos cuadras al poniente de la plaza de San Miguelito y con su inicio en la hoy Miguel Barragán, se tendía el callejón del Diablo, hoy de Zamarripa.

Un siglo antes, en los tiempos de fray Joaquín de Bocanegra, ni linderos tenía.



Callejón del Diablo

El Callejón del Diablo

Para la ingenua y religiosa alma indígena, un mitote, una conmemoración, un acaecimiento de cierto pro, resonaba hueco, fofo, insípido, si dentro y fuera de él no había, y copiosamente, funciones de iglesia, perorando, con muy pulida retórica gerundiana, los mejores picos de oro del viejo San Luis, tranquizazos de cohetes, maromear de campañas, ostentativas procesiones con flamantes pendones, estandarte, hachas y candelas, chinguiritos, brebajes y toda clase de tragonía vernácula. Por eso, apenas tomó forma el pueblo o república de San Miguel, San Francisquito y la Santísima Trinidad ,hoy San Miguelito, sin ningún otro aditivo, sus habitantes, los tarascos y tlaxcaltecas, compeleron a los frailes franciscos, sus doctriberos, para que les erigiesen una cofradía. No querían, ni podían, ser menos de los españoles, los guachichiles, los otros traxcaltecas y que los mismos negros, que ya tenían su piadosa asociación de Los Morenos.

De este modo, en 1631, gobernando la Mitra de Valladolid don fray Francisco de Rivera, con su episcopal venia, se fundó en el citado barrio, aliñada con estatutos propios, la Venerable Cofradía de la Santísima Trinidad, a quien estaba dedicada una párvula ermita, la primera que allí se levantó, en la actual calle de Vallejo, antes de llegar al jardín; ermita de la que no se conserva ni memoria.

Desde entonces, al arrimo y devoción de la Santísima Trinidad, los naturales del nominado pueblo organizaron su vida religiosa y social. Artesanos, y muy buenos, llenos de habilidades indecibles, diestrísimos en majar el oro y la plata, que por eso los trajeron, y en escoplear madera y en taracearla y embarnizarla; y en moldear toda clase de vasijas, eran los tarascos; no se quedaban nada atrás los tlaxcaltecas, también ellos habilidosísimos obradores en las diversas menestralías. Unos y otros, a fuer de cristianos viejos que eran, urdían muy rumbosas fiestas y ceremonias en su ermita, y pronto las celebraciones de la Santísima Trinidad, del flamífero arcángel San Miguel y del seráfico padre San Francisco alcanzaron alto predicamento en el santoral del viejo San Luis.

Por los conmedios del XVIII, un siglo después, ya estaban matriculados en el *Libro bezerro de la Cofradía* muchas de las gentes de viso de la ciudad, de los pueblos circunvecinos y aún de otros lejanos; y tenía ella en legítima propiedad, amén de algunas casuchillas para rentar a familias de pocos o ningunos posibles, bastantes cabezas de ganado grande y chico y uno que otro capitalito a censo redimible. La prístina ermita había caído, primitiva y por pobre, en desuso, y los franciscanos habían levantado otra, más capaz, en el ángulo sureste de la escampada plazuela, casa a la actual iglesia, con un precioso retablo “sobredorado, con dos cuerpos y medios, y en él un nicho en que está la imagen de la Santísima Trinidad” y muy abastecida de paramentos, vasos, ropas y platería. Todo a expensas de los cofrades trinitarios, cuyos propietarios eran.

Por entonces llegó al viejo San Luis el reverendo padre fray Joaquín de Bocanegra “exDefinidor de la Santa Provincia de Zacatecas y Cura Ministro por su Magestad (que Dios guarde) de la Doctrina del convento de N.S.P.S. Francisco”, a derramar sus apostólicos sudores en la supradicha república de la Santísima Trinidad. Tomó muy a pecho su comisión y dióse con fogoso celo a poner muy en alto pueblo, capilla y cofradía.

El afamado fray José de Arlegui, a quien debe San Luis las primeras amplias informaciones históricas conocidas, interpoladas por aquí y por allá en su *Crónica de la Provincia de N.S.P.S. Francisco de Zacatecas*, y la construcción de la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, hoy del Sagrado Corazón, puso además las primeras piedras del actual templo de San Miguelito. Este benemérito fraile vistió también las ropas de los cofrades de la Santísima Trinidad. En la nómina de los hermanos, una postilla a su nombre asienta que fue “especial bienhechor de la obra, quien la comenzó siendo cura Su Paternidad Muy Reverenda” o sea, por 1725 y 1728.

Años andando, fray Joaquín de Bocanegra continuó la fábrica, cuando pusieron en sus manos, como ya lo dije antes, el pueblo de San Miguelito, pero, más que todo, afanóse en la reorganización de la Cofradía de la Santísima Trinidad y en la depuración del culto. Lo cual fue como provocar al diablo.

De luengos años era mayordomo de la fábrica material de la nueva iglesia y hermano mayor o tenanche de la susodicha cofradía, Juan Macario, indio tarasco, y gobernador o cacique muchas veces del pueblo.

Este mentado Juan Macario era muy bien quisto por sus íntegros y eficaces proceder y mostróse siempre muy actuoso y capaz en sus cometidos políticos y religiosos: por sus incontenibles diligencias había perenne orden y sosiego en la república, y en lo tocante a la cofradía, las casuchillas de la misma lucían muy repintadas y sin

deterioro ninguno, el ganado crecía y los capitales a censo aumentaban, el nuevo templo tendía sus bóvedas y todo iba tan bien que mejor no podía ir.

Pero el dicho Juan Macario, por cuidar lo ajeno descuidó lo propio. Sus muchos y variados quehaceres de tenanche ,cuidando el culto y devociones, de mayordomo ,atendiendo la construcción, y de cacique ,velando por el bien público,, sisaban la atención que reclamaba su hacienda: una milpa en las tierras comunales que, por la incuria de su dueño, se transformó en un secadal requemado por el largo asoleo, y varias cabezas de ganado que acabaron por volverse nada.

Al consentirse inopinadamente en quiebra, acudió muy de tapadillo a los prestamistas de huarache, que lo acabaron de hacer más pobre todavía. Entonces, constreñido por la implacable necesidad, empezó a meter la mano en las arcas de la cofradía y a disponer de los ganados de la misma. Más aún, volteando la espalda a sus añejas y católicas costumbres, se enredó en bureos alegres y travesuras amorosas.

En los suburbiales del barrio, que entonces no estaban muy lejos, a dos calles de la actual plazuela de San Miguelito, del lado de donde se mete el sol, había una calleja, pegada por un extremo a la corriente de San Miguelito y por el otro, sin ninguna salida, que no es otra que la actual calle de Zamarripa, cuyo principal estaba ,en aquellos lejanos ayerés, en la hoy llamada Miguel Barragán, sin que tuviera puerta a otro rumbo, porque, a la altura de la hoy calle de Fernando Rosas, la obstruían milpas y solares.

En ese ombroso callejón, flanqueado por pequeñas huertas, corrales y puertas falsas, con unas cuantas casuchas escayagadas a todo su largor, sentó sus reales cierta brava y loquesca mujer. Traía muy negra ejecutoria. A su tiempo, la había corrido a otros barrios, del de Santiago, del de Tlaxcala, del de Tequisquiapan. En su aposentamiento se ejecutan cosas que no se pueden escribir, además de que se enfoscaban allí las malas pasiones.

La hembra ésta, como fiel servidora del demonio y de la carne, cometía nefarias acciones en perjuicio del prójimo, practicando la astrolatría o geomancia y las cerradas artes divinadoras, haciendo por encargo de malquerientes o resentidos, eficaces salaciones y aijos que no admitían curabilidad ninguna. Con esta perniciosa fémina se amigó Juan Macario.

Esa parte del barrio, de suyo tan recoleta y pacífica, era la más a propósito para cualquier saturnal. Siempre sola, siempre intransitada, diríase que por allí jamás pasó el ruido. Más, poco a poco, se empezó a saber que la dicha dama vendía remedios

para cualquier mal o apuración, que adivinaba, que echaba suertes; otra cosa, que algunos mozos apeligrados, de esos que nunca faltan, habían hecho allí su abrigo, porque la mentada mujer, además de infernales remedios, vendía amores.

No faltó quien pusiera en los oídos de Juan Macario los desórdenes que se ejecutaban en el domicilio de la ninfa aquella. A él, como el primer republicano, le competía hacer una inquisición sobre los desmanes que allí había y acordar las provincias relativas. En esto era, siempre había sido, muy celoso y estricto guardián del orden público; y a las pecadrices, sobre todo, las acosaba con indesviable y furioso denuedo.

Fue, entró de rondón y encontró suficientes causas para condenar a la mujer. No pudo aprehender a un mozo con el que solazaba, porque éste huyó veloz saltando las tapias, pero encontró muchos cuerpos del delito: monos de trapo pespunteados con espinas de nopal, numerosas pelotas de cabello, plumas y picos de búhos, cueros de víbora, polvos de todos colores, brebajes amarguísimos, jarros que despedían pestíferas tufaradas y muchísimos hechizos más. Con semejantes pruebas a la vista, Juan Macario dio por presa a la mujer y la llevó a la cárcel del pueblo para entregarla luego al capitán de la terrible acordada, por idólatra, bruja y hechicera.

En la sonochada, viéndose en las apretadas estrecheces de la mazmorra, la cautiva pidió hablar con Juan Macario. Acudió el cacique. Con sus endiantradas mañas, aplicóse la breve mujer a ablandar el rigor y la voluntad de su captor; con muy persuasivas razones le fue enmollado el ánimo, derrengando sus buenos principios, aficionándolo a ella, ganándosele, hasta que lo hizo del todo suyo.

Muy de madrugada, Juan Macario, perdida ya su libertad, le devolvió a ella lo que le había quitado la noche antes. Así como juntos habían llegado el antedía. Juntos salieron y juntos volvieron a los aposentos del ombrajoso callejón. Dicho está que Juan Macario ya era otro. Abandonó sus altos quehaceres, a su mujer, sus hijos y sus prácticas religiosas y políticas, y todo por aquella comadre de Belcebú. Ya se sabe, porque lo asienta un dicho decidero muy antiguo: el que de santo resbala, hasta demonio no para.

En el punto y hora en que fray Joaquín de Bocanegra tomaba posesión de la doctrina de la Santísima Trinidad y en que Juan Macario se había unido en punible e ilícito ayuntamiento con aquella fierabrás, esplendía el barroco en San Luis Potosí. Era el siglo de las más altas construcciones y de las más repompeadas ceremonias, por lo que el franciscano doctrinero dióse a engrandecer la cofradía y a concluir la fábrica. Aquella estaba muy despachurrada por las malas andanzas

de Macario; ésta llevaba tiempo sin que se le pusiera un ladrillo encima. Tan santos propósitos fueron causa de muy sonadas alteraciones y disensiones que sacudieron toda la plebanía.

La cosa empezó al llegar a los oídos de Fray Joaquín, los tristes y pecaminosos desavíos de Juan Macario. La noticia la acarreó la legítima esposa, con impacientes ansias y los pechos temblorosos de rencores. Y más le dijo, impelida por su dignidad contusa y herida, que su cristiano, de tiempo atrás, disponía a sus anchas de los dineros de la cofradía y de los ganados de la misma, que por eso estaba parada la fábrica, de modo que el nombre y la honra de Juan Macario quedaron en muy mal predicamento en los ánimos del fraile.

Llamólo éste, y el otro no acudió; buscólo con paternal solicitud, y aquel se escondió; cuando, finalmente, pudo dar con él, reconvínolo con amor exhortólo por las sacratísimas llagas de Cristo y de nuestro seráfico padre San Francisco, a desandar el mal camino que llevaba y a tornar a su católico sendero, y el tarasco le respondió con heréticos y blasfemos denuestos; entonces el misionero le exigió los libros becerros de la fábrica y cofradía, y el otro, rebufante de ira, barbotó insolentes denuestos y amenazas. A los gritos salió la coima, muy algarera y rijosa, peor de belisona. A uno y otro, sin nada de hiel en la lengua, amonestólos con mucha benignidad el padre Bocanegra, pero en vano; y así regresó a su doctrina con el pecho embutido de amargura.

No faltó quien se diera cuenta de lo anterior y llevara la noticia a los mayordomos y a los republicanos del pueblo. Saberlo y llenárseles las entrañas de incontenible ira, fue todo uno. Profiriendo palabras mal sonantes, retumbantes votoacristos y con palos y piedras en las manos, acudieron en masa a hacerse justicia por sí mismo. Mal la hubieran pasado Juan Macario y la hechicera de no haber intervenido a tiempo el padre Bocanegra, poniéndolos de paz.

La bruja, entonces, con tamaño peligro encima, porque los republicanos querían que el alcalde mayor de San Luis, don Julián Corsanigo, les substanciara la causa, al uno por ladrón y abusivo, a la otra por hechicera o jorquiña, idólatra y curandera y a los dos, por adúlteros, apeló a su compadre Belcebú.

Esa misma noche celebró un saturnal: sacrificó, en honor de Lucifer, un gallo prieto, y con los entresijos y sangre del animal, bien molidos y revueltos con un sinfín de hierbas malélicas, embarró de alto a bajo una imagen de San Miguel, para coparle sus arcangélicas poderes; manufacturó un mono de trapo, al que vistió de fraile, lo clavó con mil espinas a un nopal, donde hacían cruz las pencas, para quebrarle la voluntad y el ánimo al padre Bocanegra; quemó palma bendita

remojada en vinagre, haciendo satánicos exconjuros a las espesas humaredas que emanaba la cremación; finalmente, hizo un revolvimiento de cal, cisco, ceniza y otros polvos y con ellos, alrededor de la iglesia y de las casas reales del barrio, en el suelo y en las paredes, dibujó 13 signos cabalísticos de los más apelinados. Asegurada la protección de todas las potencias del infierno, la geomántica y Macario volvieron a sus pecaminosos divertimientos.

Sólo que no era fray Joaquín de Bocanegra a quien había cogido para sí la ira, sino a los republicanos y mayordomos; traían éstos los pechos rebutidos de crepitantes llamas vindicativas; en sus bocas hervían los juramentos, los porvidas, los votoacristos y los pesiatales más espantosos; hartaba su destemplada ira con retumbantes denuetos y maldiciones. Tanto le creció el enojo, que brincó la raya de la cordura y, después de una briosa sesión en las susodichas casas reales del barrio, se fueron, incontenibles, al aposento de la bruja para tomar cumplida justicia por su propia mano.

En tumultuaria y belisona asociación llegaron a la casa de aquélla. Con furibunda pedrea sobre la puerta, batiéndola rudamente con los palos, a la vez que profiriendo ofensivos pésetes y malsonancias, anunciaron su llegada. Como no les abrieran, redoblaron los golpes sobre la retrancada puerta y, a gritos y desafueros, juraron convertirla en pavesa. Al algarero alboroto respondieron los perros de adentro con rabiosos ladridos, replicando los de afuera con porvidas tremendos de muy resonante consistencia y maldiciones espantosas. Finalmente, al ver que no salía nadie, cargando entre muchos una enorme piedra berroqueña se lanzaron como ariete contra la bien cerrada puerta.

No alcanzaron a tocarla. En el fondo del callejón retembló la tierra, apareció de súbito una gruesa polvareda, resonó un relincho estridentísimo y volaron porción de piedras por los aires, un ruido horrisono, como de mil potros salvajes desbocados, se les vino encima, envuelto en una apretada nube de polvo que colmaba la calleja; de entre el polvo saltaban rayos y truenos, cuyas crepitantes chispas alumbraban con rojizo resplandor las azogadas caras de los asaltantes, las derrubiadas tapias, los mezquites y magueyes y, al mismo tiempo, esparcía un mefítico olor a azufre que tajaba el resuello y anublaba los entendimientos, de tan fuerte e irrespirable.

Toda aquella polvareda, todo aquel ruido, todo aquel retumbante cimbramiento de tierra, toda aquella explosión de luz, toda aquella endiantrada alharaca, todo a la vez, provenía de un raudo caballo de descomunal alzada, como de percherón gigante que, a rienda suelta, recorría todo lo largo del callejón; embistió rabioso a los hombres y los desperdigó con la sola arremetida. Todo en un santiamén.

La bestia, como apareció, desapareció. Quedaron por el suelo, yertos, unos sin respiro y sin el ejercicio de los sentidos acalambrados otros, en un grito, revolcándose de dolores; otros más expeliendo dientes entre toses, pujidos, doloridos válesmes y bocanada de sangre, apunto de fenecer; y todos, por la intempestiva acometida, hechos una pura alheña con el esqueleto desconcertado y las carnes tumefactas.

A ninguno, cuando estuvieron en condiciones de pensar, le cupo la menor duda de que aquello fue cosa del demonio. Así se lo dijeron a fray Joaquín. Con esto se le embutió más el pecho de amargura. Desde entonces, durante varios días, todo desvaído por amor de aquellas almas en el seno de la perdición, el buen fraile se dio por entero a muy afincadas plegarias, ayunos inacabables y a rigurosas penitencias, añadiendo dureza a dureza, sobrepasando lo llevadero.

En el barrio, mientras tanto, arraigaba más y más la convicción de que el callejón estaba endemoniado. En las noches, desde la oscurecida hasta la amanecida, el descomunal caballo hacía sus horrendas apariciones, oyéndose hasta muy lejos el desenfrenado galopeo. Con tan pavorosa fama, ni los mozos goliardos, por más que anduvieran a sus once vicios, osaban arrimarse por ahí.

La jorquiña perdió clientela, y de ahí poco desapareció también ella. Sólo quedaba el diablo, que proseguía haciendo sus apariciones en forma de caballo corriendo a carrera tendida. Era cuando el callejón, de sólito tan vacío y tan solo, se llenaba de polvosas nubes, de crujientes lumbraradas, de azufrosos olores y de ruidos de cascos cuyas resonancias se quedaban por largo rato pendoleando en el aire.

A fray Joaquín le despachurraban el corazón esas cosas. Las conocía de oídas, jamás pudo verlas. Día tras día, en la sonochada o al demediar la oscuridad o en la madrugada se allegaba con el pecho colmado de cuitas al malfamado callejón y o ya habían pasado o todavía no sucedían o sucedían después de haberse retirado él.

En una de tantas, alcanzó a divisar de lejos los rojizos resplandores que coloreaban las polvorosas nubes y aún alcanzó a percibir el cozcoquejo galopeante y los estrepitosos ecos. Corrió al callejón. Sólo quedaban las pestíferas emanaciones azufrosas, pero nada de diablo convertido en caballo.

Luego, sin que se sosegara aún la tolvanera ni se desvanecieran los olores, paso a pasito, con el alma toda recogida a su interior, musitando exorcismos, con mucha devoción y acato tomó en los pies el camino al manchoso aposentamiento de la bruja que le embebió el seso a Juan Macario y lo postró en un vituperable descreimiento religioso.

Allí, al par de la puerta, todo él ardido de fe, redobló sus preces por las dos ánimas embutidas en la perdición. Discurrió así, solo, muy solo en el silente callejón, por grande rato. Hasta que un quejido, un lamento a somormujo, un debilísimo grito lo vino a sacar de su embaimiento. Le pareció oír la voz del tenanche desviado. No necesitó forzar puertas ni brincar tapias, porque franca estaba la entrada de la casa desierta y oscura.

A tientas y a palpas, tomando como norte la proveniencia de aquellos desmedrados lamentos, fray Joaquín dio con el ostugo donde yacía el doliente. Al pálido claror de las estrellas, pudo ver a Juan Macario tendido en el suelo vil, con un gran desbarato del estómago que rompió en sangre, presa temblorosa de arraibiadas tercianas, desecadas las carnes, en una desmayez finítima a la muerte y sin nadie que lo valiera en tan apurado trance.

Fray Joaquín comprendió que Juan Macario no podría pasar adelante con semejante carga. De la alquitara de su seráfico corazón transvenó en el agonizante toda la caridad curativa que le fue posible. Discurrió lo demás de la noche a la cabecera de Juan Macario, aparejándola el alma para el trance final que se veía inevitable.

El tenanche a veces se hundía en desmedros tales, que parecía que en ese punto se le iba la vida; fatigosamente salía de ellos, pero sólo para verse acosado por legiones de diablos que le tundían embestiadamente alma y cuerpo; relampagueaban sus vidriosos ojos, bañados de pavor; barbotaba espumarajos y desconciertos ininteligibles; de vez en vez hacía su aparición el infernal caballo, que se revolvió en el cuarto, sobre el muriente moliéndolo a coces. Más de una de éstas le tocó a fray Joaquín, que en tamaña apuración blandía exorcismos y santiguos.

Al clarear el día se vio al fraile salir de aquella casa, abrigadero que fue de rufos y maleantes y fábrica de aijos y salaciones, cabizbajo y fatigado, suelto el hábito desceñido, halando con su cordón franciscano, al que iba atado el caballo percherón causa de tantos miedos. La bestia, antes tan fiera, desbocada y briosa, lo seguía mansamente, con la testuz humillada. Se vio a fray Joaquín, seguido por el animal, enrumbar sus pasos, a través de los solares, hacia los retirados y saxosos campos, orillados de mezquites y pirules del lado de los Charcos de Santa Ana.

A poco volvió, solo, a paso cancano, todo él enclaustrado en su mundo interior, al socucho donde yacía Juan Macario esperando su fin en un sosiego inalterado, rehecho a la fe, desalmenada su alma de orgullos y pecaminosas intenciones. Redimido de las brujerías, no ansiaba más que salir de este mundo pecador, purificado y fortificado con la recepción de Nostramo.

Fray Joaquín aprovechó este singular y terrífico acaecimiento para proponerlo a la plebanía del barrio como escarmiento y ejemplaridad. Ni qué decir que en todos los pechos arraigó más la fe, y en muchos en quienes había caído en desmedro, renació con ardorosos bríos. El sobrenatural sucedido difluyó por todo el viejo San Luis y arrastró a las gentes, lo mismo principales que pecheros, a matricularse en la Cofradía de la Santísima Trinidad que, por lo mismo, ensanchó su fama y quedó muy opinada. Fray Joaquín la rehízo entonces.

Todo ello consta en un precioso y antiguo volumen, de muy lindo frontispicio con marco acuarelado policromo, de fina y elegante caligrafía y que se conserva en el archivo de la parroquia de San Miguelito. Dice él:

Libro Bezerro en que se han de poner los Decretos que acordare la Vene. Messa de esta Santa Cofradía de la Sma. Trinidad y así mismo de las elecciones de OficiOs para su gobierno. Comienza este presente año de M.DCC.XL.VIII (1748), en que se resucitó dicha Cofradía y se agregó a la M. Ille. Archicofradía del mismo Título de la Ciudad y Corte de México, a la solicitud del R.P. Fr. Joachín de Bocanegra. ExDefinidor de la Sta. Prova. de Zacatecas y Cura Ministro por su Magd. (Dios le guarde) de la Doctrina del Convto. de N.S.P.S. Franco. de esta Ciudad de San Luis PotozÍ, como más latamente consta de los instrumentos que obtiene y guarda dicha Santa Cofradía.

En este libro vemos que, a raíz de los acontecimientos de suso, acudió la gente de alcuña muy hermanada con los naturales del barrio, a inscribirse en la cofradía. Allí está, como primiserio, el párroco de la ciudad don Antonio Cardoso; como guardián el bachiller don José Francisco Álvarez Castellón; como cofrades, nada menos que el M.R.P. Provincial fray Antonio Rizo, fray José de Arlegui ,el afamado cronista, don José de Erreparaz ,capitán de infantería y síndico general del convento de San Francisco, don Joaquín de Otahegui, don Manuel Iriguez del Vayo ,hijo de don Bernardo, alcalde mayor que fue , doña Ana, de la opulenta familia Maldonado Zapata; muchos de fuera, entre los cuales don José Rincón Gallardo ,mayorazgo de la Ciénega de Mata, todos en amorosa convivencia con los indígenas Juan de Santiago ,rector mandatario, José Joaquín ,diputado ayudante, Juan Bautista ,vaquero, y con las oficiales mujeres ,tenanche hermana mayor María de la Concepción, Agueda María ,ayudante de la tenanche mayor, y otras más.

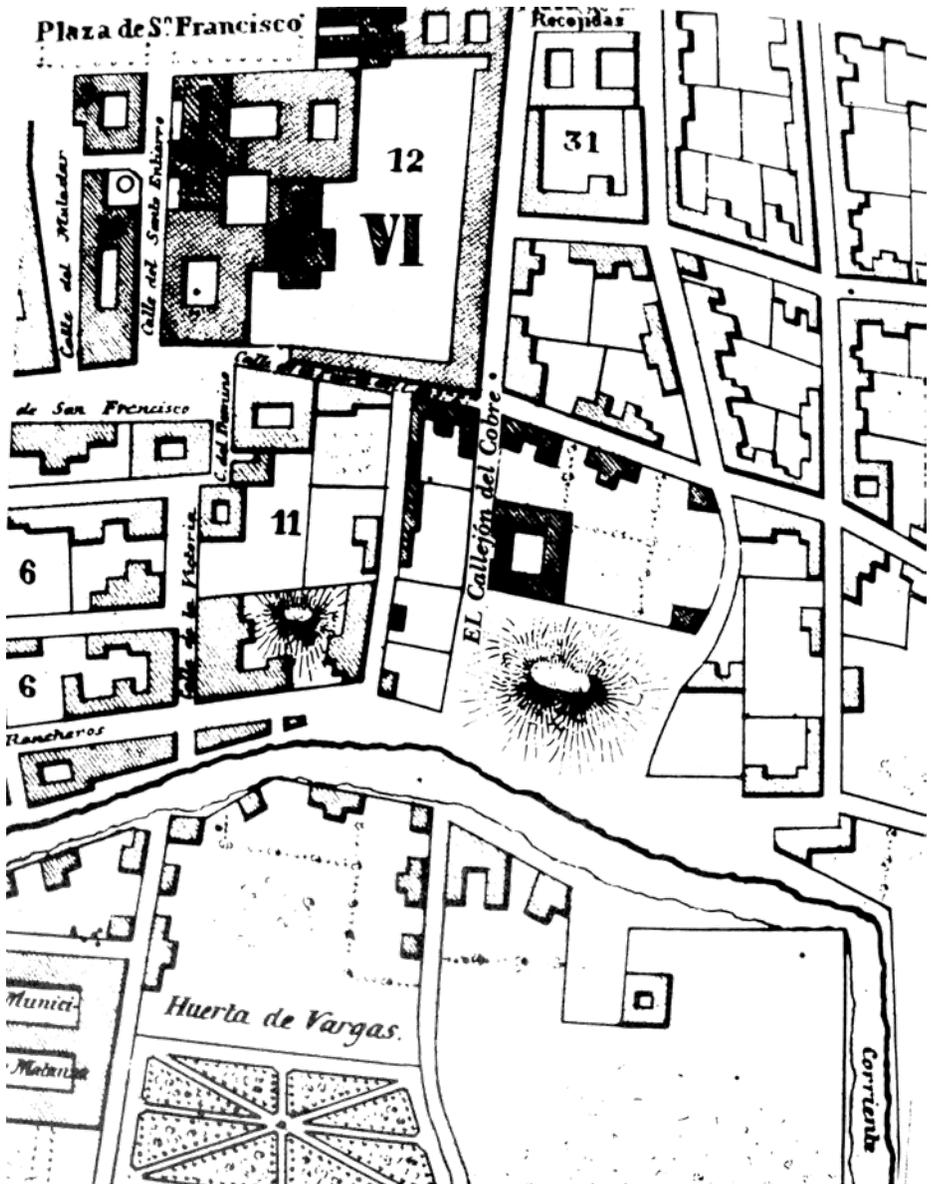
Y, para el caso (Dios nos guarde) de que se repitiere el triste suceso de Juan Macario, y para evitar que se viere en el mismo abandono cuando más necesitado se es de pronta ayuda y socorro, dictó fray Joaquín muy atinadas providencias, como éstas:

Ítem, se ordena y manda que cuando alguno de nuestros hermanos enfermase, lo visiten; y si estuviere a punto de muerte, tengan obligación los mayordomos de dar hermanos que lo velen, y los dichos hermanos que obedezcan, so pena de dos pesos para la cera de dicha Cofradía; que en su entierro lo acompañen todos los hermanos, los cuales lleven candelas de cera encendidas de la Cofradía.

Por el celo de fray Joaquín, los fondos que malrotó Juan Macario cuando era hermano tenanche mayor encargado de la fábrica del templo, se repusieron con diligencia. En 1747, a poco del fenecimiento de éste, se estaba “haciendo iglesia muy buena de bóveda”, la cual vino a quedar concluida por mayo de 1752, con sus retablos de madera sobredorada.

Y desde que se le dio tierra a Juan Macario, se estableció como ley el que salieran los cofrades rezando el rosario “por las calles de este pueblo la noche del aniversario (o fiesta) por los hermanos difuntos.

El callejón del Diablo, denominación que subsistió oficialmente hasta 1915, no es otro que la primera cuadra de la actual calle de Fernando Zamarripa —el sacerdote insurgente oriundo de Soledad de los Ranchos, a quien le llegó la muerte en la mazmorras de San Juan de Ulúa—, teatro de los desdorosos embrujos, de las locas carreras del diablo convertido en caballo y del mal acabar de Juan Macario, el hermano tenanche mayor de la Cofradía de la Santísima Trinidad, que noramala sacó sus pasos del buen camino.



El Callejón del Cobre ■

Entre la Zanja o Corriente —Reforma— e Independencia, y Comonfort y Rayón, estuvo la Casa del Cobre, que dio nombre al callejón. En el plano se ve una reliquia de los muchos graseros que se formaron por todo el poniente y norte de la ciudad, a la vera de la Zanja en aquellos remotos ayeres.



El callejón del Cobre

El Callejón del Cobre

Nada lo ilustraba al infeliz. Desbaratado, yermo y polvoso, requemado siempre por los diturnos asoleos, cubierto de jales y cascotes, lo limitaban por los flancos dos largos tapiales cacarizos. Hacia la mitad de éste, se tambaleaba una vetusta vecindad toda reducida a lo postrero; y en la de aquél, la fornida Casa del Cobre, siempre sola. Una y otra, provistas de sendos portones de guijo, señalaban el único par de construcciones que en todo su largor había.

Nunca lo transitaba nadie. Si acaso, la paupérrima familia que cuidaba la ruinosa vecindad y el guarda de la Casa del Cobre, que muy temprano salía huyendo de tamaña soledad. De un lado, y a la cuadra apenas de la puerta falsa del convento de San Francisco —hoy plazuela de Aranzazú—, estaban los andurriales del viejo San Luis; del otro, la desolada y arenosa Corriente—hoy calle de Reforma—, orillada de nopales y magueyes entecos, celaba los límites de la Villa de Tequisquiapan.

De no haber sido por la Casa del Cobre, ni apelativo tendría. Fue por ésta, y no por ella misma, por lo que el vulgo decidor le puso a esa tripa de tierra estuchada por los tapiales susodichos “el callejón del Cobre”.

Desde que la mentada calle, en ignoradas fechas, apareció en el concierto de las rúas del viejo San Luis, por yerma y orillera la repudiaron todos. Esa tierra parda y reseca en lejanos tiempos sólo sirvió para que tiraran los jales de las vecinas haciendas de beneficio que la limitaban. Ni siquiera la rotunda y resinosa armazón de los árboles piruleros o los matojos la alegraban. Sólo lagartijas y alimañas triscaban a su placer entre las insoladas carcavinas y escoriales.

Por eso, cuando la Casa de la Moneda precisó de una fundición para las cuartillas y reales del cobre, se pusieron los ojos en este olvidado lugar, a fin de que las mefíticas emanaciones del dicho metal no apodrecieran los purísimos y claros aires de la ciudad. Así nació la Casa del Cobre.

Le daban el ser a la tal casa unos amplios galerones y unos anchurosos patios y corrales. Después, muy después, abandonada la fundación, únicamente sirvió de bodega para almacenar las máquinas viejas, los telebregos, los carretones, la mulada y la leña de la Casa de Moneda. Extinguida ésta, la carcomió golosamente un abandono total sin estorbo ninguno.

Por 1903 el jefe de la zona militar, viéndola cómo caía de menos en menos, tramitó ante la Secretaría de Guerra la adaptación de esta vieja y preterida fábrica, a fin de convertirla en cuartel. De este modo se transformó en el ‘Cuartel del Cobre’, como se dio en decirse, y en su amplio recinto se coló el algarero 22o. Batallón.

Pero esto fue ya muy acá. Hacia los conmedios del siglo XIX, en los guerrosos años sesenta, el callejón del Cobre, por solitario y feo, no era más que un marginado paraje riesgoso que instaba con urgentes ansias a la comisión de cualquier fechoría.

Y así fue. Llegado de no se sabe dónde —al menos yo no lo sé—, con apetitosa cantidad de oro en sus faltriqueras, se aposentó en el viejo San Luis don José María Tenorio, peninsular de nación. A fuer del negociante allegador y echando peso sobre peso, ora por aquí ora por allá amacizó su fortuna sobre los rudos cimientos de las muchas casas y casillas que adquirió. Puestas en arriendo, le producían mes por mes bien saneadas renterías que le agrandaban su caudal y le alegraban sus ocios.

Era este don José María un sujeto frisado en los setenta años o más y poseedor legítimo de un carácter repleto de extremosas intransigencias para el cobro de sus rentillas. Como no tenía qué hacer, encaminaba todos sus desempeños dando cara cotidiana a los inquilinos para recabar con pertinaz puntualidad las rentas. Ignoraba las esperas apacenciadas. Sólo cuando le caían en la mano los redituales contantes y sonantes, envainaba esas urgencias.

Este acoso en los cobros, y con ansias tan desatadas, no sólo fue causa de la hosca malquerencia de sus inquilinos y de que intercambiase de continuo con ellos frases de pesadumbre y roncadas maldiciones, sino también fue causa de su propia perdición.

Esos meses de los años de la Encarnación del Señor de 1868 y 1869 fueron meses de tristura y de congoja. Se vieron cosas nunca vistas jamás. Si las ebriedades, los ilícitos enredos, las rapiñas ratoneras y uno que otro rifirrafe, sin mayores, se solían ver si las occisiones a mano aleve, los robos de cuantía y los asaltos en desdoblado se daban; más aún, si hasta las invasiones de los indios bárbaros acaecían, ese crimen manchoso, vituperable y nefando que se llamaba ‘plagio’, no se conocía.

Nunca aquí, en el viejo y recoleto San Luis, lo había sufrido nadie, ni a nadie, por belloco, salaz y de ánima perversa que fuera, se le había ocurrido ejecutarlo.

Cierto es, y de ello hay descripción muy puntualizada, que aquel nefario perdonavidas tercerón que respondía muy galano al alias de "el amito Andrés" raptó al bueno de don Julián de los Reyes; pero el tal ni era de aquí ni se consumó el delito —urdido por Verástegui y socios del Directorio de Río Verde—, ya que como el gobernador se resistiera, le arrebataron la vida al empezar la sanguinosa acción; y desde eso habían corrido más de tres lustros cabales.

Cierto, igualmente, que dos pares de años antes, en 1864, unos malandrines secuestraron a don Francisco Molleda, pero tal sucedido acaeció en la lejana Hacienda de Charcas. El magnicidio aquél se había desleído ya en la memoria de los viejos potosinos y únicamente lo memoraba una columnilla en las proximidades de la Caja del Agua y lo del señor Molleda pasó casi desapercibido.

En cambio, en esos años de 1868 y 1869 (su divinísima majestad los borre) se vio lo no visto en jamás de los jamases; y no una, ni dos, tres veces al hilo. En julio de 1868, don José María Sousa, un señor médico, tan lleno de medida y comedimiento, con el falaz señuelo de una consulta casera, fue plagiado al precio de ciertos dineros y alhajas.

En febrero del susodicho 1869, el acaudalado minero del Real de San Matías de Pinos, Zacatecas, don Ignacio Machuca por la misma nefaria arte fue traído a esta ciudad, y sólo le desataron los nudos que lo amarraban en una huerta de Santiago del Río, cuando su propio hijo fincó en las manos de los bergantes los tres mil pesos demandados. El 10 de septiembre siguiente le tocó, en mala hora, pasar a don José María Tenorio, muy contra su rechinoso placer, debajo de tan condenable y lacrimosa aflicción.

"En comunidad, no muestres tu habilidad", dice una sabia parla popular. Don José María, tan exigente como era en sus cobros, nunca dio oídos a esta sesuda monición. Dejó holgar a los ojos de todos su condición tan acelerada y extremosa para recaudar sus rentas, sin permitir ni un mínimo lugarcico para la conmisericordia y, sobre todo, se sabía que nadaba en los dineros; así dio pie para la consumación del plagio.

Conocedores de que don José María se las pelaba por cobrar puntualmente, sobre tan firme base los malhechores fabricaron el delito. Ese dicho día 10 del mes de septiembre de 1869, a la hora consueta, porque hasta en eso era inmutable don

José María, acudió a recoger la rentilla de los inquilinos de una de sus casas, la que caía atrás de Catedral, en la hoy calle de Morelos y en aquel entonces de la Sacristía.

Con los prontos de siempre llegó a esa casa. Iba a dar los fuertes aldabazos en la recia puerta de mezquite, cuando un fulano, que como por mera casualidad estaba en el quicio de la puerta, le tapó el movimiento diciéndole que no se molestara, que desde hacía días la casa era sola, sin ánima que la calentara.

Don José María lo interrogó sobre de dónde sacaba ese conocimiento y si era fámulo o qué. Respondióle acomedidamente el otro que no, que la hacía de zapatero remendón; que le había echado suelas a los de la sirvienta; que estaba allí para cobrarle, pero que ésta le había dicho que, como mudaron de domicilio y el nuevo estaba en la calle del Cobre, ella se adelantaría y ella le aguardaría para finiquitar la cuestión. Y por eso él estaba allí, haciendo tiempo; que la sirvienta se acababa de ir.

Oír tal el señor Tenorio, arrabiarse y lanzar al viento raudales de malsonancias, fue uno. El otro, como si cabalgara en ancas de la misma indignación, hizole segunda y también él echó lo suyo. Cuando lo vio a punto, entre venablos y culebras contra los deudores mañosos, lo invitó a ir al callejón del Cobre a reclamar cada quien lo que le atañía. El español, con rechinosas estridencias y sin darse cata del mal que le tenía aparejado, contestó sin más afirmativamente.

Con estar tan alcanzado de años, en tantito así dieron los dos con el solitario callejón del Cobre, como que el anónimo zapatero que tan en gusto le cayó y con el cual firmó tan impetuosa amistad, lo llevó por todo el filo del jadeo, a fin de desmedrarle las fuerzas y la resistencia y ponerlo en suerte para la faena que le tenían preparada. De modo que, cuando alcanzaron el portón de la vecindad, ni alientos tuvo para impedir, desapercibido y exhausto como iba, que en menos de nada unos forzudos brazos le sellaron fuertemente la boca con un paliacate, que le cubrieran la cabeza con un costal y que le levantaran en vilo y le arrinconaran en el piso de un trotón carricoche.

Con su carga a buen recaudo, tundiéndole a puntapiés las costillas cada vez que se meneaba más de lo consentido, los maleantes hicieron la escapada por La Corriente. Atravesaron las calles Reales de Santiago y de Tlaxcala, bordearon el cementerio del Montecillo, pasaron por enfrente de la antigua Garita de Tampico y se adentraron en las polvosas y desoladas calles de dicho barrio, hasta llegar a la huerta, ya entonces en abandono, del médico don Joaquín López Hermosa. Don José María, en el ínter, todo emblanquecido, con la ceñida boca seca y árida, con

la sangre en los zancajos, vibrándole de medror la escolaneta, se veía finítimo a la muerte, y más con aquellos vaivenes y coces, en el piso del carro.

Tan descaecido como estaba el adinerado español, ni trabajo les dio cuando lo ocultaron en las hondas penumbrosidades de un pozo seco. Allí abajo quedó el pobrecito hecho un ovilla, sufriendo su mala fortuna y sin un mísero jorongo para hacer cara a las pestilentes humedades y a los fríos. Arriba se instaló la vieja, de guardiana, presta a descerrajarle adobes enteros al primer grito de socorro.

Como no fuera en la mañana, para cobrar sus rentas, o antes de la sonochada, para ir del brazo de su cónyuge a la casa de algún ibero, don José María no ponía el pie en la calle. Al mediodía, cuando ya había cobrado los rendimientos, paraba siempre en el bien abastado comercio del español don Baltasar Mayor de la Parra, a departir con las gentes de su tierra y a saborear un vaso de buen vino. Pero, muy puntual, tan puntual como para el cobro de las rentas, a la hora marcada tomaba en sus pies el regreso al hogar.

Y sucedió que ese infausto día 10 de septiembre no volvió. Empezó a caer el tiempo, y cuanto más caía, más se adentraba la señora Tenorio en una angustia medrosa por la inusitada dilación de don José María. Cuando la demora sobrepasó lo conveniente, la señora, el alma apretada con dolor inmenso, salió a buscarlo. Por primera providencia, fue a donde el señor Mayor de la Parra a vaciar sus cuitas y temores.

No hubo necesidad de largas alegaciones. Don Baltasar, frente al recuerdo de los dos plagios recientes, dio por cierto lo conjeturable: don José María, en ese punto y hora, a no dudarlo, se encontraba en manos de gente hampesca y salteadora, que no lo tornaría vivo sino a cambio de una o unas taleguillas de onzas de oro.

La señora, con los ojos llenos de asombro, oía las cornudas lucubraciones de don Baltasar. Diólas por averiguadas. Lluvióle tupida angustia en el alma y, sin tiempo ni alientos para decir "¡Jesús!", cayó en desmayo. De nada valieron los asperjes alcohólicos y las sales aromáticas para sacarla de esa sofocación de nervios. Fue menester llamar a un médico de pulso, el cual, con éteres y vinagrillos medicamentosos, la subió de nuevo al ser; pero sólo para resbalar otra y otras veces en repetidos y estruendosos "ayes", "válesmes" y ciertos hoguíos que con sus locos vaivenes la arrimaban a las puertas de la muerte.

Con esta inopinada alharaca tormentosa, por fuerza se dieron cuenta la clientela y la plebanía de la desaparición del señor Tenorio. Hizo escapada la noticia y en un guiño corrió por todo lo ancho del viejo San Luis. Se dio de lado a las demás

parlerías y sólo ésta cabalgaba a sus anchas en todas las lenguas, embutiendo los pechos de temores, haciendo saltar encorajinados malhayas y espavoridos válgames y salpimentando las pláticas con fantasiosas especulaciones de medror y de infamia. Y más cuando, la noche encima de ese día 10, no se vislumbró ni una mínima noticia tanto de don José María como de los pérfidos plagiarios.

El día 11 ,sábado, por más señas, amaneció repleto de rumores. Los aguadores y verduleras, especialmente, haciendo cartel de sustancia, traían uno en el que se barajaban donosamente los nombres de los presuntos plagiarios. Cinco o seis de ellos, muy rozogantes y figureros, deambulaban como era su costumbre por la plaza de Armas y calles adyacentes.

No se supo cómo, pero del ominoso misterio trasminó a la calle la noticia, y la opinión los señalaba con índice certero. Máxime que tres de los sospechosos eran españoles, y de los tres, uno era nacido entre finas almozalas, criado con cuchara de plata en la boca y sólo trataba con pura gente de bien y distinguida. Con todo lo que se rugía, por fuerza los decires los convirtieron en imán que atrajo la atención de la autoridad. Esta creyó ineludible vigilarlos estrecha y secretamente, pero nada se vislumbró, ni de día ni de noche, que tornara ciertas y comprobables las suspicacias tan sentenciosas del vulgo parlero.

Y otra cosa también se rugía: que al Tenorio lo habían llevado los plagiarios a embaularlo en la sierra de Barbosa. Información torcida y mañosa, soltada por los mismos bellacos con la aviesa intención de que las pesquisas se fueran por ese rumbo, y así poder ellos tramitar aquí el trueque sin riesgos y apaciblemente.

Hubo de suceder que el triste caso llegó hasta la escribanía del gobernador, don Carlos Tovar. Por lo damnable del negocio, y por ser el tercero al hilo en unos cuantos meses, le echó todo el pecho al asunto. Llamó a sus mejores sabuesos, a las propias autoridades municipales y se personó con la misma señora Tenorio. Hizo voto de no darse a partido hasta no poder en manos del verdugo a los criminales, ya fuese plagio, ya homicidio.

Pero el toque estaba en que, fuera de los rumores que iban y venían, en ese negro día 11 no se sabía más. Y, por sí o por no, ordenó que la policía apretara más sus vigilancias sobre los mentados sospechosos, que tan a su amor vagueaban por la plaza y transitaban por las calles muy ternes y soberbiosos.

Dios anocheciendo se le tersó un poco la congoja a la señora Tenorio. Por ignoradas artes paró en sus manos el recado de ley: se le decía que, fuera de los miedos que ataraceaban a su señor esposo, lo cual le trajo unas destemplanzas

y contingencias en los intestinos, todo en él era salud; que se encontraba a buen recaudo, tanto que mejor no podía estar; que a no ser que se le diera una higa la vida de don José María, debía tener prestos y puntualmente para el día 16, y no otro más, veinticinco mil pesos fuertes de oro, contantes y sonantes; que sellara todo lo ancho de su boca con el más recio silencio, porque si no, borrarían inmediatamente a su cónyuge del libro de los vivos; y, finalmente, al otro día, en esta y esta forma, aguardaban su generosa contestación. Anexo al susodicho recado de rigor, la señora recibió otro, escrito por su esposo. En él, después de muy bravas razones monitorias y conminativas, la ilustraba para que don Baltasar Mayor de la Parra le entregase los dineros que, a su vez, debería traspasar a sus captores en el punto y hora que oportunamente se diría.

Con tantas amenazas encima, por fuerza hubo de callar la señora. Tan sólo, ya que para eso sí daban su actuosa venia los plagiarios, se personó con don Baltasar. El cual, por su parte, con la premura del caso, citó a una reunión a todos los pudientes, les explicó el negocio y los instó a una suscripción general a fin de que, en riguroso préstamo avalado por cartas pagarés, situasen lo necesario para completar el rescate como de facto. Al día siguiente se vio a varios corredores acopiando en trueque todo el oro posible.

Ya que los señores ladrones habían tenido la gentileza de pedirle contestación, la señora Tenorio consistió la recuesta. El día 12, al modo convenido y al mismo tiempo que les rogaba la limosna de una prórroga, porque veinticinco mil pesos no se juntan, así como así; para patentizarles su buena voluntad, les entregó un enganche de seis mil pesos en tintineantes onzas; además de encarecerles el mayor comedimiento y amor en el trato al cautivo, les rogaba de nuevo la esperasen hasta el día 20, siquiera, y reiteraba sepulcral reserva.

El señor gobernador, alertado como estaba, era todo orejas. Nada de lo que giraba alrededor del delictuoso caso escapaba a sus pesquisas. Así supo o, desconfiado como se encontraba, malició que la señora Tenorio andaba en dares y tomares con los plagiarios. Fuéla a ver de nuevo, a solapo de indiscretos y chismosos. Habló muy persuasivamente, diciéndole que en esa negra aventura le iba el honor; que sus sabuesos estrechaban cada vez más el cerco de la sospecha y que ya se aproximaba a lo cierto; que lo que entonces era cuestión de días, podía volverse caso de horas, siempre y cuando ella le contase lo que supiese. Tampoco esta vez logró nada. El medror tapió la boca de la señora. Sólo le dijo que tenía constancia cierta de que en el punto y hora en que las autoridades aprehendieran a alguno de los malhechores, su esposo finiría irremediabilmente traspasado por filosos aceros.

La novedad del hecho prestó más alas a la diligencia y a la compasión. Para el día 18, sobre el anticipo de los seis mil que se entregó a los plagiarios, ya se habían cambiado más de mil cuatrocientos pesos; faltaba únicamente cierta cantidad de cuatro mil y pico que se había comprometido a cambiar don Juan Oropeza. Con este pico, y con lo abonado ya, se acabarían los veinticinco mil en oro, antes del plazo fijado.

Sea porque sintió que los picudos garfios de la policía le empezaban a arañar las carnes, sea porque lo manchoso de la acción le roía ya la conciencia, sea porque también a él lo empezó a inundar el medror, el caso es que el mentado día 18, a primera hora, cayó en la casa del señor jefe político, don Cipriano Martínez, un sastre remendón ,cuyo nombre no sé, compañero de oficio de uno de los plagiarios.

Suplicando gracia, le echó toda la pulga en la oreja a la susodicha autoridad: díjole cómo se urdió el plagio, cómo y en qué punto se ejecutó, quiénes eran los comprometidos ,con todos sus pelos y señales, en dónde yacía cautivo el señor Tenorio, quién era la vieja que lo cuidaba y qué cavilaban hacer con los dineros.

No esperó más, don Cipriano corrió a traspasarle la inopinada noticia al gobernador, y ya juntos, despacharon a los más briosos y resueltos corchetes y gendarmes, a los de más recio y macizo corazón, a rescatar al señor Tenorio y a aprehender a los arteros plagiarios.

Los guardianes estos se desperdigaron por los puntos más estratégicos con el señor jefe político por delante, el cual se apresuró a ir a la huerta del doctor López Hermosa; sin comedimiento alguno, destrancando puertas, entró de rondón, y a la primera que apresó fue a la mujer que vigilaba a don José María. Allí estaba ella, al canto del rimero de adobes con que debería sosegar al plagiado en caso de que no lo ablandaran las razones. Los otros dos que también hacían guardia, saltando tapias, habían emprendido las de Villadiego y no pudieron ser habidos por entonces.

Mientras el jefe político y su piquete de policías devolvían al señor Tenorio a su hogar, a reparar los indecibles sufrimientos de esos días, y conducían a la mujer a los calabozos, los otros piquetes aprehendían a los demás plagiarios, y aún a algunos malafortunados que no lo eran. Aprisionaron a veintitrés mil, sin contar a los dos españoles coludidos en la nefaria acción y que habían huido a muy buen tiempo y no pararon hasta llegar a los terrenos de los sublevados bustamantistas.

Con la misma presteza que la pesquición, se dispersó la nueva de la aprehensión de los plagiarios. El viejo San Luis salió del azoro que lo prensaba. El salvamento de don José María levantó aquella gruesa niebla de grima y tristeza que se abatía sobre él. Ya pudo resollar a su gusto.

El mismo jefe político, apenas consumadas las aprehensiones, se dio por entero a la formación de la sumaria, apegado rigurosamente a la Ley General de Salteadores y Plagiarios del 13 de abril. A resultas de las estrechas averiguaciones quedó en claro que la culpabilidad entera recaía sobre unos tales Pedro Llanas, Juan Díez, Bibiano Espinosa y la mujer que estaba en la huerta; los españoles Larrañeta y Antonio Pérez, que también resultaron gravemente implicados, andaban prófugos. Puestos en libertad los inocentes, aquéllos y éstos fueron sentenciados a muerte, no así la mujer. Para el día 23 subsiguiente, a las cinco y media de la mañana, se fijó la ejecución de los susodichos Díez, Espinosa y Llanas.

A todos, menos a los sentenciados, les pareció que la ley había estrechado muy justicieramente sus mallas. Nadie argumentó contra la extremosa sentencia. Desde los de más arriba hasta los de más abajo efluía la emparejada y universal opinión de que el castigo estaba al nivel del delito. Una acre animosidad percutía los pechos de los potosinos. Tarde se les hacía para ver a los maleantes perforados por las balas del pelotón.

A las ocho de la noche de la víspera, los sentenciados fueron puestos en capilla. Fue como tocar a generala. La curiosidad, que había transvenado su morbo, empezó a congregar a innúmeras gentes en la plaza de Armas, donde iba a ser la ejecución, y frente a la cárcel —entonces en el costado del Palacio de Gobierno— para ver salir a los reos en dirección al patíbulo. A pie firme soportaron la noche entera.

Hacia la madrugada llegó el pelotón de federales; a poco se retiraron éstos y llegó uno de gendarmes; luego también se apartaron éstos otros y regresó el primero. Mientras tanto, los lanzales claros de la alborada empezaban a hendir las umbras de la noche y las campanas del reloj de Catedral memoraban cada cuarto de hora la aproximación del minuto crítico.

Al llegar éste, el corneta recordó a los milites para qué estaban allí y les dio la orden de formar el cuadro. Aprestaron las armas y tomaron posiciones. Cesó la algarabía. Los mirares enrumbaron sus ávidos ojos hacia la calle de la cárcel; todos esperaban anhelantes oír el rechinado de los guijos al abrirse la puerta, oír gritos destemplados de los guardias y ver la aparición de los reos a paso lento

y cancino, con los pechos embutidos de congoja, balbuciendo a somormujo plegarias de contrición y aparejando sus ánimas para el tránsito postrero. Pero los reos no llegaban.

Las del alba serían, y los curiosos, tanto los de suposición y calidad como los de medio pelo y la algarera plebe, empezaron a atufarse consintiéndose burlados. Primero fueron los gritos chocarreros de los impacientes; luego, al saberse ,sin conocerse por qué, la concesión del indulto por parte de la legislatura, la noticia del inesperado perdón tajó las ataduras que contenía la ira. Los más bravucones y osados, con ruda brusquedad, se arrimaron a las puertas de la cárcel a los gritos de "mueran" y de "justicia". Hicieron llover piedras y cascotes sobre los maderos. Otros, en la plaza, igualmente corajosos y encendidos, arrojaban horribles vilipendios y baldones contra las autoridades. Gritando rotamente exigían las cabezas de los plagiarios.

El sutil rumor, no infundado, de que los rebeldes bustamantistas venían a marchas forzadas desde Bocas, decididos a tomar y saquear la ciudad, bajó las crestas y los bríos del furor. El pavor le ganó el campo al enojo y todos emprendieron la escapada.

Por estar con los dificultosos atareos de aplacar a los de afuera, no hacían caso de los de adentro. Ya había corrido mucho la mañana y a los presos no les repartían su mísero almuerzo. Entonces fue la de éstos. También se alborotaron. Sólo que los ferrados calabozos les impedían la libertad de acción. Y como no fuera soltar desbocadamente la lengua, no les era dable ejecutar otras actividades ofensivas.

Si el temor del ataque de los bustamantistas empujó a los curiosos a sus respectivas casas, no por eso concluyeron los decires. Por el contrario. En los comercios, en los despachos, en todo lo ancho de las calles, hasta en las oficinas públicas y mayormente en las alharaquientas cantinas y billares, hervían incontenibles las críticas.

Se chocarreaban del gobernador, del jefe político y del alcalde de la ciudad. Al primero, sobre todo, le hicieron blanco de acres irrisiones, de burletas calumniosas y de acusaciones satíricas, difamatorias y denigrativas. Por fuerza hubo de hablar don Carlos Tovar, y el día 24, al otro de la fallida ejecución, un alcance al número 272 del periódico oficial *La Sombra de Zaragoza*, explicó pormenorizadamente en qué punto se encontraba el negocio.

El dicho alcance reprodujo varios documentos, con ánimo de cancelar los decires en contra del gobernador. Así se supo que el día 22 los defensores de los reos

pidieron al jefe político que se difiriera la ejecución por tres días o, cuando menos, por uno; a lo que no accedió éste por no estar dentro de sus facultades. Ante esta negativa los mismos defensores voltearon sus ojos al gobernador solicitando lo mismo, el cual respondió que la ley del 13 de abril no lo autorizaba ni para suspender la ejecución ni para demorarla, antes bien le acrecía la responsabilidad si dejaba de cumplir la sentencia "cualquiera que fuese el recurso interpuesto contra ella". Pero, por sabe qué artes, los tercetos defensores obtuvieron de la legislatura que se conmutase la pena capital por la blanda de diez años de prisión.

Su trabajo ,y grande les ha de haber costado semejante indulto, como que lo obtuvieron el mismo día de la ejecución —en la madrugada— y cuando ya el cuadro estaba formado, a las volandas se lo presentaron al gobernador, quien "no pudo devolverlo con observaciones, si no era faltando a la obligación contraída de promulgar las leyes y guardar la Constitución". Así, muy contra su agria voluntad, firmó el mentado decreto 4 y enseguida —todo encorajinado por el juego de los diputados— envió su renuncia a la gubernatura. No se le admitió. Y a los reos, confesos y sentenciados, el día 27 siguiente se les remitió a las tinajas de San Juan de Ulúa, a donde partieron a pie vivo, bien custodiados por las fuerzas del Estado.

A los pocos días, los pronunciados bustamantistas, comandados por el coronel Blas Mayagoitia, aprehendieron a los dos plagiarios prófugos, los españoles Larrañeta y Antonio Pérez. Como allí no había Legislatura que los valiera ni se contaba con abogados defensores, sin miramientos ni apelación, rápidamente fueron pasados por las armas. A modo de escarnio y mofa, para ejemplaridad y para que se viera que los pronunciados sí obraban con apego a la justicia, el coronel Mayagoitia acomodó a los difuntos, adornados con el tiro de gracia, en un carretón y los envió al gobernador.

Con los cadáveres remitió igualmente, para que la monición fuera completa, docientos onzas de oro, parte del anticipo de los siete mil pesos, que les había recogido. Don Carlos Tovar, muy legal y más contrariado todavía por esta galana irrisión, las entregó al atribulado don José María Tenorio.

Hoy, ni sombras quedan tanto de la ruinoso vecindad como de la Casa del Cobre, convertida ésta ,en 1903, en cuartel. Por los veinte, el afamado Cuartel de Cobre no era más que tapias. Por los treinta, los cedillistas, que por doquier ejecutaban ladronerías ratoneras y todo lo vendían: vendieron un trazo de la calle de La Corriente, entre Iturbide y de los Reyes; vendieron los cementerios, el de Tequis, el de Santiago, el de los franceses, el del Santuario, el de San Sebastián; vendieron la plazuela del Mercado Juárez; vendieron la huerta del Ilmo. Sr. Montes de Oca, colindante con la iglesia ,entonces demolida ya, del barrio de Tequisquiapan.

Los cedillistas, digo, abrieron en canal la vetusta y anchurosa Casa del Cobre o Cuartel del Cobre, formaron la actual calle de Fuente, que va de Comonfort a Rayón, entre Independencia y Reforma, y vendieron los solares resultantes a uno y otro lado.

El nombre de calle o callejón del Cobre desapareció en 1914, al imponerse una nueva nomenclatura a las rúas potosinas. Un comercio de poco más o menos ostentaba ese nombre en la esquina de Comonfort e Independencia. Pero en aquel entonces, de La Corriente o Reforma hacia donde cae el sol, la calle de Comonfort se apellidaba de Vargas, o mejor diciendo, de Los Olivos. La formaban unas cuadras muy largas, larguísimas, que luego de flanquear la extinta y vetusta Huerta Colorada de cuyo seno brotó una buena parte del Fraccionamiento Alamitos, venía a desaparecer por el rumbo de Tumbacalzones.



Callejon del Beso

El Callejón del Beso

Todavía a fines del XVIII, como lo testimonia *de visu* el “Plano horizontal de la Ciudad de San Luis Potosí con todos sus Pueblos y Barrios, extractado por D. Juan Mariano Vildósola del que formó D. Manuel de Burgoa. Año de 1777”, abundaban por el norte y el poniente, a partir de las hoy calles de Insurgentes, Mier y Terán e Independencia y aún más adentro, montones escayagados de graseros y jales de las muchas haciendas de beneficio. Eran tan viejas como la ciudad. Traían su origen desde recién inventado el mineral de San Pedro y, codo con codo, se tendía a partir de La Lagunita —hoy Jardín Escontría— hasta por lo que fue el Cuartel del Cobre, más allá de la llamada puerta falsa del Convento de San Francisco.

En esas haciendas de beneficio espulgaban los codiciosos mineros hasta la más pequeña piedrecilla de mineral, a fin de quitarle todo el oro posible. Eran muchos los sujetos que vivían de eso. Unos, a poco de rascar las catas, doblaban y ciendoblaban las ganancias; otros, en cambio, con empedernida terquedad, tanto más empedernida cuanto mayor eran los reveses, proseguían rebuscando en los recovecos de las minas sin hallar nada consolador y sin que se les gastara nunca la esperanza.

De aquéllos hubo uno, don Alfonso Muñoz de Castiblanque, llegado a San Luis en 1690, sin fomento ninguno, que recibió un préstamo del rey por cuatrocientos pesos “con la calidad de abonar a su Majestad tres reales en cada marco de plata y lo respectivo en oro; no sólo pagó, sino que dio más de un millón y medio de quintos, hasta que murió”, según decía el alcalde mayor, don Andrés de Urbina y Eguiluz, en 1768, al visitador Gálvez.

No fue el único. Hubo otros. En el barrio de La Lagunita, paradero natural de las aguas que descendían del rumbo del Santuario y que los mineros aprovechaban para beneficiar sus metales, existía una hacienda ociosa. La tomó en arriendo por una nonada, con la esperanza de lograr aquí lo que no logró en otros reales, un ibero, llegado muchos años antes de ultramar al señuelo del oro. Se habilitó en la misma forma que don Alonso Muñoz de Castiblanque, con préstamos de la Real

Caja y, al igual que aquél, pronto pudo dar numerosos quintales a su majestad por el oro y la plata que rescataba sin parar.

Se hizo rico. Junto al cenegal donde tenía su hacienda de beneficiar metales, descombró la tierra, abrió una callejuela y sacó desde sus cimientos anchurosa y bien formada mansión.

Ya fueron otros los alifafes y almozalas que lo cobijaban y los ropajes que lo cubrían y los enseres de que disponía. Empezó a vivir con todo lujo y regalo, a la gran señor, pero sin desapegarse del trabajo que tanta fortuna le rendía.

Como gastó sus años jóvenes en correr afanosamente en pos del oro, y para ello se soterró en minas tan dificultosas como infructíferas y en reales tan bárbaros como inclementes, cuando cazó lo que perseguía, vino a caer en cuenta que ya se estaba atollando en las arenas movedizas de la ancianidad. Si las ganancias de sus laboríos le sosegaron unos deseos, le alborotaron, en cambio, otros. Don Alonso Mucharraz, que tal fue el nombre que le aplicaron al rodar las aguas lustrales por su mollera, de pronto se sintió, con toda su riqueza abajo, que ya traía la vejez encima. Una vejez helada, insípida, dolorosa y seca, sin mujer y sin hijos.

Don Alonso, en tantos años corridos, atraillado por el ansia de las minas, no tuvo manos para pecaminosos devaneos. Mantuvo clausurada las puertas de la lascivia. Hasta entonces no había adquirido ninguna compañera ni en el fácil mostrador del contrabando ni en la rigurosa aduana del matrimonio. Vivió en las moras.

Pensó en una compañera. Aunque viejo, era dueño de esa irresistible ganzúa que es el oro que abre hasta las puertas de las mejor retrancadas fortalezas. Era su esperanza. Con esta seguridad y propósito en el alma, plantó sus ya cecucientes y empañados ojos en una hermosa y fresca doncella, toda encantos y virtud, doña Luz de la Sierra, hija de su insolvente deudor.

Don Manuel, que a este nombre respondía el seleccionado suegro, cada día bajaba más a menos. Sus negocios ya no caminaban con sus propios pies, sino con los que le prestaba don Alonso Mucharraz. No que fuera un ablandabrevas, no; pero la casquivana fortuna, después de haberlo traído mucho tiempo paseando por arriba, ahora lo estaba arrastrando por abajo. Los garfios de los reveses, las enfermedades, las deudas, los hurtos, le habían desgarrado su hacienda y para esas muchas y muy grandes roturas se le escapaba su caudal.

A este don Manuel, tan asendereado por los sufrimientos, se personó don Alonso. En vez de persuasivas aldabadas al corazón de la desapercibida pretensa, prefirió

otras, no menos o más eficaces en los ánimos del pretense suegro. "Con amor y otras amenazas", según dice Bernal Díaz, refiriéndose al modo como Cortés hizo entrar en razón a los huastecos, don Alonso convenció a don Manuel para que le diera la mano de doña Luz. Uno y otro, como acostumbraban en sus negocios, sin tener en cuenta el parecer de la legítima propietaria de dicha mano, compusieron la boda. Fue así como la doncella se vio, muy a su pesar, convertida en la señora de Mucharraz.

La obediencia contreñida por la necesidad, sacó a doña Luz de la casa paterna. Esa misma obediencia, ya en el altar, le sacó la primera palabra que pronunció ante el envejecido novio, un sí sonámbulo, lacio, desfallecido. La misma dicha obediencia, que no otra cosa, la sacó así mismo del altar para refundirla en su nueva casa y estado, a los que entró como a una cárcel, a un cepo, a una huesa.

Quiso doña Luz ser buena esposa. Y ya que no podía darle hijos a don Alonso, porque eso no dependía de ella, ni amor, porque no estaba en su ánimo, se propuso darle lo que es de ley en toda buena casada. Trabajó mucho en ello. Fueron meses de atribulado esfuerzo. A lo menos vivía en paz con su conciencia y con su señor esposo. Pero no con sus adentros.

En sus adentros, doña Luz se creía infiel, bribona, fullera. Doña Luz estaba enamorada, y no de don Alonso. Al voltear la adolescencia, había perdido la llave de su voluntad. Rendida de amores la soltó en las manos de un gallardo mozo que la requebró con tal eficacia que no pudo resistir. Entre ardorosas demostraciones, uno y otro hicieron trueque de sus almas y de sus seres, se juraron imperecedero amor, se dieron por entero, hasta la muerte y más allá.

Eran tan niños entonces, lo hicieron tan a las escondidas, que nadie supo nada, excepto Petrona, fidelísima negra, fámula de la casa de doña Luz y que, por haber sido su nana, adorábala como a su hija. Sólo ella que vio aparecer tan escondidos amores, conocía aquél camino de la cruz por el cual arrastraban don Manuel y don Alonso a la recién casada. Petrona era, a la par, cirineo y Verónica, aparaba las lágrimas y aligeraba las penas; sólo las dos conocían tamaña pasión.

Álvaro de Bracamontes que tal era el ignoto amado y amador de doña Luz, andaba lejos de San Luis. Sus padres lo habían puesto en la Real y Pontificia Universidad de México para que se borlara en un arte liberal. Si dentro, muy dentro estaba en el corazón de la cuitada, lejos, muy lejos se encontraba a la hora de las bodas de ella con don Alonso. El de Bracamontes sólo esperaba alcanzar los títulos y los años necesarios para volver a esta ciudad a unirse como Dios manda y él quería, con doña Luz.

Don Alonso en el ínter, seguía acrecentando su fortuna. Iba y venía de su casona en La Lagunita, a sus minas en el Cerro de San Pedro. Por encontrarse aquella en las haldefueras de la ciudad, en sus ausencias la dejaba bien custodiada y con las puertas y ventanas bien cerradas, por amor de su dinero y de su joven esposa, pues nunca faltan truchimanes socaliñeros que se aficianan a hurtar al prójimo ambas sagradas pertenencias.

Volvió entonces Bracamontes, supo el insospechado fin de sus relaciones con doña Luz, y el despecho le aplicó alternativamente inyecciones intravenosas, que le llegaban hasta el corazón, de ira y desprecio, de arrebatadas venganzas y de olvido, de brioso amor y de desdén. Más de una vez cogió el acero para hundírselo a doña Luz en su pérfido corazón o en el del ventajoso de don Alonso, y más de una vez lo volvió a soltar. Pandereado por esos contradictorios sentimientos, se fue a la traidora. Rondó y rondó por el frente de la casona y no vio más que soledad. Se cambió a la calleja de atrás, donde estaba la puerta falsa y allí inquirió por Petrona, la fámula negra, esclava de doña Luz.

A ella, que conocía sus amores desde recién incoados, que trajo y llevó misivas, le echó en cara la felonía de su señora. Trastocada la razón por la ira, barbotó infinitos pesiatales y votoacristos, prometiendo allí mismo sanguinosa vindicta. La marejada interior cuando lo ponía a horcajadas sobre descomunal enojo, cuando lo soterraba en nostálgicas saudades.

Petrona, con verba plena de amor recogió poco a poco los hilos de aquel adementado frenesí, sosegó al joven e hizolo columbrar que todavía era él el claverero de la voluntad de doña Luz y le prometió que la haría salir para tal día a tal hora en el mismo lugar, en esa solariega calleja, que no recorría nadie porque, por un lado las paredes por el otro los cerros de graseros y jales.

No esperó a tanto don Álvaro. Dióse a deambular, paseando y repasando su duda por la calleja trasera. Para no levantar sospechas, se acompañó de otro hidalgüelo, único sabedor de aquella incertidumbre. Este socio, como buen chafalditero, bautizó a aquel rudimento de vía pública con el mote de callejón de la Duda.

Con férvidos santiguos y ahincadas abstinencias, doña Luz había ido atosigando su amor a don Álvaro. Ya casi no se movía. En todos aquellos largos meses de casada, sus lágrimas horadaron el olvido, y en ese hueco iba a sepultar su querer. Ya veía el asa de la llave perdida. Petrona, como inabecedaria, fue el aventador que reavivó los rescoldos.

Y, ya sabe, el amor que ha sido brasa, fácilmente vuelve a arder. A la nueva de que don Álvaro la procuraba, de que andaba allá atrás buscándola, de que moría de amores, las dichas brasas se volvieron llamaradas que calcinaron todo buen propósito. No cupo más en ella que la vieja pasión y, por las diligentes mediaciones de Petrona, concertó una cita con el mozo.

Viéronse, desde entonces, muchas veces. La negra recurrió a todas las socaliñas para hacer posible los encuentros. Siempre a deshora, siempre en la ausencia del marido, siempre en esa cuenca muda y apetitosa que es la noche.

No faltó quien viera a un misterioso embozado junto a las recias rejas de mezquite de la casa de don Alonso, ni quien se lo hiciera saber. Desde ese instante, en su corazón senil, una sospecha, a la que daba pie lo chiquito del amor que siempre le profesó su esposa, le empezó a carcomer el sosiego. Por allí se le metió el enojo con su ringla de malas ocurrencias, una de ellas, la venganza, urgiéndole desmanchar su honor.

Discreto, taimado, prudente, don Alonso nunca reclamó nada. Dejó pasar, mientras preparaba el lavadero donde iba a quitar lo poluto a su honor. Pretextó, cuando sintió con fuerza para la dicha ablución, el consueto viaje al Cerro de San Pedro. Sin urgencias, calmado, melindroso, ordenó ensillar su caballo, se despidió de su mujer y salió de casa por la puerta falsa. No llegó más allá del Potrero de las Carmelitas. Allí esperó. Cuando creyó oportuna, volvió grupas. Que los decires eran ciertos, lo pudo constatar don Alonso con sus propios ojos.

Reptando entre los graseros, escudándose en lo obscuro, se arrimó hasta la esquina de su casa. Desde allí, a través de las umbras de la noche, alcanzó a divisar al burlador prendido de la ventana, en amoroso diálogo con doña Luz. Determinó acabarlo. El también se arropó con la negrura para no ser visto. Al tiempo que los infieles, enardecidos de pasión, hartaban sus vehemencias con un beso, clavó el cuchillo jifero y picado hasta dar con el corazón de don Álvaro.

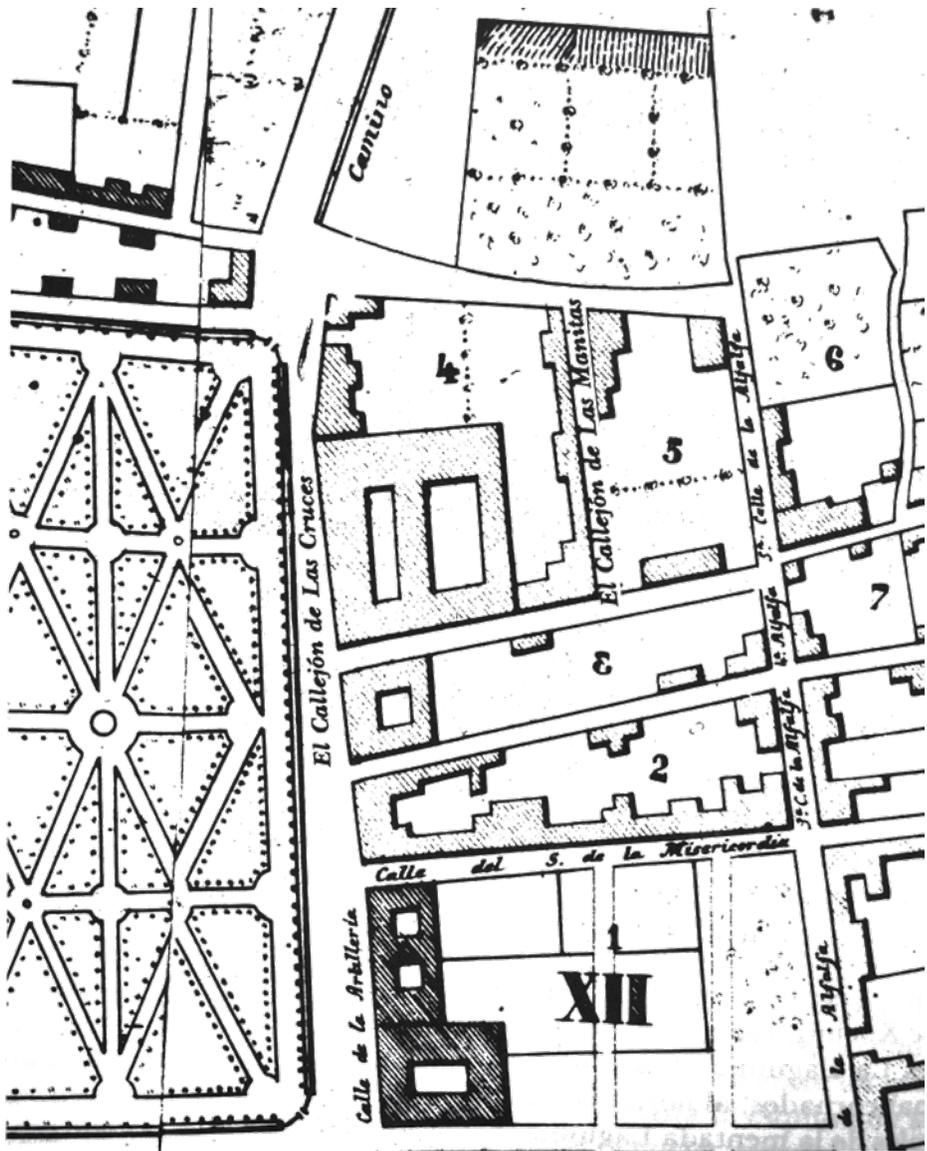
Silenciosamente. No hubo blasfemia ni porvidas ni denuestras. Silenciosamente, se apagó el ardor. Silenciosamente acabó el beso, dejando en los labios de doña Luz el postrer aliento del amor y de la vida de don Álvaro. Silenciosamente, con el acero enclavado en las espaldas, cayó muerto.

No se supo más de don Alonso. Huyó. Doña Luz entró oblata en el Colegio de Niñas Educadas o Beaterio de San Nicolás donde, en los claustros que Chico Sein mandó por tierra y que en mínima parte ocupa el Palacio de Cristal, expidió su malafortuna y desvío, entregándose a humildísimos menesteres, penitencias y

plegarias. A su fallecimiento, que tardó mucho en llegar, le dieron tierra en la capilla del dicho Beaterio de San Nicolás.

Desde aquel entonces, desde cuando la justicia recogió el cadáver de don Álvaro, se le llamó a esa calleja de la Lagunita, el callejón del Beso, denominación que todavía conservaba no hace mucho. Daifas pintorreadas, calvatruenos libidinosos, truchimanes desafortunados la profanaron con sucios tendajos donde sólo se expendía sensualidad. Formó parte de una zona pecaminosa apodada, en general, con el sobrenombre de una calle en particular: la calle Chueca, que así era la de Otahegui. Allí imperaron los once vicios completos.

Por 1952, un alcalde levantó una tapia por el lado del jardín, a fin de que las personas de bien no miraran a esas desvergonzadas mujerzuelas del partido en los aparadores de las puertas exhibiendo su carnal mercancía. Y hasta por 1914, cuando se removió la nomenclatura antigua, lo que el chafaditero aquél llamó callejón de la Duda, estaban mancornados al norte por la calle de la Loza, al sur por los cenegales de la mentada Lagunita. Unas placas de ladrillo vidriado memoraban todos estos nombres viejos. En 1976, la picota del progreso bárbaro arrasó calles y casas para levantar en su lugar los modernos edificios de Policía y Tránsito y anexas.



El Callejón de las Manitas ■

Paralelo y al sur del Callejón de las Cruces, hoy avenida Universidad, y a la huerta de los carmelos, actual Alameda, y al norte del Cuartel de la Artillería, existió el callejón de las Manitas. Aún no se prolongaba hacia el oriente la vieja calle de Abasolo.



Callejón de las mantas

El Callejón de las Manitas

Por una ocisión nefanda se le impuso tan tierno y cariñoso nombre. No fueron, no, manos caritativas, angelicales o de inocentes niños, como pudiera colegirse por el diminutivo. Ni de uno solo. Fueron dos pares de manos toscas, sanguinosas, adementadas, rencorosas, las que allí, en una preterida y derrubida casucha del solitario y polvoso callejón anónimo, en los suburbiales del viejo San Luis, en los confines del desaparecido barrio de la Alfalfa, a puñalada fiera y frenética, arramblaron la vida a un buen, a un pío, a un inocuo sacerdote... ¡Y todo por unas cuentas correctivas moniciones y por un triste tahalí que contenía cien miserables pesos!

El presbítero don Antonio Gómez González, clérigo de la Diócesis de Monterrey, vino a San Luis allá por los conmedios del siglo de ayer en busca de aires mejores y subsanar viejos achaques. Afable, sencillo, de esmirriada arquitectura, todo dado a los latines, transvenó muchas sabidurías con enorme paciencia, adoctrinando a los mozalbillos indoctos que concurrían a su clase en el Colegio Guadalupano Josefino, con las miras puestas en la clerecía o en la jurisprudencia o en cualquier otra arte liberal. Ese era su cotidiano atareo, amén de otros desempeños minutos de su levítica.

El buen presbítero don Antonio Gómez González, como catedrático de latinidad en el nombrado Colegio Guadalupano Josefino, tenía su aposentamiento en el mismo. Habitaba una de las sombrosas celdas de la planta alta de lo que ahora es Universidad y antes fue Colegio de los Jesuitas. Salía poco, prefería emplear el tiempo de fuera de clases o repasando con gran embaimiento los viejos infolios latinos o deambulando, libro en mano, por los robustos corredores de la planta baja o leyendo su *Libro de horas* en la contigua iglesia de La Compañía. Era un hombre bueno, de esos que no saben lo que es hiel y que no han perdido la sal del bautismo.

Vivía con humilde pasar, sin malrotar jamás su modesto salario de profesor ni lo que le acercaba la estola. Tampoco era un tacaño. Socorría cuando venía el caso

—y venía frecuentemente— a los colegiales pobres, dándoles generosamente para su sustentamiento y libros, y a uno que otro menesteroso que a él se encomendaba. No obstante, estos favores y regalos, con el correr de los años alcanzó a acopiar algunas pecunias, no muchas, que un buen día puso en préstamo sin logro en las manos de un mercader, agobiado por el desmedro de sus negocios, de la Villa de San Nicolás de Tierra Nueva, so promesa de que las restituiría religiosamente al pasar un año.

Pasó el año. Se vinieron, entonces, las llamadas "vacaciones chiquitas", no hubo clases, y el presbítero Antonio Gómez González aprovechó el huelgo para ir a recoger su párvulo capital y, de paso, conocer mundo, visitar algunas poblaciones del sur y reanudar amistades. Al finar el mes de noviembre de 1850, en compañía de dos muchachos, Manuel Salas y Cruz Castañeda, por nombres, y en calidad de sirvientes, enrumbó sus pasos a San Miguel el Grande. A lo largo de varias jornadas, pasó por el Valle de San Francisco, Jaral, San Felipe Torres Mochas, La Quemada, Trancas, Dolores, y así vino a parar a San Miguel Allende, de donde corridos dos o tres días, regresó por otra vía, para detenerse en Tierra Nueva algo más de dos semanas.

Cuando hubo reparado satisfactoriamente los cansancios del largo peregrinar y robustecido con la plácida estadía en esa dicha puebla, determinó su vuelta a San Luis, con tiempo para reiterar su cátedra oportunamente, pero ya con los recuperados frutos de sus ahorros en las faltriqueras. Al cabo de dos días, el 13 de enero de 1851, por más señas, antes de que la noche desplegara sus haldas sobre la ciudad, llegó a ella. No se dirigió a su habitual domicilio, el Guadalupano Josefino, sino que encaminó directamente, y nunca llegó a saberse por qué, a esa casuchilla derrubada de ese callejón anónimo, terroso y triste, del Barrio de la Alfalfa, que había tomado en arriendo unos meses antes. Fue la última vez que se le vio con vida.

Sus acompañantes, los fulanos Castañeda y Salas, mientras el sacerdote se tendía a descansar, se dieron a la tarea de desensillar los caballos y de proveerlos de pastura. Enseguida salieron al viejo mercado de La Alhóndiga a hacer por sí mismos, cenaron unos buenos jarros de atole con piloncillo, compraron el bastimento para el señor presbítero y volvieron a la casa. Serían las nueve de la noche cuando, despalancados los ojos por el terror, llegaron, pegando gritos dolorosísimos y muchos ayes, válgames y malhayas al contiguo Hospital Militar, con el terrífico aviso de que su amo había sido asesinado.

Un golpe de soldados, otro de serenos, enfermeros y algunos curiosos que aprehendieron la nueva, corrieron a la casa paredaña, teatro del sacrilego

acaecimiento. A la zaga de los últimos, que nada tenían que hacer allí, llegaron las autoridades. En medio de la sala, a ras del suelo, transido fieramente por el acero que le metieron y sacaron varias veces, con un fuerte golpe en la mejilla derecha, vertiendo sangre aún, estaba el cuerpo yerto, vacío de vida, del buen padre Gómez González, sin admitir ya restituirlo a la existencia.

Con una celeridad de acuerdo con tamaña causa, el alcalde segundo dio principio a las diligencias. Por primera providencia ordenó que el cadáver fuera trasladado a lugar santo, a la Capilla del Rosario; incontinenti, por sí o por no, mandó encerrar a los mozos, en calidad de presos, en el contiguo hospital; finalmente, se dio, con sus mejores ayudantes, los más capaces y maliciosos, a pescudar pruebas.

Al día siguiente, en la susodicha Capilla del Rosario, un facultativo hizo el acucioso reconocimiento del cadáver. Contó hasta trece heridas, de las cuales tres, por fuerza, eran más que suficientes para hacer rendir la vida; cuatro, por su esencia, graves; otras cuatro, tantito menos; y sólo dos de calidad leve. De las antedichas, cinco fueron inferidas por la espalda, traspasando el cuerpo de parte a parte. Con tantas y tamañas heridas encima, el buen presbítero no pudo seguir adelante con tal carga, y fue así como la muerte le atajó los pasos.

Con semejante suceso jamás visto en el viejo San Luis, estremeciéndose toda entera la ciudad, quebrándose de repente su consueto sosiego. A grito unísono y urgido se pedía justicia. Tan atroz delito despabiló a las autoridades, y todas de consuno, desde el gobernador hasta la genticilla de escaleras abajo, se dieron a la ardua tarea de extraer los hechos a la luz, para dar con los sacrílegos matantes y arrastrarlos al patíbulo a sufrir una pena proporcional.

El más actuario fue el juez primero de letras. Acicateado por las órdenes que le impusieron todos los de más arriba, desplegó una insólita actividad y esmero, trabajó de día y de noche, hurgó en toda la casa sin dejar rincón sin explorar, llamó gente, oyó a los facultativos, practicó muy largas y fatigosas diligencias y, con estrechísimos interrogatorios, en los que no dejó cosa por inquirir, cercó a los más sospechosos del crimen.

Antes de las dos semanas substanció felizmente la causa: a resultas de lo averiguado, condenó a Manuel Salas y a Cruz Castañeda al último suplicio, como autores que fueron, lo cual quedó satisfactoriamente comprobado, de la sacrílega muerte del buen clérigo; a Pedro Herrera y a Juana Mendoza a seis años de calabozo, por receptadores; y exoneró de crimen a Justo Lara, cuidador de la casa donde sucedió el hecho, por no aparecer culpable.

De allí a poco, en el mismo mes de enero, se turnó la causa al Supremo Tribunal de Justicia, el cual, habiendo leído y releído con extrema escrupulosidad el expediente, advirtió ciertos yerros de alguna monta, de modo que no podía confirmar la terrible sentencia. Se les llenó el pecho de temores a los estrictos magistrados y muchos escrúpulos les rebullían en la conciencia. Acordó el tribunal, por consiguiente, amplificar las actuaciones, a fin de que el ejercicio de la justicia ni dejara libre a los malhechores ni criminara a los inocentes, antes bien aplicara condigna pena a los desalmados delincuentes. En menos de cinco días el Supremo Tribunal esclareció, sin dejar campo a ningún dubio, los espeluznantes hechos.

Al renovarse las diligencias, la excelentísima sala aguzó su inquisición en las declaraciones de Cruz Castañeda: se pusieron frente a sus asombrados ojos las manchas de sangre que, muy comprometedoramente, aparecían en sus calzones y en las puntas del raído jorongo. Aunque éste, en un principio, muy porfiado, dijo que no y que no, que era inocente, y terqueaba en su denegación, y ponía por testigos ciertos y fidedignos a todos los santos y beatos del cielo, pero sin dar explicación de las manchas de suso.

Amonestado —como diría Bernal Díaz del Castillo— "con amor y otras amenazas", acabó por desencordar la verdad. Y así dijo que su primo Manuel Salas había sido el matador del buen presbítero; y más dijo, que lo habían robado, y tanto los dineros como el belduque los habían enterrado en el linde del camino del Cerro de San Pedro.

Con tan clara y voluntaria explicación, de inmediato, los señores justicias, llevándolo bien guarnecido, lo condujeron al lugar de la ocultación. Allí, de fijo, reconoció el sitio y se descubrió el puñal, todavía encubierto de sangre, y el costalito con el hurto, que era de noventa y ocho pesos. Sólo faltaban dos para completar los cien que se enumeraban en la causa. Fueron los que entrambos gastaron, después del crimen, en las almuercerías de La Alhóndiga.

Esa misma tarde, con tan proficua indagación, los señores jueces menos se daban a partido. Aceleraron las diligencias, esta vez con el mocetón Manuel Salas. De anteluvión le mostraron el acero y el costal, para desalmenarle la terquedad. Cosas tan comprometedoras y expuestas así, de súbito, le trabucaron el juicio. Pero pronto se engestó, y con muchos reniegos y pesiatales, sólo dijo conocer el arma, pero no el morral, y que aquél lo había mandado hacer en Tierra Nueva, con tan mala suerte que lo perdió en Santa María. Muy sobre los estribos, muy contradictente, negó haber tomado participio alguno en la nefanda occisión.

Pero, en la mañana del día 30 del propio enero, con impacientes ansias, o por lo oneroso del fardaje que traía en la conciencia o por la fría penumbrosa y estrecha mazmorra o por lo insufrible de las preguntas, repreguntas y pruebas comprometedoras, dio de mano a su fachendosa arrogancia y desatinó y evacuó todo lo que sabía.

Dijo que él y su falaz compañero, y nadie más, habían sido perpetradores del crimen. Confirmó su dicho en el careo que se siguió luego. Frente a frente, los dos de consuno declararon que, desde la tan nombrada villa de Tierra Nueva, mal aconsejados por los resentimientos vindicativos que guardaban al bachiller Gómez González, porque les iba a la mano por sus desviados proceder, hicieron pacto y contrato de acortarle la vida y hurtarle el dinero.

Que con tan dañada intención, el dicho Salas mandó forjar el cuchillo; que Castañeda anduvo también procurando otra arma, pero que no la hubo; que llegados que fueron a esta ciudad seguían muy arriscados, entre el crujiente incendio del malquerer; y que pusieron por obra lo que les atronaba en la mente, a poco de la llegada, a las siete y cuarto de la noche, cuando en el polvoso y alejado callejón no había más que soledad, silencio y frío.

A la hora concertada, cuando el desprevenido sacerdote oreaba su cansancio, Salas empuñó el tan traído y llevado puñal, y Castañeda, a más no haber, cogió la tranca. Entrambos, a una, le dieron violentamente un mal acabar. Aquel hundió el acero; éste lo tundió en la cara. El padre reaccionó al asalto y a tientas y a palpas se le echó encima al fulano Salas, por lo que el tal le propinó por delante otros fieros golpes, por lo que se le fue la vida. Lo que le dio después, ya no tenía caso, como que el bachiller ya había caído bien muerto en medio de la sala.

Aquí sucedió una contradicción, y fue en lo único que se manifestaron discordes. Mientras Castañeda porfiaba en que él, fuera de la contusión con la tranca, no ejecutó más, que después de ella corrió a guarecer la puerta y que fue Salas el que le asestó las puñaladas al padre, cuando ya estaba éste en el suelo; el otro contradecía el dicho, afirmando que fue Castañeda, y no él, el de las postreros y superfluos herimientos.

Conteste en lo siguiente de la confesión, declararon que luego que tuvieron por cierto y verdadero que el sacerdote había fenecido, con los pechos rebutidos de temores, alforrochados hasta las más soterradas telillas del alma, se encaminaron a ocultar el puñal y los dineros; enseguida del enterramiento de ambas cosas, enrumbaron sus pasos a las fondas de La Alhóndiga donde lavaron los sustos con sendos jarros de atole; finalmente, con la esperanza de salir airosos en tan

comprometido trance, fueron muy solícitos a procurar la cena que el sacerdote había dispuesto y, con todo el artificio posible, corrieron a poner el accidente en oídos de quien les pareció oportuno: los regentes del Hospital Militar, pidiendo socorro.

Con lo depuesto por los malhechores, convictos y confesos siguió adelante la causa. La vista fue a los cuatro días; pasaron por los estrados el señor fiscal, los defensores y los reos. La excelentísima sala, con fijo y porfiado tesón, para acallar el vocerío y para mayor escarmiento y ejemplaridad, considerando la gravedad descomunal del delito y las ponderosas circunstancias con que estaba alhajado, concurriendo actos tan feos y vituperables como lo fueron el robo a mano armada, el amigamiento delictuoso, el abuso de confianza, el homicidio calificado con todas sus tres agravantes: alevosía, premeditación y ventaja, la falsía en las primeras declaraciones y el horrendo sacrilegio, tuvo a bien confirmar la sentencia emanada de la primer instancia en lo atañadero a Manuel Salas, o sea, la postrera pena, disponiendo que el cadáver quedara a la expectación pública como elocuente monición y, de tal modo, abortaran semejantes acciones, y que luego, separada del cuerpo la mano malhechora, se enclavara en la testera de la casa donde se cometió el crimen, con esta terrorífica leyenda: “Por homicida alevoso y sacrilego”.

En cuanto a Cruz Castañeda, la excelentísima Primera Sala enmendó la sentencia. Y aún cuando este malfamado sujeto se había hecho acreedor a la misma pena que su amigacho, siendo como era, lo cual quedó bien claro al substanciarse la causa, menor de los diecisiete años, la nominada sala únicamente le echó encima la pena extraordinaria de diez años de reclusión y el compromiso, por vía de castigo y escarmiento, de presenciar la ejecución de su socio Manuel Salas.

El defensor de los reos, que para eso estaba, apeló al último recurso que tenía en mano: el indulto. Pero, según muy graves consideraciones de los señores magistrados, no era de concederse y no se concedió. Hubo más, de nuevo se advirtieron sutiles irregularidades en la causa del tantas veces nombrado Castañeda, y se acordó pasar causa a la excelentísima sala de revista.

Se substanció la tercera instancia con estricto apego a las más rigurosas leyes. Se oyeron los informes del señor fiscal y los fornidos alegatos del defensor, se sacaron a relucir muchas pragmáticas y ejecutorias; se apeló a la autoridad de autores muy opinados, como Molina, Villanueva y Gómez, se echó mano del Fuero Juzgo, de las Ordenanzas y de las Siete Partidas, porque en éstas la ley 8ª. del título 31 de la partida 7ª. impone a los jueces la obligación de minorar la última pena con estas sapientes palabras:

E si por ventura, el que oviese errado fuese menor de diez años e medio, non le deben dar ninguna pena. E si fuere mayor de esta edad, e menor de diez y siete años, dévenle menguar la pena que darían a los otros mayores por tal yerro.

Comandamiento que jurisperitos muy afamados apoyan con todos sus bríos y con muy cornutos argumentos.

Pero en la revista, donde todos traían muy atareado el entendimiento, los señores letrados opusieron otras de más peso y vigor, de tal manera que la balumba y calidad de éstas volvió nada aquéllas, y el infeliz de Castañeda perdió del todo lo que tenía ganado.

También él quedó incurso en la última pena y con el indulto denegado. Así, perdida la causa en las tres instancias, el fosco juez mandó verificar la ejecución el día 17 de marzo, por lo que de inmediato fueron puestos los reos en capilla.

La plebanía se encontraba tan fuerte, el gobernador tan decidido a la ejecución de la pena vindicativa y todos los magistrados tan persuadidos de la inconmensurable maldad del hecho y de lo bien fincado de la sentencia, que desde mucho antes de que ésta se dictara, el gobierno resolvió que los asesinos pagaran puntualmente su delito, no en el paredón, sino ahorcados por medio del garrote. Con el tiempo, pues, se lo necesario para el día de la insólita ejecución: el mortal artificio y el verdugo.

Pronto se dio con lo primero; en cuanto a lo segundo, por más celo que se puso en conseguirlo, no fue posible haber uno, ni siquiera entre la raza rijosa y desviada de la cárcel, con tener tan emporcada el alma; ni siquiera por el dinero que les ofrecía y el indulto que se les concedía. Se precisó importarlo de otras tierras, y él fue un tal Muñoz, Sixto de nombre, de muy vituperable trayectoria, en perpetuos dares y tomares con la justicia por truhan y matante.

Mientras las autoridades civiles se aprestaban a la muerte de los cuerpos, las eclesiásticas hacían otros aprestos para la vida de las almas. Por su nefando homicidio sacrilego, Salas y Castañeda incurrieron en excomunión. Por ende, como ya se daba por muy cierto el ajusticiamiento de ambos, las susodichas autoridades civiles con muy religiosos sentimientos, acudieron al cura y juez eclesiástico de la ciudad, don Antonio Mascorro, a fin de que aún antes de que pasaran por el garrote se les levantara la gravísima pena. Como esta gracia no estaba en las manos del buen párroco, hubo de acudir a la Mitra de Valladolid, la cual, accediendo al pliego petitorio del gobernador, delegó al nombrado juez eclesiástico para que él levantara la pena e hiciese la reconciliación.

Como los trámites no fueron nada ocultados, la novedad se derramó prestamente por aquí y fuera de aquí. El 28 de febrero, que fue la fecha concertada para la pública reconciliación, un bullente gentío, atraillado por morbosa curiosidad, repletaba la polvorienta, yerma y aseleada plaza de Armas, arracimándose frente al atrio de la Parroquia ,hoy Catedral.

Las azoteas y ventanas del Palacio, las del Parián ,en el día, Palacio Municipal, todas las azoteas, pretils y balcones de las casas circunstantes, también estaban rebozantes de curiosos. Frente a la puerta mayor, con pompa procerosa, las religiones y clerecía, también ellas picadas por las ansias de ver caso jamás visto, habían dado con su sitio. Un crepitante incendio de bujías, con un doloroso Cristo en medio, sobre una mesa con los evangelios y rituales, sobresalía del entarimado.

Pasadas las ocho serían cuando llegaron los presos. Atravesaron, orillados por la guardia, con sus caras más buidas, diciendo devotas palabras a somormujo, como sin darse cata de lo que acontecía, de los ojos anhelantes, ora fieros y bravos, ora compasivos, de las hablas de la concurrencia, desgarradas y sonantes unas, absolutorias y bendecidoras otra. Los clérigos rezaron los penitenciales y las otras oraciones del caso mientras los reconciliados permanecían genuflexos con los pechos embutidos de amargura.

El juez eclesiástico leyó las letras curiales y, enseguida, las preces de la reducción al gremio de la santa iglesia, de la cual noramala se pusieron fuera. Después. Todos bajaron y se encaminaron al interior de la iglesia, yéndose tras ellos tanta gente cuanta cupo. Allí concluyó la ceremonia que, con preces, salmodias y todo duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales no quedó nada poluto en las ánimas de aquellos sentenciados.

Dictada la sentencia natural y otorgada la absolución sobrenatural, prosiguió la causa su fragosa vía. Después de haber pasado el voluminoso expediente por las tres instancias, el gobierno consignó a los reos al prefecto de la capital para que este le diera fin, de acuerdo con las rigurosas disposiciones que, junto con ellos, le entregó, y en las cuales se sumaba dureza a dureza. *In primis*, debía levantar un cadalso, de dos varas de alto, suficientemente amplio, en el lado poniente de la plaza de la Lagunita, lugar donde, desde muy antiguo, se hacían las ejecuciones.

Sobre el dicho cadalso debía enclavar dos robustos maderos, que alcanzaran la precisa elevación de otras cinco varas, sobre las cuales debía atravesarse una buena viga, como que de ella iban a pender los cadáveres a lo largo de tres horas cabales, en espantosa exhibición, para escarmiento ejemplaridad; corridas las

tres horas, y no antes, el verdugo debía cortar a cercén, a golpe de acero, a la vista de todos los mirones y cortar desde la muñeca, las manos derechas del par de ajusticiados.

Hecha esta punitiva mutilación, el mismo verdugo debía descolgar los cuerpos y encerrarlos en los arcaces mortuorios; al instante, sin dar campo a ningún velatorio, los fosores debían conducirlos a la hoya en la mansión del reposo; por último, el tan nombrado verdugo, acompañado de guardias, para impedir sanfrancias y aglomeración, habría de llevar las manos matadoras a la casa teatro de la occisión, clavarlas en la pared testera con recias escarpías; dejarlas allí hasta que se volvieran nada, y debajo sendos carteles para sofrenar tales excesos, con la inscripción: “Por asesino sacrílego”.

Al divulgarse el anterior comandamiento, el dueño del inmueble puso el grito en el cielo, se agarró a buenas aldabas y presentó al gobernador un muy exigente pliego, alegando que, por clavarse allí *per saecula* dichas manos, esta horrendeza, añadida a la mala opinión en que había caído, provocaría miedos y espantos, y nadie en jamás de los jamases la volvería a alquilar. Muy cuerda le pareció al gobernador esa protesta, pero muy necesario el escarmiento, por lo que no cejó en lo segundo; y para remediar lo primero, ordenó se comprara la casa y se tapiaran puertas y ventanas. Como de hecho.

El verdugo, en el ínter, levantando el garrote ,pavoroso instrumento en forma de corbata, que aplicado a la nuez del reo y comprimido por detrás, por medio de un manubrio, lo ahogaba y le troncaba las vértebras, lo ensayó muchas veces para poder regirlo con destreza y sin temblor a la hora indicada. La víspera de la ejecución anduvo a caza en los canes vagabundos que pululaban en el Mercado de la Carne, y una vez que hubo cogido un buen número, condujo la jauría y los pasó a todos por el garrote, sin quedar mal con ninguno.

Quien bien lo supo, porque lo vio, asevera que el fulano Muñoz ,que todavía después, dos o tres veces ejerció el nefario oficio de verdugo, era tan mal quisto, que pagó su celo en ajusticiar reos sufriendo tupidas pedreas en varias ocasiones y frecuentes palabras desgarradoras e injuriosas por parte de la plebe desaforada.

De este espeluznante sucedido da fe una hoja escrita por la péñola del oficial mayor don José María Quesada, con data del 14 de marzo de 1851. Hace igualmente fe el *Libro donde asientan las partidas de entierros de la Parroquia de San Luis Potosí, 1850-1851*, en cuya foja ochenta y nueve, vuelta, se dice que, el 15 de enero del citado año, el:

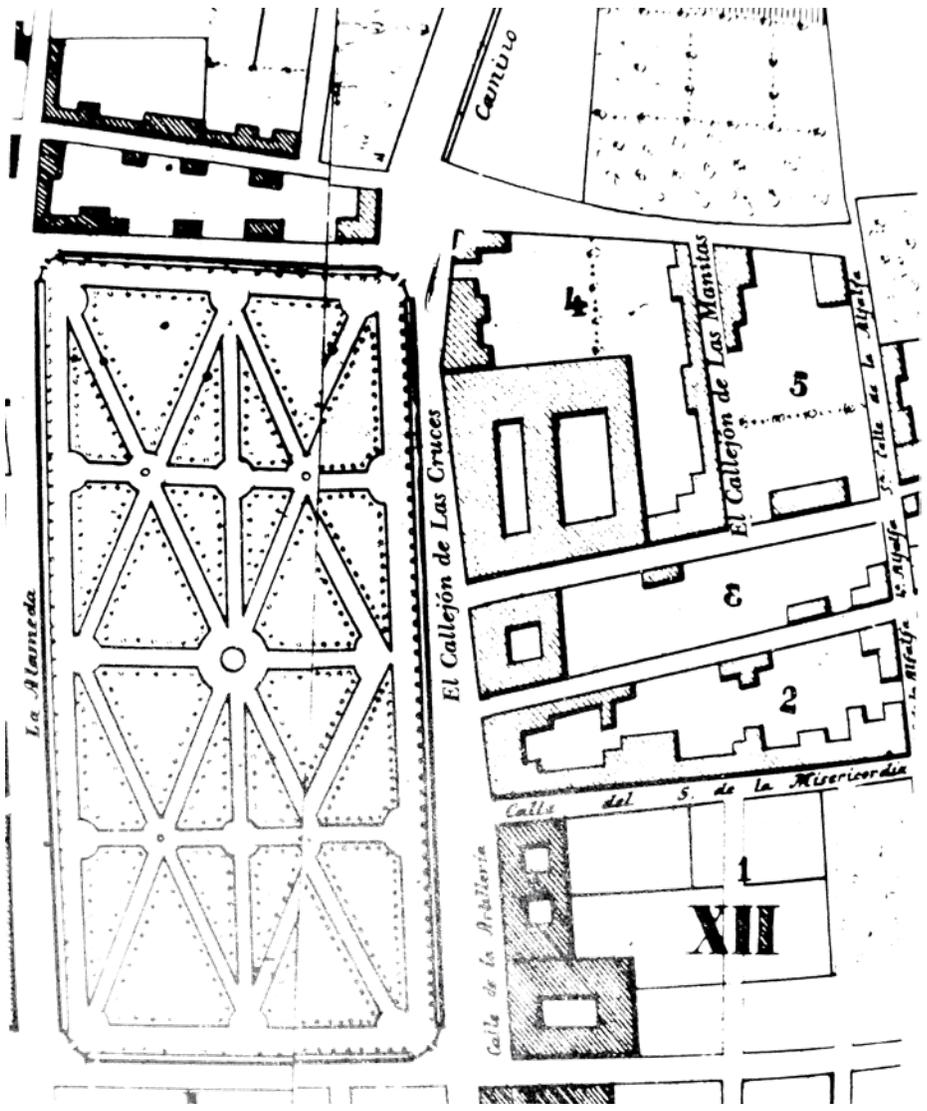
presbítero don Nemesio Cabanas, teniente de cura dió sepultura eclesiástica en el presbiterio de esta iglesia parroquial —hoy Catedral—, con cruz alta, ciriales, dalmáticas, vigilia y misa cantada de cuerpo presente al cadáver del Br. D. Antonio Gómez González, clérigo presbítero de la Diócesis de Monterrey, Catedrático en el Colegio Guadalupano Josefino de esta Capital. No recibió los Santos Sacramentos, por haber muerto asesinado.

En el mismo libro, hojas adelante, se asienta la sepultura eclesiástica de Cruz Castañeda, de dieciseis años, y de Manuel Salas, de dieciocho.

En la misma cuadra donde se irgue el templo del señor San José, por la calle de Negrete, al sur de aquél, estuvo el viejo y tenebroso Hospital Militar. A la vuelta de éste se localizaba la casa del crimen. La calle de Negrete, en los tiempos del narrado suceso, se nombraba del Hospital Militar, y si la cuadra donde se encontraba éste no ha cambiado, la de enfrente era larga, muy larga, como que aún no la partía la hoy calle de Abasolo, que apenas llegaba hasta la actual de Constitución.

Entre la susodicha calle del Hospital o Negrete y la otra al oriente, linde de la ciudad, intitulada entonces de México y hoy de Prieto, corría el malfamado callejón, llamado De las Manitas, por haber enclavado allí ,según he dicho, para escarmiento y ejemplaridad, las extremidades derechas de los asesinos Cruz Castañeda y Manuel Salas.

Muchos años después, no sé por qué ,ni me he puesto a averiguarlo, trocó el cariñoso nombre de callejón de las Manitas por el insípido de calle de López. Con tal denominación figura en el plano de la ciudad que, en 1914, levantó el ingeniero Segura. Poco más tarde, se alongó la calle de Abasolo hasta la barda del ferrocarril, y ésta nueva rúa se comió a aquél, con lo que desapareció el mentado callejón de las Manitas o de López, como también se le llamó en más cercanos tiempos, y todo se convirtió en una sola calle, desde la de Vallejo hasta la de Guillermo Prieto.



El Callejón de las Cruces o la Cruz de Camacho y la Cruz Colorada ■

Por el lado norte lo limitaba la Moneda, cerca de la huerta carmelitana, y por el sur las casas de Camacho y de de la Viña. Hoy avenida de la Universidad, le dan forma, por un lado, la Alameda, y por el otro las manzanas donde se yerguen el Santuario de San José y el Centro de Difusión Cultural del IPBA.



El Callejón de las Cruces

El Callejón de las Cruces o la Cruz de Camacho y la Cruz Colorada

Estos del Montecillo defendían sus tierras como la vida. No porque fueran, no, tierras labrantías, fáciles, de fecunda besana. Al contrario, tierras pobres, de poca miga, en las que no eran dable hendir mucho la reja porque topaba con el duro tepetatal. Pero, aun así, las defendían con ceñudo encono. A diario andaban en bregas y enojos con todos los vecinos que circundaban, mayormente con los carmelitas.

Estos tenían parte de sus fundos canales adentro y colindaban con El Montecillo por los vientos norte y oriente de su huerta ,hoy Alameda. Pero también tenían otros más allá, el llamado Potrero de los Carmelitas, que corrían a su placer desde Los Ranchos o Soledad hasta los ejidos de San Francisco de los Pozos; otros anchos fundos más de estos opulentos descalzos se hallaban hasta el mar.

Con tantas y tamañas extensiones como tenían estos frailes, ora porque por una nonadilla sentían menoscabados sus derechos ,y eso no lo podían sufrir, ora por menoscababan el de los otros, siempre andaban metidos en acres quejas y acriminaciones ante todas las justicias. Aquí y en el Armadillo y en San Nicolás y más allá, dondequiera, lo veían con ojo sesgo sus vecinos, particularmente aquellos que pasaban, por el desmedro de sus tierras, entre estrechas necesidades y menguas y se les había ido todo o casi todo su fomento en las tercas e inacabables litispencias. Ya se sabe, porque lo enseña un dicho decidero y lo confirma la experiencia: “tontos y porfiados, en la lite se quedan sin blanca, mas hacen rico a los letrados”.

Mientras no llegaron los memorados padres carmelitas, los naturales del Montecillo labraban sus pellas de tierra con humilde pasar, pero en paz. Las aguas que se venían rodando, broncas y embravucadas, desde las sierras de San Miguelito, ataban sus fogosos ímpetus al hacer pie en lo llano. De allí para acá procedían con paso gravadoso ora por la calle de la Alfalfa ora por la del Arenal y la del Sol, para volverse a dar la mano donde actualmente es la Alameda y luego desvalagarse por toda la jurisdicción del Montecillo, regando y abonando tierras.

Pero llegaron los carmelos. En menos de nada adquirieron casas y solares, formaron su huerta, echáronle barda, y las aguas perdieron sus cauces; por esto, y por los solares, empezaron las contiendas. De ello dan fe los vetustos cartularios del General de la Nación, en los que los carmelitas y sus contrapartes sacaron a orear largas alegaciones henchidas de la más conceptuosa y fornida dialéctica.

Al alzar su barda los descalzos, para así defender su huerta de las acechanzas de los montecillenses, el renchido encarceló dos cruces preexistentes desde mucho tiempo ha: una, se encontraba a la altura del templo del patriarca San José, otra a 50 pasos mal medidos y más allá. A estas pétreas representaciones del santo leño se refiere mi historia.

En los albores del viejo San Luis, cuando apenas estaba en cierne nuestra muy noble y leal ciudad, cuando el bramo del oro ,que dice Fray Basalenque, voló la fama y acudió copia incontable de gente de las demás ciudades y reales, entre los llegados vinieron unos, que son los que importan: dos hidalgüelos de poco más o menos, Thomé Camacho y Jerónimo de la Viña, primos cormanos ellos.

Camacho y De la Viña, salidos de un apacible y desmedrado aldeorrio castellano, procedían de otros reales. Tercos y esperanzados, anduvieron por muchos descubrimientos buscando prosperidades. Cuanto más tupidos les sobrevenían los descalabros, más les arreciaban las ansias de riquezas. Por dondequiera pasaron estrecheces mil sutilizando en vano su ingenio en pos de una buena cata que los encumbrara, como luego se dice, sobre la espuma y nata de la inagotable opulencia. Pero la loquesca fortuna jamás les hacía cara, los traía en pos de sí dando rotas por las asperezas de la vida. Cuando llegaron aquí, llegaron, como siempre, con las bragas hechas trizas y pelándoselas de hambre y de miseria.

El perenne disfavor los unía más y más. En su terroso y triste pueblo castellano cuando, apenas embarbecidos, salieron de la obediencia de sus padres, éstos les hicieron jurar que en jamás de los jamases ni romperían ni harían nada que menoscabara el buen entendimiento, la tan bien añudada amistad y el muy finítimo parentesco y entroncamiento que había entre ellos; que siempre se valdrían el uno al otro; que en las dichas y en los desmedros y que lo mismo de mozos o ya muy alcanzados de años, el sello del afecto y de la bienquerencia cuartelaría sus vidas y sus obras.

Así, desde que iniciaron ese incesante viajar, nada les enfriaba el afecto. Para el norte que señalaba el uno, allá enrumbaba el otro; el maravedí que gananciaba éste, lo compartía con aquél; la ilusión que recalentaba a Thomé cobijaba también a Jerónimo; y los recios sufrimientos debajo de los cuales los malos quererres de la

fortuna hacían pasar al segundo, los pasaba igualmente el primero. Siempre los dos conllevando fraternal y amorosamente la misma idéntica existencia.

Al llegar a San Luis, atraillados por esa ansia inalcanzable, por primera providencia subieron al cerro a registrar minas revolviéndose entre el enjambre de los ambiciosos buscones que triscaban todo aquello. Camacho registró una; paredaña a ésta, De la Viña registró la otra. Después bajaron a solicitar de don Juan de Oñate sendos solares para casa y para haciendas de beneficiar metales. A fin de poder seguir juntos, al filo de la palabra dada a sus progenitores, escogieron los memorados solares donde estaban entonces las canales de la población, donde luce sus exóticas galas ahora el templo del patriarca san José. Del lado de acá, Thomé; del lado de allá, Jerónimo.

Ahora sí, finalmente, la veleidosa fortuna los llenó de sus favores y les destornilló los grillos de la pobreza. Las catas resultaron ubérrimas. Donde hincaban el pico, allí saltaban las palmas de plata virgen o de oro. En menos de nada repletaron sus arcas.

Empezaron a vivir a lo gran señor y a preponerse muy fachendosos el 'don': "don" Thomé de Camacho y "don" Jerónimo de la Viña; y a andar bien lucidos y entrajados, muy graves y repompeados; y a ser espléndidos con sus castigados bandullos, por tantas hambres trasañejas, con buenas comidas a grandes manteles; y a levantar enfrente de los solares ,que más tarde los Mezas pasarían a los Carmelitas, sus anchurosos caserones a la usanza de entonces, de adobe y tejamanil, con ferrados portones y fornidas rejas ventaneras de macizo mezquite y un farolillo dormilón prendido del alfiz.

Navegando como navegaban, con las velas henchidas por el buen querer de la fortuna y con el recuerdo de los procelosos tiempos idos que los marearon, fraguaba mejor el lacre del parentesco y de la amistad que siempre los mantuvo coyundados. Ora en la mansión del uno, ora en la del otro, en compañía de gente ociosa y corrillera, yantaban hasta el hartazgo y bebían hasta la ebriedad; o bien, ya la noche encima, cuando cerraban la jornada, ya sea que hubiesen ido a ver sus minas o que se hubiesen quedado a beneficiar sus metales, o en la casa del uno o en la del otro, en compañía de capigorriones que nunca faltan y servidos por los actuosos criados y esclavos.

Se daban a juegos de truco y de baraja o a destullir los cuerpos con el baile de la pavana, del polvillo, del alocado bullicuzcuz, del pie del gibao o de la gallarda, o a entonar coplas amorias al trinado son de las violas y vihuelas y a cantar jácaras y cantinelas alegres en las que se mentaban finezas y desvíos, desamores y abandonos, sin faltar las endechas salerosas y las trovas provocativas.

Con todo, la soledad de continuo los ataraceaba con sus garfios filosos. Las bien abastadas mansiones les parecían hoscas y frías, y deficiente y vana la solícita atención de sirvientes y esclavos estando como estaban sus hogares sin una ama y señora de casa que los rigiera con destreza y les diera vida con su amor y su presencia. Decidieron tomar estado.

Para llegar al altar, no quisieron mozas de la tierra. Mandaron misivas a sus padres para que allá, en la aldehuela nativa, ellos concertaran los desposorios con las que mejor les conviniera, con damas de alto nacimiento ya que Thomé y Jerónimo, por acá, habían alcanzado mucho fuste y calidad. Mandaron los poderes y, junto con ellas, unos arcaces con pendientes, sortijas de esmeraldas, pinos de oro para el cabello, rosarios de amatistas, perendengues y porción de joyas, más buena cuenta de doblones para añadir a los presentes y para solventar la travesía de las futuras esposas.

Los padres, poderes y presentes en mano, porque donde hay dinero hay calidad, seleccionaron entre las más alcorniadas familias del villorrio a las mujeres para sus hijos. Sobraban aspirantes entre la aristocracia lugareña. Casaron a las elegidas, a distancia y por poder, y las embarcaron para América. Ellas eran doña Melchora, la de Camacho, y doña María, la que tocó a De la Viña.

Las impacientes ansias de los nuevos esposos no los dejaron estar quedos. El uno diputó conveniente y necesario ir hasta el puerto de la Vera Cruz a recibir a la cónyuge, y el otro, sin más, como estaban acostumbrados a no desear sino el mismo querer y a no escoger sino la misma intención, opinó lo mismo. Hasta la Veracruz las fueron a esperar.

Allí empezaron los enojos y las querellas. Verse, conocerse, descubrir los hondísimos y finítimos afectos que con muy consistente urdimbre ataban a los hombres entre sí y efluir como impetuosa lava los quemantes celos en el corazón de las mujeres, todo fue uno. A doña Melchora, la de Camacho, le cogió para sí una furente animadversión en contra de De la Viña; igualmente a doña María, la de De la Viña, en contra de Camacho.

Las dos mujeres, cada cual por su lado, a solapo de los demás, hicieron para sí el robusto e indesviable propósito de no cejar en la vida hasta no separar, aun con el infranqueable abismo de los odios entre sí, a los primos cormanos, sus cónyuges. Y empezaron por separarse ellas: se arrebuzaron en una fiera malquerencia que no dejaba al descubierto ningún sentimiento bueno de la una a la otra. Los celos les habían metido sus lanzas hasta los regatones.

Se esfumó el sosiego. Por cualquier nonadilla Melchora le buscaba el pelo al huevo, como luego se dice, en contra de De la Viña, y doña María en contra de Camacho. En las noches, y aún en los días, a espalda de los otros, las mujeres hacían agrías reclamaciones a sus hombres por el mucho afecto que se guardaban; otra cosa no sabían mentar. Cuando se reunían para el yantar o para proseguir el viaje, no les era dable a los maridos ni concertar las cosas atañaderas al camino porque incontinenti ellas se emboscaban en un acedo aire irrespirable, atufadas de ira. Nada las bajaba de su encono.

Con los corazones encizañados llegaron a San Luis. Por fuerza don Thomé y don Jerónimo, para no embravecer más a sus respectivas cónyuges, hubieron de tratarse menos. De nada sirvió que las casas fuesen paredañas; esto no era sino echar lumbre a la hoguera. Además de deshacer algunos tratos entre ellos, ya no retomaron aquellas fiestas, aquellos banquetes, aquellas veladas de antaño.

Como las mujeres no pudieron clavar la malquerencia entre sus hombres, apuraron todos sus ingenios, llegada la hora en que fueron madres, en clavarla entre sus hijos. La fueron suministrando con la leche. Los primeros pucheros, las primeras palabras, las primeras amenazas, tanto doña Melchora como doña María empujaban a sus hijos para que encaminaran eso en contra de las criaturas de al lado. Y cuando éstas ya estuvieron en condiciones de mostrarse dueñas de sus movimientos y de recorrer mundo, la primera salida era siempre para provocar a los vecinos con dichos y con hechos.

Mientras los demás niños del rumbo buscaban solaces en ingenuas travesuras, en conversaciones inocentes o en diversiones de la edad jugando a la guzpatarra, a la coxcojuela o la pata coja ,que es lo mismo, o a la chita y al empújote el haba, los Camacho y De las Viñas, tanto los del uno como los del otro sexo andaban a coz y bocado sempiternos.

Estas eran sus consuetas y diarias placenterías: tratarse de bellacos y de mientes, gritarse a voz en cuello despechos y escarnios, canjear acres burletas, decirse frases chocarreras y vilipendiosas, primero; después, ya encrudecidos los ánimos, brincaban a los atronadores mamporros, a los reverses mañosos y a los choques con furia y ardimiento. De niños, se empezaban a dar batalla en rifirrafes de nada; pero conforme iban embarneciendo, embarnecían también las grescas, hasta dejarse hechos una pura alheña.

Lo que iniciaron doña Melchora y doña María y, no pudiéndole evitar, conllevaron muy resignadamente don Thomé y don Jerónimo, se hizo ley entre ambas familias. Sentada la ejecutoria, se convirtió en una triste historia lastimera. La

femenil animadversión engendró una mortal enemiga entre los retoños de las dos señoras. El costal de inquina pasó muy religiosa y puntualmente de los hijos de éstas a los otros hijos y de generación en generación.

Cuando la contumeliosa tarea andaba ya entre los rebisnietos, nadie conocía el por qué. Sólo se sabía que era un compromiso muy viejo, en el que iba el honor. Simplemente recibían esta herencia rijosa que legaron las rebisabuelas, la ejercitaban con celo melindroso y traspasaban, sin mermarle un punto, a los que venían detrás. A pesar de los muchos años no empalidecía la roja llamarada de la recíproca inquina.

En eso, entraron a la luz y contingencias de este mundo, y dio la casualidad que en el mismo momento y horas, un Camacho y una De la Viña, que de allí a dos días, cuando los sacaron de la pila bautismal, se habrían de llamar Sebastián, aquél, y Tomasa, ésta. Fueron los últimos retoños de las rijosas familias. Habían empleado ellas por más de un siglo todos sus mejores bríos en esos atareos animosos, y como que las mujeres ya no tenían alientos para más. Con estos dos nuevos retoños y uno que ya tenían los De la Viña, quedaron sólo tres para alongar entre los tiempos la onerosa comisión de la mutua enemiga.

Sebastiancico y Tomasina, aunque el sexo dispar, eran del mismo tonelaje. Al iniciar sus gateos, de consumo decidieron empezar cuanto antes a cumplir con el tácito y ancestral compromiso. Con una precocidad muy por encima de sus meses, que no de sus años, echaron a vuelo y a distancia, dengues afrontosos y manoteos de amenaza; de allí a poco cambiaron a los arañazos, a los empujones desdorosos y a las palabras vilipendiosas; luego, cuando ya se tenían de pie y la lengua disponía de más soltura, se mofaban con agudezas cónicas y con groseras galanías y armaban los primeros reencuentros sanguinosos.

En tan áspera escuela fueron creciendo Sebastiancico y Tomasina. De vez en vez, para desentumecer su genio fosfórico, intervenía el otro De la Viña, Pedro, más grandulón.

Pero como las cosas de este mundo no tienen permanencia, y como no sólo los bienes y la vida, sino aún los males, es notorio que al fin llegan a su fin, un día, después de una de tantas rechispeantes zacapelas, y de que Tomasina casi le descuajó —y de una mordida— el dedo gordal a Sebastiancico y le anubló un ojo de un manotazo y le fendió el labio de feroz mamporro, la niña, al ver al mozalbillo con el rostro rojeado en su sangre, y al consentirse ella misma desgredada, con la faz tumefacta y tambaleante por las innúmeras contusiones, sintió que sus adentros cambiaban súbitamente de norte: se esfumaba aquel odio tan desconcertado y

la ocupaba de lleno un otro sentimiento que le empujaba su voluntad hacia el macebillo; el cual, a su vez, la veía tiernamente con largos mirares amorosos.

En ese mutuo embebecimiento, recogidas las almas, sin soltar parola, discurrieron un rato, mirándose, pero con nuevos ojos. Al cabo, en son de afectuoso requiebro, él le tendió las manos y ella recogió la recuesta. Entonces la Tomasina comenzóle a acariciar.

Vinieron luego días de extraño desosiego para el par de mancebos. Cesaron del todo las escarapelas. No hacían otra cosa que buscarse a hurto de los inquisos padres, mirarse, intercambiarse mil autos de enamorados y retraerse a sus caserones.

Más tarde, asentadas las cosas y puesto en claro entre ellos que los había despulsado el amor, tornaron a las andadas. Desde entonces así procedían: entre coloquios y confesiones de enamorados y bravuconerías y fieros de enemistados. Se juraban amores, enseguida se mostraban desviados y desamorosos, y acababan hablando rotamente y con lengua provocativa. Intermediaban el requiebro amoroso con las caídas en pleitos y enojos.

Pedro, el hermano de Tomasina, cató estos altibajos, y el esperado descubrimiento le acedó más el humor. Para entonces Sebastián y Tomasina hacían ya ostentación de la bizarría de mancebos, de modo que cuando el primero, muy soberbio y figurero, fue a moverle guerra al segundo, pelearon a lo hombre, y también la tercera hizo lo suyo. Lo que no ablandan razones, a duro golpe se negocia. Y por los golpes de entreambos, de Sebastián y de Tomasa, Pedro envainó sus iras, más sólo para ir corriendo a echarles a sus padres, como luego dicen, la pulga detrás de la oreja.

Los Camacho y los De la Viña grandes, aunque ya alcanzados de años, retomaron lo que habían dejado en manos de los mozos: el pleito. Los De la Viña fueron a dar batería a los Camacho, como en los buenos tiempos. Las remotas rebisabuelas difuntas, iniciadoras de estas inacabables sanfrancias, les transvenaban la pertinaz malquerencia. El señor y la señora De la Viña la emprendieron a dicterios y braverías en contra del señor y la señora Camacho, cada quien con su cada cual, y éstos respondieron por las mismas consonancias.

Entre la gente chica, Pedro arremetió sobre Sebastián, y Tomasa le daba favor ora al uno, ora al otro, con parejo y alternador encono. Y esto se repitió muchas veces; al igual que las imprecaciones, amenazas, maldiciones y mojicones sobre uno y otro enamorado con sus respectivos hogares.

Sebastián y Tomasa, ya muy hechos y derechos, después de sesudos considerandos tupidos de macizas razones y mutuas ofensas y recriminaciones, decidieron darle cabal fin a esa situación, no sólo a hurto, sino aún en contra del querer de sus padres, tomando la única vereda que les era dable tomar: hacerse marido y mujer sin Los trámites del matrimonio. Tomasina perdió su flor. Pedro lo advirtió. Los dejó hacer, y en una de tantas, cuando ,en las heladas de la noche, los dos amantes concurrían a la cita, párandoseles enfrente, hecho un moro de enojo, les cortó los pasos armado de filoso puñal, de esos que llaman “de misericordia”.

—“¡Guarte, guarte, burlador! No digas que no te aviso...”

Sebastián, la mano puesta en la guarnición de la espada y haciendo a lo bravo la rodejilla, le respondió con aire fiero:

—“Oxte con el bellaco!”

—“¡Muera!”, replicó Pedro. “¡Voto a Cristo con el fullero!”

—“¡Muera!”, contestó Sebastián, desenvainando a su vez y repitiendo: “¡Muera!” se arrojó sobre su rival.

Fulguraba en los ojos de los contendientes el odio antañón ciendoblado por el traspaso de generación en generación; saltaban chispas de los aceros; atronaban las bravas razones. Tomasa, no pudiendo separar a los rijosos, llamó con gritos adementados a la una y a la otra familia. Los mozos, con furiosos y certeros metisacas, hasta los gavilanes, quedaron al último boquear. Sólo así sosegaron, sin que ya nada ni nadie pudieran restituirlos a la vida. Unos aquí, el otro allá, frente a sus respectivas casonas.

Fue donde los padres de ambos, cada quien, a su propio hijo, levantaron las cruces de piedra por mí arriba memoradas. La una, de cantera gris, la otra, de cantera rosa. A ésta, el vulgo la llamó ‘la cruz colorada’, a aquélla, ‘la cruz de Camacho’.

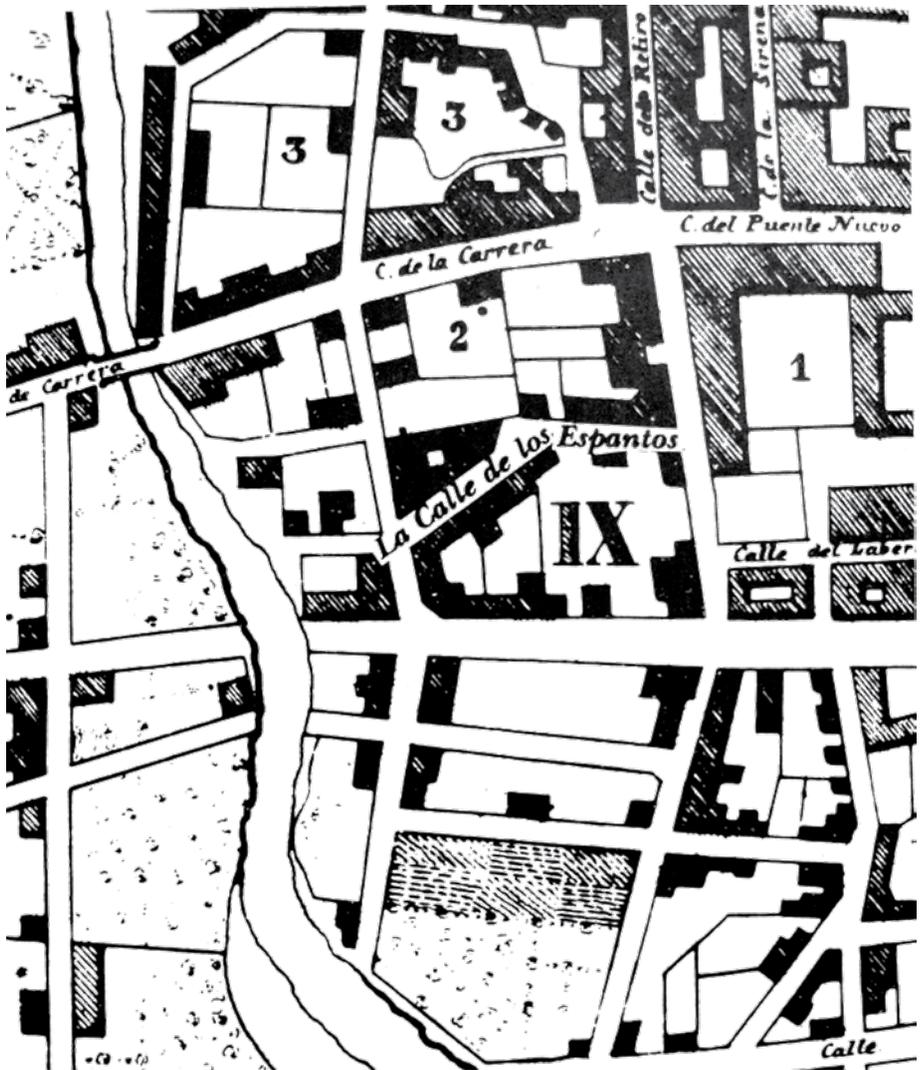
Estuvieron en pie por años y años. Los viandantes, al pasar al par de ellas, se santiguaban con medror y devoción, rezaban un Padre Nuestro a las ánimas de sus dueños y depositaban una piedra más cabe la peaña. Al tender su barda los descalzos, las encerraron en sendos nichos. Por el 70 del siglo pasado, al requisar la huerta de los caramelos para convertirla en paseo público, junto con la barda tiraron las cruces.

Para entonces ya las Hermanas de la Caridad, cuando tuvieron a su cargo el Hospital Civil ,antes Hospital de San Juan de Dios, sito a la razón al lado sur de la iglesia de san José, habían empezado la construcción de una capilla provisional, en donde hoy se irgue el mentado templo. Ellas recogieron de entre las ruinas ‘la cruz de Camacho’.

El tiempo andando, cuando don Cástulo, de mismo apelativo, se echó a cuestras ,con piadoso y terco afán, la tarea de la fábrica de dicha iglesia, incrustó en la fachada de ella, sobre la puerta principal, la sobredicha cruz, labrada en memoria de la mala muerte de un remoto antecesor y en memoria del mismo, puesta a salvo a las laudes de la devoción.

Por ésta, y por ‘la cruz colorada’, a esa calleja ,que durante tantos años adornaron, la llamó el vulgo ‘la calle de las Cruces’, y es fama que Tomasa, que pasó a la historia como ‘Tomasa la Biña’, día tras día, hasta fenecer ya muy cargada de años, en el mismo punto y hora en que tuvieron tan trágico acabar su hermano y su amador, les rezaba trisagios y misereres, salidos de muy dentro, a cada uno, al pie de cada cruz.

Esto ha de haber sido al empezar el siglo de antier, que es lo que yo me colijo. De punto, no se sabe, o al menos yo no lo sé. Lo que sí es verdad probada es que, en octubre de 1755, cuando por obra de las contradicciones entre los descalzos y los del Montecillo, fue preciso hacer nuevas medidas y deslindes en las actas levantadas por los pendolistas se mientan claramente ‘la cruz que llaman de Camacho’, ‘la cruz colorada’ y la heredad de ‘Tomasa la Biña’, única supérsite en ese lejano entonces de las pleiteantes familias.



La Calle de los Espantos ■

Hoy de Zarzosa. Por allí se tendían las vetustas haciendas de beneficio. Laurent lo dibujó con mucha geometría, pero no era así precisamente.



La
Calle de
los Espantos

La Calle de los Espantos

Para la anhelante de doña María de Ayala tomar estado y meterse por la fragosa vía de la amargura, fue todo uno. El casorio, para ella, fue todo al revés de lo que esperaba. Y esperó mucho. Durante años fue amontonando, con inacabable paciencia y terca laboriosidad, ilusiones y más ilusiones; primero, como adolescente ensoñadora, enseguida, como vehemente moza casadera y, por fin, como hembra madura finítima a la desesperanza.

Tardaron mucho en cuajar las ilusiones, tanto que, cuando ya veía como segura, llena de pávido asombro, e ineludible el quedarse a vestir santos, apareció, asomándose a la claraboya de su expectante corazón, el recio y curtido milite don Abel Correa, capitán segundo de milicias.

Cargada de mil ansias, y por si era el último, no se detuvo a considerar la de Ayala las bondades o maldades del futuro consorte. A la embestida inicial, respondió con una provocativa y feble resistencia, para rendirse luego con armas y bagajes. Las ardorosas palabras de su amador, los fornidos juramentos, las copiosas muestras de ternura, ciendoblaron sus bríos para llegar a donde ansiaba, el altar, del que bajó convertida en mujer legítima de su hombre. Y fue cuando el amor cogió por una vereda insospechada.

El corazón aquel, todo arrobos y ternuras antes, resultó aposentamiento de un alma pavorosa y rebufante, a la que carcomían los celos. La que esperaba ser reina en una mansión llena de atuendos, paró en reclusa. Ni a la ventana permitía el milite que se asomara la mujer. Y, además de reclusa, en esclava. El tálamo, sólo lo ocupaba en ratos, porque su colchón ordinario era el vivo suelo. Por cualquier nonadilla, la tundía a puntapiés; de caricias, únicamente probó la doliente doña María, continuos atronadores y feroces mamporros.

El alacranado milite aisló a la mujer de todo y de todos. Ni a la iglesia, siquiera en la cuaresma, la dejaba ir; menos al mercado. Bastimentos, ropa, enseres, todo le acarrea el esposo y carcelero. Y, para quitarle de cuajo la ocurrencia de una

evasión, con descomunal candado el Correa estuchaba las puertas de su hogar. Con tamaño calvario, a la de Ayala se le secó el vientre, y no dio hijos. Hasta de ese legítimo y natural consuelo se vio desposeída.

Pero, como las cosas de esta vida no tienen permanencia, como es bien sabido que no hay mal que cien años dure ni enfermo que los aguante, todo se trastocó en la sufrida mujer, el amor de un principio se le huye del corazón y se avecindó en él, entonces, un extraño y sutil odio llevado por mucha manderecha; dio de través a los lamentos y desecó sus ojos; de ahí para adelante, ni una lágrima ni una queja, una actuosa sumisión y mansedumbre.

En su corazón ayermado, empezó a urdir la venganza. Aprovechado que el marido, muy de mañana, con los luceros, se iba al cuartel ,que entonces era el de La Estacada, se dio a vagar por las azoteas, en busca de una casa vacía por dónde ganar las calles. Fue cosa de días y días. Aunque siempre lo mismo, todas con gente, no cayó en desánimo. El que persevera alcanza, asienta ,y asienta muy bien, un dicho.

Habiendo dado con lo que precisaba, lo demás fue cosa fácil. Muy cerca de su casa habitación, en la ombrosa calle de la Comelca o del Testerazo, como también la nominaban ,hoy 2 de Abril, vivía una mujer maléfica, llena de habilidades indecibles, que ejercía el arte cisorio, una de esas que se dedican a la nigromancia, a la sortería y a las cerradas artes divinadoras, y que predecía futuros, cortaba males, desleía ojos y enderezaba entuertos con sus astrologías, sus geomancias y sus cábalas.

Se hizo diligente discípula de ésta y se inició en el tenebroso arte de la brujería. En menos de nada, compelida por las dinámicas ansias vindicativas, aprendió a manejar polvos mefíticos, pociones, toda clase de mezclas, pestilentes brebajes, tisanas, elixires conformativos, muñecos de trapo, sortilegios, ensalmos, filtros afrodisíacos, narcóticos y simpáticos, triacas, amuletos, talismanes, conjuros, emplastos, mejunjes, varas de virtud, exorcismos, invocaciones, sahumeros, encantamientos, pactos de sangre, hechizos, unciones mágicas y todos los menesteres, ritos y útiles necesarios para el cabal ejercicio de la diabólica magia negra.

Adoctrinada por su preceptora, doña María alcanzó a llegar hasta lo mas intrínseco de la brujería. Aprendió, lo primero y de cuerito a cuerito, *El libro infernal de Jonás Sufurino*, que es como la cartina de la geomancia; *El libro de San Cipriano* o *El tesoro del hechicero*, un voluminoso manual, indispensable en la librería de cualquier brujo que se respete; *Los admirables secretos de Alberto el Grande* y *Escuela de sortilegios*, de Grimorio, que son los *vademecum* de todo

encantador y perito de exconjurios e invocaciones; *La suma de la sortería*, de Simón Mago, obeso mamotreto riquísimo en toda clase de recetas negras y otros libracos de este jaez.

Aprendió también, la rigurosa jerarquía y trato con los espíritus infernales que todo nigromante debe tener a su disposición mediante el pacto: Lucifer, emperador, Belzebuth, príncipe Astorotch, granduque; y los espíritus superiores subordinados a éstos: Lucifuro, primer ministro, Satanaquia, gran general; Agaliereth, comandante; Fleurety, teniente general; Sargatanás, brigadier; Nebiros, mariscal de campo, y otros inferiores, que son como cornetas de los anteriores: Mirion, Belial y Anagatón y sus subordinados Beal, Marbas, Barbatos, Gusataán, Balafar, Ayperos, etcétera, y todas las precisas y concretas funciones que comprenden a cada uno y el modo de atraerlos.

Y todas las mañas: distinguir, en medio del opaco plenilunio, la mandrágora del licopodio, el cincoenrama del beleño, el estramonio de la belladona, la hierba doncella del muérdago de encina y el heliotropo de la lengua de perro; y a recolectar dichas hierbas sin que amenguara un punto su virtud benéfica o maléfica, a según; y a cazar cuervos machos, víboras de siete cascabeles, chuparrosas, sapos, muerciélagos, mirlos, a la misma enlanguescida luz, y a destriparlos ya para utilizar la sangre o los sesos o las entrañas, ya para disecar los cuerpos o para aprovechar los cueros, plumas, garras, picos, ojos, lenguas, dientes y huesos.

A exhumar cadáveres de mujeres a las que se les huyó la vida cuando estaban encinta y de niños muertos antes de que las aguas del bautismo les lustraran la mollera; a hervir en el caldero, colgado de un trípode hecho con ramas de pirul verde, hasta alcanzar el punto requerido, los zumos de las raíces y de todo el herbolario brujeril, majadas en una calota de puerco espín.

A usar, con todo el tino y eficacia, la piedra imán, el agua de sol, la llave de los pactos, el anillo de Salomón, la rueda de Agamenón, la aguja de Cleopatra, la muela de Santa Apolonia, la nuez de san Blas, la vara de Moisés, el ojo de Maimón, la clavícula del Rey Salomón, la medalla del gran Nakir.

Y a ejecutar complicadas operaciones matemáticas, hasta dar con el número cabalístico más apeliado; a ensartar debidamente palabras, ora devotas ora malsonantes, para acompañar los sortilegios, invocaciones, ensalmos, conjuros, sahumeros y exorcismos; y a armar monos de trapo, rellenarlos de pelos, cenizas, polvos, hierbas y practicar en ellos la acupuntura con espinas de nopal tapón, de mala mujer, de samandoca, de sávila y de otras plantas punzantes ya para meter una mala dolencia ya para sacarla.

Con esta larga cauda de conocimientos nigrománticos, doña María enderezó todas sus terribles baterías en contra de su malhumorado cónyuge para desbravarle los ímpetus y satisfacer su ansia ardiente, maciza y trasañeja de vindicta. Ni qué decir que volcó en él, ya en efigie, ya en persona, todas sus habilidades. Los indómitos bríos, el fosfórico temperamento, lo insufrible, se fue enmollecendo poco a poco, hasta quedar nada. Dejó de ser el de antes. Ya no volvió a masticar oscuras palabras a somormujo o a grito abierto. Olvidó el candado, francas dejó todas las puertas, no volvió a ponerle las manos encima a su mujer ni a gritarle cosas. Paró en toda miel, comedimientos sin fin y amabilidades exquisitas.

Y doña María volvió al sol. De triguito de Dolores que parecía, recobró las chapas, embarneció. Muy saludadora y parlera, se dio a conocer a las vecinas, y con sus buenos modos les robó la voluntad. Muy bien quista por sus amables proceder, entraba y salía de todas las casas del vecindario, no dejando detrás de sí más que muy honrosos comentarios. Atesoraba simpatías. Era como el gorrón sobre el cual giraba la vida entera de la pava comunidad del callejón de Zarzosa, apellidado así desde muy antiguo.

El marido, mientras tanto, por las satánicas hechicerías de su mujer, proseguía adentrándose en una indefinida insanidad, cual si se le estuviera zafando la razón. Ya no tenía nada de aquella pretérita impetuosidad y dureza. Todo mansedumbre, no hacía más que escagularse en el patio de la casa a chupar sol.

De pronto, el callejón de Zarzosa, tan lleno de quietud, tan vacío de estrépitos, tan colmado de amicísimos afectos, se inundó de sobresaltos y temores. En las noches, y más en las noches umbrosas de menguante o en las argentadas de plenilunio, se cernían sobre toda la calleja emanaciones pestíferas, insoportables, ruidos de resquebrajar los tímpanos, de cadenas, de tambores, de fognazos, roncocos, chillones otros; ayes despavoridos de arrugar el corazón y clangores de partir el alma; humos negros, morados, rojos; sombras en vuelo; carreras por las azoteas, como de todo un tropel desbocado arrastrando cadenas; retumbares so tierra, de tambalearse las casas.

Los vecinos, convertido el silente y recoleto callejón en saturnal o aquelarre del averno, se vieron forzados a poner las cosas en oídos de la autoridad. El alcalde mandó al jefe de los serenos a observar los extraños acontecimientos. Y en la misma noche, al apretar la oscuridad, unas bolas ígneas, como de una vara de diámetro, empezaron a rodar por las azoteas. Salían pegando brinquetes, de la casa del capitán Correa y, después de rondar por los demás pretilles, volvían a ella; las arreaban unos silbos fortísimos revueltos con palabras malsonantes de la peor calidad.

De cuando en vez aparecían pestíferas tufaradas e informes lenguas de humo, que borrraban las bolas y se quedaban remeciéndose en los aires, al par que unos gritos destemplados, que no parecían salidos de ningún pecho humano, atronaban los aires.

A éstos se sumaron los llantos de los niños, las exclamaciones de las mujeres y los denuestos de los hombres, que todos se apiñaron en el medio del callejón para desvanecer sustos e infundir ánimos, mientras los cuerpos se empapaban de sobrecogidos humores, y los labios espantados barbotaban magníficas y oraciones a la sombra del señor san Pedro, al alma sola, a la espada flamífera de san Miguel, al cayado de san Cristóbal, a las benditas ánimas y a todos los santos.

Cuando se hubo desvanecido aquello, les fue volviendo el alma a los cuerpos. Todos se sintieron, entonces, cargados de osadía muy finchados, muy ternes, y como vieran que de la casa del capitán Correa salían las causas del espanto, y de allí no se asomó nadie, decidieron violarla.

Con recias aldabas llamaron muchas veces a la puerta; la zarandearon con furiosa impaciencia; sacudieron las ventanas. Ninguna señal vino en respuesta. Ya no les cupo duda. Juntaron más y más enojo. Se llenó el callejón de curiosos dispuestos al asalto. Como no les abrieran, se derramaron por las casas vecinas para ganar las azoteas y meterse en la de los Correa, descendiendo de ellas.

Un enjambre de valientes, comandados por el sereno, se aprestaron al abordaje, y cuando buscaban el modo de bajar al patio, un deslumbrante fagonazo los bañó de luz, quitándoles la facultad de ver; una forma negra, con una larga estela de chispazos, saltó hacia los aires; y una carcajada violenta, temblorante, larguísima, cerró. A los valientes violadores se les fue todo ejercicio, de la voz, del movimiento, del respiro. Los volvió a sobrecoger el miedo. Algunos se fueron de aguas y los más quedaron agarrotados. El puntillo de la honra los volvió en sí, les aflojó la lengua y el cuerpo, les despercudió el seso y, como eran muchos, pronto enderezaron sus ánimos para dar cabal fin al abordaje.

Con sogas y escaleras alcanzaron el patio, donde se arracimaron todos para reparar miedos. Un espantoso silencio emanaba de las piezas con las puertas destrancadas y oscuras, oscurísimas. Las recorrieron, sin encontrar persona alguna. Y fue en la última, en la del corral, donde a la mortecina luz de la lámpara de sebo, encontraron la oficina de Correa, bien abastada de cuanto es menester para el ejercicio de la magia negra; y en el suelo, sobre una cruz de tierra, con las extremidades fuertemente amarradas con cuero crudo a sendas estacas, al infeliz consorte, con el cuerpo transido por largas y afiladas espinas, vomitando líquidos

malolientes y espumosos y los desorbitados ojos clavados en inalcanzables lejanías. Como no encontraron a la mujer, los maliciosos concluyeron que, cuando ellos estaban para bajar al patio, la bruja huyó montada en una escoba, y por eso el fogonazo.

Con tamañas muestras de criminalidad a la mano, las autoridades entraron de lleno en el asunto. Al capitán lo condujeron al hospital; por esa noche cerraron y sellaron la casa y, al llegar la claridad, cuando de nuevo ,con notario que diera fe y testigos, entraron en la desolada mansión, encontraron a la bruja, tirada en la puerta del taller, inundada de sudores y carente de sentido. Bajo fuerte custodia la llevaron a Las Recogidas, donde, en el más seguro calabozo, la cargaron de grillos y cadenas.

Largos meses corrieron mientras se le sustanciaba la causa a la bruja. Esta se refugió en un consistente mutismo que no rompió ni la aplicación del potro y el garrote. Al adementado mílite, no hubo manera de sacarlo de su insania. Unos parientes radicados en el Nuevo Reino de León, lo recogieron, y no se supo más de él. La nigromántica mujer, al poco tiempo, se convirtió en una vieja carcamal, espantable y repelente, que sólo sabía derramar miedo entre las reclusas. Jamás dijo palabra, selló su boca para siempre y sólo se abrió para que se le huyera el alma.

El callejón de Zarzosa se vació, ni los perros osaban transitar por él, durante mucho tiempo, mientras siguieron los ruidos y las diabólicas apariciones, que cesaron del todo al morir la malfamada y malaventurada doña María de Ayala. Y por eso, la gente del viejo San Luis apellidaron a esa parva y recóndita rúa: la calle de los Espantos.



Callijón del Puerto

El Callejón del Perico

La formación del mal llamado Eje Vial trastocó esa zona. Desde los albores del viejo San se le llamó La lagunita, el Barrio de la Lagunita. Por 1592, o desde antes, las aguas broncas de los entonces frecuentes y gruesos aguaceros que se abatían sobre la ciudad, en parte paraban por ahí y formaban una perenne charca o ciénega. La cual se nutría, además, con los tercicos escurrideros de los muchos manantiales que había cerca de la plaza de Armas: Los ojos de agua del Rey, los ojos de agua de las Magdalenas, los ojos de don Pascual y otros más. La tal ciénega a veces, sin ningún pudor, se metía de rondón en la plazuela de San Juan de Dios.

Por obra de esa Lagunita, la mancha urbana durante siglos no pudo crecer en sus alrededores. Cuando más, se establecieron anchas haciendas de beneficiar metales, que desvalagaban sus escorias por todo el contorno. De modo que, de fijo, ahí quedó atorado el límite de la ciudad con la villa del Montecillo. Todavía antes de que llegara el ferrocarril, por 1888, ahí concluía San Luis por el viento del noroeste.

Servía como de mojonera una casa llamada ‘de la Escoleta’, aunque ya para entonces, conmedios del siglo pasado, algunas de esas haciendas de beneficiar metales habían desaparecido, tasajeadas por muchos callejones informes, estrechos, desaliñados: del Beso, de los Afligidos, de las Ánimas, de la Duda, de la Loza, del Perico. Todos ellos fueron apareciendo entre la huerta de los Carmelos, hoy Alameda, y el barrio del Venadito.

El callejón del Perico, al parecer, vino a la vida cuando se formó en los amplios corrales de una de dichas haciendas el algarero Mesón de las Ánimas, en el que se aposentaban los arrieros y viandantes que llegaban al viejo San Luis por los caminos del oriente. El tal callejón, por un lado, moría en la esquina del susodicho mesón; por el otro, topaba con el callejón de los Afligidos. Inicialmente, como todas esas callejas, nació sin nombre, en espera de que el vulgo parlero y decidor le impusiera uno, preciso, emotivo, original, por obra de algún suceso memorable.

Como digo, por allí estaba 'la Escoleta'. En ella abrió el buen párroco de la ciudad una 'Amiga', o sea, una modesta escuela para los marginados párvulos de ese rumbo. Rudimentaria escuela en la que se enseñaba a leer, escribir, contar y, por supuesto, el catecismo. La encomendó a Jesusita, dulce y abnegada anciana, profesora empírica que había enriquecido su existencia indoctrinado chiquillos broncos y analfabetos.

Por allí, en las primeras casuchas mal alzadas en el neonato callejón sin nombre, abrió también su desbaratada oficina un talabartero, renegado y blasfemo, decidor y maldiciente, a quien apodaron el Renco, por su modo de caminar.

Pronto se vio que, distando apenas algo más de un tiro de piedra mal tirada, la mentada talabartería y la Amiga no podían hacer buena yunta. Mientras Jesusita, repleta de piadosos sentimientos, imbuía en sus alumnos santos proceder, temor y amor a Dios y al prójimo, hablara decorosos henchidos de respeto, el Renco barbotaba en su taller, de oírse hasta más allá de la banqueta de enfrente, inmundos pesiatales, blasfemias de romper los tímpanos, palabrotas indecibles, sin ton ni son, por el más chico motivo.

Analfabeto indómito, así como no podía estar sin proferir a boca llena obscenidades, tampoco podía sufrir la vista de los párvulos que, pizarra bajo el brazo y el *Silabario de san Miguel*, se encaminaban o tornaban de la Amiga, y los bañaba con asquerosos dictionarios irrepetibles. Peor las cosas cuando algún chiquillo, inspirado por el diablo —que otra cosa no podía ser—, brincando miedo y cordura, le contestaba con las mismas consonantes o con el sugestivo "tú lo serás" o con el indiferente "alzo pata", en son de mofa y escarnio, haciendo perversa alusión a la entumida del Renco.

Por chunga y diversión, el talabartero se liaba en briosos tiroteos con los arrieros que a diario entraban o salían del Mesón de las Ánimas. Con ellos no podía, siempre le iban un paso adelante. Doctores en el mal decir, graduados en las eficaces aulas de los corrillos de sus congéneres y en paraderos y garitas, con larga y fructífera práctica en el recio arreo de las recuas, siempre traían alguna blasfemia, algún decir, algún ajo nuevo, sonoro, macizo y preñado de sentido, con su respectivo además o chiflido que lo tornaba más agresivo.

Entre estos arrieros, maestros y doctores en el mal decir, un buen día cayó uno, superior a los otros en estas infernales artes. Su gracia, original, sorprendente e insólita, estas en que, como si practicara la ventriloquía, no hablaba él, sino el perico que siempre y por dondequiera lo acompañaba. Un perico parlero, de donosa estampa, inquieto, de esos de copete amarillo, que fácilmente se encrespaba por cualquier nonadilla y soltaba el pico.

El susodicho arriero descubrió al perico allá por las zonas costeras. Según decían, por el puerto de Alvarado. El pájaro, implume todavía, yacía a media vereda atontado por la caída del nido. El arriero lo recogió y nutrió. Desde entonces se convirtieron en indivisibles compañeros. El perico convirtió la cabeza de la silla en percha. Y cuando alcanzó la edad suficiente para volar, de brinco en brinco andaba por sobre todas las bestias de la recua.

Al mismo tiempo, el mentado perico aprendió, con una diligencia y aprovechamiento dignos de mejor causa, todo el atronador vocabulario arrieril. Y los retumbantes y expresivos chiflados, los emitía estridentes, rotundos, incitantes, con una destreza incomparable. El arriero ya no necesitó ni el látigo, ni de vara, ni de improperios. Los gritos y silbidos del pajarraco, oportunos, contundentes, acertados, y más en la oreja de la bestia remisa, resultaron superiores a cualquier intervención humana.

El encuentro inicial del perico y el Renco estrujó a la plebanía. Precisamente cuando aquél, encaramado en lo más alto de la carga de una mula, paraba por el frente del taller de éste, el maldiciente talabartero increpaba arduamente a los párvulos de la Amiga. A los agresivos denuestos contestó el perico haciendo gala de lo mucho que sabía. Irrefrenable, barbotó blasfemias, insultos y obscenidades salpimentadas donosamente con chiflidos provocativos y denigrantes. Luego, con un sonoro “Ooooh” arrastrando y tajante, a lo arriero, el perico detuvo la recua, erizó el plumaje y brincó sobre la cabeza de la mula más alta. Allí, desde ese púlpito, su impetuosa animalidad irracional, con la cuerda de los reflejos condicionados, inició un largo intercambio de procacidades con el desfachatado Renco.

El estruendo de tamaña alharaca alborotó al cotarro. El ruin callejón, de suyo tan intransitable, se llenó de curiosos. El Mesón de las Ánimas se vació. Las pulquerías y tendajillos del rumbo se quedaron solos. Se formó un amplio cerco de mirones. Pura gente de trueno, que azuzaba más y más al perico y le aplaudía con regocijado frenesí sus descocadas interpelaciones. Por fin, el pajarraco, recordando sus deberes, le espetó al talabartero un estruendoso y ofensivo saludo a la madre, acompañado de un sonoro chiflido y otros más a las bestias, para retomar el paso, y encaminó la recua hacia el Mesón de las Ánimas.

Las inusuales gracias del perico, el grosor de los dicterios y el recio aplomo para dispararlos, cautivaron al Renco. Ya no quiso otra cosa que hacerlo suyo. Abordó al dueño, le pidió, le rogó, le ofreció el oro y el moro. Por último, al cabo de tercios regateos, a cambio de una silla de montar primorosamente bordada y de unas chaparreras, se adueñó del malhablado perico.

Ya suyo, lo acomodó en una percha pendiente del dintel de la talabartería y formó un tornavoz de cuero para agrandar la resonancia. El animal se convirtió en solicitado y aplaudido actor de un singular espectáculo. No había transeúnte al que, simplemente por nada, tan sólo por verlo pasar, no le soltara alusiones atroces, mayormente a las mujeres. Mientras los pelafustanes y léperos se regocijaban azuzando al cotorro, las personas de bien rehuían el encuentro y las señoras preferían rodear por los otros callejones. Cuando no tenía enfrente a quien ofender, el perico volteaba hacia el Renco y la emprendía contra él.

Jesusita, la recoleta y pía directora de la Amiga, no podía sufrir tamaño escándalo, máxime cuando los más pícaros de sus párvulos se allegaban a provocar al animalejo. Afligida y tímida, caviló mucho en sus adentros en busca de alguna compostura. Se encomendó muy de veras a san Ramón Nonato, el santo mercedario cautivo a quien los impíos moros horadaron los labios y por los agujeros le introdujeron un candado y así clausuraron su boca para que no predicara más Cristo. Apeló con ahincados rezos a toda la corte celestial para que le inspirara el remedio. Terqueó con encendidas rogativas. Por fin, después de tanto y tanto sufrir y cavilar, dio con la solución.

Por fuerza tuvo que hacerse amiga del perico. Echó mano de toda su fortaleza para aguantar, con el ceño más amistoso, los saludos y despedidas, que no eran sino cántaros rebozantes de procacidades. Con robusta paciencia y comedimiento, poco a poco se ganó la afición; lo atrajo cada día más y más. Le pedía la pata, y el pajarraco se paraba muy donoso y decididor en el huesoso dedo. Jesusita lo envolvía en afectuoso mimos y palabras amables, a las que, en su agradecida irresponsabilidad, el perico amorosamente correspondía con alusiones del más grueso calibre. Era su manera de corresponder.

A mañana y tarde, a la hora de la entrada y salida de la Amiga, el perico aguardaba con impacientes ansias el encuentro de Jesusita. En la espera descargaba sus frenéticos prontos con tupidas andanadas de execraciones; al verla, armaba una ruinosa algarabía con aleteos y estridentes abominaciones que alcanzaban su más alta altura al posar la pata sobre el dedo de Jesusita.

Para la anciana y pudorosa maestra fueron, no días, semanas y semanas de muy recios trabajos. Cuando consideró que ya estaba muy bien anudada la amistad, todavía lo aficionó más dándole de comer granitos de nixtamal, tortillas bañadas de agua con sal, masa remolida y otras suculencias de este jaez. Así las cosas, llegó el día en que el perico engullaba cuanto le presentaba Jesusita. La ración que le ofrecía su amo el Renco, en cambio, la rechazaba con las más fuertes palabrotas

de su vocabulario. Y todavía más, con la venia del talabartero, la anciana colgó de la percha una cazuela con bastimento suficiente, a fin de que el perico no pasara hambres.

Fue cuando Jesusita consideró que había llegado la hora. Entonces le dio a probar la tuna. El placer que regustó el perico, lo manifestó con retumbantes procacidades, las que se multiplicaron cuando recibió más tunas. Para calmarlo, únicamente le dejaba unos pedazos en la cazuela.

Jesusita manejó a conciencia la situación. Ora una tuna amarilla, grande, jugosa; ora una tapona, de menores dimensiones, pero de incitante sabor; ora una cardona, que dejaba al cotorro relamiéndose el pico. Cuando lo vio aquerenciado a la tuna, lo mantuvo por días a media ración, con lo que excitaba el hambre y las maldiciones del perico, Jesusita, afable, amorosa, día a día, con sus descarnados dedos atesaba el plumaje del animal. Así sopesaba el desmedro. Ya se tentaban mejor los huesos. La media ración manifestaba los estragos.

Había llegado la hora. Una tarde, la anciana, al encaminarse a la Amiga, repletó una cazuela de tuna tapona y todavía llenó la que colgaba de la percha. Había escogido celosamente las que podían tener las semillas más grandes. La decreciente ración de los días anteriores tenía al pajarraco más famélico que nunca. Afable y zalamera, a escondidas del Renco, le presentó la cazuela, y el pájaro, atosigado por el hambre, se echó sobre las tunas. Comió y comió, con endiablada voracidad hasta llenarse. Jesusita, con terca ternura, lo alentaba a no dejar nada, y con el dedo le retacaba el pico. Cuando ya no le cupo más, lo devolvió a la percha.

Con la digestión, una extraña y desbocada locuacidad dio cuerda al perico. Extraído el jugo carnoso, las semillas mondas en las tripas del animal empezaron a obrar el maleficio. Y si este accidente en los cristianos es pernicioso, en los pericos es peor. A su tiempo, recios e indomeñables retortijones zarandeaban al perico. La oclusión lo constreñía a vomitar las peores atrocidades. No se dejaba ni tocar, menos explorar. Encrespado el plumaje, bien enhiesto el copete amarillo, aventaba a cuantos se le acercaban picotazos cuantas veces se acercaban a tocarlo.

El perico, tambaleante, lacio el plumaje por sudores de muerte, barbotó una estruendosa maldición, dio un paso sobre la percha y cayó redondo al suelo. El Renco lo levantó, acunándolo en sus manos. Otra nueva maldición, al par que expelía estrepitosamente el tapón que formaron las semillas, y cerró el pico para siempre. Este malaventurado perico fue el que le dio nombre y renombre al callejón.

Referencias bibliográficas

- Academia Mexicana de la Lengua (s.f.). Página web. <https://www.academia.org.mx/>
- Adiós Cultural (30 de septiembre de 2019). Fosor. Funespaña. <https://www.revistaadios.es/ampliacion/126/Fosor.html>
- AlexAltamirano16. (s.f.). El libro de San Cipriano “Talismanes” Capítulo 6. <https://www.wattpad.com/amp/550576386>
- Álvarez, J. (s.f.). Curso de latín desde cero #15.32: Los pronombres/adjetivos demostrativos. Academia Latín. <https://academialatin.com/los-pronombres-adjetivos-demostrativos/>
- Antoine, I. y Tournes, S. (1671). Tesoro de las tres lenguas española, francesa, y italiana, Vol. I (pdf en línea). https://books.google.com.mx/books?id=GjGV2LI86wAC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Asociación de Academias de la Lengua Española (s.f.). Página web. <https://www.asale.org/>
- Asociación para la Defensa del Patrimonio Lingüístico de España (s.f.). Perquisición. <https://defensadelidioma.com/perquisicion/>
- Autodesk Autocad Architecture 2019 (s.f.). Acerca de los montantes de conjuntos de puerta y ventana. <https://help.autodesk.com/view/ARCHDESK/2019/ESP/?guid=GUID-6B15B2D4-C26D-4322-ACB7-EE3F8D72A55B>
- Bab.la (s.f.). Diccionario (en línea). <https://es.bab.la/diccionario/italiano-espanol/>
- Babines López, J. (s.f.). Obras pías, capellanías y testamentos en el Archivo General del Estado de Oaxaca. Gobierno del Estado de Oaxaca. <https://www.oaxaca.gob.mx/ageo/obras-pias-capellanias-y-testamentos-en-el-archivo-general-del-estado-de-oaxaca/>
- Barragán, F. J., Saborido Pizarro, F. y Cárdenas Llano, R. (s.f.). Antiguos toques de las campanas de la torre de la Iglesia parroquial de Sta. M^a de la Estrella de Coria del Río. Costumbres y Religiosidad. <https://sites.google.com/site/costumbresdecoriadelrio/home/antiguos-toques-de-las-campanas-de-la-torre-de-la-iglesia-parroquial-de-sta-ma-de-la-estrella-de-coria-del-rio>

- Barragán, S. (s.f.). Mala mujer: planta medicinal. México Desconocido. <https://www.mexicodesconocido.com.mx/mala-mujer.html>
- Barrientos López, G. (2004). Otomíes, pueblos indígenas del México contemporáneo (pdf en línea). Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/12560/otomies.pdf>
- BBVA, Real Academia Española. (s.f.). Fundación del Español Urgente. <https://www.fundeu.es/>
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (s.f.). Facultad de catar y cavar: caso chileno, peruano y argentino (pdf en línea). BCN Informe. https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwim_NPzpon_AhUXIEQIHVx8DW0QFn0ECAGQAQ&url=https%3A%2F%2Fwww.bcn.cl%2Fobtienearchivo%3Fid%3Drepositorio%2F10221%2F17857%2F1%2FFacultad%2520de%2520catar%2520y%2520cavar_v3.doc&usg=AOvVaw0OTVM4wnhdhqb_A_N3picn
- Bruton, J. M. (11 de junio de 2017). La prisión de San Juan de Ulúa. The Historical Marker Database. <https://www.hmdb.org/m.asp?m=104279>
- Buen territorio católico (s.f.). ¿Cuál es el significado de la sal en el bautismo? <https://conventosanfranciscosalta.com/biblia/cual-es-el-significado-de-la-sal-en-el-bautismo.html>
- Campos y Fernández de Sevilla, F. J. (2012). La Virgen del Patrocinio y el Monasterio del Escorial (pdf en línea). En: Advocaciones Marianas de Gloria, pp. 699-732. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4100909>
- Carrillo Cázares, A. (1999). Los primeros poblamientos de chichimecas en tierras de Guanajuato: experiencia y pensamiento de los misioneros agustinos. (pdf en línea) En: Arqueología y etnohistoria, la región del Lerma. El Colegio de Michoacán y Centro de Investigación en Matemáticas. <https://colmich.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1016/1023>
- Carrillo Cázares, A. (1999). Michoacán reivindica su jurisdicción sobre el Río Verde, la información dada por el guardián de Sichu, fray Francisco Martínez de Jesús, en 1597 (documento inédito) (pdf en línea). En: Estudios Michoacanos VIII, pp. 159-200. El Colegio de Michoacán e Instituto Michoacano de Cultura. <https://colmich.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1016/872>
- Catholic.net (s.f.). Página web. <https://es.catholic.net/>
- Cendoya, C. (s.f.). Símbolos, ritos y efectos del Bautismo. Catholic.net. <https://es.catholic.net/op/articulos/18207/cat/728/simbolos-ritos-y-efectos-del-bautismo.html#modal>

- Centro para el Análisis de las Decisiones Públicas (s.f.). El problema del gorrón (o free rider). Universidad Francisco Marroquín. <https://cadep.ufm.edu/concepto/el-problema-del-gorron-o-free-rider/>
- Chapman, A. (1985). Los hijos del copal y la candela. Ritos agrarios y tradición oral de los incas de Honduras. *Etnología, Serie Antropológica Tomo 1 y 2*. Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Chavira López, F. (16 de diciembre de 2022). Hernán Cortés derrota al pueblo huasteco en la Batalla de Coxcatlán: 16 de diciembre de 1522. <https://vox-populislp.com/2022/12/16/hernan-cortes-derrota-al-pueblo-huasteco-en-la-batalla-de-coxcatlan-16-de-diciembre-de-1522/>
- Código Civil. Real Decreto de 24 de julio de 1889 por el que se publica el Código Civil (actualizado a 22 de septiembre de 2022). Libro IV. De las obligaciones y contratos (arts. 1.088 a 1.975) Título VII. De los censos (arts. 1.604 a 1.664). Ministerio de Gracia y Justicia de España, Gaceta de Madrid, 206. <https://www.civil-mercantil.com/codigo-civil-libro-iv-titulo-vii-censos.html>
- Código Penal para el Estado de Zacatecas (17 de mayo de 1986). Decreto 241, Tomo XCVI, Periódico 40. LI Legislatura del Estado de Zacatecas (artículo 301). México. <https://www.congresozaq.gob.mx/f/articulo&art=44330&ley=103&tit=1&cap=1&sec=0>
- Congreso del Estado de San Luis Potosí (2 de marzo de 2015). ¿Quién fue Vicente Chico Sein? (publicación de Facebook). <https://fb.watch/kDEyyPka1F/>
- Corominas, J. (1987). Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. Editorial Gredos, S. A. <https://desocuparlapieza.files.wordpress.com/2016/02/corominas-joan-breve-diccionario-etimolc3b3gico-de-la-lengua-castellana.pdf>
- Cronologías San Luis Potosí (s.f.). Página web. <http://cronologiassanluispotosi.com/>
- De Chile.net (s.f.). Página web. <https://www.dechile.net/>
- De Sevilla, A. (1704). Sermón de N.S.P.S. Francisco (pdf en línea). <https://archive.org/details/A11211301/page/n3/mode/2up>
- Definición de (s.f.). Página web. <https://definicion.de/>
- Definicion.de (s.f.) Sitio web dedicado a ofrecer definiciones y explicaciones. <https://definicion.de/quienes-somos/>
- Definiciona, definición y etimología (s.f.). Página web. <https://definiciona.com/>
- Definiciones-de.com (s.f.) Diccionario general de español (en línea). <https://www.definiciones-de.com>

- Dehouve, D. (2002). Españoles y nobleza indígena, 1520-1650. Cuando los banqueros eran santos, historia económica y social de la provincia de Tlapa, Guerrero (Chávelas Vázquez, B., trad.), pp. 75 y 76, y Glosario. Universidad Autónoma de Guerrero y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. <https://books.openedition.org/cemca/5296> y <https://books.openedition.org/cemca/6897>
- Diccionario Actual (s.f.). Diccionario actual, actualiza tu conocimiento (en línea). <https://diccionarioactual.com/>
- Dual Texts Español Avanzado (s.f.). A sus anchas. Revista Digital Para Estudiantes de Español Avanzado. <https://www.espanolavanzado.com/significados/2223-a-sus-anchas-significado>
- EC Wiki Enciclopedia Católica Online. Abreviaturas eclesiásticas (s.f.). https://ec.aciprensa.com/wiki/Abreviaturas_eclesi%C3%A1sticas
- El Bien Hablao (s.f.). Repertorio de vocablos (La Manchuela). <http://www.elbienhablao.es/>
- El Colegio de México (s.f.). Diccionario del Español de México (en línea). <https://dem.colmex.mx/Inicio>
- Enie (25 de marzo de 2019). Buscarle el pelo al huevo. Ñ de Español. <https://www.eniedespaniol.com.ar/buscarle-el-pelo-al-huevo-expresion-idiomatica/>
- Expresiones españolas para Erasmus en apuros (s.f.) Echar leña al fuego. <https://expresionesyrefranes.com/2007/04/07/echarle-lena-al-fuego/>
- Flores López, J. M. (2018). La construcción política del bandido en el siglo XIX. Secuencia, revista de historia y ciencias sociales, 102. <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i102.1429>
- Fonseca Chávez, R. E., Rivera Levario, L. A. y Vázquez García, L. (2020). Guía ilustrada de plantas medicinales en el Valle de México (pdf en línea). Instituto Nacional de Pueblos Indígenas. <https://www.gob.mx/inpi/articulos/guia-ilustrada-de-plantas-medicinales-en-el-valle-de-mexico-descarga-el-nuevo-libro>
- García de Diego, V. (1954). Diccionario etimológico español e hispánico de la Real Academia Española Parte 1 (en línea). Editorial Saeta. https://archive.org/stream/1DICCIONARIOETIMOLOGICOESPANOLEHISPANICO-PARTE1VOCESCASTELLANASYETIMOLOGIAVICENTEGARCIADIEGO/1%20DICCIONARIO%20ETIMOLOGICO%20ESPANOL%20E%-20HISPANICO%20PARTE%201%20VOCES%20CASTELLANAS%20Y%20ETIMOLOGIA%20VICENTE%20GARCIA%20DE%20DIEGO_djvu.txt
- García Icazbalceta, J. (1899). Vocabulario de mexicanismos (pdf en línea). Academia Mexicana. https://www.academia.org.mx/aml_static/bd/DES027GARVOM1975.pdf

- García Icazbalceta, J. (s.f.). Vocabulario de mexicanismos (en línea). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Universidad de Alicante. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/vocabulario-de-mexicanismos-comprobado-con-ejemplos-y-comparado-con-los-de-otros-paises-hispanoamericanos--0/html/03b9b7a8-f6cc-4cca-9e5d-1358d09b2197_3.html
- García, G. (5 de agosto de 2022). Leyenda de las ánimas benditas en Guatemala. Guatemala.com. <https://aprende.guatemala.com/cultura-guatemalteca/leyendas/leyenda-de-las-animas-benditas-en-guatemala/>
- Garza, M. (27 de junio de 2018). Sagrada Mitra de Valladolid, Antiguo Obispado de Michoacán. Mexican Genealogy. <https://mexicangenealogy.com/sagrada-mitra-de-valladolid-antiguo-obispado-de-michoacan/>
- Gnosis Samael Aun Weor (s.f.). La llave de los pactos. <https://www.jesusagrario.com/paginas/magia/tratado/pactos.html>
- Gómez de Silva, G. (2001). Diccionario breve de mexicanismos (en línea). Academia Mexicana de la Lengua. <https://www.academia.org.mx/consultas/obras-de-consulta-en-linea/diccionario-breve-de-mexicanismos-de-guido-gomez-de-silva>
- Gómez de Silva, G. (s.f.). Diccionario geográfico universal (en línea). Academia Mexicana y Fondo de Cultura Económica. <https://www.academia.org.mx/consultas/obras-de-consulta-en-linea/diccionario-geografico-universal/2>
- Gómez Ventayol, C. (23 de enero de 2019). Las onzas peluconas. D&M Magazine de España. <https://www.revista-dm.com/website/2737/>
- González, V. (1890). Breve estudio sobre la yerba del tabardillo [tesis profesional] (pdf en línea). Facultad de Medicina de Guanajuato. <https://digirepo.nlm.nih.gov/ext/dw/101610269/PDF/101610269.pdf>
- Grande Quejigo, F. J. (2021). Prácticas de textos de la literatura española medieval (pdf en línea). Universidad de Extremadura <https://dehesa.unex.es/bitstream/10662/11912/7/978-84-09-25216-9.pdf>
- Grande Quejigo, F. J. (2021). Prácticas de textos de la literatura española medieval (pdf en línea). Universidad de Extremadura. <https://dehesa.unex.es/bitstream/10662/11912/7/978-84-09-25216-9.pdf>
- Gutiérrez Morales, J. F. (2016). La noción de sombra en Atzala de la Asunción, Guerrero, México. Un acercamiento a través de los rituales funerarios (pdf en línea). Escuela Nacional de Antropología e Historia. <https://aries.aibr.org/storage/pdfs/1076/2017.AR0015630.pdf>
- Haciendas de México (s.f.). Hacienda de Bocas. <https://www.haciendasmexico.mx/hacienda-de-bocas/>
- Homo Medicus (10 de marzo de 2023). Calota. <https://homomedicus.com/que-es-la-calota/>
- Ibáñez, R. (24 de febrero de 2019). A la pata coja hasta el Cielo. Zenda, autores, libros y compañía. <https://www.zendalibros.com/la-pata-coja-cielo/>

- Ibarra. (1971). Fuero Juzgo «en latín y castellano, cotejado con los más antiguos y preciosos códices» (facsimil de la edición de 1815). <https://www.rae.es/obras-academicas/obras-literarias-e-historicas/fuero-juzgo-en-latiny-castellano>
- Instituto de Ecología, A. C. (s.f.). Tlachichinole, Moussonia depeana. Gobierno de México. <https://www.inecol.mx/inecol/index.php/es/ct-menu-item-25/planta-del-mes/37-planta-del-mes/1789-tlachichinole>
- Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa (s.f.) Orografía. Biblioteca Digital del ILCE. http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/estados/libros/sanluis/html/sec_7.html
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (1952). Rancho Tumba Calzones (Hoja 0023, número 135). DGE. Integración territorial de los Estados Unidos Mexicanos: Séptimo Censo General de Población 1950; estado de San Luis Potosí: 1952 (excel en línea). https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEWja6YaJuIn_AhXoh-4BHVUhDDwQFnoECBYQAQ&url=https%3A%2F%2Fwww.inegi.org.mx%2Fcontenidos%2Fproductos%2Fprod_serv%2Fcontenidos%2Fespanol%2Fbvinegi%2Fproductos%2Fhistoricos%2F1329%2F702825412678%2F702825412678_1.xls&usg=AOvVaw0XagU5PCUhnQ0_xUpzWAia
- Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (01 de junio de 2017). Tepehuanes del Sur - O'dam de Durango. Gobierno de México. <https://www.gob.mx/inpi/articulos/tepehuanes-del-sur-o-dam>
- Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal (26 de abril de 2019). 26 de abril de 1830, se dictó la Ley sobre Arreglo de Municipios del estado de San Luis Potosí. <https://www.gob.mx/inafed/articulos/26-de-abril-de-1824-se-erige-el-estado-de-san-luis-potosi>
- Instituto Químico Biológico (26 de marzo de 2017). Agua solarizada. https://www.iqb.es/cbasicas/farma/farma06/agua/agua_solarizada.htm
- La Voz de Galicia (1 de abril de 2018). ¿Sabes qué es lo que significa Nostramus? https://www.lavozdegalicia.es/noticia/ferrol/ferrol/2018/04/01/sabes-significa-nostramus/0003_201804F1C11991.htm
- Lacasa-Oliván, A. (2010). Palabras aragonesas usadas en la ciudad de Huesca y sus alrededores (pdf en línea). *Luenga & Fabras*, 14, pp. 119-131. https://www.google.com/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=0CAIQw7AJahcKEwjYtOrDnYn_AhUAAAAAHQAAAAAQAg&url=https%3A%2F%2Fdialnet.unirioja.es%2Fdescarga%2Farticulo%2F4493533.pdf&psig=AOvVaw3_aLrUYbZ-JowRWwrOEGkW&ust=1684855300886066
- Las de Villadiego Turismo Rural (3 de junio de 2014). El origen de «Tomar las de Villadiego». <http://lasdevilladiego.com/tomar-las-de-villadiego.html>

- Lombó Mulliert, P. (2007). El “Orlando” de Francisco de Quevedo: tradición y traducción [tesis doctoral] (pdf en línea). El Colegio de México. https://repositorio.colmex.mx/concern/theses/79407x45d?utf8=%E2%9C%93&f%5Blanguage_sim%5D%5B%5D=espa%C3%B1ol&f%5Bsubject_sim%5D%5B%5D=Cr%C3%ADtica+e+interpretaci%C3%B3n&locale=es&per_page=100&sort=title_sim+asc&search_field=all_fields&q=El+%E2%80%9COrlando%E2%80%9D+de+Francisco+de+Quevedo%3A+tradici%C3%B3n+y+traducci%C3%B3n
- Lorenci, M. (Lunes 31 de agosto de 2020). Música ratonera. Burgos Conecta. <https://www.burgosconecta.es/culturas/musica-ratonera-20200831191728-ntrc.html>
- Maltez, J. (28 de octubre de 2017). Tenanche. Jergozo. <https://jergozo.com/diccionario-mexicano/definir/tenanche>
- Mancuso, L. (2007). Cofradías mineras: religiosidad popular en México y Brasil, Siglo XVIII. El Colegio de México. <https://books.google.com.mx/books?id=4CDGmxdi84EC&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false>
- Mayo Clinic (29 de julio de 2021). Aloe. <https://www.mayoclinic.org/es-es/drugs-supplements-aloe/art-20362267>
- Menéndez Pidal, R. y Goyri, M. A. (s.f.). Vocablos gálicos. Galicismos (pdf en línea). Fundación Ramón Menéndez Pidal y Universidad Autónoma de Madrid. <https://repositorio.uam.es/handle/10486/699243>
- Merino Quijano, G. (2015). Los bailes dramáticos del siglo XVII [tesis doctoral] (pdf en línea). Universidad Complutense de Madrid. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/52421/1/530985534X.pdf>
- Monografías. Manzanilla (pdf en línea). Gobierno de México. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/96281/Manzanilla_monografias.pdf
- Montejo Montejo, V. (Coord.) (2006). La dolorosa y la cofradía de Jesús, en el 250 aniversario de la Dolorosa, san Juan y la Verónica. Real y muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Nazareno (Ed.). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=281196>
- Moreno de Alba, J. G. (s.f.). Minucias del lenguaje (en línea). Academia Mexicana de la Lengua. <https://www.academia.org.mx/consultas/obras-de-consulta-en-linea/diccionario-minucias-del-lenguaje>
- Muro, M. (1910). Historia de San Luis Potosí Tomo I (pdf en línea). <http://cronologiassanluispotosi.com/files/Historia-SLP-Manuel-Muro-01.pdf>
- Museo Nacional del Virreinato (20 de junio de 2012). Hacienda de beneficio (post de Facebook). <https://www.facebook.com/virreinato/photos/hacienda-de-beneficiola-miner%C3%ADa-fue-una-de-las-actividades-m%C3%A1s-importante-de-la-/375975465789373/>
- Naturalista (s.f.). Página web. <https://www.naturalista.mx/>

- Nuestro Clima (23 de marzo de 2023). Agua solarizada: ¿Qué es y para qué se utiliza? <https://nuestroclima.com/que-es-el-agua-solarizada-para-que-se-utiliza/>
- Nuño, A. (21 de mayo de 2022). Quiénes fueron los criollos. El Confidencial. https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2022-05-21/quienes-fueron-los-criollos-america_3426436/
- O'Callaghan, X. (s.f.). El derecho real de censo. Concepto, clases y especies. Vlex. <https://vlex.es/vid/real-censo-concepto-clases-especies-215232>
- Olano García, H. A. (7 de febrero de 2022). Las cucharas de plata: Una tradición de 5 siglos. Eje 21. <https://www.eje21.com.co/2022/02/las-cucharas-de-plata-una-tradicion-de-5-siglos/>
- Ortega Morán, A. (19 de septiembre de 2011). Santo y Señá. Cápsulas de la Lengua, historias de palabras y expresiones castellanas. <https://capsuladelengua.wordpress.com/2011/09/19/santo-y-sena/>
- Oxford Languages (s.f.). Diccionario de español de Google (en línea). <https://www.google.com/>
- Pasión en Zaragoza (domingo 7 de marzo de 2010). Los personajes de la Pasión: El Cirineo y la Verónica. <https://pasionenzaragoza.blogspot.com/2009/03/los-personajes-de-la-pasion-el-cirineo.html>
- Pérez Martínez, H. (2004). Refranero mexicano (en línea). Academia Mexicana de la Lengua. <https://www.academia.org.mx/consultas/obras-de-consulta-en-linea/refranero-mexicano>
- Periocentrum (s.f.). 9 de febrero; Santa Apolonia patrona del “dolor de muelas”. <https://periocentrum.com/2022/02/08/9-de-febrero-santa-apolonia-patrona-del-dolor-de-muelas/>
- Pueblos de América (19 de noviembre de 2022). El Tepetatal (México). México, Pueblos de América. <https://mexico.pueblosamerica.com/i/el-tepetatal/>
- qSignifica.com (s.f.) Diccionario online. <https://www.qsignifica.com/>
- Real Academia de la Historia (s.f.). Diego de Basalencque. <https://dbe.rah.es/biografias/8120/diego-de-basalencque>
- Real Academia Española (1741). Orthographia española (en línea). https://www.rae.es/sites/default/files/Ortografia_RAE_1741_reducida.pdf
- Real Academia Española (1933). Diccionario histórico de autoridades (1726-1739) (en línea). <https://apps2.rae.es/DA.html>
- Real Academia Española (1933). Diccionario histórico de la lengua española (1933-1936) Tomo I y II (en línea). <https://apps2.rae.es/DH1936.html>
- Real Academia Española (1960). Diccionario histórico de la lengua española de 1960-1996 (en línea). <https://apps2.rae.es/DH.html>
- Real Academia Española (2010). Ortografía de la lengua española (en línea). <http://www.rae.es/diccionario-panhispanico-de-dudas/articulos-tematicos> y <http://aplica.rae.es/orweb/cgi-bin/buscar.cgi>

- Real Academia Española (s.f.). Diccionario de americanismos (en línea). <https://www.asale.org/damer/>
- Real Academia Española (s.f.). Diccionario de la lengua española. Edición del Tricentenario (en línea). <https://www.rae.es/>
- Real Academia Española (s.f.). Diccionario esencial de la lengua española (en línea). <https://www.rae.es/desen/>
- Real Academia Española (s.f.). Diccionario histórico de la lengua española (en línea). <https://www.rae.es/dhle/>
- Real Academia Española (s.f.). Dudas Rápidas. ¿Se escribe «díselo» o «dícelo»? <https://www.rae.es/duda-linguistica/se-escribe-diselo-o-dicelo>
- Real Academia Española (s.f.). Tesoro de los diccionarios históricos de la lengua española (en línea). <https://www.rae.es/tdhle/>
- Real Academia Española. Diccionario panhispánico de dudas (en línea). (s.f.). <https://www.rae.es/dpd/>
- Real Academia Española. Diccionario panhispánico del español jurídico (en línea). (s.f.). <https://dpej.rae.es/dpej-lemas>
- Reverso (s.f.). Traducción (en línea). <https://www.reverso.net/traduccion-texto>
- Reyes Castro, N. (17 de noviembre de 2021). Café con piquete en la CDMX, deliciosa mezcla de caféina y alcohol. *El Financiero* (en línea). <https://www.elfinanciero.com.mx/food-and-drink/2021/11/17/cafe-con-piquete-en-la-cdmx-deliciosa-mezcla-de-cafeina-y-alcohol/>
- Roldán, P. N. (1 de marzo de 2020). Capital. *Economipedia*. <https://economipedia.com/definiciones/capital.html>
- Rubial García, A. (s.f.). Las dos caras de San Cristóbal. *Relatos e Historias de México*. <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/las-dos-caras-de-san-cristobal>
- Ruiz Rojas, P. A. (2008). Taracea por recorte, otra forma de incrustar madera sobre madera. *Revista M&M*, Junio-Agosto. pp. 110-116 (en línea). <https://www.yumpu.com/es/document/read/14798955/taracea-por-recorte-revista-el-mueble-y-la-madera>
- Ruz Sosa, M. H. (1995) Caracoles, dioses, santos y tambores. *Expresiones musicales de los pueblos mayas. Dimensión Antropológica*, 4(2), pp. 37-85. <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=1516>
- Salvador. (20 de marzo de 2018). Mayorazgo. España. <https://espana.leyderecho.org/mayorazgo/>
- Schöndube B., O. (1993-1994) Los tarascos (suplemento). *Arqueología Mexicana*, IV(19), pp. 14-21. <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/los-tarascos>
- Schöndube B., O. (1996). Los tarascos. *Arqueología Mexicana*, 19, pp. 14-21. <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/los-tarascos>

- Significado de (s.f.). Diccionario Abierto de Español (en línea). <https://www.significadode.org/palabras.htm>
- Solimeo, P. M. (s.f.). El Santo Leño de la Cruz. Tesoros de la fe, revista de cultura católica. <https://www.tesorosdelafe.com/articulo-1446-el-santo-leno-de-la-cruz-resumen-simbolico-del-evangelio>
- Tello Díaz, C. (s.f.). Formas de gobierno en las comunidades indígenas de México. Instituto Federal Electoral. https://portalanterior.ine.mx/documentos/DECEYEC/vgn_ivestigacion/formas_de_gobierno_comunidades.htm
- The Free Dictionary (s.f.). Página web. <https://www.thefreedictionary.com/>
- The University of Texas at El Paso (s.f.) Herbal Safety. <https://www.utep.edu/herbal-safety/>
- Universidad Autónoma de Madrid (s.f.). UAM Biblioteca. <https://www.uam.es/uam/vida-universitaria/bibliotecas?d=Desktop>
- Universidad de Alicante (s.f.). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/>
- Wikipedia (s.f.). Wikipedia, la enciclopedia de contenido libre. <https://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Portada>
- Wiktionary (s.f.). Wiktionary, el diccionario libre (en línea). <https://www.wiktionary.org/>
- Word Reference (s.f.). Diccionario en línea. <https://www.wordreference.com/>
- Wright Carr, D. C. (2005). Los otomíes: cultura, lengua y escritura Volumen 2: referencias, figuras, glosario y apéndices [tesis doctoral] (pdf en línea). El Colegio de Michoacán, A. C. https://www.researchgate.net/profile/David-Wright-Carr/publication/236900081_Los_otomies_cultura_lengua_y_escritura_vol_2/links/02e7e51a25de007122000000/Los-otomies-cultura-lengua-y-escritura-vol-2.pdf
- Yáñez Rosales, R. H. (2001). Historia de los pueblos indígenas de México. Rostro, palabra y memoria indígenas. El occidente de México 1524-1816 (pdf en línea). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y Instituto Nacional Indigenista. https://www.researchgate.net/profile/Rosa-H-Yanez-Rosales/publication/31822805_ROSTRO_PALABRA_Y_MEMORIA_INDIGENAS_EL_OCCIDENTE_DE_MEXICO_1524-1816_ROSA_HERMINIA_YANEZ_ROSALES/links/5a716082458515015e641bce/ROSTRO-PALABRA-Y-MEMORIA-INDIGENAS-EL-OCCIDENTE-DE-MEXICO-1524-1816-ROSA-HERMINIA-YANEZ-ROSALES.pdf

Glosario

* Las definiciones no citadas y no señaladas con su referencia fueron extraídas de la edición del tricentenario (2022) del Diccionario de la lengua española. Algunas otras fueron agregadas de acuerdo a la editora.

A boca de noche. Al anochecer.

A boca llena. Con claridad, abiertamente, hablando sin rebozo.

A bocajarro. A quemarropa, desde muy cerca. Le disparó a bocajarro. De improviso, inopinadamente, sin preparación ninguna.

A buen recaudo. O a recaudo. Bien custodiado, con seguridad.

A cercén. Enteramente y en redondo.

A conciencia. Con mucha atención o detenimiento, y con todo el esfuerzo necesario. Intencionadamente o a propósito.

A cordel. En línea recta.

A expensas de. A costa, por cuenta, a cargo de alguien.

A filo de hierro. Por la espada, en batalla.

A fuer de. A ley de, en razón de, en virtud de, a manera de. Por ser.

A hierro de daga. A puñaladas. A hierro: Con arma blanca. Daga: Arma blanca, de hoja corta y con guarnición para cubrir el puño, y gavilanes para los quites, que solía tener dos cortes y a veces uno, tres o cuatro filos.

A horcajadas. Dicho de montar, cabalgar o sentarse: Con una pierna a cada lado de la caballería, persona o cosa sobre la que se está.

A hurto. A hurtadillas: Furtivamente, sin que nadie lo note. Oculto.

A la chita callando. Calladamente, con disimulo. Con mucho sigilo.

A la par. Juntamente o a un tiempo. Igualmente, sin distinción o separación. Cerca.

A la sazón. En aquel tiempo u ocasión.

A la sordina. Silenciosamente, sin estrépito y con disimulo.

A mano. Cerca, a muy poca distancia.

A más. A más, o a más de: Denotan aumento o adición.

A pie firme. Sin apartarse del sitio que se ocupa. Constante o firmemente, con entereza o con seguridad.

A plomo. Hacia abajo en la dirección de la plomada [instrumento compuesto por una pesa cilíndrica o cónica de metal que se sujeta al extremo de una cuerda para que esta, tensada por la fuerza de la gravedad, señale la línea vertical. Estilo o barrita de plomo que, en algunos oficios, sirve para señalar

- algo. Pared].
- A poco andar. A pocos pasos, cerca de, al poco tiempo.
- A propósito. Adecuado u oportuno para lo que se desea o para el fin a que se destina.
- A ras. Casi tocando, casi al nivel de una cosa.
- A seguido. Seguidamente, a continuación.
- A su amor. Holgadamente, a sus anchas.
- A su salvo. A mi, tu, su, etc., salvo: A satisfacción, sin peligro, con facilidad y sin estorbo.
- A sus anchas. Cómodamente, con plena libertad. (Dual Texts Español Avanzado, s.f.)
- A tientas y a palpas. Tropezándose. A tientas: Valiéndose del tacto para reconocer las cosas en la oscuridad, o por falta de vista. Con incertidumbre, dudosamente, sin tino. Palma: Parte inferior y algo cóncava de la mano, desde la muñeca hasta los dedos.
- A voz en cuello. A voz en grito.
- Abajar. Bajar.
- Abastar. Abastecer. Bastar (ser suficiente). Satisfacerse o contentarse.
- Ablandabrevas. Persona de poco valer [producir, dar ganancias o interés].
- Ablución. Lavatorio ritual del cuerpo o de una parte de él con el fin de purificarlo.
- Abominación. Acción y efecto de abominar [condenar y maldecir a alguien o algo por considerarlo malo o perjudicial. Aborrecer (tener aversión)]. Cosa abominable.
- Abordaje. Acción de abordar, especialmente un barco a otro. Al abordaje: Pasando la gente armada del barco abordador al abordado. Ataque, embestida. Asalto.
- Abrigadero. Abrigo: Lugar donde se está resguardado. Guarida.
- Absolutoria. Que absuelve.
- Abúlica. Que padece abulia [pasividad, desinterés, falta de voluntad].
- Acabalar. Completar. Acabar.
- Acaecer. Suceder (hacerse realidad). Ocurrir.
- Acaecimiento. Cosa que sucede. Acontecimiento.
- Acartonado. Que tiene el aspecto o la consistencia del cartón. Que carece de vitalidad o espontaneidad. Tieso.
- Acatar. Manifestar homenaje de sumisión y respeto.
- Acechanza. Acecho, espionaje, persecución cautelosa.
- Acecinada. Quedarse, por vejez u otra causa, muy enjuto [delgado, seco o de pocas carnes] de carnes.
- Acedo. Ácido. Que se ha acedado. Dicho especialmente de una persona o de su genio: Áspero, desapacible. Agrio (zumo ácido).

- Acercar. Poner cerca o a menor distancia de lugar o tiempo.
- Achaque. Indisposición o molestia, crónica o intermitente, especialmente la que acompaña a la vejez. Defecto físico o moral. Dolores.
- Achuecar. Enchuecar: Torcer (encorvar).
- Aciago. Infausto, infeliz, desgraciado, de mal agüero. Azar, desgracia. Desafortunado.
- Acicatear. Incitar, estimular.
- Alucillarse. En cucullas: Con el cuerpo doblado de suerte que las nalgas se acerquen al suelo o descansen en los calcañares.
- Acodar. Apoyar el codo sobre alguna parte, por lo común para sostener con la mano la cabeza.
- Acogotar. Matar con una herida o golpe dado en el cogote [parte superior y posterior del cuello]. Ahorcar.
- Acomedidamente. Acomedido: Servicial [que sirve con cuidado, diligencia y obsequio. Pronto a complacer y servir a otros], oficioso [hacendoso y solícito en ejecutar lo que está a su cuidado. Que se manifiesta solícito por ser agradable y útil a alguien].
- Acometer. Embestir con ímpetu y ardimiento. Acometida: Ataque, agresión, embestida.
- Acometimiento. Acción y efecto de acometer [embestir con ímpetu y ardimiento]. Ramal de atarjea o cañería que desemboca en la alcantarilla o conducto general de desagüe.
- Acongojar. Entristecer, afligir. Causar inquietud, preocupación o temor.
- Acopiar. Juntar, reunir en cantidad algo, y más comúnmente granos, provisiones, etc.
- Acortar. Reducir.
- Acre. Áspero y picante al gusto y al olfato, como el sabor y el olor del ajo, del fósforo, etc. Dicho del genio o de las palabras: Áspero y desabrido. Amargo.
- Acrecer. Hacer mayor, aumentar.
- Acriminación. Acción de acriminar [incriminar: Acusar de algún crimen o delito. Imputar a alguien un delito o falta grave. Exagerar o abultar un delito, culpa o defecto, presentándolo como crimen].
- Actuoso, actuosa. Diligente, solícito, cuidadoso.
- Acuarelado policromo. Pintado a acuarela de varios colores. Acuarelado: Semejante a la acuarela. Técnica acuarelada. Pintado a la acuarela. Policromo: De varios colores.
- Acucioso. Diligente, solícito, presuroso. Movido por deseo vehemente.
- Acuitada. Acuitar: Poner en cuita o en apuro. Acuitado, acuitada: Apurado.
- Acunándolo en sus manos. Haciendo una cuna con sus manos. Acunar: Mecer al niño en la cuna o en los brazos para que se duerma. Meter al niño en la cuna.

- Acupuntura. Técnica terapéutica de la medicina tradicional china consistente en introducir agujas en puntos determinados del cuerpo del paciente.
- Acurrucar. Encogerse para resguardarse del frío o con otro objeto.
- Ademán. Movimiento o actitud del cuerpo o de alguna parte suya con que se manifiesta disposición, intención o sentimiento. Con ademán decidido. Hizo ademán de huir, de acometer. Modales.
- Adementar. Turbar, enloquecer a alguien; descomponer, trastornar una cosa dándole carácter de locura; hablar o actuar como demente. Adementado, adementada: Enloquecido, enloquecida. (Diccionario histórico de la lengua española 1960-1996, s.f.)
- Adobado. Disponer, preparar, arreglar, aderezar. Dispuesto.
- Adoctrinado. Persona a la que se instruye [instruir: enseñar, doctrinar] en alguna materia. (Diccionario histórico de la lengua española 1960-1996, s.f.) Adoctrinar: Inculcar a alguien determinadas ideas o creencias.
- Adormir. Dormir.
- Adosar. Poner una cosa, por su espalda o por los lados, contigua a otra o apoyada en ella. Colocar espalda con espalda.
- Aduar. Campamento de beduinos, formado por tiendas y chozas. Conjunto de tiendas y viviendas pobres que se levantan en zonas marginales y forman un poblado. Ranchería de indios americanos.
- Advenedizo. Venido de un lugar distinto de aquel donde se ha establecido. Dicho de una persona: Recién llegada a un lugar, una posición o una actividad con pretensiones desmedidas. Forastero.
- Afabilidad. Cualidad de afable [agradable, dulce, suave en la conversación y el trato. Que se puede decir o expresar con palabras].
- Afable. Agradable, dulce, suave en la conversación y el trato.
- Afán. Esfuerzo o empeño grandes. Deseo intenso o aspiración de algo. Afán de/ por comprender. Afán de perfección. Apuro, aprieto o necesidad extrema. Prisa, diligencia o premura. Trabajo o esfuerzo.
- Afanar. Trabajar a alguien, traerle apurado. Hacer diligencias [actividades] con vehemente anhelo para conseguir algo.
- Afanoso, afanosa. Que trabaja mucho y de manera constante y aplicada. [actividad, trabajo] Que exige esfuerzo y dedicación. (Diccionario de español de Google, s.f.) Muy penoso o trabajoso. Que se afana.
- Aficionar. Inclinar, inducir a alguien a que guste de alguna persona o cosa. Gustar de algo. Prendarse o enamorarse de alguien.
- Afierar, afierado, afierada. Dar aspecto o semblante fiero [agresivo]. (Diccionario histórico de la lengua española 1960-1996, s.f.)
- Afina. Perfeccionar, precisar o dar el último punto a algo. Enfoca.
- Afincada. Eficaz, vehemente [que tiene una fuerza impetuosa. Un discurso vehemente. Ardiente y lleno de pasión].

- Afincamiento.** Ahínco [eficacia, empeño o diligencia grande con que se hace o solicita algo]. Apremio, vejación, violencia, Congoja o aflicción.
- Afinicar.** Arraigar, fijar, establecer, asegurar, apoyar.
- Aflicción.** Efecto de afligir [causar molestia o sufrimiento físico. Causar tristeza o angustia moral. Preocupar, inquietar. Sentir sufrimiento físico o pesadumbre moral] o afligirse.
- Afrontoso.** Afrentoso, afrentosa: Dicho de una cosa: Que causa afrenta [vergüenza y deshonor que resulta de algún dicho o hecho, como la que se sigue de la imposición de penas por ciertos delitos. Peligro, apuro, trance]. Persona que por su imprudencia causa afrenta, molestia o vergüenza.
- Agarrotado.** Tieso [duro, firme, rígido. Tenso, tirante], rígido.
- Agarrotar.** Dicho de un miembro: Quedarse rígido o inmóvil por efecto del frío o por otra causa. Dicho de un mecanismo: Quedar inmovilizado por producirse una unión rígida entre dos de sus piezas. Tensar.
- Agavillado.** Que forma parte de una gavilla (conjunto de personas). Acción y efecto de agavillar (recoger formando gavillas).
- Aglomeración.** Acción y efecto de aglomerar [amontonar, juntar cosas o personas].
- Agonizante.** Que agoniza [dicho de un enfermo: Estar en la agonía. Dicho de una cosa: Extinguirse o terminarse. Sufrir angustiosamente.]. Moribundo.
- Agua de sol.** Los rayos del sol tienen rayos infrarrojos que atraviesan el vidrio y calientan las moléculas del agua, esto hace que las moléculas se activen, que en homeopatía se denomina “Dinamizar el agua” y esta toma vida. El agua solarizada o también conocida como agua energizada por el sol, es una técnica conocida dentro de la cromoterapia (método de curación a partir de los colores), que consiste en exponer al sol agua en una botella de cristal de algún color durante algunas horas. Cuando el agua se expone a la luz solar, ésta absorbe la energía vibracional de ese color en particular; ésta después puede ser bebida o se puede utilizar para bañar alguna parte del cuerpo donde se desee obtener los beneficios de dicho color. (Nuestro Clima, 2023). Genera sensación de equilibrio, paz y armonía. (Instituto Químico Biológico, 2017)
- Agua licorosa.** Vino, bebida alcohólica.
- Aguja de Cleopatra.** Cleopatra VII Thea Filopátor (69 a. C.-10 o 12 de agosto de 30 a. C.), conocida como Cleopatra, fue la última gobernante de la dinastía ptolemaica del Antiguo Egipto, aunque nominalmente le sucedió como faraón su hijo Cesarión. También fue diplomática, comandante naval, lingüista⁶ y escritora de tratados médicos. Era descendiente de Ptolomeo I Sóter, fundador de la dinastía, un general grecomacedonion de Alejandro Magno. Tras la muerte de Cleopatra, Egipto se convirtió en provincia del Imperio romano, lo que marcó el final del período helenístico que se había

iniciado con el reinado de Alejandro (336-323 a. C.). Su lengua materna era la koiné griega, aunque fue la primera soberana ptolemaica en aprender el idioma egipcio. [...] El médico de Cleopatra, Olimpo, no explica la causa de su muerte, aunque la creencia popular es que permitió que un áspid o cobra egipcia la mordiera y envenenara. Plutarco narra esta historia, pero luego sugiere que se usó un instrumento (espina, púa, rallador) para introducir la toxina rascándose, mientras que Dion dice que se inyectó el veneno con una aguja y Estrabón aboga por algún tipo de ungüento. (Wikipedia, s.f.)

Aguzar. Despabilar, afinar, forzar el entendimiento o un sentido, para que preste más atención o se haga más perspicaz.

Ahincadamente. Con ahínco [eficacia, empeño o diligencia grande con que se hace o solicita algo]. Encarecidamente.

Ahincado. Eficaz, vehemente [que tiene una fuerza impetuosa. Un discurso vehemente. Ardiente y lleno de pasión.].

Airoso, airosa. Caracterizado por tener mucho viento. Garboso o gallardo. Que lleva a cabo una empresa con honor, felicidad o lucimiento. Elegante.

Ajo nuevo. Bueno anda el ajo: Interjección irónica coloquial usada para referirse a las cosas cuando están muy turbadas y revueltas [alteradas].

Al hilo. Sin interrupción.

Al par. A la par, juntamente.

Al quedar patente. Al descubierto. Patente: Manifiesto, visible. Claro, perceptible.

Al rodar las aguas lustrales por su mollera. Al ser bautizado. Agua lustral: Agua con que se rociaban las víctimas y otras cosas en los sacrificios gentílicos.

Alabeado, alabeada. Que tiene alabeo [comba (inflexión que toman algunos cuerpos sólidos cuando se encorvan; como los maderos, las barras, etc.) de cualquier cuerpo o superficie; en especial, la que toma la madera al alabearse]. Curvo.

Alacranado. Dicho de una persona: Que padece algún vicio, peste o enfermedad.

Alaraquiento. Alharaquiento: Que hace alharacas [extraordinaria demostración o expresión con que por ligero motivo se manifiesta la vehemencia de algún afecto, como de ira, queja, admiración, alegría, etc.]. Ruidoso.

Alarde. Lista en la que se inscribían los soldados.

Alarife. Arquitecto o maestro de obras. Albañil. Persona astuta y pícara. Jactancioso, seguro de sí mismo.

Alba. Primera luz del día antes de salir el sol.

Alborada. Tiempo de amanecer o rayar el día.

Alboroto. Vocerío o estrépito causado por una o varias personas. Desorden, tumulto. Asonada, motín.

Alborozo, alborozado, alborazada. Extraordinario regocijo o alegría. Alborazado, alborazada: Alegría. Alegre.

- Alcahueta. Persona que concierta, encubre o facilita una relación amorosa, generalmente ilícita. Persona o cosa que encubre u oculta algo.
- Alcance. En los periódicos, noticia o sección de noticias recibidas a última hora.
- Alcuña. Alcurnia [ascendencia o linaje, especialmente el noble].
- Alcurnia. Ascendencia o linaje, especialmente el noble.
- Aldabada. Aviso, especialmente el que causa sobresalto.
- Aldabazo. Golpe recio dado en la puerta con la aldaba [pieza de hierro o bronce que se pone a las puertas para llamar golpeando con ella].
- Aldehuela. Aldea muy pequeña. (Diccionario del español de México, s.f.)
- Aldeorrio. Población muy pequeña y pobre. (Diccionario de español de Google, s.f.) [...] tiene el significado de “población poco urbanizada” y viene del sufijo despectivo (-orrio) sobre la palabra “aldea” y esta del árabe al-day’a= “la villa”. (De Chile.net, s.f.)
- Alegación. Acción de alegar. Alegato (argumento, o escrito).
- Alegar, alegaciones. Dicho de una persona: Citar o traer a favor de su propósito, como prueba, disculpa o defensa, algún hecho, dicho, ejemplo, etc. Exponer méritos, servicios, etc., para fundar en ellos alguna pretensión. Declaraciones, justificaciones.
- Alegato. Argumento, discurso, etc., a favor o en contra de alguien o algo. Escrito en el cual expone el abogado las razones que sirven de fundamento al derecho de su cliente e impugna las del adversario.
- Aleve. Alevoso [que comete alevosía. Que implica alevosía o se hace con ella]. Alevosía [cautela para asegurar la comisión de un delito contra las personas, sin riesgo para el delincuente. Es circunstancia agravante de la responsabilidad criminal. Traición, perfidia] de un particular contra otro. Traicionera, traicionero.
- Alevosía. Cuando se sorprende intencionalmente a alguien de improviso o empleando acechanza (Código Penal para el Estado de Zacatecas, 1986) Cautela para asegurar la comisión de un delito contra las personas, sin riesgo para el delincuente. Es circunstancia agravante de la responsabilidad criminal. Traición, perfidia. Con alevosía: A traición y sobre seguro.
- Alfamares. Alhamar [manta o cobertor encarnado (rojo)].
- Alfiz. Moldura o marco que rodea la parte exterior de un arco. (Wikipedia, s.f.) Recuadro del arco árabe, que envuelve las albanegas y arranca bien desde las impostas, bien desde el suelo.
- Alforrochar. Espantar a las gallinas del corral para hacerlas salir de él o espantarlas de un lugar
- Algarabía. Gritería confusa de varias personas que hablan a un tiempo. Lengua atropellada o ininteligible.
- Algarero, algarera. Voceador, parlero. Algarabía: Gritería confusa de varias personas que hablan a un tiempo. Lengua atropellada o ininteligible. Hom-

bre de a caballo que formaba parte de una algar (tropa). Habladora, hablador.

Algunos se fueron de aguas. Irse al agua un negocio, un proyecto, etc.: Frustrarse (malograrse).

Alhajada. Adornada de alhajas [persona, animal o cosa de excelentes cualidades], es decir, persona cubierta o llena encantos y cualidades.

Alhajado. Acomodado, rico. (Diccionario histórico de la lengua española 1960-1996, s.f.). Enriquecido, agravado.

Alharaca. Extraordinaria demostración o expresión con que por ligero motivo se manifiesta la vehemencia de algún afecto, como de ira, queja, admiración, alegría, etc. Aspaviento.

Alharaquenta. Que hace alharacas. Ruidosa.

Alifafe. Achaque generalmente leve. Enfermedad o dolencia.

Alindar, alinde. Poner o señalar los lindes a una heredad. Lindar (estar contigo). Límite.

Aliñado, aliñada. Aseado, dispuesto.

Aljaba. Bolsa o caja en forma de tubo, generalmente ensanchada en su parte superior, que se empleaba para llevar flechas; se llevaba colgada del hombro izquierdo mediante una correa, para poder agarrar las flechas con la mano derecha. (Diccionario de español de Google, s.f.) Caja portátil para flechas, abierta por arriba y con una cuerda o correa con que se colgaba del hombro.

Allegador, allegadora. Que allega [allegar: Reunir o agrupar].

Allegar. Recoger [retirarse a casa, especialmente a dormir o descansar], juntar.

Allende. Más allá de. Además de, fuera de.

Alma sola. *Ánima Sola*, también llamada *Alma Desamparada*, es una imagen que representa un alma en el purgatorio, muy popular en América Latina, así como en Andalucía, Nápoles y Palermo. *Celestina Abdégano*, está condenada a sufrir la pena de una inmensa soledad hasta el fin de los siglos, porque perteneciendo a las mujeres piadosas de Jerusalén que tenían por oficio asistir a los condenados, sucedió que en la tarde del Viernes Santo, día en que murió Jesucristo, le tocó a *Celestina* subir al Calvario con un cántaro de agua refrescante para darles de beber a los mártires del patíbulo y de esta bebida les dio a *Dimas* y *Gestas*, pero por temor a los judíos no quiso darle de beber a Jesús y fue condenada a sufrir la sed y el calor constante de las llamas del Purgatorio. No es de extrañar que la leyenda en torno a este espíritu sea tan imprecisa como la forma en la que es invocada. Es conocido que el *Ánima Sola* es invocada tanto para el bien como para el mal. (Wikipedia, s.f.)

Almíbar. Azúcar disuelto en agua y cocido al fuego hasta que toma consistencia de jarabe. Estar hecho o hecha almíbar, o un almíbar: Mostrarse sumamente amable y complaciente. Endulzar, suavizar.

- Almidonar. Mojar la ropa blanca en almidón desleído en agua, o cocido, para ponerla blanca y tiesa.
- Almozala. En textos aljamiados y moriscos, tapiz o alfombra para la oración. En textos aljamiados y moriscos, lugar donde se ora. Cobertor de cama. Tapiz o paño ornamental.
- Almuercería. Puesto o tienda del almuercero [persona que vende comidas en los mercados o en las calles].
- Alongar. Alargar (dar más longitud). Alargar (hacer que dure más tiempo algo). Estirar.
- Alquitara. Alambique: Utensilio para destilar.
- Alquitarar. Destilar (calentar hasta evaporar la sustancia volátil).
- Altercación. Altercado: Disputa o discusión.
- Altibajo. Alternancia de sucesos prósperos y adversos, o cambios de estado sucesivos en un orden de cosas.
- Alusiones atroces. Cruels insinuaciones. Alusión: Acción de aludir [mencionar a alguien o algo o insinuar algo. Dicho de una cosa: Tener una relación, a veces velada, con alguien o con otra cosa.]. Evocación de alguien o algo no mencionados por medio de una referencia cultural, histórica, mitológica, etc. Atroz: Fiero, cruel, inhumano. Enorme, grave. Terrible (muy grande). Pésimo, muy desagradable.
- Alzada. Altura del caballo, y a veces de otros cuadrúpedos, medida desde el rodete del talón hasta la parte más elevada de la cruz.
- Amacizar. Fortalecer (hacer más fuerte).
- Amaitinar. Observar y mirar con cuidado.
- Amenguar. Disminuir, menoscabar [disminuir algo, quitándole una parte, acortarlo, reducirlo. Deteriorar y deslustrar algo, quitándole parte de la estimación o lucimiento que antes tenía. Causar mengua o descrédito en la honra o en la fama]. Dishonrar, infamar, baldonar [injuriar a alguien de palabra en su cara].
- Amicísimo. Adjetivo superlativo de amigo. Muy amistoso.
- Amiga. Maestra de escuela de niñas. Escuela de párvulos.
- Amigacho. (Despectivamente) Amigote [compañero habitual de francachelas (reunión de varias personas para regalarse y divertirse comiendo y bebiendo, en general sin tasa y descomedidamente) y diversiones].
- Amigamiento delictuoso. Hacerse amigos o compinches [compañero habitual en francachelas (reunión de varias personas para regalarse y divertirse comiendo y bebiendo, en general sin tasa y descomedidamente) y diversiones o en asuntos poco lícitos]. Amigo: Que tiene relación de amistad [afecto personal, puro y desinteresado, compartido con otra persona, que nace y se fortalece con el trato]. Delictuoso, delictuosa: Delictivo [perteneciente o relativo al delito. Que implica delito].

- Amomajado. Amojamado: Seco, flaco, y acecinádo (sic) [asesinado]. (Diccionario de Autoridades Tomo I, 1726) Avejentado, esquelético o momificado.
- Amonestar. Advertir, prevenir, reprender. Amonestólos: Les advirtió.
- Amustia. Amustiar: Poner mustio. Dicho especialmente de una planta, de una flor o de una hoja: Lánguida, marchita. Melancólico, triste. Entristece.
- Amustiar. Poner mustio [melancólico, triste].
- Anchuroso. Muy ancho o espacioso.
- Andada. Volver a las andadas: Reincidir en una mala costumbre o en un comportamiento inconveniente.
- Andana. Andana (serie de cosas puestas en línea). Alineada.
- Andanada. Descarga cerrada de toda una andana o batería de cualquiera de los dos costados de un buque. Aluvión de palabras o gritos de reprobación. Localidad cubierta y con diferentes órdenes de gradas, destinada al público en las plazas de toros. Andana (serie de cosas puestas en línea). Reprensión, reconvencción agria y severa.
- Andanza. Aventura.
- Andar a coz y bocado. Retozar dándose golpes o puñadas.
- Andar bien lucidos. Manifestar la riqueza. Lucir: Llevar a la vista, exhibir lo que alguien se ha puesto, normalmente como adorno. Manifestar el adelantamiento, la riqueza, la autoridad, etc.
- Andurrial. Paraje extraviado o fuera de camino.
- Anegar. Inundar (cubrir el agua un lugar). Inundar (llenar o cubrir de agua). Ahogar a alguien sumergiéndolo en el agua. Abrumar, agobiar, molestar. Naufragar (irse a pique).
- Anexo, anexa. Anejo (unido o agregado a alguien o algo). Anejo (propio, inherente, concerniente).
- Anillo de Salomón. El sello de Salomón o anillo de Salomón es un legendario anillo de sello que es atribuido al rey israelita Salomón en tradiciones místicas medievales, a partir de las cuales la leyenda se desarrolló en paralelo dentro del misticismo judío, el misticismo islámico (sufismo) y el ocultismo occidental. Como símbolo, es predecesor de la estrella de David, el símbolo cultural y religioso contemporáneo del pueblo judío [...] En la escatología [teología] islámica, hay quienes creen que la Bestia de la Tierra, que ha de aparecer cerca del día del Juicio Final, vendrá portando «el Sello de Salomón», y que lo usará para marcar las narices de los incrédulos. (Wikipedia, s.f.)
- Ánima. Alma (principio de la vida) [principio que da forma y organiza el dinamismo vegetativo, sensitivo e intelectual de la vida. En algunas religiones y culturas, sustancia espiritual e inmortal de los seres humanos].
- Animalejo. Tiene el significado de “animal despreciable” y viene del sufijo diminutivo -ejo sobre la palabra “animal” y esta del latín animalis= “relativo

- al soplo vital". (De Chile.net, s.f.)
- Anquiseca. Dicho de una caballería: Que tiene las ancas descarnadas. Débil.
- Ansí. Así [de esta o de esa manera, de la forma que se acaba de mencionar o que se va a mencionar a continuación].
- Ansia. Congoja o fatiga que causa en el cuerpo inquietud o agitación violenta. Angustia o aflicción del ánimo. Náusea. Anheló.
- Antañón, antañona. Muy viejo.
- Antedía. Antes de un día determinado. En el día precedente o pocos días antes. De antedía: El día anterior. (Diccionario histórico de la lengua española 1933-1936, s.f.)
- Antedicha. Dicho antes o con anterioridad.
- Antes de que la noche desplegara sus haldas. En la madrugada. Desplegar: Desdoblar o extender lo que está plegado. Aclarar y hacer patente lo que estaba oscuro o poco inteligible. Podría indicar "antes de anochecer", "al amanecer".
- Anublar. Nublar [ocultar el azul del cielo o la luz de un astro, especialmente la del sol o la de la luna. Oscurecer (disminuir la estimación y esplendor de algo)].
- Anudada. Anudar: Hacer uno o más nudos. Juntar o unir, mediante un nudo, dos hilos, dos cuerdas o cosas semejantes. Juntar, unir. Continuar lo interrumpido. Dicho de una persona, de un animal o de una planta: Dejar de crecer y no llegar, por consiguiente, a la perfección que podía tener.
- Años andando. Al pasar los años.
- Añudar. Anudar [juntar, unir].
- Aoyo. Acción y efecto de aoyar [hacer mal de ojo (brujería). Desgraciar o malograr algo. Mirar (dirigir la vista)].
- Apacible. Manso, dulce y agradable en la condición y el trato. De buen temple, tranquilo, agradable. Apacibilidad: Tranquilidad.
- Apacienciada. Apacentada, apacentar: Mantener un sentimiento vivo. Proporcionar cultura y educación [instruir]. (The Free Dictionary, s.f.) Alimentar.
- Apañar. Remendar o componer lo que está roto. Arreglar. Tomar algo o apoderarse de ello con engaño e ilícitamente.
- Aparar. Acudir con las manos, con la capa, con la falda, etc., a tomar o coger algo. Secar [las lágrimas].
- Aparejar. Preparar, prevenir, disponer. Vestir con esmero, adornar.
- Apear. Quitar, destituir a alguien de su ocupación o cargo. Bajar de su sitio alguna cosa, como las piezas de un retablo o de una portada.
- Apelar. Recurrir al juez o tribunal superior para que revoque una resolución dada por el inferior.
- Apelativo. Que apellida o califica. Dicho de una expresión lingüística, de un texto, etc.: Que pretenden influir en el receptor. Nombre apelativo

- [sobrenombre. Nombre común]. Apellido (nombre de familia).
- Apeligrado. Apeligrar: Poner en peligro. Peligroso.
- Apeligrar. Poner en peligro. Peligroso.
- Apercibir. Prevenir, disponer, preparar lo necesario para algo. Amonestar, advertir. Percibir, observar, caer en la cuenta.
- Apiñar. Juntar o agrupar estrechamente personas o cosas.
- Aplicación del potro y el garrote. Aparatos de madera para tortura.
- Aplomo. Gravedad, serenidad, circunspección.
- Apodrecida. Podreecer: Pudrir [hacer que una materia orgánica se altere y descomponga. Consumir, molestar, causar impaciencia o fastidio. Haber muerto, estar sepultado]. Podrida.
- Aposentamiento. Habitación (espacio entre tabiques de una vivienda). Aposento (posada).
- Aposento. Posada, hospedaje. Antepalco. Habitación (espacio entre tabiques de una vivienda).
- Apostar. Poner una o más personas o caballerías en determinado puesto o paraje para algún fin. Situar, ubicar.
- Apostilla. Acotación que comenta, interpreta o completa un texto. Comentario.
- Apostillar. Acotación o glosa de un texto.
- Apostólico. Perteneciente o relativo a los apóstoles. Perteneciente o relativo al papa, o que dimana de su autoridad. Juez, indulto apostólico. Adjetivo usado por la Iglesia católica romana como calificativo aplicado a sí misma, en cuanto su origen y doctrina proceden de los apóstoles.
- Aprestar. Aparejar, preparar, disponer lo necesario para algo. Aderezar (dar consistencia a los tejidos).
- Apresto. Prevención, disposición, preparación para algo. Preparativo.
- Aquelarre. Junta o reunión nocturna de brujos y brujas, con la supuesta intervención del demonio ordinariamente en figura de macho cabrío, para sus prácticas mágicas o supersticiosas.
- Aquerenciado, aquerenciada. Enamorado [que siente amor y atracción sexual por alguien].
- Aquistar. Conseguir, adquirir, conquistar.
- Arcabuco. Monte muy espeso y cerrado.
- Arcaces mortuorios. Ataúdes, cajas fúnebres. Arcaz (Diccionario histórico de la lengua española 1933-1936): Arca [sepulcro o ataúd].
- Arcacito, arcaces. Arcaz (Diccionario histórico de la lengua española 1933-1936): Arca [sepulcro o ataúd]. Arca: Caja, comúnmente de madera sin forrar y con tapa llana que aseguran varios goznes o bisagras por uno de los lados, y uno o más candados o cerraduras por el opuesto. Caja (para guardar dinero). Sepulcro o ataúd.
- Arcaica. Muy antiguo o anticuado.

- Archicofradía. Cofradía más antigua o que tiene mayores privilegios que otras.
- Ardimiento. Intrepidez. Valentía. Entusiasmo.
- Ardoroso, ardorosa. Que tiene ardor [calor grande. Sensación de calor o rubor en alguna parte del cuerpo]. Ardiente, vigoroso, eficaz.
- Argentada. Bañado en plata. Plateado, plateada.
- Argumentación. Acción de argumentar. Argumento (razonamiento para convencer).
- Argumentos muy cornutos. Argumento cornuto: Dilema [situación en la que es necesario elegir entre dos opciones igualmente buenas o malas. Argumento formado por dos proposiciones contrarias disyuntivamente, de tal manera que, negada o concedida cualquiera de las dos, queda demostrada una determinada conclusión].
- Ariete. Arma de asedio originada en épocas antiguas, usada para romper las puertas o las paredes fortificadas. En su forma más simple, un ariete es tan solo un tronco grande y pesado, cargado por varias personas e impulsado con fuerza contra un obstáculo. (Wikipedia, s.f.)
- Arisco. Dicho de una persona o de un animal: Áspero, intratable.
- Armada Invencible. Expedición militar marítima planificada por el rey Felipe II para destronar a Isabel I e invadir Inglaterra. (Wikipedia, s.f.)
- Arrabiada. Hace alusión a con rabia, coraje, enojo, cólera, furia, ira, furor, rencor, odio y resentimiento, de manera airadamente, coléricamente, violentamente y ásperamente. (Definiciona, s.f.)
- Arracimarse. Dicho de varias cosas: Unirse o juntarse en forma de racimo.
- Arraibiadas. Arrabiada: Hace alusión a con rabia, coraje, enojo, cólera, furia, ira, furor, rencor, odio y resentimiento, de manera airadamente, coléricamente, violentamente y ásperamente. (Definiciona, s.f.)
- Arramblar. Arrastrarlo todo, llevándose con violencia. Recoger y llevarse con codicia todo lo que hay en algún lugar. Arrebatar.
- Arrear. Arreglar, arreglada.
- Arrebozar. Ocultar, encubrir mañosamente.
- Arrebuzar. Arrebujar: Reburujar, revolver, enredar.
- Arreciar. Cobrar fuerza, vigor o gordura.
- Arredrar. Amedrentar, atemorizar.
- Arremeter. Hacer arrancar con ímpetu al caballo. Acometer con ímpetu y furia. Precipitarse a realizar una acción.
- Arriendo. Arrendamiento [arrendar: Ceder o adquirir por precio el goce o aprovechamiento temporal de cosas, obras o servicios].
- Arrieril. Perteneciente o relativo al arriero (persona que trajina con bestias de carga).
- Arriero. Persona que trajina [acarrea] con bestias de carga.
- Arrimar. Acercar o poner algo junto a otra cosa.

- Arrimo. Al arrimo de alguien o algo: En las proximidades de alguien o algo. Al amparo de alguien o algo. Arrimar: Acercar o poner algo junto a otra cosa.
- Arrinconar. Retirarse del trato de la gente.
- Arriscado, arriscada. Atrevido, resuelto. Dicho de una persona o de un animal: Ágil, gallardo, libre en la apostura o en la manera de presentarse o de caminar. Remangado, respingado, vuelto hacia arriba. Valiente.
- Arrobo. Embelesar [arrebatar o cautivar los sentidos]. Robar (quitar con violencia). Enajenarse, quedar fuera de sí. Enajenamiento.
- Arrojado, arrojada. Resuelto, osado, intrépido, imprudente, inconsiderado.
- Arropar. Cubrir o abrigar con ropa.
- Arrumaco. Demostración de cariño hecha con gestos o ademanes. Adorno o atavío estrafalario.
- Arte liberal. Cada una de las disciplinas que integraban el trivio [en la Edad Media, conjunto de las tres artes liberales relativas a la elocuencia (gramática, retórica y dialéctica) que, junto con el cuadrivio, constituía los estudios que impartían las universidades] o el cuadrivio [en la Edad Media, conjunto de las cuatro artes matemáticas, aritmética, música, geometría y astrología o astronomía, que, junto con el trivio, constituía los estudios que impartían las universidades], caracterizadas por proporcionar conocimientos y destrezas intelectuales.
- Artero. Mañoso, astuto.
- Artes. Medios o procedimientos. De arte que: De suerte que.
- Artificio. Arte, primor, ingenio o habilidad con que está hecho algo. Artefacto (objeto construido para un determinado fin).
- Asabientar. Hacer sabio, instruir. (García de Diego, 2015)
- Asaetear. Disparar saetas [flecha (arma arrojadiza)] contra alguien. Herir o matar con saetas. Causar a alguien repetidamente disgustos o molestias.
- Asaz. Bastante, muy. Bastante, mucho.
- Asediar. Cercar un lugar fortificado, para impedir que salgan quienes están en él o que reciban socorro de fuera. Asedió el castillo. Presionar insistentemente a alguien.
- Asedio. Acción y efecto de asediar [cercar un lugar fortificado, para impedir que salgan quienes están en él o que reciban socorro de fuera. Presionar insistentemente a alguien].
- Asendereado. Agobiado de trabajos o adversidades.
- Asentar. Situar, fundar un pueblo o un edificio. Afirmar, dar por cierto un hecho. Ajustar. Disminuir. Reducir.
- Asiduo. Frecuente, puntual, perseverante.
- Asir. Tomar o coger con la mano y, en general, tomar, coger, prender.
- Asolar. Destruir, arruinar, arrasar.
- Asperjar. Rociar, esparcir en gotas menudas [pequeñas].

- Asperje. Hisoppear [rociar de agua con el hisopo.]. Rociar (esparcir en gotas menudas). Rocíos.
- Ásperos rigores. Violenta severidad.
- Astrolatría. Adoración de los astros [estrellas]. (qSignifica.com, s.f.)
- Ataharre. Banda de cuero, cáñamo o esparto que, sujeta por sus puntas o cabos a los bordes laterales y posteriores de la silla, albarda o albardón, rodea los ijares y las ancas de la caballería y sirve para impedir que la montura o el aparejo se corran hacia adelante. Atadura.
- Atamiento. Encogimiento o cortedad de ánimo. Atadura. Estorbo, impedimento. Amarre.
- Atañadero, Atañadera. Atañadero, atañadera: Tocante o perteneciente. Concerniente.
- Atañer. Incumbir, corresponder.
- Atapar. Tapar [cubrir o cerrar lo que está descubierto o abierto].
- Ataracear. Atarazar: Morder algo o rasgarlo con los dientes. Afligir, carcomer [consumir poco a poco la salud, la virtud].
- Atarear. Poner o señalar tarea. Entregarse mucho al trabajo o a las ocupaciones. Ocuparse.
- Atareo. Atarear: Poner o señalar tarea. Entregarse mucho al trabajo o a las ocupaciones. Atareo: Tarea o trabajo.
- Atentado. Hecho con mucho tiento, sin meter ruido. Cauteloso.
- Atesar. Tesar [poner tirantes los cabos y cadenas, velas, toldos y cosas semejantes. Dicho de los bueyes uncidos: Andar hacia atrás.]. Atiesar [poner tieso algo]. Acariciar.
- Atestar. Testificar (afirmar de oficio). Testificar (deponer como testigo).
- Atollar. Golpear. Meter en un enredo. Dar en un atolladero. Atascarse (quedarse detenido por algún obstáculo).
- Atónita. Pasmado o espantado de un objeto o suceso raro.
- Atosigado. Atosigar: Agobiar a alguien, dándole mucha prisa para que haga algo. Inquietar, acuciar con exigencias o preocupaciones.
- Atosigar. Hacer que una persona se agobie pidiéndole muchas cosas a la vez, insistiéndole en algo o metiéndole prisa. Agobiar [algo insistente o repetitivo] a alguien.
- Atraillar, atraillado. Atraillar: Dominar (sujetar). Atraillado: Dominado.
- Atribulado. Causar tribulación [congoja, pena, tormento o aflicción moral. Persecución o adversidad que padece una persona]. Padeecer tribulación [congoja, pena, tormento o aflicción moral]. Atormentado.
- Atrocidad. Crueldad grande. Barbaridad [dicho o hecho necio o temerario. Acción o acto exagerado o excesivo].
- Atronador. Que atruena. Atronar: Asordar [ensordecer a alguien con ruido o con voces, de suerte que no oiga] o perturbar con ruido como de trueno

Aturdir (causar aturdimiento).

Atronar. Asordar [ensordecer a alguien con ruido o con voces, de suerte que no oiga] o perturbar con ruido como de trueno. Aturdir (causar aturdimiento)

Atuendo. Atavío, vestido. Ropa.

Atufar. Enfadar, enojar.

Auto. Acto o hecho.

Avecindar. Dicho de una persona o de una cosa: Arraigar [echar raíces. Dicho de un hábito o de un modo de comportarse: Hacerse muy firme] o estar de asiento. Avecinarse, acercarse.

Avenidas de sus caridades. Las dádivas que recolectaron.

Avenir. Concordar, ajustar las partes discordes. Suceder (hacerse realidad). Concurrir, juntarse.

Averno. Infierno (lugar de castigo eterno). Infierno (lugar que habitan los espíritus de los muertos).

Ávido. Ansioso, codicioso.

Aviesa. Maldad, delito.

Ay, ayes. Para expresar muchos y muy diversos movimientos del ánimo, y más ordinariamente aflicción o dolor. Suspiro, quejido. Quejidos.

Ayermado. Ayermar: Convertir en yermo [inhabitado, aplicado a lugar. No cultivado, aplicado a terreno].

Ayuntar. Juntar (unir). Añadir. Realizar el coito.

Azogada. Acción y efecto de azogar [turbarse y agitarse mucho].

Azorar. Conturbar, sobresaltar. Irritar, encender, infundir ánimo.

Azoro. Azoramiento [acción y efecto de azorar]. Azorar: Dicho de un azor: Asustar, perseguir o alcanzar a otras aves. Conturbar, sobresaltar. Irritar, encender, infundir ánimo. Sobresalto.

Azuzar. Incitar a los perros para que embistan. Irritar, estimular.

Baile de la pavana, del polvillo, del alocado bullicuzcuz, del pie del gibao o de la gallarda. Danzas españolas. Pavana: Danza española, grave y seria y de movimientos pausados. Bullicuzcuz: El baile zarabullí. Diccionario histórico de la lengua española 1933-1936, s.f.) Pie de gibao: Danza aristocrática corriente en España hasta mediados del siglo XVII.

Bajó las crestas y los bríos del furor. Disminuyeron la furia y los ánimos.

Baldón. Injurio o afrenta.

Baldosa. Pieza fina de cerámica, mármol o piedra, de forma cuadrada o rectangular, para cubrir suelos o paredes.

Balduque. Cinta estrecha, por lo común encarnada, usada en las oficinas para atar legajos [atado de papeles, o conjunto de los que están reunidos por tratar de una misma materia].

Balumba. Conjunto desordenado y excesivo de cosas.

Banco de palos. Golpiza.

Bandullo. Vientre o tripa. Abdomen.

Barajar. Considerar las varias posibilidades o alternativas antes de tomar una decisión.

Barbarie. Grupo de personas que actúan fuera de las normas de cultura y ética y son salvajes, crueles o faltos de compasión hacia la vida o la dignidad de los demás.

Barbotó. Barbotear: Barbullar [hablar atropelladamente y a borbotones, metiendo mucha bulla], mascullar [hablar entre dientes, o pronunciar mal las palabras, hasta el punto de que con dificultad puedan entenderse].

Barroco. Excesivo. Lleno de adornos.

Bastimento. Provisión para sustento de una ciudad, de un ejército, etc.

Batería. Conjunto de piezas de artillería dispuestas para hacer fuego. Conjunto de acciones, ideas o cosas iguales u homogéneas. Cosa que hace gran impresión en el ánimo.

Batir. Golpear. Derribar a golpes algo como una pared o un edificio.

Bebedizo. Bebida que se da por medicina.

Bebían hasta la ebriedad. Bebían hasta emborracharse. **Ebriedad:** Embriaguez [perturbación pasajera producida por la ingestión excesiva de bebidas alcohólicas]. Borrachera.

Begnivolencia. Benevolencia: Cualidad de benévolo [que tiene buena voluntad o simpatía hacia las personas o sus obras].

Belcebú. En fuentes teológicas cristianas, Belcebú es otro nombre para Satanás. (Wikipedia, s.f.)

Belduque. Cuchillo grande de hoja puntiaguda.

Belísona. De ruido bélico [guerrero] o marcial. Belicosa.

Bellaco. Malo, pícaro, ruin. Astuto, sagaz.

Benditas ánimas. Las Iglesias copta y católica creen que las almas salvadas, pero cuya purificación no está completa, experimentan una purificación que no tiene lugar ni en el cielo ni tampoco en la morada de los muertos ("de los justos") denominada en la Biblia sheol o hades. (Wikipedia, s.f.) Se afirma que las almas que no logran entrar al cielo por tener algo pendiente de solucionar en la vida se encuentran vagando por el mundo sin poder descansar en paz. Las ánimas benditas son descritas como seres y espíritus buenos que aún están en el mundo con el propósito de proteger y ayudar a quienes rezan por ellas. (García, 2022)

Bergante. Persona pícaro o sinvergüenza.

Bernal Díaz. Bernal Díaz del Castillo fue un conquistador español que participó en la conquista de México y fue más tarde regidor de Santiago de Guatemala. Se le atribuye la autoría de la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, la cual comenzó a redactar como un memorial de guerras.

- Berroqueña. Granítico: Pertenciente o relativo al granito [roca compacta y dura, compuesta de feldespato, cuarzo y mica. Lo hay de varios colores, según el tinte y la proporción de sus componentes. Se emplea como piedra de cantería]. Duro, áspero, poco sensible y delicado.
- Bienquerencia. Buena voluntad, cariño.
- Biña. Binar: Dicho de un sacerdote: Celebrar dos misas en un mismo día.
- Bípeda. De dos pies.
- Bizarría. Gallardía, valor. Generosidad, lucimiento, esplendor. Rareza o extravagancia. Colorido o adorno exagerado. Valentía.
- Blandir. Mover con la mano algo, especialmente un arma, con movimiento trémulo o vibratorio. Moverse con agitación trémula o de un lado a otro.
- Dirigir.
- Blando, blanda. Suave, benigno, apacible. Dicho de una persona: Pusilánime, de carácter débil.
- Blasfemo, blasfema. Que contiene blasfemia [palabra o expresión gravemente injuriosas (ofensiva) contra alguien o algo]. Que dice blasfemias.
- Bolillo. Encaje [tejido de mallas, lazadas o calados, con flores, figuras u otras labores, que se hace con bolillos, aguja de coser o de gancho, etc., o bien a máquina].
- Boñiga. Excremento animal.
- Boquear. Abrir la boca. Estar expirando. Dicho de una cosa: Estar llegando al final. Último aliento.
- Boquiflojo. Chismoso.
- Borlara. Tomar la borla: Graduarse de doctor o maestro.
- Borrar del libro de los vivos. Asesinar.
- Bota. Recipiente de cuero para el vino.
- Br. Bro.: Hermano. (EC Wiki Enciclopedia Católica Online, s.f.)
- Bramo. Bramar: Dar bramidos [grito o voz fuerte y confusa de quien está cólerico y furioso]. Dicho de una persona: Manifestar con voces articuladas o inarticuladas y con extraordinaria violencia la ira de que está poseída. Dicho especialmente del viento o del mar violentamente agitados: Hacer ruido estrepitoso.
- Bravuconería. Cualidad de bravucón [esforzado o valiente solo en la apariencia].
- Brega. Riña o pendencia [contienda, riña de palabras o de obras].
- Breñal. Sitio de breñas [tierra quebrada entre peñas y poblada de maleza].
Breñoso: Sitio lleno de maleza.
- Bribón, bribona. Pícaro, bellaco.
- Brincar la raya de la cordura. Enloquecer.
- Brío. Pujanza [fuerza grande o robustez para impulsar o ejecutar una acción].
Espíritu, valor, resolución. Garbo, desembarazo, gallardía, gentileza.
- Brioso. Que tiene brío [pujanza. Espíritu, valor, resolución. Garbo, desembarazo, gallardía, gentileza. Valiente].

- Brujeril.** Brujesco, brujesca: Perteneciente o relativo a la brujería. Propio de la brujería.
- Buida.** Aguzado, afilado. Delgado.
- Bujía.** Vela (pieza de cera para alumbrar).
- Bullente.** Que bulle [dicho de una masa de personas, animales u objetos: Agitarse a semejanza del agua hirviendo. Dicho de una persona: Moverse, agitarse con viveza excesiva, no parar, no estarse quieta en ninguna parte]. Que tiene agitación o movimiento producido por seres u objetos que bullen.
- Bullir.** Dicho de una cosa: Agitarse con movimiento parecido al del agua que hierve.
- Bulto.** Busto [escultura o pintura de la cabeza y parte superior del tronco humano] o estatua no reducidos a relieve o bajorrelieve. Imagen.
- Burdo, burda.** Tosco, basto, grosero.
- Bureo.** Entretenimiento, diversión. Junta formada por altos dignatarios palatinos y presidida por el mayordomo mayor, que resolvía los expedientes administrativos de la casa real y ejercía jurisdicción sobre las personas sujetas a su fuero. Entrar en bureo: Juntarse para tratar de algo.
- Burlador.** Que burla. Libertino habitual que hace gala de deshonrar a las mujeres, seduciéndolas y engañándolas.
- Burlar.** Engañar.
- Burleta.** Burla [acción, ademán o palabras con que se procura poner en ridículo a alguien o algo]. (Diccionario histórico de la lengua española 1933-1936, s.f.)
- Burreño, burreña.** Burdégano: Hijo de caballo y burra].
- Buscarle el pelo al huevo.** Usamos esta frase para decir que una persona está buscando problemas donde no los hay o que es demasiado exigente sin necesidad. (Ñ de Español, 2019) Buscar motivos para intentar probar lo imposible. Buscar el defecto donde no lo hay. (Significado de, s.f.)
- Bustamantista.** Partidario de Trinidad Anastasio de Sales Ruiz Bustamante y Oseguera, médico, militar y político mexicano que se desempeñó como presidente de México en tres ocasiones. En enero de 1832, Antonio López de Santa Anna se levantó en armas y proclamó el Plan de Veracruz, el cual pretendía quitar a Bustamante de la presidencia. (Wikipedia, s.f.)
- Cabal.** Ajustado a peso o medida. Excelente en su clase. Completo, exacto, perfecto. Íntegro.
- Cábala.** Conjetura, suposición. Cálculo supersticioso para adivinar algo
- Cabalgaba a sus anchas en todas las lenguas.** El chisme se esparcía con total libertad. Cabalgar: Dicho de una cosa: Ir sobre otra. A sus anchas: Cómodamente, con plena libertad. (Dual Texts Español Avanzado, s.f.)
- Cabalgadura.** Animal en que se cabalga [monta].
- Cabalístico.** Perteneciente o relativo a la cábala [cálculo supersticioso para adivinar algo]. Supersticioso o adivinatorio.

Cabe. Cerca de, junto a.

Cabizbajo. Dicho de una persona: Que tiene la cabeza inclinada hacia abajo por abatimiento, tristeza o preocupaciones graves. Abatido.

Cacarizo. Picado por hoyos y otras imperfecciones. (Diccionario de americanismos, s.f.)

Cacique. Persona con excesiva influencia en asuntos políticos. Cacica: jefe indio poseedor de derechos sobre indios tributarios y/o sobre la tierra (periodo colonial); dirigente local (siglos XIX y XX). (Dehouve, 2002)

Cadalso. Tablado [tapanco] construido para la ejecución de la pena de muerte.

Cadencia. Modulación de voz.

Caer, caído. Dicho de un suceso: Corresponder a un determinado día o periodo del año. Sobrevenir [suceder o acaecer, generalmente de forma repentina]. Pasar. Caído: Hace determinado tiempo.

Calaña. Muestra, modelo, patrón, forma. Índole, calidad, naturaleza de alguien o algo. Abanico muy ordinario con varillaje de caña.

Calar. Ponerse una gorra, un sombrero, etc., haciéndolos entrar mucho en la cabeza.

Caldero. Caldera [recipiente de metal, grande, abombado en la base, que sirve comúnmente para poner a calentar o cocer algo dentro de él] pequeña con asa sujeta a dos argollas en la boca.

Calibre. Diámetro interior de muchos objetos huecos, como tubos, conductos o cañerías. Tamaño, importancia, clase.

Calidad. Condición o requisito que se pone en un contrato.

Caligrafía. Arte de escribir con letra bella y correctamente formada, según diferentes estilos. Conjunto de rasgos que caracterizan la escritura de una persona, de un documento, etc. Escritura.

Calota. La Calota o bóveda craneal es la parte superior del cráneo. El esqueleto del cráneo y de la cara protege al encéfalo y sus anexos, aloja los órganos de los sentidos, y parte de los sistemas respiratorio y digestivo. (Homo Medicus, 2023)

Calumniosa. Que contiene calumnia [acusación falsa, hecha maliciosamente para causar daño]. Maliciosa.

Calvatrueno. Hombre alocado o atronado.

Cambiar. Dar o tomar algo por otra cosa que se considera del mismo o análogo valor. Reunir.

Campirano, campirana. Campesino (que vive y trabaja en el campo). Entendido en las faenas del campo.

Cancino. Cansino: Dicho de una persona o de un animal: Que tiene su capacidad de trabajo disminuida por el cansancio. Que por la lentitud y pesadez de los movimientos revela cansancio.

- Candela. Vela (pieza de cera para alumbrar). Candelero (utensilio para mantener la vela).
- Candelero. Golpe dado con un candelero de velas.
- Canilla. Cada uno de los huesos largos de la pierna o del brazo, especialmente la tibia.
- Cantinel. Cantilena (cantar) [cantar, copla, composición poética breve, hecha generalmente para que se cante]. Repetición molesta e importuna de algo.
- Canto. Extremidad o lado de cualquier parte o sitio. Punta, esquina o remate de algo.
- Capa pluvial. Prenda litúrgica que se ponen los ministros ordenados de la Iglesia.
- Capellanía. Bien de la iglesia vinculado al cumplimiento de misas. El término se deriva de ‘capilla’; es una fundación destinada a un sacerdote cuya finalidad era officiar misas en memoria de los difuntos. Una capellanía de misas operaba de la siguiente manera: una persona, a quien se llamaba fundador, donaba determinados bienes para que con la renta que estos produjeran se sostuviera a un capellán, mismo que quedaba obligado a decir, o a mandar decir si todavía no estaba ordenado, cierto número de misas en favor del alma del fundador y de las personas que este último estipulara. (Babines López, s.f.)
- Capigorrón. Dicho de un hombre: Ocioso y vagabundo.
- Capital. Conjunto de activos y bienes económicos destinados a producir mayor riqueza. Patrimonio. (Roldán, s.f.)
- Capitán Caldera. Miguel Caldera fue el fundador de San Luis Potosí y un personaje importante en la pacificación y colonización de la frontera norteña novohispana en los años después de la conquista española del imperio mexica. (Wikipedia, s.f.)
- Carca. Cárcava: Hoya o zanja grande que suelen hacer las avenidas de agua. Zanja o foso.
- Carcamal. Persona decrepita y achacosa.
- Carcavero. Cárcava: Hoya o zanja grande que suelen hacer las avenidas de agua. Zanja o foso. Hoyo en la tierra para enterrar un cadáver.
- Carcavina. Cárcava: Hoya o zanja grande que suelen hacer las avenidas de agua. Zanja o foso. Hoyo en la tierra para enterrar un cadáver.
- Carcomer. Consumir poco a poco la salud, la virtud. Roer [quitar poco a poco con los dientes a un hueso la carne que se le quedó pegada].
- Carente de sentido. Desmayada.
- Careo. Acción y efecto de carear o carearse [tomar declaración a una persona en presencia de otra, o a dos personas a la vez, con el fin de desentrañar la verdad de unos hechos sobre los que han dado versiones contradictorias].

- Carlangüento. Carlanca: Pícaro, astuto.
- Carmelo. Carmelita: La Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, también llamada Orden de los Carmelitas, es una orden religiosa católica que surgió alrededor del siglo XII cuando un grupo de ermitaños, inspirados en el profeta Elías, se retiraron a vivir en el Monte Carmelo, considerado el jardín de Palestina. (Wikipedia, s.f.)
- Carnal. Perteneciente o relativo a la carne. Lascivo o lujurioso. Perteneciente o relativo a la lujuria (deseo excesivo del placer sexual).
- Cartel de sustancia. Hacer juicios sobre la reputación o hacer hipótesis sobre lo ocurrido. Cartel: Prestigio, reputación. Sustancia: Juicio o sensatez.
- Cartina. Mapa, plano. (Reverso, s.f.) (Bab.la, s.f.).
- Cartulario. Escribano, y principalmente el de número de un juzgado, o el notario en cuyo oficio se custodian las escrituras de que se habla. En algunos archivos, libro becerro o tumbo. Archivo.
- Casa real. Palacio (casa de los reyes). Personas reales [perteneciente o relativo al rey o a la realeza] y conjunto de sus familias.
- Casadera. Que está en edad de casarse.
- Cascajosa. Abundante en cascajo (piedras menudas). Ruidosa.
- Cascote. Fragmento de alguna construcción derribada o arruinada. Conjunto de escombros, usado para otras obras nuevas.
- Caserón. Casa muy grande y destartalada.
- Casorio. Casamiento hecho sin juicio ni consideración, o de poco lucimiento. Matrimonio.
- Casote. Cascote: Fragmento de una construcción derribada o arruinada; conjunto de escombros.
- Casquivana. Poco reflexivo, banal, voluble. Inestable.
- Castellano. Perteneciente o relativo a Castilla o a los castellanos.
- Castilla. Castellano, español.
- Casuchilla. Forma despectiva de referirse a una casa pequeña y, generalmente, mal construida.
- Cata. Darse cata de algo: Percatarse de ello. Darse cuenta de algo. Acción de catear (buscar una veta minera); veta.
- Cataplasma. Tópico [medicamento] de consistencia blanda, que se aplica para varios efectos medicinales, y más particularmente el que es calmante o emoliente.
- Cauda. Falda o cola de la capa magna o consistorial.
- Caudal. Hacienda, bienes de cualquier especie, y más comúnmente dinero. Capital [valor de lo que, de manera periódica o accidental, rinde u ocasiona rentas, intereses o frutos] o fondo.
- Causa. Litigio (pleito judicial). Proceso criminal que se instruye de oficio o a instancia de parte.

Cautelado. Prevenir, precaver. Precaverse, recelarse Sigiloso.

Cautivo. Dicho de una persona: Hecha prisionera en la guerra.

Cavilar. Pensar con intención o profundidad en algo.

Cayado de san Cristóbal. San Cristóbal de Licia es venerado por la Iglesia católica y la ortodoxa como un mártir ejecutado durante el reinado de Decio (Decius), emperador de Roma (que reinó del 249 al 251) o durante el reinado del emperador romano Maximino Daya (Maximinus II Dacianus) (que reinó del 308 al 313). Se aprecia una confusión debida a la similitud de los nombres “Decio” y “Daya”. (Wikipedia, s.c.) Reprobus decidió buscar al poderoso señor que tenía poder sobre Satán, y en sus pesquisas llegó a la cueva de un ermitaño, quien lo instruyó en el cristianismo y le aconsejó servir al prójimo ayudando a los viajeros a cruzar un caudaloso río. Una tarde llegó a solicitar sus servicios un niño, a quien el gigante subió sobre sus hombros y que conforme avanzaba en el trayecto iba pesando cada vez más, por lo que Reprobus estuvo a punto de perecer ahogado. Al llegar a la otra orilla, el niño le comunicó ser Cristo y para probárselo le ordenó clavar en la tierra el tronco que le servía de báculo para cruzar el torrente. Al instante el cayado se convirtió en una frondosa palmera cargada de dátiles. A partir de entonces el gigante cambió su nombre por el de Cristóbal, el portador de Cristo, a quien sirvió el resto de su vida. (Rubial García, s.f.)

Cecuciente. Que va quedándose ciego.

Cedillista. Partidario del gobernador de San Luis Potosí, general Saturnino Cedillo Martínez. Manejó al estado con un control férreo y de facto similar a una dictadura hasta poco antes de su muerte. Murió asesinado en 1939 luego de haberse levantado en armas contra el gobierno de Lázaro Cárdenas. (Wikipedia, s.f.)

Cejar. Retroceder, ir hacia atrás. Aflojar o ceder en un negocio, empeño o discusión. Dicho de las caballerías que tiran de un carruaje: Andar hacia atrás.

Celante. Que cela. Celar: Procurar con particular cuidado el cumplimiento y observancia de las leyes, estatutos u otras obligaciones o encargos. Justiciera.

Celar. Observar a una persona o sus movimientos y acciones por celos que se tienen de ella. Vigilar a los dependientes o inferiores para cuidar de que cumplan con sus deberes.

Celeberrimo. Adjetivo superlativo de célebre [famoso (conocido y admirado por su excelencia). Una célebre pensadora. Famoso (conocido y recordado en un determinado ámbito). La célebre canción del verano. Que llama la atención por ser muy singular y extravagante].

Celeridad. Prontitud, rapidez, velocidad.

Celestina. Persona que encubre o facilita una relación amorosa. La Celestina es el nombre con el que se ha popularizado la Tragicomedia de Calisto y Melibea, atribuida al español Fernando de Rojas. (Wikipedia, s.f.)

- Celo. Cuidado, diligencia, esmero que alguien pone al hacer algo.
- Cenegal. Cenagal: Sitio o lugar lleno de cieno [lodo blando que forma depósito en ríos, y sobre todo en lagunas o en sitios bajos y húmedos]. Negocio de difícil salida. Lodazal.
- Cenegosa. Cenagosa: Lleno de cieno [lodo blando que forma depósito en ríos, y sobre todo en lagunas o en sitios bajos y húmedos].
- Censo redimible. Redención de censos: Acto por el que el censatario, propietario de una finca, libera a la misma de la carga del censo mediante el reembolso del capital recibido del censalista. Libre de gravamen o impuesto. (Diccionario panhispánico del español jurídico, s.f.)
- Censo. Puede definirse como el derecho real (perteneiente o relativo al rey o a la realeza) en el que su titular —censalista— tiene sobre la finca (propiedad del censatario) que constituye su objeto, el poder de percibir un canon o pensión. (O'Callaghan, 2004) Se constituye cuando se sujetan algunos bienes inmuebles al pago de un canon o rédito anual en retribución de un capital que se recibe en dinero, o del dominio pleno o menos pleno que se transmite de los mismos bienes. (Real Decreto de 24 de julio de 1889 por el que se publica el Código Civil, 2022)
- Ceñudo, ceñuda. Dicho de una persona: Que tiene ceño o sobrecejo, y especialmente que lo arruga.
- Cepo. Instrumento hecho de dos maderos gruesos, que unidos forman en el medio unos agujeros redondos, en los cuales se aseguraba la garganta o la pierna del reo, juntando los maderos. Tipo de grillete de madera.
- Cercenado o cercenada de cuajo. Cortada o cortado de raíz, sacando enteramente algo del lugar en que estaba arraigado. Cortado de tajo [corte longitudinal hecho con algo afilado].
- Cercos. Asedio que pone un ejército, rodeando una plaza o ciudad para combatirla. Perseguir.
- Cerner. Atalayar, observar, examinar. Depurar, afinar los pensamientos y las acciones. Extender.
- Certero. Seguro, acertado. Cierto, sabedor, bien informado.
- Certidumbre. Certeza [conocimiento seguro y claro de algo. Firme adhesión de la mente a algo conocible, sin temor de errar].
- Cesión. Renuncia de algo, posesión, acción o derecho, que alguien hace a favor de otra persona. Donación.
- Chafalditero. Propenso a decir chafalditas [pulla (dicho con que indirectamente se humilla a alguien. Expresión aguda y picante dicha con prontitud. Palabra o dicho obscenos) inofensiva]. Burlón.
- Chapa. Mancha de color rojo que se ponían artificialmente las mujeres en el rostro. Chapeta: Mancha rojiza que suele salir en las mejillas.
- Chaparral. Sitio poblado de chaparros [mata de encina o roble, de muchas ramas y poca altura].

- Chaparreras. Son revestimientos resistentes para las piernas que consisten en polainas y un cinturón. Se ciñen sobre los pantalones con un cinturón integrado, pero a diferencia de los pantalones no tienen asiento y no se unen en la entrepierna. (Wikipedia, s.f.) Especie de zahones de piel adobada que se usan en México. Zahón: Especie de mandil, principalmente de cuero, atado a la cintura, con perneras abiertas por detrás que se atan a la pierna, usado por cazadores, vaqueros y gente de campo para resguardar el traje.
- Chaparro. Que es grueso y de poca altura. (Diccionario de español de Google, s.f.)
- Chichimecas. Eran los pobladores originarios del norte y bajío-occidente de México, región conocida como Gran Chichimeca. Estas naciones originarias eran los caxcanes, tecuexes, guamares, zacatecos, guachichiles, pames y jonaces. Los asentamientos estaban en los actuales estados de Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas, Guanajuato, San Luis Potosí y Querétaro. (Wikipedia, s.f.)
- Chico Sein. Vicente Chico Sein fue gobernador de San Luis Potosí de 1859 a 1869 y en 1863. Impulsó la educación en el estado, al abrir las escuelas a los adultos y fundar el Instituto Científico y Literario —antecedente de la actual Universidad Autónoma de San Luis Potosí—, el 1 de agosto de 1859. (Congreso del Estado de San Luis Potosí, 2015)
- Chillón. Dicho de un sonido: Agudo y desagradable.
- Chinguere. Aguardiente [bebida espirituosa que, por destilación, se obtiene del vino, de la fruta y de otras sustancias] común.
- Chinguirito. Aguardiente.
- Chispazo. Acción de saltar la chispa del fuego. Daño que hace un chispazo. Salto violento de una chispa eléctrica.
- Chocarrear. Decir chocarrerías [chiste o dicho (sic) groseros].
- Chocarrero. Que tiene por costumbre decir chocarrerías [chiste o dicho (sic) groseros].
- Chungo, chunga. De mal aspecto, en mal estado, de mala calidad. Difícil, complicado. Querido (amante). Burla festiva.
- Chupar. Dicho de una sustancia sólida o de un líquido: Absorber (atraer y retener líquido o gas). Dicho de un tejido orgánico: Absorber (incorporar materias o sustancias externas). Tomar.
- Chuparrosa. Colibrí [ave americana de la familia de los troquílidos (dicho de un ave: Que se caracteriza por su pequeño tamaño y por ser capaz de batir las alas con gran rapidez, hasta el punto de emitir con ellas un zumbido característico, lo que le sirve para libar el néctar de las flores suspendido en el aire), algunas de cuyas especies son extremadamente pequeñas, capaz de mantenerse suspendida en el aire mientras vuela para libar el néctar de las flores, y de plumaje colorido y brillante].
- Chusma. Multitud de gente grosera o vulgar.

- Ciendoblar. Centuplicar: Hacer 100 veces más o mayor.
- Ciente. Esciente: Que sabe. Conocer.
- Cimbramiento. Cimbrar: Mover una vara larga u otra cosa flexible, asiéndola por un extremo y haciendo que vibre. Doblar o hacer vibrar algo.
- Circundante. Que circunda [cercar, rodear algo o a alguien] algo. Persona alrededor.
- Circunstante. Que está alrededor.
- Circunvecino. Dicho de un lugar o de un objeto: Que se halla próximo y alrededor de otro.
- Cirial. Cada uno de los candeleros altos que llevan los acólitos en algunas funciones de iglesia.
- Cirineo y Verónica. Persona que ayuda a otra en algún trabajo penoso. Tras ser Jesús condenado a muerte tuvo que cargar con su cruz y llevarla al monte Calvario. En este camino del Gólgota Jesús fue ayudado por dos personajes: el Cirineo y la Verónica. (Pasión en Zaragoza, 2010)
- Cisco. Carbón vegetal menudo.
- Cisorio. Arte cisoria: Conjunto de reglas para trincar [cortar o partir] la carne.
- Clangor. Sonido de la trompeta o del clarín.
- Claraboya. Ventana abierta en el techo o en la parte alta de las paredes.
- Clarear. Dar claridad [efecto que causa la luz iluminando un espacio, de modo que se distinga lo que hay en él] a algo. Empezar a amanecer.
- Claridad. Efecto que causa la luz iluminando un espacio, de modo que se distinga lo que hay en él. Amanecer.
- Claror. Resplandor o claridad [efecto que causa la luz iluminando un espacio, de modo que se distinga lo que hay en él. Amanecer].
- Claustrera. Que profesa la vida del claustro. Encerrada.
- Clausurar el pico. Silenciar.
- Clavero. En algunas órdenes militares, caballero que tenía cierta dignidad y a cuyo cargo estaba la custodia y defensa del principal castillo o convento.
- Clavícula del Rey Salomón. El Lemegeton Clavicula Salomonis (en español, La llave menor de Salomón), también conocido como Lemegeton, es un grimorio [tipo de libro de conocimiento mágico europeo, generalmente datado desde mediados de la Baja Edad Media (siglo XIII) hasta el siglo XVIII] anónimo del siglo XVII, y uno de los libros de demonología más populares. (Wikipedia, s.f.)
- Clerecía. Conjunto de personas eclesiásticas que componen el clero. Oficio u ocupación de clérigos. Conjunto de clérigos que concurrían con sobrepe-llices [sobrepelliz: Vestidura blanca de lienzo fino, con mangas perdidas o muy anchas, que llevan sobre la sotana los eclesiásticos, y aun los legos que sirven en las funciones de iglesia, y que llega desde el hombro hasta la cintura poco más o menos] a una función de iglesia. Sacerdocio.

- Clisterio. Enema: Líquido que se introduce en el cuerpo por el ano con un instrumento adecuado para impelerlo, y sirve por lo común para limpiar y descargar el intestino.
- Cochambroso, cochambrosa. Lleno de cochambre [suciedad, cosa puerca, grasienta y de mal olor].
- Cócono. Pavo (ave).
- Cofrade. Persona que pertenece a una cofradía
- Cofradía. Hermandad eclesiástica laica adherida a una parroquia. (Yáñez Rosales, 2001) Congregación o hermandad que forman algunos devotos, con autorización competente, para ejercitarse en obras de piedad. Gremio, compañía o unión de personas para un fin determinado. Vecindario, unión de personas o pueblos congregados entre sí para participar de ciertos privilegios.
- Cogitación. Acción y efecto de pensar o meditar algo.
- Cognomento. Sobrenombre adquirido por sus virtudes o defectos.
- Coima. Concubina.
- Colegir. Juntar (unir). Inferir (sacar consecuencia de otra cosa). Deducir. Colige: Infiere. Me colijo: [me] refiero.
- Colmar. Llenar una medida, un cajón, un cesto, etc., de modo que lo que se echa en ellos exceda su capacidad y levante más que los bordes.
- Coludido. Cometer actos de colusión [pacto ilícito en daño de tercero].
- Columbrar. Divisar o ver desde lejos algo, sin distinguirlo bien. Rastrear o conjeturar por indicios algo. Observar.
- Comandamiento. Mando (autoridad). Mandato (contrato de representación). mandamiento (precepto u orden de un superior) [despacho del juez, por escrito, mandando ejecutar algo].
- Comedido. Prudente, moderado. Servicial (pronto a servir).
- Comedimiento. Moderación, urbanidad. Servicio prestado con buena disposición. Cortesía.
- Cometido. Comisión (encargo). Incumbencia, obligación moral.
- Como corderos entre lobos. Con miedo, cautela o inocencia. Cordero, cordera: Persona mansa, dócil y humilde. Lobo, loba: Astuto (agudo, hábil). Arisco, hurraño.
- Compeler, compeler. Obligar a alguien, con fuerza o por autoridad, a que haga lo que no quiere.
- Componer. Ordenar, concertar o reparar lo desordenado, descompuesto o roto.
- Compostura. Arreglo de una cosa descompuesta, maltratada o rota. Aseo, adorno o aliño de alguien o algo.
- Comprometedoramente. Comprometedor: Que compromete [adjudicar a alguien una obligación o hacerlo responsable de algo]. Responsabilizar.

- Comprometido. Comprometer: Poner en riesgo a alguien o algo en una acción o caso aventurado. Adjudicar a alguien una obligación o hacerlo responsable de algo. Implicado.
- Con armas y bagajes. Completamente, del todo.
- Con creces. Crecida, colmadamente. Ampliamente.
- Con estar tan alcanzado de años. Por ser antiguo.
- Con los luceros. Cuando aún está oscuro, antes del amanecer.
- Conceptuoso, conceptuosa. Dicho de una persona o de una cosa: Sentenciosa, aguda, llena de conceptos. Abstruso, oscuro. De acuerdo con la moral.
- Concertar. Componer, ordenar o arreglar las partes de una cosa, o varias cosas. Pactar, ajustar, tratar o acordar un negocio. Establecer.
- Condigna. Dicho de una cosa: Que corresponde a otra o se sigue naturalmente de ella; como el premio a la virtud, y la pena al delito.
- Conducirlos a la hoya en la mansión del reposo. Enterrarlos.
- Confeso. Dicho de una persona: Que ha confesado su delito o culpa.
- Conformativo. Conformar: Ajustar, concordar algo con otra cosa. Reducirse, sujetarse voluntariamente a hacer o sufrir algo por lo cual se siente alguna repugnancia.
- Congénere. Del mismo género, de un mismo origen o de la propia derivación.
- Congoja. Desmayo, fatiga, angustia y aflicción del ánimo. Pena intensa e incontenible que se exterioriza con llanto o quejas. Angustia o sensación física de agobio. (Diccionario de español de Google, s.f.) Inquietud.
- Conjeturable. Que se puede conjeturar [formar juicio de algo por indicios u observaciones]. Suposiciones.
- Conjuro. Acción y efecto de conjurar (decir exorcismos). Fórmula mágica que se dice, recita o escribe para conseguir algo que se desea.
- Conmedio. Comedio: Intermedio o espacio de tiempo que media entre dos épocas o tiempos señalados.
- Conminativo, conminativa. Que conmina [amenazar (dar a entender que se quiere hacer algún mal)]. Apremiar con potestad a alguien para que obedezca] o tiene la cualidad de conminar [dicho de la autoridad: Requerir a alguien el cumplimiento de un mandato, bajo pena o sanción determinadas].
- Conmiseración. Compasión que se tiene del mal de alguien.
- Conmutar. Cambiar una cosa por otra. Sustituir penas o castigos impuestos por otros menos graves.
- Conqueridor. Conquistador [conquistar: Ganar, mediante operación de guerra, un territorio, población, posición, etc. Ganar, conseguir algo, generalmente con esfuerzo, habilidad o venciendo algunas dificultades. Conquistar una posición social elevada. Dicho de una persona: Ganar la voluntad de otra, o traerla a su partido. Lograr el amor de alguien].
- Consentir. Permitir algo o condescender en que se haga. Creer (tener algo por cierto).

- Considerando. Cada una de las razones esenciales que preceden y sirven de apoyo a un fallo o dictamen y empiezan con la palabra considerando. Razonamiento.
- Consistió la recuesta. Escribió la respuesta. Consistir: Ser efecto de una causa. Recuesta: requerimiento (acto judicial) [aviso, manifestación o pregunta que se hace, generalmente bajo fe notarial, a alguien exigiendo o interesando de él que exprese y declare su actitud o su respuesta].
- Consolador. Que consuela [aliviar la pena o aflicción de alguien].
- Consonancia. Relación de conformidad o correspondencia que tienen algunas cosas entre sí. Proporción.
- Consonante. Que tiene relación de igualdad o conformidad con otra cosa, de la cual es correspondiente y correlativa.
- Consorte. Cónyuge [persona unida a otra en matrimonio].
- Conspicuo. Ilustre, visible, sobresaliente.
- Constreñir. Obligar, precisar, compeler por fuerza a alguien a que haga y ejecute algo. Oprimir, reducir, limitar. Las reglas rígidas constreñen la imaginación. Apretar y cerrar, como oprimiendo.
- Consuetudo, consuetudo. Acostumbrado [que tiene determinadas costumbres: Bien, mal, muy acostumbrado. Habitual, usual].
- Consumación. Llevar a cabo totalmente algo.
- Consumado. Que en su oficio ha acreditado excelencia o perfección.
- Consumo: Consumar: Llevar a cabo totalmente algo.
- Consumo. De consumo: Juntamente, en unión, de común acuerdo.
- Contantes y sonantes. Dinero contante o dinero contante y sonante: Dinero pronto, efectivo, corriente.
- Conteste. Dicho de un testigo: Que declara lo mismo que ha declarado otro, sin discrepar en nada.
- Contingencia. Posibilidad de que algo suceda o no suceda. Cosa que puede suceder o no suceder. Riesgo. Casualidad.
- Contorna. Alrededor.
- Contradicente. Contradecir, que contradice. (Diccionario histórico de la lengua española 1933-1936, s.f.) Contrario a lo que se afirma.
- Contrafuerte. Refuerzo vertical en el paramento de un muro para aumentar su estabilidad.
- Contreñida. Constreñida: Oprimir, reducir, limitar.
- Contumelioso, contumeliosa. Afrentoso, injurioso, ofensivo.
- Contundente. Dicho de un instrumento o de un acto: Que produce contusión. Que produce gran impresión en el ánimo, convencéndolo. Argumento, razón, prueba contundente. Dicho de un alimento: Que sacia.
- Contusión. Daño que recibe alguna parte del cuerpo por golpe que no causa herida exterior.

- Contuso, contusa. Que ha recibido contusión [daño que recibe alguna parte del cuerpo por golpe que no causa herida exterior]. Contusión: Daño que recibe alguna parte del cuerpo por golpe que no causa herida exterior. Golpeado, dañado.
- Convenenciero, convenenciera. Que solo atiende a sus conveniencias [utilidad, provecho, beneficio], sin otras miras ni preocupaciones.
- Convenible. Dócil o que se conviene fácilmente con los demás. Dicho de un precio: Razonable, moderado. Conveniente.
- Convicto. Dicho de un reo: Que ha cometido un delito que ha sido probado, aunque no lo haya confesado. Presidiario.
- Convto. Convento. (Enciclopedia Católica Online, s.f.)
- Copar. Conseguir en una elección todos los puestos. Acaparar.
- Coparle. Coptar: Neologismo [vocablo, palabra] de escaso empleo en el español actual, comenzó a usarse apenas en la segunda mitad del siglo xx. En los voluminosos datos del Corpus de referencia del español actual (CREA), su primera documentación, con el significado de 'apropiarse de', 'quedarse con', es de 1979 (Moreno de Alba, s.f.)
- Copia. Muchedumbre o abundancia de algo. Reproducción literal de un escrito o de una partitura. Multitud. Describir algo.
- Copiosamente. De manera copiosa [abundante, numeroso, cuantioso]. Abundantemente.
- Costillas mendozas. Costillas falsas. Mendoso, mendosa: Errado, equivocado o mentiroso. Falso.
- Corajoso, corajosa. Enojado, irritado. Animoso, esforzado, valeroso.
- Corchete. Agente de justicia que se encargaba de prender [privar de libertad a una persona, principalmente poniéndola en la cárcel por delito cometido u otra causa] a los delincuentes.
- Corneta. Antigua compañía de soldados de a caballo. Persona que ejerce o profesa el arte de tocar la corneta, especialmente en el ejército. Oficial que llevaba la corneta (bandera de los dragones).
- Cornudas lucubraciones. Conjeturas demoniacas.
- Corregimiento. Cada gobierno y Capitanía General, dependientes de las audiencias, estaba dividido en corregimientos, cuyo jefe era llamado corregidor. (Yáñez Rosales, 2001)
- Correr. Dicho del tiempo: Transcurrir, tener curso.
- Correría. Viaje, por lo común corto, a varios puntos, volviendo a aquel en que se tiene la residencia. Andanza o aventura.
- Corresponder. Pagar con igualdad, relativa o proporcionalmente, afectos, beneficios o agasajos. Tocar o pertenecer. Dicho de una cosa: Tener proporción con otra.

- Corrido. Correr: Dicho del tiempo: Transcurrir, tener curso. Corridos: Transcurridos, pasados.
- Corrientilla. Correntía: Inundación artificial que se hace después de haber segado, para que, pudriéndose el rastrojo y las raíces que han quedado, sirvan de abono a la tierra.
- Corrillera. Aficionado a andar de corrillo [corro (cerco que forma la gente para hablar, para solazarse, etc.) donde se juntan algunas personas a discutir y hablar, separados del resto de la gente] en corrillo.
- Corrillo. Corro [cerco que forma la gente para hablar, para solazarse, etc.] donde se juntan algunas personas a discutir y hablar, separados del resto de la gente.
- Corrimiento. Acumulación de humores que carga a alguna parte del cuerpo.
- Cortés. Hernán Cortés de Monroy y Pizarro Altamirano, I marqués del Valle de Oaxaca, fue un militar español que, a principios del siglo XVI, lideró la conquista del imperio mexica o conocida como conquista de México, que significó el fin de dicho imperio, poniéndolo bajo dominio de la Corona de Castilla y dando lugar a la creación del Virreinato de Nueva España. (Wikipedia, s.f.) El 16 de diciembre de 1522 derrotó a los huastecos en la batalla de Coxcatlán, dando por oficial la pertenencia de la huasteca al imperio español. (Chavira López, 2022)
- Cotarro. Reunión de personas (usado con intención despectiva o festiva). Conjunto de personas con determinadas características comunes. Situación o estado de cosas.
- Cotejo. Acción y efecto de cotejar [confrontar algo con otra u otras cosas, o compararlas teniéndolas a la vista].
- Coyundado. Atado con coyunda [correa fuerte y ancha, o soga de cáñamo, con que se unen los bueyes. Correa para atar las abarcas. Unión conyugal. Sujeción o dominio].
- Coz, coces. Sacudida violenta que hacen las bestias con alguna de las patas.
- Cozcoquejo. Coz: Sacudida violenta que hacen las bestias con alguna de las patas. Ruido que hacen los cascos del caballo al chocar con el piso.
- Credo. Conjunto de ideas, principios o convicciones de una persona o de un grupo. Bando.
- Crepitante, crepitante. Que crepita [producir sonidos repetidos, rápidos y secos, como el de la sal en el fuego]. Crepitante: Crepitante. Chispeante.
- Criado con cuchara de plata en la boca. Nacer con cuchara de plata en la boca: que ha nacido con riqueza y por tanto no tendría la necesidad de buscarla, por poseerla y, que no tendría nunca dificultades económicas o alimenticias. (Olano García, 2022)
- Criarse con cuchara de plata en la boca. Nacer con riqueza.

- Criminalidad.** Cualidad o circunstancia que hace que una acción sea criminal. Hecho de cometerse crímenes. Combatir la criminalidad. Número proporcional de crímenes en un tiempo y en un lugar concretos.
- Criminar.** Acriminar: Inculpar [acusar de algún crimen o delito. Imputar a alguien un delito o falta grave. Exagerar o abultar un delito, culpa o defecto, presentándolo como crimen].
- Criollo.** Aquel que durante la época colonial (es decir, entre los siglos XVI y a principios del XIX) nacieron en el continente americano, siendo descendientes [hijos] de europeos. Formaban parte de las élites de la sociedad que concentraban poder, riqueza y prestigio, y que utilizaban mano de obra forzosa en la figura de los indígenas, que pasaron a ser sus esclavos. Eran los que componían las clases altas de la sociedad colonial (aunque probablemente no tanto) y tenían bajo su control parte de la propiedad agraria y del comercio local (Nuño, 2022)
- Cristianando.** Cristianar: Bautizar (administrar el bautismo). Convertir al cristianismo. Cristianizando: Convirtiendo al cristianismo.
- Crucero.** Espacio en que se cruzan la nave [área entre dos muros o columnas] mayor de una iglesia y la que la atraviesa.
- Cruento, cruenta.** Sangriento [que echa sangre. Teñido en sangre o mezclado con sangre. Que se goza en derramar sangre. Propio de la persona sangrienta (que se goza en derramar sangre). Que causa efusión de sangre. Que ofende gravemente. De color de sangre].
- Cruz.** Tormento, pena, azote. (Breve diccionario etimológico de la lengua castellana, 1987) Parte negativa de una cosa o de una persona. Peso, carga o trabajo.
- Cuachichil, cuachichiles.** Guachichil: Los guachichiles (del náhuatl: kwachichil 'gorrión') o huachichiles fueron una etnia nómada mexicana de gran extensión territorial entre todos los pueblos chichimecas, hablaban una lengua que actualmente yace extinta agrupada en la familia uto-azteca según ciertas fuentes y a la familia coahuilteca (junto al quinigua, maratino, pajalate y karankawa) en otras fuentes. La mayoría de su territorio quedaba en lo que ahora queda dentro de los estados de San Luis Potosí, Zacatecas y sur de Coahuila, pero también ocupaban partes en el norte de Jalisco. Fueron considerados como los más aguerridos y nómadas de la región por los europeos que lucharon por su dominación. La nación guachichil sigue existiendo en la ciudad de San Luis Potosí, San Luis Potosí, México, y es reconocida por la ciudad. Tienen miembros tribales en México y Estados Unidos. Se cree que el pueblo huichol descende de uno de los antiguos pueblos guachichiles. (Wikipedia, s.f.)
- Cuajar.** Dicho de una cosa: Lograrse, tener efecto.
- Cuantía.** Cantidad (porción de una magnitud, porción grande). Medida o cantidad indeterminada o vagamente determinada de las cosas.

- Cuartelar. Dividir o partir el escudo en los cuarteles que ha de tener.
- Cuartilla. Moneda mexicana de plata, que valía tres centavos de peso y un octavo.
- Cuenca. Territorio rodeado de alturas. Rincón, lugar.
- Cuerda, cuerdo. Que está en su juicio. Prudente, que reflexiona antes de determinar. Razonable.
- Cuerpo. Cada uno de los pisos o de las divisiones horizontales de un retablo.
- Cuita. Trabajo, aflicción, desventura. Ansia, anhelo, deseo vehemente.
- Cuitado, cuitada. Afligido, desventurado.
- Culebra. Desorden, alboroto promovido de repente por unos pocos en medio de una reunión pacífica.
- Cundir. Ocupar (llenar). Dicho de un líquido, especialmente del aceite: Extenderse hacia todas partes. Dicho de una cosa: Propagarse o multiplicarse. Dicho de una cosa: Dar mucho de sí, aumentar de volumen. Dicho de una cosa inmaterial: Extenderse, propagarse. Dicho de un trabajo material o intelectual: adelantar (progresar).
- Curabilidad. Cura, sanación.
- D. Don. (EC Wiki Enciclopedia Católica Online, s.f.)
- Dable. Hacedero, posible.
- Daifa. Concubina [persona que vive en concubinato (relación marital de dos personas sin estar casadas)].
- Dalmática. Vestidura litúrgica cristiana que se pone encima del alba, cubre el cuerpo por delante y por detrás, y lleva para tapar los brazos una especie de mangas anchas y abiertas.
- Damnable. Digno de condenarse. Condenable.
- Dar a la luz. Parir.
- Dar batería. Combatir una plaza o un muro.
- Dar higas. Despreciar algo, burlarse de ello.
- Dar por tierra. Derrumbar, derribar.
- Dar tierra. Enterrar a una persona muerta. Unir un aparato eléctrico mediante un conductor metálico a la tierra, para evitar los efectos de las posibles descargas eléctricas. Sepultar.
- Dares y tomares. Contestaciones, debates, altercados y réplicas entre dos o más personas. Relaciones. Conversaciones.
- Darse a partido. Darse alguien a partido: Ceder de su empeño u opinión.
- Data. Nota o indicación del lugar y tiempo en que se hace o sucede algo y especialmente la que se pone al principio o al fin de una carta o de cualquier otro documento. Tiempo en que ocurre o se hace algo. Fecha.
- De ahí poco. Al poco tiempo. De allí a poco: En poco tiempo.
- De alto a bajo. De arriba abajo: Del principio al fin, de un extremo a otro.
- De anteluvión. Con antelación [anticipación con que, en orden al tiempo, sucede algo respecto a otra cosa].

De balde. Gratuitamente, sin coste alguno. En vano. Sin motivo, sin causa.
 De bien. Dicho de una persona: Honrada, de buen proceder.
 De cuajo. De raíz, sacando enteramente algo del lugar en que estaba arraigado.
 De cuerito a cuerito. Poco a poco. Cuero: [Nicaragua] Cosa nueva.
 De facto. De hecho (que no se ajusta a una norma previa). Inmediatamente.
 De fijo. Seguramente, sin duda.
 De hecho. Efectivamente. De veras, con eficacia y buena voluntad. Así se hizo.
 De ley. Dicho de una persona: Buena, honrada, como debe ser. Esperado.
 De luengos años. Desde hace muchos años.
 De misa. De misa y olla: Dicho de un clérigo o de un fraile: Que ejerce su ministerio rutinariamente. Sacerdote.
 De ocultis. Oculta, disimuladamente o en secreto. Discretamente.
 De oídas. Por haberlo oído de otro u otros, sin poder atestiguarlo personalmente.
 De resultas. Por consecuencia, por efecto. Como resultado.
 De solapo. De solapa: Ocultamente, a escondidas.
 De súbito. De repente, súbitamente.
 De suyo. Naturalmente, propiamente o sin sugestión ni ayuda ajena.
 De tamaño triunfo. Equiparable, de igual tamaño que la hazaña.
 De tapadillo. A escondidas, con disimulo.
 De veras. De verdad, verdadera o verdadero.
 De viso. Dicho de una persona: Conspicua [ilustre, visible, sobresaliente].
 Dicho de una cosa: Lujosa, de categoría.
 De visu. Con los propios ojos.
 Deambular. Andar, caminar sin dirección determinada. Caminar sin rumbo.
 Decalvado. Decalvar: Rasurar a alguien todo el cabello, a modo de castigo.
 Decidero. Que se puede decir sin reparo ni inconveniente.
 Decidieron darle cabal fin a. Poner todo de su parte para terminar [una situación].
 Decidor. Que dice. Que habla con facilidad y gracia.
 Decires. Decir: Asegurar, sostener, opinar. Habladurías, rumores, chismes.
 Decreciente. Que decrece. Decrecer: Menguar (disminuir).
 Dedo gordal. Dedo gordo.
 Dejar el ombligo. Nacer.
 Del garrote y difamia. Del garrote y difamación: Del castigo y descrédito.
 Garrote: Procedimiento para ejecutar a un condenado comprimiéndole la garganta con una soga retorcida con un palo, con un aro metálico u oprimiéndole la nuca con un tornillo. Acto de aplicar el garrote (instrumento de tortura). Difamación: Acción y efecto de difamar [desacreditar a alguien, de palabra o por escrito, publicando algo contra su buena opinión y fama. Poner algo en bajo concepto y estima.].

- Dello, della. De ello. Dello con dello: Era usado para explicar que es preciso mezclar la dulzura con la severidad, sufrir los males con los bienes y tener templanza en todo lo que se hace. Era usado para expresar la mezcla de cosas opuestas entre sí.
- Demasía. Maldad, delito.
- Demediar. Partir, dividir en mitades. Cumplir la mitad del tiempo, edad o carrera que se ha de vivir o andar. Usar o gastar algo, haciéndole perder la mitad de su valor. A mediados. A la mitad de.
- Demostranza. Muestra, alarde o revista.
- Denegación. Acción y efecto de denegar [no conceder lo que se pide o solicita]. Negación.
- Denegar. No conceder lo que se pide o solicita.
- Dengue. Melindre [delicadeza afectada y excesiva en palabras, acciones y ademanes] que consiste en afectar delicadezas, males y, a veces, disgusto de lo que más se quiere o desea. Remilgo.
- Denigrativa. Que implica o causa agravio [ofensa a la fama o al honor de alguien].
- Denuedo. Brío [pujanza. Espíritu, valor, resolución. Garbo, desembarazo, gallardía, gentileza], esfuerzo, valor, intrepidez [arrojo, valor en los peligros. Osadía o falta de reflexión].
- Denuesto. Injurias [agravio, ultraje de obra o de palabra] grave de palabra o por escrito.
- Denuestos. Denuestos: Injurias.
- Departir. Hablar, conversar.
- Deponente. Que depone [afirmar, atestiguar, aseverar]. Testigo.
- Deposición. Exposición o declaración que se hace de algo.
- Depuesto. Deponer: Declarar ante una autoridad judicial.
- Depurar. Limpiar, purificar.
- Deputado. Diputar. Destinar, señalar o elegir a alguien o algo para algún uso o ministerio.
- Derramar. Verter, esparcir cosas líquidas o menudas. Publicar, extender, divulgar una noticia. Repartir, distribuir entre los vecinos de un pueblo, de una finca urbana, etc., los tributos con que deben contribuir al Estado o a quien tenga facultades para exigirlos. Separar, apartar. Desmandarse [desordenarse, apartarse de la compañía con que se va]. Esparcirse, desmandarse por varias partes con desorden y confusión. Dicho de un arroyo o de una corriente de agua: Desaguar, desembocar.
- Derrenegar. Torcer, inclinar a un lado más que a otro.
- Derrotero. Camino, rumbo, medio tomado para llegar al fin propuesto. Dirección.

- Derrubiar. Dicho de un río, de un arroyo o de cualquier humedad: Robar lentamente la tierra de las riberas o tapias. Derrubiada: Arrastrada por el agua o la humedad.
- Desaforado, desaforada. Que obra sin ley ni fuero, atropellando por todo. Que es o se expide contra fuero o privilegio. Grande con exceso, desmedido, fuera de lo común.
- Desafuero. Acción contraria a las buenas costumbres o a los consejos de la sana razón.
- Desaliñado, desaliñada. Que adolece [tener o padecer algún defecto] de desaliño [desaseo, descompostura, desatavío, falta de aliño. Negligencia, omisión, descuido. Adorno que usaban las mujeres, a modo de arracadas o pendientes, guarnecido de piedras preciosas, que llegaba desde las orejas hasta el pecho.
- Desalmenada. Falto de almenas [cada uno de los prismas que coronan los muros de las antiguas fortalezas para resguardarse en ellas los defensores]. Falto de adorno, remate o coronación.
- Desalmenar. Quitar o destruir las almenas [cada uno de los prismas que coronan los muros de las antiguas fortalezas para resguardarse en ellas los defensores]. Derrumbar.
- Desandar. Recorrer retrocediendo el camino andado.
- Desapegar. Apartarse, desprenderse del afecto o afición a alguien o a algo.
- Desapercibida. No apercebido [apercebir: Prevenir, disponer, preparar lo necesario para algo. Amonestar, advertir].
- Desapercibido. No apercebido [prevenir, disponer, preparar lo necesario para algo. Amonestar, advertir. Percibir, observar, caer en la cuenta]. Desprevenido.
- Desasiego. Desasosiego: Inquietud.
- Desasnar. Hacer perder a alguien la rudeza, o quitarle la rusticidad por medio de la enseñanza.
- Desasosegante, desasosegada. Que causa desasosiego [intranquilidad, inquietud].
- Desatar. Disolver, anular. Proceder desordenadamente.
- Desatino. Falta de tino, tiento o acierto. Locura, despropósito o error.
- Desaviar. Apartar a alguien, hacerle dejar, o errar, el camino o senda que debe seguir. Quitar o no dar el avío o prevención que se necesita para algo. Desviar.
- Desbaratar. Deshacer o arruinar algo.
- Desbarato. Deshacer o arruinar algo. Cortar, impedir, estorbar algo inmaterial.
- Desbocadamente. Con desenfreno y desvergüenza. Desenfrenadamente.
- Desbocado. Dispararse: Crecer algo sin moderación. Dicho de lo que tiene movimiento natural o artificial: Partir o correr sin dirección y precipitadamente.

- Desbravar. Amansar el ganado cerril, caballar o mular. Perder o deponer parte de la braveza. Dicho de la cólera o de una corriente: Romperse, desahogarse su ímpetu. Dicho de un licor: Perder su fuerza.
- Descaecer. Ir a menos, perder poco a poco la salud, la autoridad, el crédito, el caudal, etc.
- Descarnado, descarnada. Dicho de una expresión o de un asunto: Crudo o desagradable, expuesto sin paliativos. Por antonomasia, muerte (figura del esqueleto humano).
- Descender. Bajar (recorrer de arriba hasta abajo). Bajar (ir desde un lugar a otro más bajo).
- Desceñir. Desatar, quitar el ceñidor, faja u otra cosa que se lleva alrededor del cuerpo.
- Descerrajar. Arrancar o violentar la cerradura de una puerta, cofre, escritorio, etc. Disparar con arma de fuego.
- Descocado, descocada. Que muestra demasiada libertad y desenvoltura. Atrevimiento.
- Descombrar. Desembarazar [quitar el impedimento que se opone a algo, dejarlo libre y expedito. Evacuar (desocupar). Dicho de una persona: Apartar o separar de sí lo que le estorba o incomoda para conseguir un fin] un lugar de cosas o materiales que estorban.
- Descomunal. Extraordinario, monstruoso, enorme, muy distante de lo común en su línea.
- Desconcertado. Desbaratado, de mala conducta, sin gobierno. Desquiciado.
- Desconcierto. Estado de ánimo de desorientación y perplejidad. Sorpresa.
- Desconciertos ininteligibles. Desorientado y sin darse a entender. Desconcierto: Estado de ánimo de desorientación y perplejidad. Ininteligible: Que puede ser entendido.
- Descostar. Apartar (separar).
- Descreimiento. Falta, abandono de fe, de creencia, especialmente en lo que se refiere a religión.
- Descuajar. Arrancar de raíz o de cuajo [de raíz] plantas o malezas. Hacer a alguien desesperanzar o caer de ánimo.
- Desde la oscurecida hasta la amanecida. De la noche al día.
- Desde los de más arriba hasta los de más abajo. De ricos a pobres.
- Desde muy antiguo. De antiguo: Desde tiempo remoto, o desde mucho tiempo antes.
- Desdén. Indiferencia y despego que denotan menosprecio.
- Desdoroso, desdorosa. Que demerita. Deshonroso. Desprestigiada.
- Desecada. Desecar: Hacer que algo pierda la humedad. Secar.
- Desembocadora. Desembocadura: Paraje por donde un río, un canal, etc., desemboca en otro, en el mar o en un lago. Desembocadero (abertura de una calle o de un camino). Salida.

- Desencono. Acción y efecto de desenconar (desahogar el ánimo). Acción y efecto de desenconar (moderar el enojo).
- Desencordar. Quitar las cuerdas a un instrumento musical. Desenredar.
- Desenojo. Abandono o cese del enojo. Moderar el enojo.
- Desensillar. Quitar la silla a una caballería.
- Desentrañar. Averiguar, penetrar lo más dificultoso y recóndito de una materia.
- Desentumecer. Hacer que un miembro entorpecido recobre su agilidad y soltura. Reavivar.
- Desfachatado. Descarado, desvergonzado.
- Desfallecer. Causar desfallecimiento o disminuir las fuerzas. Desmayarse, decaer [dicho de una persona o de una cosa: Ir a menos, perder alguna parte de las condiciones o propiedades que constituían su fuerza, bondad, importancia o valor] perdiendo el aliento y las fuerzas. faltar (no existir una cualidad en lo que debiera tenerla). Morir.
- Desgreñado, desgreñada. Despeinado, con el cabello en desorden.
- Desleír. Disolver algo, especialmente sólido o pastoso en un líquido. Atenuar notablemente la expresión de una idea o pensamiento.
- Desleír. Disolver algo, especialmente sólido o pastoso en un líquido. Atenuar notablemente la expresión de una idea o pensamiento.
- Deslinde. Acción y efecto de deslindar [aclarar algo, de modo que no haya confusión en ello].
- Desmayez. Desmayo: Desfallecimiento de las fuerzas, privación de sentido.
- Desmedro. Desmedrar: Deteriorar. Decaer (ir a menos).
- Desmendada. Desmandada: Desobediente [que desobedece (dicho de una persona: no hacer lo que le ordenan las leyes o quienes tienen autoridad)]. Alterada.
- Desolado, desolada. Triste, inhóspito, desierto.
- Desollar. Quitar la piel del cuerpo o de alguno de sus miembros.
- Desorbitado. Dicho de los ojos: Que expresan tanto dolor o asombro que parecen salirse de las órbitas. Saltado.
- Despabilar. Despachar rápidamente, o acabar con presteza. Cercenar, quitar de una cosa algo que en ella estorba o constituye una imperfección. Despertar.
- Despachurrar. Aplastar algo despedazándolo, estrujándolo o apretándolo con fuerza. Estropear una historia o relato por torpeza de quien los cuenta.
- Despalcado. Desparrancado: Esparrancado [que anda o está muy abierto de piernas. Dicho de dos o más cosas: Que, debiendo estar juntas, están muy separadas].
- Despavorido. Lleno de pavor.
- Despecho. Resentimiento o disgusto que siente una persona debido a un desengaño o a una ofensa y que la impulsa a obrar vengativamente. (Diccionario de español de Google, s.f.) Malquerencia nacida en el ánimo

- por desengaños sufridos en la consecución de los deseos o en los empeños de la vanidad. Desesperación. Disgusto o sentimiento vehemente. Rigor (aspereza).
- Despejo. Claro entendimiento, talento.
- Despeñar. Dejarse arrastrar por hábitos o actos extremos y peligrosos.
- Despercudir. Limpiar o lavar lo que está percudido.
- Desperdigar. Separar, desunir, esparcir. Dispersar la atención o el interés desordenadamente hacia muchos campos.
- Desposeído, desposeída. Pobre, desheredado. despojado.
- Desposorio. Matrimonio.
- Despulsar. Dejar sin pulso ni fuerzas por algún accidente repentino. Desvivirse. Agitarse demasiado por una pasión de ánimo.
- Despuntar. Dicho de una planta o de un árbol: Empezar a brotar y entallecer.
- Destemplado. Falto de temple o de medida. Dicho del tiempo: desapacible. Dicho de un cuadro o de una pintura: Que tiene disconformidad de tonos. Desagradable.
- Destemplanza. Sensación general de malestar, acompañada a veces de escalofríos, con alguna alteración en el pulso, sin que llegue a notarse fiebre.
- Destrancada. Desatancar: Quitar a la puerta la tranca [palo grueso que se pone para mayor seguridad, a manera de puntal o atravesado detrás de una puerta o ventana cerrada] u otra cosa que impide abrirla. Limpiar o dejar libre de cualquier impedimento un caño o conducto.
- Destripar. Quitar, sacar o desgarrar las tripas. Sacar lo interior de algo.
- Destullir. Destullecer, desentollecer. (Diccionario histórico de la lengua española 1933-1936, s.f.) Destullecer: Desentollecer (restituir a los nervios el uso perdido por algún accidente). Librar de estorbos, impedimentos o daños. Desentumecer [hacer que un miembro entorpecido recobre su agilidad y soltura].
- Desvaído. Que ha perdido la fuerza o el vigor, adelgazado, disminuido.
- Desvalagar. Desbalagar: Dispersar, esparcir.
- Desvergonzada. Que habla u obra con desvergüenza [insolencia o atrevimiento. Dicho o hecho impúdico (carente de pudor o recato) o insolente].
- Desvío. Desapego, desagrado. Esquivez, frialdad, indiferencia.
- Deudo. Pariente (que tiene relación de parentesco).
- Devanar. Sin darle mucha vuelta, sin pensarlo demasiado.
- Devaneo. Amorío pasajero.
- Devengar. Adquirir derecho a alguna percepción o retribución por razón de trabajo, servicio u otro título. Cobrar.
- Dévenle. Deben.
- Deveras. De verdad, sin mentir; de veras. De (a) deveras: De verdad, en serio, cabalmente. (Diccionario del español de México, s.f.) Verdaderas.

- Día del Patrocinio. Celebración dedicada a Nuestra Señora del Patrocinio, título de una tradición en el catolicismo de celebrar a la Virgen María como protectora, abogada y mediadora. (Wikipedia, s.f.)
- Dialéctica. Arte de dialogar, argumentar y discutir.
- Dícele. La forma de uso normal hoy es díselo, que corresponde a la combinación de di (forma de imperativo de decir) y los pronombres se y lo: Díselo a tu hermano, por favor. Dícelo es una forma antigua o dialectal que equivale a lo dice. También díselo puede corresponder a una combinación antigua o dialectal: de di (forma del pretérito perfecto simple de dar), se y lo, esto es, el equivalente a se lo di. (Real Academia Española, s.f.)
- Dicterio. Dicho denigrativo que insulta y provoca. Insulto.
- Diestramente. Con destreza.
- Diestrísimo. Hábil, experto en un arte u oficio.
- Difamatoria. Que difama [difamar: Desacreditar a alguien, de palabra o por escrito, publicando algo contra su buena opinión y fama].
- Diferir. Aplazar (retrasar).
- Difícultoso, dificultosa. Dificil, lleno de impedimentos.
- Difluir. Difundirse [extender, esparcir, propagar físicamente], derramarse por todas partes.
- Dilación. Demora, tardanza o detención de algo por algún tiempo.
- Diligencia. Cuidado y actividad en ejecutar algo. Prontitud, agilidad, prisa. Trámite de un asunto administrativo, y constancia escrita de haberlo efectuado. Actividad. Rapidez
- Diligente solicitud. Eficaz y rápidamente. Diligente: Pronto, presto, ligero en el obrar. Cuidadoso, exacto y activo.
- Diligente. Pronto, presto, ligero en el obrar. Cuidadoso, exacto y activo.
- Dintel. Pieza horizontal superior de puertas, ventanas y otros huecos, apoyada en sus extremos sobre las jambas y destinada a soportar cargas.
- Dio de través. Dar al través: Dicho de una nave: Tropezar por los costados en una roca, o costa de tierra, en que se deshace o vara. Tropezar, errar, cayendo en algún peligro.
- Diputar. Destinar, señalar o elegir a alguien o algo para algún uso o ministerio.
- Dirimir. Deshacer, disolver, desunir, ordinariamente algo inmaterial. Ajustar, concluir, componer una controversia. Resolver.
- Discorde. Disconforme, desavenido. En desacuerdo.
- Discreción. Discreción: Prudencia.
- Discurrir. Inventar o idear algo. Pensar o imaginar algo. Pensar o reflexionar sobre algo. He discurrido mucho sobre este asunto. Moverse avanzando por un lugar. Dicho de un fluido: correr. Dicho del tiempo o de un acontecimiento: Transcurrir o avanzar en su desarrollo.

- Disecar. Dividir en partes un vegetal o el cadáver de un animal para el examen de su estructura normal o de las alteraciones orgánicas. Preparar los animales muertos para que conserven la apariencia de cuando estaban vivos. Cortar o seccionar.
- Disensión. Oposición o contrariedad de varias personas en los pareceres o en los propósitos. Contienda, riña, altercado.
- Disfamada, difamia. Difamada, difamación [desacreditar a alguien].
- Disfavor. Acción o dicho no favorable que ocasiona alguna contrariedad o daño. Infortunio.
- Disforme. Deforme. Feo, horroroso, monstruoso.
- Disipación. Relajamiento moral.
- Disoluta o disoluto. Entregada o entregado a los vicios. Libre, atrevida o atrevido.
- Dispar. Desigual, diferente.
- Distinguida, distinguido. Ilustre, noble, esclarecido.
- Diturnos. Diuturno: Que dura o subsiste mucho tiempo.
- Divertidero. Lugar para divertirse.
- Divinatoria. Perteneciente o relativo al arte de adivinar. Adivinatorio, adivinatoria: Que incluye adivinación o se refiere a ella.
- Divisar. Ver, percibir, aunque confusamente, un objeto.
- Doblar. Aumentar algo, haciéndolo otro tanto más de lo que era. Duplicar.
- Doblón. Moneda antigua de oro, con diferente valor según las épocas.
- Dócil. Obediente [que obedece. Propenso a obedecer (cumplir la voluntad de quien manda).]
- Doctor Cos. José María de Cos y Pérez fue un político, periodista, escritor y teólogo novohispano que se destacó en el bando insurgente desde el inicio de la Independencia de México en 1810 hasta el ofrecimiento de su indulto [gracia por la cual la autoridad perdona toda o parte de un castigo] en 1817. (Wikipedia, s.f.)
- Doctrinanza. Literatura o ciencia. Enseñanza.
- Doctrinero. Hombre que explicaba la doctrina cristiana, y especialmente el que iba con los misioneros para hacer las doctrinas. Párroco regular que en América tenía a su cargo un curato o doctrina de indios.
- Domeñar. Someter, sujetar y rendir.
- Dominio. Poder que alguien tiene de usar y disponer de lo suyo.
- Donairosa. Que tiene en sí donaire [discreción y gracia en lo que se dice. Chiste o dicho gracioso y agudo. Gallardía, gentileza, soltura y agilidad airosa de cuerpo para andar, danzar, etc.]. Graciosa.
- Donoso, donosa. Que tiene gracia. Graciosa. Graciosamente. Animosamente.
- Dubio. Especialmente en los tribunales eclesiásticos, aquello que es cuestionable.
- Duenario. Ejercicio devoto que se practica durante dos días.

E. Conjunción copulativa usada en lugar de y ante palabras que empiezan por i o hi. No reemplaza a y en principio de interrogación o admiración, ni cuando la palabra siguiente empieza por y o por la sílaba hie. Era usada en lugar de y en cualquier contexto.

Echar harta vara y mucha flecha. Dar batalla.

Echar lumbre a la hoguera. Hacer crecer un tema conflictivo o problemático. (Expresiones y refranes, s.f.) Atizar el fuego: Avivar una contienda, fomentar una discordia.

Le echó toda la pulga en la oreja, echarles a sus padres la pulga detrás de la oreja. La pulga detrás de la oreja: [Decir] algo que inquieta y desazona. Contar. Decirles a sus padres lo que lo inquietaba, el chisme. Echar: Pronunciar, decir, proferir. La pulga detrás de la oreja: Algo que inquieta y desazona. Chisme.

Echó mano de. Recurrió. Echar la mano, o las manos, o mano, a alguien o algo: Asirlo, cogerlo, prenderlo. Echar mano de alguien o algo: Echar la mano. Valerse de él o de ello para un fin.

Echó todo el pecho. Echar el pecho al agua: Emprender con resolución algo de mucho peligro o dificultad. Se esforzó mucho.

Edicto. Mandato, decreto publicado con autoridad del príncipe o del magistrado. Escrito que se fija en los lugares públicos de las ciudades y poblados, y en el cual se da noticia de algo para que sea notorio a todos.

Efigie. Imagen o representación de una persona. Personificación, representación viva de un sentimiento.

Efluir. Dicho de un líquido o de un gas: Fluir o escaparse hacia el exterior.

Efluvio. Emisión de vapor o de partículas muy pequeñas, que se desprenden de un cuerpo y que se perciben normalmente como algo agradable. Cosa inmaterial que se considera que irradia de una cosa o una persona y que se percibe alrededor de ella. (Diccionario de español de Google, s.f.) Emisión de partículas sutilísimas. Emanación o irradiación, en lo inmaterial.

Ejecutorio, ejecutoria. Firme, invariable. Título o diploma en que consta legalmente la nobleza o hidalguía de una persona o familia. Timbre (acción que ennoblece). Sentencia que alcanzó la firmeza de cosa juzgada. Despacho que es trasunto o comprobante de una ejecutoria.

Ejemplaridad. Cualidad de ejemplar [que sirve de ejemplo].

Ejercicio. Actividad destinada a adquirir, desarrollar o conservar una facultad o cualidad psíquica. Movimientos y evoluciones militares con que se adiestran los soldados.

El filo del jadeo. Deprisa.

El medror tapió la boca de la señora. El miedo la hizo callar. Medroso, medrosa: Temeroso, pusilánime, que de cualquier cosa tiene miedo. Que infunde o causa miedo. Tapiar: Rodear con tapias. Cerrar un hueco haciendo en él un muro o un tabique.

- El oro y el moro. Coloquialmente usado para ponderar ciertas ofertas ilusorias, y para expresar el exagerado aprecio de lo que se espera o posee.
- El tiempo andando. Andando el tiempo: Con el tiempo.
- Elixir. Licor compuesto de diferentes sustancias medicinales, disueltas por lo regular en alcohol. Medicamento o remedio maravilloso.
- Embaimiento. Acción y efecto de embaír [entretenerse en alguna ocupación o diversión]. Ensimismarse, abstraerse [concentrarse en los propios pensamientos]. Confusión.
- Embarbecer. Que le haya crecido barba, crecer.
- Embarbecido. Dicho de un hombre: barbar [echar barbas]. Con barba.
- Embarnecer. Engrosar (hacerse más grueso) [hacer grueso y más corpulento algo, o darle espesor o crasitud. Tomar carnes y hacerse más grueso y corpulento].
- Embarnizar. Barnizar [dar un baño de barniz (disolución de una o más sustancias resinosas en un líquido que, al aire, se volatiliza o se deseca, y que se aplica a las pinturas, maderas y otras cosas con objeto de preservarlas de la acción de la atmósfera, el sol y otros agentes externos) a algo].
- Embaulado. Apretado, metido en un espacio reducido y cerrado.
- Embaular. Meter dentro de un baúl.
- Embeber. Dicho de un cuerpo sólido: Absorber a otro líquido. Dicho de una cosa: Contener o encerrar dentro de sí a otra.
- Embebescimiento. Embebecimiento: Enajenamiento [enajenar: sacar a alguien fuera de sí, entorpecerle o turbarle el uso de la razón o de los sentidos], embelesamiento [embelesar: arrebatar o cautivar los sentidos].
- Embebida. Entregarse con vivo interés a una tarea, sumergirse en ella. Absorta, llena.
- Emberrinchinaban. Emberrinchaban: Enfadaban.
- Embestiadamente. Brutalmente, bestialmente. (Tesoro de las tres lenguas española, francesa e italiana volumen I, 1671)
- Embestida. Acción y efecto de embestir [Ir con ímpetu sobre alguien o sobre algo. Atacar una plaza, una posición, etc].
- Embestir. Ir con ímpetu [impulso. Movimiento acelerado y violento. Fuerza o violencia. Brío, vehemencia, ardor con que se actúa] sobre alguien o sobre algo.
- Emblanquecer. Blanquear (poner blanco). Dicho de una cosa o de otro color: Ponerse o volverse blanco.
- Embozar. Cubrir el rostro por la parte inferior hasta las narices o los ojos. Disfrazar, ocultar con palabras o con acciones algo para que no se entienda fácilmente. Obstruir un conducto. Contener, refrenar. Ocultar.
- Embozo de lo oscuro. Disfraz de la oscuridad.
- Embravecer. Hacer más bravo o enfurecer.

Embravucada. Embravecer: Hacer más bravo o enfurecer [dicho del viento o del mar: Alborotarse, alterarse].

Embriago. Ebrio.

Embutir, embutido. Llenar, meter algo dentro de otra cosa y apretarlo. Lleno.

Empacho. Indigestión de la comida.

Empalidecer. Palidecer: Ponerse pálido. Dicho de una cosa: Padecer disminución o atenuación de su importancia o esplendor.

Emparedar. Encerrar a alguien entre paredes, sin comunicación alguna. Ocultar algo entre paredes. Recluir.

Emparejar. Poner algo a nivel con otra cosa. Igualar la tierra, nivelarla.

Empecatado. Incorregible.

Empecinarse. Obstinarse, aferrarse, encapricharse.

Empedernida, empedernido. Que tiene un hábito o una costumbre muy arraigados.

Empellón. Empujón recio que se da con el cuerpo para sacar de su lugar o asiento a alguien o algo. A empellones: Con violencia, bruscamente.

Empírico, empírica. Perteneciente o relativo a la experiencia. Fundado en la experiencia.

Emplasto. Preparado farmacéutico de uso tópico, sólido, moldeable y adhesivo. Parche (pegote).

Emporcada. Emporcar: Ensuciar, llenar de porquería.

Emprender las de Villadiego. Tomar las de Villadiego: Huir, salir a escape de algún sitio o desentenderse de una situación a toda prisa, sin ánimo de regresar» o para referirse al acto de «largarse de improviso, sin decir nada ni dar una explicación. (Las de Villadiego Turismo Rural, 2014)

Emprender. Acometer y comenzar una obra, un negocio, un empeño, especialmente si encierran dificultad o peligro.

En calzas prietas. En aprieto o apuro.

En cierne. Estar en cierne, o en ciernes, algo: Estar muy a sus principios, faltarle mucho para su perfección. En formación.

En jamás de los jamases. Nunca.

En la más soterrada telilla de su ánima. En lo más profundo de su alma.

En menos de tres credos. En un credo: En un instante.

En pos de. Tras (después de, a continuación de). Tras (en busca o seguimiento de).

En pos. Esta locución se usa hoy seguida de un complemento con de, con valor preposicional análogo a tras ('en seguimiento de o en busca de'). (Diccionario panhispánico de dudas, s.f.)

En son de. De tal modo o a manera de. A título de, con ánimo de.

En tantito así. Rápidamente.

En un santiamén. En un instante.

- En vilo. Suspendido en el aire o sin el apoyo o el fundamento necesarios. Con preocupación e inquietud por conocer el fin o el resultado de algo. (Diccionario de español de Google, s.f.) Sin el apoyo físico necesario o sin estabilidad. Con indecisión, inquietud y zozobra.
- En volandas. Por el aire, levantado del suelo. Rápidamente, en un instante.
- Enagenación. Enajenación: Vender o ceder una propiedad.
- Enajenar. Sacar a alguien fuera de sí, entorpecerle o turbarle el uso de la razón o de los sentidos.
- Enamoriscado. Enamoriscarse: Prendarse o enamorarse de alguien con ligereza. Enamoradizo [que se enamora (despertar en alguien un sentimiento amoroso. Prendarse de amor de alguien. Aficionarse a algo.) fácilmente].
- Enardecer, enardecimiento, enardecido. Excitar o avivar una pasión del ánimo, una pugna, una disputa, etc. Excitación. Excitado.
- Encantamiento. Acción y efecto de encantar [someter a poderes mágicos].
- Encaramar. Elevar (colocar en un puesto honorífico).
- Encarecer. Recomendar con empeño. Pedir, encargar.
- Encasillar. Limitarse a sí mismo, proceder rutinariamente en el ejercicio de un arte o profesión.
- Encendidas rogativas. Oraciones intensas. Encendido, encendida: Dicho de un color, especialmente del rojo: Muy intenso. Rogativo, rogativa: Que implica ruego. En el culto católico, oración pública hecha para conseguir el remedio de una grave necesidad. En el culto católico, oración que se hace en una procesión pública en determinados días del año.
- Encizañar. Cizañar: Sembrar o meter cizaña (disensión o enemistad).
- Enclaustrar. Encerrar en un claustro [galería que cerca el patio principal de una iglesia o convento. cámara o cuarto]. Meter, esconder en un lugar oculto. Apartarse de la vida social para llevar una vida retirada.
- Enclavado, enclavada. Dicho de un sitio: Encerrado dentro del área de otro. Dicho de un objeto: Encajado en otro. Clavado.
- Encomendar. Encargar a alguien que haga algo o que cuide de algo o de alguien. Ponerse en manos de alguien.
- Encono. Animadversión [enemistad, ojeriza. Crítica, advertencia severa], rencor arraigado en el ánimo.
- Encorajinar. Encolerizar a alguien, hacer que tome una corajina [arrebato de ira]. Iracundo, colérico.
- Encrespar. Ensortijar, rizar algo, especialmente el cabello. Erizar el pelo, plumaje, etc., por alguna impresión fuerte, como el miedo. Enfurecer, irritar y agitar a una persona o a un animal. Levantar y alborotar las ondas del agua. Dicho de un asunto o de un negocio: Enredarse y dificultarse.
- Encrudecido. Hacer que algo tenga apariencia u otra condición de crudo. Exasperar (irritar) [enfurecer, dar motivo de enojo grande a alguien].

- Encumbrar. Levantar en alto. Dicho de una cosa inanimada: Ser muy elevada, subir a mucha altura.
- Endecha. Canción triste o de lamento. Combinación métrica que se emplea repetida en composiciones de asunto luctuoso por lo común, y consta de cuatro versos de seis o siete sílabas, generalmente asonantados.
- Endemoniado. Poseído del (sic) [por el] demonio. Sumamente perverso, malo, nocivo.
- Endiantrada. Endiablada. Diante: Diablo (ángel rebelado).
- Endulcorado. Edulcorado: Endulzado. Embellecido o mejorado falsamente.
- Enemistado. Enemistar: Hacer a alguien enemigo de otra persona, o hacer perder la amistad.
- Energúmeno. Persona poseída del demonio. Persona furiosa, alborotada. Violento, iracundo.
- Enervar. Debilitar, quitar las fuerzas. Debilitar la fuerza de las razones o argumentos. Poner nervioso. Enervamiento: Agotamiento por estrés emocional o nervioso.
- Enflaquecer. Poner flaco a alguien, disminuyendo su corpulencia o sus fuerzas. Debilitar, enervar. Ponerse flaco. Desmayar (perder el valor). Sentir daño o menoscabo en la salud. Disminuir.
- Enfoscar. Esconder, ocultar.
- Engestado. Cara. Bien engestado: De buena cara. Mal engestado: De mala cara.
- Engreimiento. Acción y efecto de engreír [envanecer: Causar o infundir soberbia o vanidad a alguien]. Arrogancia.
- Engullaba. Engullir: Tragar la comida atropelladamente y sin mascarla. Comer.
- Engullir. Tragar la comida atropelladamente y sin mascarla [masticarla].
- Enhiesto, enhiesta. Levantado, derecho. Erguido.
- Enjalbegada. Acción y efecto de enjalbegar [blanquear las paredes con cal, yeso o tierra blanca]. Maquillar (aplicar cosméticos al rostro). Blanqueada.
- Enjambre. Multitud de abejas con su maestra, que juntas salen de una colmena para formar otra colonia. Muchedumbre de personas o animales juntos.
- Enlanguecida. Lánguido, lánguida: Flaco, débil, fatigado. De poco espíritu, valor o energía.
- Enmarañar. Enredar, revolver algo. Enmarañar el cabello, una madeja de seda. Confundir, enredar un asunto haciendo más difícil su éxito.
- Enmendar. Corregir.
- Enmollado. Enmolecer: Ablandar. Suavizar.
- Enmolecer. Ablandar: Poner blando [que cede fácilmente a la presión del tacto. Suave, benigno, apacible. Dicho de una persona: Pusilánime, de carácter débil] algo. Laxar, suavizar. Hacer que alguien ceda en una postura intransigente o severa, mitigar su ira o enojo.
- Enrumbar. Enseñar a alguien por dónde ha de ir, ponerlo en camino. Dirigir algo hacia un punto determinado. Dirigirse, caminar.

- Ensalmo. Modo supersticioso de curar con oraciones y aplicación empírica de varias medicinas.
- Ensartar. Espetar, atravesar, introducir.
- Enseres. Utensilios, muebles, instrumentos necesarios o convenientes en una casa o para el ejercicio de una profesión.
- Ensoñador, ensoñadora. Que tiene ensueños (ilusiones)
- Ensueño. Sueño o representación fantástica de quien duerme. Ilusión, fantasía.
De ensueño: Ideal, fantástico, maravilloso.
- Enteco. Enfermizo, débil, flaco. Delgado.
- Entintada. Entintar: Manchar o cubrir con tinta. Teñir. Cubierta.
- Entrajado. [Se usa] para describir a alguien con traje de vestir. (Centro Virtual Cervantes, 2012). Trajeado, da. Bien trajeado, da: Dicho de una persona: Bien vestida. Mal trajeado, da: Dicho de una persona: Mal vestida.
- Entrambos. Ambos [uno y otro (los dos)].
- Entraña. Cada uno de los órganos contenidos en las principales cavidades del cuerpo humano y de los animales.
- Entrar a la luz y a los padecimientos de este mundo pecador. Nacer.
- Entrar a saco. Entrar a saco en un lugar: Saquearlo. Entrar, o meter, a saco un lugar: Entrar a saco en él. Llegar bruscamente.
- Entraron a la luz. Aclararon su mente. Entrar alguien dentro de sí, o en sí mismo: Reflexionar sobre su conducta para corregirla y ordenarla en lo sucesivo.
- Entre el crujiente incendio del malquerer. Avivando el fuego de la mala voluntad. Malquerer: Tener mala voluntad a alguien o a algo.
- Entre las nieblas. Nublado [cubierto de nubes. Suceso que produce riesgo inminente de adversidad o daño. Cosa que causa turbación en el ánimo] o borroso.
- Entrepajada. Entrapajar: Envolver con trapos alguna parte del cuerpo herida o enferma. Dicho de una cosa, especialmente de una tela, del cabello, etc.: Entraparse (llenarse de polvo y mugre). Voz ahogada, entrecortada.
- Entresijo. Mesenterio: Repliegue del peritoneo, formado principalmente por tejido conjuntivo que contiene numerosos vasos sanguíneos y linfáticos y que une el estómago y el intestino con las paredes abdominales, y en el que se acumula a veces una enorme cantidad de células adiposas. Entrañas.
- Entroncamiento. Acción y efecto de entroncar [establecer o reconocer una relación o dependencia de alguien o de algo con otra persona o cosa].
- Entuerto. Agravio que se hace a alguien. Dolores de vientre que suelen sobrevenir a las mujeres poco después de haber parido.
- Entumida. Entumirse: Dicho de un miembro o de un músculo: Entorpecerse por haber estado encogido o sin movimiento, o por compresión de algún nervio.

- Envainar. Meter en la vaina la espada u otra arma blanca. Ceñir algo con otra cosa a manera de vaina. Guardar.
- Epístola. Escrito en prosa, de contenido real o ficticio, cultivado en la antigüedad griega, así como en el Nuevo Testamento.
- Era todo orejas. Estaba al pendiente. Estar a la oreja: Estar siempre con otro, sin apartarse de él ni dar lugar a que se le hable reservadamente. Estar instando [repetir la súplica o petición] y porfiando [intentar con tenacidad el logro de algo para lo que se encuentra resistencia] sobre una pretensión [aspiración ambiciosa o desmedida].
- Eremítica. Perteneciente o relativo al ermitaño [persona que vive en soledad]. Solitaria.
- Erguir. Levantar y poner derecho a alguien o algo, especialmente el cuello o la cabeza. Dicho de una cosa, especialmente de una construcción o un edificio: Levantarse o sobresalir sobre un plano. Engreírse, ensoberbecerse.
- Eriazo. Erial: Dicho de una tierra o de un campo: Sin cultivar ni labrar.
- Ermita. Capilla o santuario, generalmente pequeños, situados por lo común en despoblado y que no suelen tener culto permanente.
- Errar. No acertar algo. Errar el blanco, la vocación. Faltar a alguien, no cumplir con lo que se le debe. Fallar.
- Es por demás la diligencia. Está de más tener cuidado.
- Escagularse. Escaligar: ‘trepar’, de escalar y esguilar. (Diccionario etimológico español e hispánico, s.f.).
- Escampado, escampada. Dicho de un terreno: Descubierto, sin tropiezos, malezas ni espesuras.
- Escanciar. Echar o servir una bebida, especialmente vino, sidra u otro licor. Beber vino.
- Escarapela. Riña, principalmente entre mujeres.
- Escarmiento. Acción de escarmentar [aprender de la experiencia propia o ajena para evitar caer en los mismos errores]. Castigo, multa o pena que se impone a alguien. Escarmentada: Castigada.
- Escarnio. Burla tenaz [que se pega, ase o prende a una cosa, y es dificultoso de separar. Que opone mucha resistencia a romperse o deformarse. Firme, porfiado y pertinaz en un propósito] que se hace con el propósito de afrentar.
- Escarpia. Clavo con cabeza acodillada, que sirve para sujetar bien lo que se cuelga.
- Escayagada. Escayola: Yeso fino calcinado, utilizado en construcción para fabricar placas y elementos ornamentales. Adornadas con yeso.
- Escayagado. Esca: Cebo. (Diccionario etimológico español e hispánico, s.f.)
- Escoleta. Banda de músicos aficionados. Acción de reunirse una escoleta para practicar.

- Escoplear. Hacer cortes o agujeros con escoplo [herramienta de hierro acera-
do, con mango de madera, de unos 30 cm de largo, sección de uno a tres
centímetros en cuadro, y boca formada por un bisel] en la madera. Esculpir,
tallar.
- Escoria. Sustancia vítrea que sobrenada en el crisol de los hornos de fundir
metales, y procede de la parte menos pura de estos unida con las gangas y
fundentes. Materia que, al ser martilleada, suelta el hierro candente. Lava
porosa de los volcanes. Residuo esponjoso que queda tras la combustión
del carbón. Cosa vil y de ninguna estimación. Desecho.
- Escorial. Lugar donde se echan [tiran] los desechos [escorias] de las fábricas
metalúrgicas. Montón de escorias.
- Escribanía. Oficio u oficina del secretario judicial, a quien vulgarmente se
seguía denominando escribano en los juzgados de primera instancia e
instrucción.
- Escrupulosidad. Exactitud en el examen y averiguación de las cosas y en el
estricto cumplimiento de lo que alguien emprende o toma a su cargo.
- Escudar. Resguardar y defender a alguien del peligro que lo amenaza. Dicho
de una persona: Valerse de algún medio, favor y amparo para justificarse,
salir del riesgo o evitar el peligro de que está amenazada.
- Escueto. Descubierto, libre, despejado, desembarazado. Sin adornos o sin
ambages, seco, estricto.
- Esmirriada arquitectura. De complexión delgada. Esmirriado, esmirriada:
Flaco, extenuado, consumido. Arquitectura: Diseño de una construcción.
Complexión [conjunto de las características físicas de un individuo, que
determina su aspecto, fuerza y vitalidad].
- Espaldar. Postrero [último de una serie o sucesión. Las postreras horas del día.
Situado en lo más remoto o lejano].
- Espantable. Que causa espanto [terror, asombro, consternación].
- Espavorido. Despavorido [lleno de pavor].
- Especular. Reflexionar en un plano exclusivamente teórico. Hacer conjeturas
sobre algo sin conocimiento suficiente. Suponer.
- Espetar. Decir a alguien de palabra o por escrito algo, causándole sorpresa o
molestia.
- Espíritu. Vino, bebida alcohólica.
- Esplendor. Resplandecer [Sobresalir, aventajarse en algo].
- Espuertas. A espuertas: A montones, en abundancia. Enormemente.
- Espulgar. Examinar, reconocer algo con cuidado y por partes.
- Espumarajos. Saliva espumosa arrojada en gran cantidad por la boca. Echar
alguien espumarajos por la boca: Estar muy descompuesto y colérico.
- Estameña. Tejido de lana, sencillo y ordinario, que tiene la urdimbre y la trama
de estambre.

Estela. Señal o rastro de espuma y agua removida que deja tras sí una embarcación u otro cuerpo en movimiento. Rastro que deja en el aire un cuerpo en movimiento. Rastro o huella que deja algo que pasa.

Estimación. Aprecio y valor que se da y en que se tasa y considera algo. Aprecio, consideración, afecto.

Estíptica. Estreñido, avaro, mezquino.

Estola. Ornamento sagrado que consiste en una banda de tela de dos metros aproximadamente de largo y unos siete centímetros de ancho, con tres cruces, una en el medio y otra en cada extremo, los cuales se ensanchan gradualmente hasta medir en los bordes doce centímetros. El sacerdocio.

Estractado. Extractar: Reducir a extracto algo.

Estrado. Salas de tribunales, donde los jueces oyen y sentencian los pleitos.

Estragado. Viciar (dañar física o moralmente). Causar estrago [daño hecho en guerra, como una matanza de gente, o la destrucción de la campaña, del país o del ejército. Ruina, daño, asolamiento]. Herido.

Estrago. Daño hecho en guerra, como una matanza de gente, o la destrucción de la campaña, del país o del ejército. Ruina, daño, asolamiento.

Estrecho, estrecha. Rígido, austero, exacto.

Estrechez. Escasez de anchura de algo. Escasez o limitación apremiante de tiempo. Aprieto, lance apretado.

Estrépito. Ruido considerable. Ostentación, aparato en la realización de algo.

Estrepitosamente. Estrepitosamente: Con estrépito [ruido considerable. Ostentación, aparato en la realización de algo].

Estridencia. Sonido estridente. Violencia de la expresión o de la acción.

Estridente. Dicho de un sonido: Agudo, desapacible y chirriante. Que produce ruido y estruendo. Dicho de una persona o de una cosa: Que, por exagerada o violenta, produce una sensación moleestamente llamativa.

Estridentísimo. Estridente: Dicho de un sonido: Agudo, desapacible y chirriante [ruido agudo, continuado y desagradable]. Que produce ruido y estruendo.

Estrujar. Apretar algo para sacarle el zumo. Apretar una cosa blanda de manera que se deforme o se arrugue. Apretar a alguien y comprimirlo tan fuerte y violentamente que se le llegue a lastimar y maltratar. Abrazar muy fuerte y con mucho cariño. Exprimir (sacar todo el partido posible). Conmocionar.

Estuchar. Meter en estuche de papel los terrones de azúcar u otro producto industrial. Envolver. Cerrar.

Éter. Líquido transparente, inflamable y volátil, de olor penetrante y sabor dulzón, obtenido al calentar a elevada temperatura una mezcla de alcohol etílico y ácido sulfúrico, y empleado en medicina como antiespasmódico y anestésico.

Evacuar. Desocupar algo. Decir.

Eventualidad. Hecho o circunstancia de realización incierta o conjetural.

- Ex-definidor. Persona que ha dejado de ser religioso y que sólo asistía [ayudaba] en una provincia.
- Excomuni6n. Acci6n y efecto de excomulgar [en el catolicismo, apartar a alguien de la comuni6n de los fieles y del uso de los sacramentos].
- Exconjuros. Hechizos anteriores. Esconjuro: Exorcismo contra los malos espíritus. Conjuro: Acci6n y efecto de conjurar (decir exorcismos); f6rmula mágica que se dice, recita o escribe para conseguir algo que se desea. Ex: Significa 'que fue y ha dejado de serlo'.
- Execraci6n. Acci6n y efecto de execrar [condenar y maldecir con autoridad sacerdotal o en nombre de cosas sagradas. Vituperar o reprobar severamente. Aborrecer (tener aversi6n)]. P6rdida del carácter sagrado de un lugar, sea por profanaci6n, sea por accidente. Conjunto de palabras o f6rmula con que se execra.
- Exento. Libre, desembarazado de algo. Aislado, independiente.
- Exequias. Honras fúnebres.
- Exhausto. Enteramente agotado o falta de lo que necesita tener para hallarse en buen estado.
- Exhumar. Desenterrar un cadáver o restos humanos.
- Exorcismo. Conjuro contra el demonio.
- Expectaci6n. Contemplaci6n de lo que se expone o muestra al público. Miramientos que cohíben de hacer algo. Poner a la vista.
- Expectante. Que espera observando, o está a la mira de algo. Actitud, medicina expectante. Ilusionado, deseoso.
- Expeler. Expulsar [arrojar, lanzar algo. Hacer salir algo del organismo. Echar a una persona de un lugar].
- Expendir. Vender al menudeo.
- Expendio. En comercio, venta al por menor.
- Exprimir toda la vida. Asesinar, matar.
- Extramuros. Fuera del recinto de una ciudad o poblaci6n.
- Fable. Fable: Habla, fábulas. Dicho.
- Facci6n. Grupo de personas unidas por ideas o intereses comunes dentro de una agrupaci6n o colectividad.
- Fachendoso, fachendosa. Que tiene hacienda [vanidad, jactancia]. Que se viste o hace las cosas con descuido, presuntuosa.
- Facto. El hecho, en contraste con el dicho o con lo pensado. Negocio, provecho.
- Facultativo. Persona titulada en medicina y que ejerce como tal. Médico.
- Faena. Trabajo corporal. Trabajo mental. Quehacer [ocupaci6n, negocio, tarea que ha de hacerse].
- Falaz. Embustero, falso. Que halaga y atrae con falsas apariencias.
- Falsía. Falsedad, doblez. Falta de solidez y firmeza en algo.
- Faltriquera. Bolsillo de las prendas de vestir. Bolsa de tela que se ata a la cintura y se lleva colgando bajo la vestimenta.

- Famélico, famélica. Hambriento. Muy delgado, con aspecto de pasar hambre.
- Fámulo, fámula. Criado doméstico. Sirviente de la comunidad de un colegio.
- Servidumbre.
- Fardaje. Conjunto de fardos [lío grande de ropa u otra cosa, muy apretado, para poder llevarlo de una parte a otra. Se hace regularmente con las mercancías que se han de transportar, cubriéndolas con arpillera o lienzo embreado o encerado, para que no se maltraten].
- Fatigosamente. De manera fatigosa [agitado, que causa cansancio o hastío].
- Faz tumefacta. Cara hinchada
- Feble. Débil, flaco. Dicho de una moneda o de una aleación de metales: Falta en peso o en ley.
- Fecunda besana. Fértil. Fecundo, fecunda: Fértil, que produce mucha vegetación o hace posible su desarrollo. Besana: Labor de surcos paralelos que se hace con el arado. Primer surco que se abre en la tierra cuando se empieza a arar. Haza (porción de tierra labrantía).
- Felonía. Deslealtad, traición, acción fea.
- Fendió. Hendir: Hender [abrir o rajar un cuerpo sólido sin dividirlo del todo]. Abrió.
- Fenecer. Poner fin a algo, concluirlo. Morir (llegar al término de la vida). Dicho de una cosa: Acabarse, terminarse o tener fin.
- Ferrado. Ferrar: Guarnecer [poner guarnición (adorno) a algo], cubrir con hierro algo.
- Férvido. Que arde. Ardiente.
- Feudo. Contrato por el cual los soberanos y los grandes señores cedían en la Edad Media tierras o rentas para su aprovechamiento o explotación, obligándose quien las recibía a guardar fidelidad de vasallo al donante, prestarle el servicio militar y acudir a las asambleas políticas y judiciales que convocaba.
- Fiado. Seguro y digno de confianza.
- Fidelidad. Lealtad, observancia de la fe que alguien debe a otra persona. Puntualidad, exactitud en la ejecución de algo.
- Fidelísima. Adjetivo superlativo de fiel [que guarda fe, o es constante en sus afectos, en el cumplimiento de sus obligaciones y no defrauda la confianza depositada en él].
- Fierabrás. Persona grande y fuerte, especialmente la fanfarrona y jactanciosa. Insolencia [atreimiento, descaro].
- Figurero. Que suele hacer figurerías (muecas) [mueca o ademán ridículo o afectado].
- Filtros afrodisíacos. Bebida para atraer el amor de una persona y estimula el apetito sexual. Filtro: Bebida o composición con que se pretende conciliar el amor de una persona. Afrodisíaco, afrodisiaca: Que excita o estimula el apetito sexual.

- Finar. Fallecer, morir. Consumirse, deshacerse por algo o apetererlo con ansia.
 Terminar. Finado, finada: Muerto, muerta.
- Fincar. Apoyar, posar, colocar. (Wikcionario, s.f.) Construir algo con buenas bases; sustentar una afirmación con datos y testimonios, fincar responsabilidades. (Diccionario del español de México, s.f.)
- Finchado. Ridículamente vano [falta de realidad, sustancia o entidad. Hueco, vacío y falta de solidez. Inútil, infructuoso o sin efecto] o engreído.
- Fineza. Pureza y bondad de algo en su línea. Acción o dicho con que alguien da a entender el amor y benevolencia que tiene a otra persona. Actividad y empeño amistoso a favor de alguien. Dádiva pequeña y de cariño. Delicadeza y primor.
- Finiquitar. Terminar, saldar una cuenta. Pagar.
- Finísima. Finítima: Dicho de una población, de un territorio, de un campo, etc.: Cercanos, vecinos, confinantes.
- Finítimo, finítima. Dicho de una población, de un territorio, de un campo, etc.: Cercanos, vecinos, confinantes.
- Fisga. Burla [acción, ademán o palabras con que se procura poner en ridículo a alguien o algo].
- Fisgar. Husmear con el olfato. Husmear indagando. Burlarse de alguien diestra y disimuladamente.
- Fisonomía. Aspecto particular del rostro de una persona. Aspecto exterior de las cosas.
- Flamear. Despedir llamas. Arder.
- Flamífero. Flamígero: Que arroja o despide llamas.
- Flanqueado. Dicho de una cosa: Que tiene a sus flancos o costados otras que lo acompañan o completan. Rodeado.
- Flojeroso, flojerosa. Perezoso [tardo, lento o pesado en el movimiento o en la acción], negligente, descuidado y tardo en las operaciones.
- Flor y nata. Parte más escogida. Élite, minoría selecta o rectora.
- Flor. Virginidad.
- Fofo. Esponjoso, blando y de poca consistencia.
- Fogonazo. Llamada instantánea que algunas materias inflamables, como la pólvora, el magnesio, etc., producen al inflamarse. Trago de bebida alcohólica.
- Fogoso, fogosa. Ardiente, demasiado vivo. Que quema y abrasa.
- Fomento. Auxilio, protección.
- Fornido, fornida. Robusto y de mucho hueso. Dicho de una cosa: Recia, fuerte.
- Fortaleza. Fuerza y vigor. En el cristianismo, una de las cuatro virtudes cardinales, que consiste en vencer el temor y huir de la temeridad.
- Forzudo. Que tiene grandes fuerzas.
- Fosco. Dicho del pelo: Alborotado o ahuecado. Hosco [ceñudo, áspero e intratable]. Oscuridad de la atmósfera.

Fosfórico. Fósforo: Meollo, entendimiento, agudeza, ingenio. Incisivo, punzante, mordaz.

Fosor. Alguien que abre fosas y, por extensión, un enterrador. (Adiós cultural, 2019) Sepulturero.

Fragoso, fragosa. Áspero, intrincado, lleno de queiebras, malezas y breñas.

Fraguar. Idear, discurrir y trazar la disposición de algo. Construir.

Frailes franciscos. Franciscanos.

Franco, franca. Despejado, libre de obstáculos. Puerta franca: Entrada o salida libre que se concede a todos. Exención que tienen algunas personas de pagar derechos de lo que introducen para su consumo. Abierta.

Frate. Fraile (Reverso, s.f.).

Fraternal. Propio de hermanos.

Fray Basalenque. Fray Diego de Basalenque nació en Salamanca, España el 25 de julio de 1577 y murió en Charo, Michoacán, México, el 11 de diciembre de 1651. Fue un sacerdote agustino y cronista de la Orden en el virreinato de Nueva España, nombrado secretario de la provincia en 1611, para pasar como prior del convento de San Luis de Potosí en 1616, cargo que desempeñó por seis años, alternando el segundo trienio con el de visitador provincial y levantado el convento a una gran altura de prosperidad religiosa, cultural y material.

Fray Diego. Fray Diego de la Magdalena nació en Villanueva de Bancarrota, España, hacia el año 1510 y murió en el pueblo de San Luis del Potosí por el año de 1605. Sacerdote franciscano considerado como uno de los fundadores de la ciudad de San Luis Potosí y uno de los primeros en llegar a la región. Por 1587, no se sabe con certeza, estableció el Puesto de San Luis en el valle del mismo nombre, con algunos indios guachichiles pacificados, en el lugar donde más tarde se fundaría el pueblo de San Luis Minas del Potosí. Acompañó al capitán Miguel Caldera en 1591 a México, con el objeto de traer a indios tlaxcaltecas que, con su ejemplo, civilizaron a los guachichiles. (Cronologías de San Luis Potosí, s.f.)

Frenesí. Delirio furioso. Violenta exaltación y perturbación del ánimo.

Frenética. Poseído de frenesí [delirio furioso. Violenta exaltación y perturbación del ánimo]. Furioso, rabioso.

Frisado. Acción y efecto de frisar [acercarse o estar próximo a algo, especialmente a una determinada edad].

Frisar. Acercarse o estar próximo a algo.

Frontero. Puesto y colocado enfrente.

Frontispicio. Página de un libro anterior a la portada, que suele contener el título y algún grabado o viñeta. Portadilla.

Fruto de sus entrañas. Hija o hijo.

- Fuero Juzgo. es la traducción romance del Liber Iudiciorum o Lex gothica, código legal visigodo promulgado primero por Recesvinto en el año 654 y posteriormente, en una versión completada, por Ervigio (681). Esta versión romance se ha atribuido tradicionalmente al rey Fernando III y se da como fecha de realización el año 1241, sin embargo, no hay pruebas de ello salvo lo que dice un documento fechado el 3 de marzo de 1241 [...] consta de unas 500 leyes, divididas en doce libros y cada uno de ellos subdividido en varios títulos. Destacan, entre otras disposiciones, los supuestos en que se autorizaba el divorcio, el deber cívico de acudir "a la hueste", los diferentes tipos de contratos y el procedimiento en los juicios [...] fue el cuerpo de leyes que rigió en la península ibérica durante la dominación visigoda [dicho de una persona: De la rama del pueblo goda que, establecida durante algún tiempo al oeste del río Dniéper (río de Europa oriental que discurre por la Rusia central, Bielorrusia y Ucrania desembocando en el mar Negro), fundó después un reino en España] y supuso el establecimiento de una norma de justicia común para visigodos e hispanorromanos (Wikipedia, s.f.) El Fuero Juzgo está formado por doce libros y un apéndice con el glosario de voces antiguas y raras que se encuentran en el texto castellano. Precede a la edición un prólogo institucional y el discurso de Manuel de Lardizábal y Uribe (1739-1820) Sobre la legislación de los visigodos y la formación del Libro ó (sic) [o] Fuero de los jueces, y su versión castellana. El Fuero Juzgo pervivió hasta la aprobación del Código Civil a finales del siglo XIX. (Fuero Juzgo «en latín y castellano, cotejado con los más antiguos y preciosos códices», 1971)
- Fueron puestos los reos en capilla. Estar en capilla: Expresión que indica hallarse en espera de realizar una prueba importante o de conocer su resultado. También se empleaba para los condenados a muerte, indicando el tiempo de espera desde que se le comunicaba la sentencia hasta que se realizaba la ejecución. (De Chile.net, s.f.)
- Fulgurar. Brillar, resplandecer, despedir rayos de luz. Destacar por su brillantez.
- Fullera, fullero. Que hace fullerías [trampa y engaño que se comete en el juego. Astucia, cautela y arte con que se pretende engañar].
- Fundo. Profundo. Heredad [porción de terreno cultivado perteneciente a un mismo dueño, en especial la que es legada tradicionalmente a una familia. Hacienda de campo, bienes raíces o posesiones] o finca rústica.
- Funesto. Aciago, que es origen de pesares o de ruina. Triste y desgraciado. Catastrófico.
- Furente. Arrebatado [precipitado e impetuoso] y poseído de furor.
- Furibundo, furibunda. Airado, colérico, muy propenso a enfurecerse. Que denota furia o ira.
- Furor. Furia, ira exaltada.

- Fuste. Peso, solidez, carácter, importancia, fundamento, influencia, prestigio. (Word Reference, s.f.) Fundamento de algo no material, como un discurso, una oración, un escrito, etc. Valor.
- Galana, galano. Bien adornado. Dispuesto con buen gusto e intención de agradar. Que viste bien, con aseo, compostura y primor. Dicho de una producción del ingenio: Elegante y gallarda. Dispuesto.
- Galano. Bien adornado. Dispuesto con buen gusto e intención de agradar. Que viste bien, con aseo, compostura y primor.
- Galeote. Hombre que remaba forzado en las galeras.
- Galera. Embarcación de vela y remo, la más larga de quilla y que calaba menos agua entre las de vela latina.
- Galerón. Cobertizo (sitio cubierto).
- Gallardete. Tira o faja volante que va disminuyendo hasta rematar en punta, y se pone en lo alto de los mástiles de la embarcación, o en otra parte, como insignia, o para adorno, aviso o señal. Banderín.
- Gallofo. Gallofero: Holgazán y vagabundo que anda pidiendo limosna [caridad]. Vago.
- Gálvez. José de Gálvez y Gallardo, I marqués de Sonora y vizconde de Sinaloa, jurista y político español que llegó a tener mucha influencia política; se le considera uno de los principales impulsores de las reformas borbónicas [...] En 1767 el rey Carlos III decretó la expulsión de los jesuitas de todos sus dominios. Aparte del virrey, sólo su sobrino y Gálvez conocían los planes de comenzar la deportación; gran parte de la sociedad del virreinato se opuso a la medida y la situación era de gran tensión, provocando protestas y tumultos en San Luis de la Paz, San Luis Potosí, Guanajuato y Michoacán, zonas mineras donde se escondió a los religiosos y se atacó a las autoridades. Gálvez dirigió una expedición militar para restablecer la autoridad y realizó numerosas prisiones y juicios sumarios; unas 80 personas fueron ahorcadas, y cientos fueron condenadas a azotes, destierro, confiscación de bienes y trabajos forzados. (Wikipedia, s.f.)
- Gananciaba. Ganancia: Acción y efecto de ganar. Utilidad que resulta del trato, del comercio o de otra acción. Ganaba.
- Ganancioso. Que sale con ganancias de un trato, comercio u otra cosa. Seguir con felicidad y buen suceso un empeño, pretensión u otra cosa.
- Ganar. Llegar al sitio o lugar que se pretende.
- Ganzúa. Alambre fuerte y doblado por una punta, a modo de garfio, con que, a falta de llave, pueden correrse los pestillos de las cerraduras. Gancho.
- Garita. Cuarto pequeño que suelen tener los porteros en el portal para poder ver quién entra y sale. Entrada de la ciudad.
- Garrote. Procedimiento para ejecutar a un condenado comprimiéndole la garganta con una soga retorcida con un palo, con un aro metálico u oprimiéndole la nuca con un tornillo.

- Gavilán. Hierro que sale de la guarnición de la espada para defender tanto la mano como el resto del cuerpo de los golpes del contrario. Normalmente hay dos, formando así una cruz. (Wikipedia, s.f.) Cada una de las piezas metálicas que, además del guardamano, salen de la guarnición de la espada, forman la cruz y sirven para defender la mano y la cabeza de los golpes del contrario.
- Gendarme. Agente de policía, de Francia o de otros países, destinado a mantener el orden y la seguridad pública.
- Genearca. Jefe o cabeza de linaje.
- Generala. Toque de tambor, corneta o clarín para que las fuerzas de una guarnición o campo se pongan sobre las armas.
- Genio. Carácter (fuerza de ánimo).
- Gente de bien. Gente de posición social y económica elevada.
- Gentecilla de escaleras abajo. Personas de cargos inferiores.
- Gentilidad. Conjunto de los gentiles [entre los judíos, dicho de una persona o una comunidad: Que profesa otra religión. Pagano. Religión de los gentiles. No cristianizado.
- Gentuza. Despectivo, Grupo o tipo de gente que es considerada despreciable.
- Genuflexo. Puesto de rodillas.
- Geomancia. Adivinación por medio de objetos de naturaleza terrestre, o por líneas o puntos hechos al azar en la tierra o sobre un papel. Adivinación leyendo líneas o puntos en tierra o papel.
- Geomántica. Persona que practica la geomancia. Adivina.
- Gerundiana, gerundiano. Dicho de una expresión o del estilo: Hinchado y ridículo.
- Godibles. Alegre, placentero.
- Goliardo. Persona dada a la gula, a los placeres y a la vida moralmente desordenada. (Diccionario de español de Google, s.f.)
- Gorrón. Se considera un gorrón a alguien que en un grupo de personas que trabaja para un propósito común aprovecha el trabajo colectivo y recibe los mismos beneficios que otros, aunque realiza un esfuerzo comparativamente inferior. Se trata, por lo tanto, de aquel que aprovecha un recurso por el que más personas han pagado, sin incurrir en costo alguno. El problema del gorrón surge cuando hay personas que se benefician de un bien sin haber contribuido a su financiación (Benegas 2002). Este tipo de situación ocurre porque los beneficios y los costos de la acción colectiva necesariamente se comparten. Como consecuencia, los miembros individuales tienen incentivos para intentar capturar una parte proporcional de las ganancias sin incurrir en un pago. Para que esto suceda, el bien debe poder ser mantenido sin necesidad de que el gorrón asuma su parte de los costos (Shughart y Thomas 2018). (Universidad Francisco Marroquín, s.f.) Persona pegadiza.

- Gotoso. Que padece gota (enfermedad en las articulaciones).
- Gracia. Cualidad o conjunto de cualidades que hacen agradable a la persona o cosa que las tiene. Atractivo independiente de la hermosura de las facciones, que se advierte en la fisonomía de algunas personas. Habilidad y soltura en la ejecución de algo. Capacidad de alguien o de algo para hacer reír. Es una anécdota con mucha gracia. Dicho o hecho divertido o sorprendente.
- Grácil. Sutil, delgado o menudo.
- Grandor. Tamaño de algo.
- Grasero. Lugar donde se echan las escorias o escombros de las industrias metalúrgicas. (The Free Dictionary, s.f.) En una máquina, receptáculo [cavidad en que se contiene o puede contenerse cualquier sustancia] en el que se pone lubricante. (Diccionario de americanismos, s.f.)
- Grato. Gustoso, agradable.
- Grave. Molesto, enfadado [impresión desagradable y molesta que hacen en el ánimo algunas cosas].
- Gresca. Riña, pendencia.
- Grillos. Conjunto de dos grilletes con un perno común, que se colocaban en los pies de los presos para impedirles andar.
- Grima. Desazón (disgusto). Dentera (sensación desagradable).
- Grímpola. Insignia militar con un paño de forma triangular que los caballeros solían llevar al campo de batalla y se ponía en sus sepulturas. Gallardete muy corto que se usa generalmente como cataviento.
- Grueso. Corpulento y abultado. Que excede de lo regular. Dicho del entendimiento o del talento: Oscuro, confuso y poco agudo.
- Guaje. Recipiente transportador de líquido hecho del fruto de la planta del mismo nombre.
- Guarda. Tutela: Autoridad que, en defecto de la paterna o materna, se confiere para cuidar de la persona y los bienes de aquel que, por minoría de edad o por otra causa, no tiene completa capacidad civil.
- Guarecer. Acoger a alguien, ponerlo a cubierto de persecuciones o de ataques, preservarlo de algún mal. Guardar, conservar y asegurar algo. Refugiarse en alguna parte para librarse de un daño o peligro, o de las inclemencias del tiempo. Resguardar.
- Guarnición. La guarnición, guardamano o guarda, es la defensa, también en otras armas blancas, que se pone para proteger la mano. (Wikipedia, s.f.) Defensa que se pone en las espadas y armas blancas junto al puño.
- Guarte. Guarda: Interjección usada para expresar temor o recelo de algo. Usada para advertir y avisar a alguien que se aparte del peligro que le amenaza. Aguardar, esperar.
- Guerreante. Hacer guerra. Resistir, rebatir o contradecir. Peleonero.

Guerrear, guerreado. Pelear, peleado.

Guijo. Conjunto de piedras redondeadas de pequeño tamaño que se emplea para consolidar y rellenar los caminos.

Guzpatarra, coxcojuela o la pata coja, chita y empújote el haba. Juegos antiguos.

Guzpatarra: Es una palabra fantasma que viene figurando en el diccionario académico desde 1803 y que surge de haber leído mal un rarísimo «guzpátara» que ocurre en la traducción que Alfonso de Palencia hizo en 1491 de las Vidas de Plutarco. Basándose exclusivamente en el contexto del correspondiente pasaje, el diccionario de la Academia definió así la supuesta guzpatarra: «especie de juego con que se divertían los muchachos». (Álvarez de Miranda, 2011) Coxcojuela o a la pata coja: Llevando una pierna encojida y saltando sobre el otro pie. [También conocido como rayuela, avión o bebeleche]. Chita: Juego que consiste en poner derecha una chita o taba en sitio determinado, y tirar a ella con tejos o piedras, ganando dos tantos quien la derriba y uno quien da más cerca.

Ha. Ah (para denotar pena, admiración o sorpresa). Expresión de pena, admiración o sorpresa. Hará.

Había perdido la llave de su voluntad. Se había enamorado. Había entregado su virginidad.

Habilidosísimo. Habilidoso: Que tiene habilidad [capacidad y disposición para algo. Gracia y destreza en ejecutar algo que sirve de adorno a la persona, como bailar, montar a caballo, etc. Cada una de las cosas que una persona ejecuta con gracia y destreza. Enredo dispuesto con ingenio, disimulo y maña.]. Experto.

Háblala. Le habla.

Hablas de la concurrencia. Chismes o habladurías de la gente.

Hacer brasas. Quemar.

Hacer buena yunta. Trabajar juntos, llevarse bien. Yunto, yunta: Junto. Par de bueyes, mulas u otros animales que sirven en la labor del campo o en los acarreo. Pareja de personas, de aves o de otras cosas.

Hacer corro aparte. Dicho de varias personas: Reunirse en un pequeño grupo dentro de una reunión mayor, para hablar entre sí. Formar o seguir otro partido. Se han apartado. Corro: Cerco que forma la gente para hablar, para solazarse, etc. Espacio que incluye un corro. Espacio circular o casi circular. Juego infantil en el que los participantes forman un círculo cogiéndose las manos y cantan dando vueltas en derredor.

Hacer la escapada. Huir. Escapada: Acción de escapar [salir, huir].

Hacer su agosto o agostillo. Sacar provecho.

Hacerse un ovillo. Encogerse, contraerse y acurrucarse por miedo, dolor u otra causa natural. Ovillo: Bola o lío que se forma devanando hilo de lino, algodón, seda, lana, etc. Cosa enredada y de forma redonda. Montón o multitud confusa de cosas, sin trabazón ni arte.

- Hacienda de beneficio o de beneficiar. Finca que los españoles regalaban a los militares de mayor rango. La minería, fue una de las actividades más importante de la Nueva España; entre las causas de este desarrollo está el descubrimiento —hecho en Pachuca, en 1555, por el sevillano Bartolomé de Medina— del beneficio [extraer las sustancias útiles de una mina o someter las sustancias útiles de una mina al tratamiento metalúrgico cuando lo requieren] de los minerales de plata por medio de la sal y el mercurio. (Museo Nacional del Virreinato, 2012) Beneficio: Conjunto de derechos que obtiene un eclesiástico, inherentes o no a un oficio'. (Yáñez Rosales, 2001)
- Halar. Tirar hacia sí de algo. Jalar
- Halda. Regazo o enfaldo de la saya [falda (prenda de vestir)]. Parte del cuerpo donde se forma el enfaldo de la saya. Falda.
- Haldefueras. Adefuera: De fuera. Afueras (alrededores).
- Hampesca. Perteneciente o relativo al hampa [conjunto de los maleantes, especialmente de los organizados en bandas y con normas de conducta particulares. Conjunto de maleantes que, unidos en una especie de sociedad, cometían robos y otros delitos, y usaban un lenguaje particular, llamado jerigonza o germanía.
- Hartar. Saciar, incluso con exceso, a alguien el apetito de comer o beber. Satisfacer a alguien el gusto o deseo de algo.
- Hazañosa. Dicho de una persona: Que ejecuta hazañas [acción o hecho, y especialmente hecho ilustre, señalado y heroico]. Dicho de un hecho: Heroico (reconocido por sus hazañas).
- Hechizo. Práctica usada por los hechiceros para intentar el logro de sus fines.
- Hecho alheña. Quebrantado por algún trabajo excesivo, cansancio, golpes, etc.
- Hechos una pura alheña. Hecho alheña, o molido como una alheña: Quebrantado [dolorido] por algún trabajo excesivo, cansancio, golpes, etc.
- Henchido, henchida. Henchir: Llenar un espacio o un recipiente hasta su límite. Colmar (dar con abundancia). Dicho de una persona: Ocupar dignamente un lugar o empleo.
- Hendir. Hender: Abrir o rajar un cuerpo sólido sin dividirlo del todo. Atravesar o cortar un fluido. Abrirse paso rompiendo por entre una muchedumbre de gente o de otra cosa.
- Herbolario. Herbario: Colección de plantas secas y clasificadas, usada como material para el estudio de la botánica.
- Herético. Perteneciente o relativo a la herejía [en relación con una doctrina religiosa, error sostenido con pertinacia. Disparate, acción desacertada.] o al hereje [persona que niega alguno de los dogmas establecidos en una religión. Indisciplinado, díscolo].
- Herimiento. Acción y efecto de herir. Herida.

- Hermanada.** Hermanar: Unir, juntar, uniformar. Establecer relaciones fraternales entre personas o instituciones. Establecer lazos de amistad y cooperación entre dos municipios o poblaciones relacionadas por su toponimia, historia, rango o por cualquier motivo.
- Hermético, hermética.** Que se cierra de tal modo que no deja pasar el aire u otros fluidos. Impenetrable, cerrado, aun tratándose de algo inmaterial. Dicho de una corriente filosófico-religiosa: Seguidora de los escritos atribuidos a Hermes Trimegisto.
- Hernández y Dávalos.** Juan Evaristo Hernández y Dávalos fue un bibliófilo e historiador mexicano, conocido principalmente por su magna Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821. (Wikipedia, s.f.)
- Herrería.** Ruido acompañado de confusión y desorden, como el que se hace cuando algunos riñen o se acuchillan.
- Hidalgo, hidalguelo.** Persona que por linaje pertenecía a la clase inferior de la nobleza. De ánimo generoso y noble. **Hidalguelo:** persona que corresponde al escalafón, estamento, categoría o de clase baja o inferior a la nobleza española y también como sinónimo de noble, gentilhombre o escudero. (Definiciona, s.f.)
- Hiel.** Amargura, aspereza o desabrimiento. Trabajos, adversidades, disgustos.
- Hijuelo.** Retoño [vástago o tallo que echa de nuevo la planta. Hijo de una persona, y especialmente el de corta edad] de planta.
- Hincar.** Introducir o clavar algo en otra cosa. Apoyar algo en otra cosa como para clavarlo. Clavar.
- Hoguío.** Ahogúo: Ahogo (opresión en el pecho).
- Holgar.** Descansar, tomar aliento después de una fatiga.
- Homónima.** Dicho de una persona o de una cosa: Que, con respecto de otra, tiene el mismo nombre. Dicho de una palabra: Que se pronuncia como otra, pero tiene diferente origen o significado muy distante.
- Honda tristura.** Profunda tristeza.
- Hondas penumbrosidades.** El fondo. **Hondo:** Que tiene profundidad. Profundo, alto o recóndito. **Penumbra:** Sombra débil entre la luz y la oscuridad, que no deja percibir dónde empieza la una o acaba la otra.
- Honor.** Dignidad (cargo o empleo).
- Horadar.** Agujerear algo atravesándolo de parte a parte.
- Horrendez.** Cosa horrible.
- Horrisono.** Que con su sonido causa horror y espanto.
- Hosco, hosca.** Ceñudo, áspero e intratable. Dicho del tiempo, de un lugar o de un ambiente: Poco acogedor, desagradable, amenazador.

Hosquedad. Cualidad de hosco [ceñudo, áspero e intratable. Dicho del tiempo, de un lugar o de un ambiente: Poco acogedor, desagradable, amenazador. Dicho de un color: Muy oscuro].

Huelgo. Aliento, respiración, resuello [aliento o respiración, especialmente la violenta]. Tomar huelgo: Descansar un rato de cualquier otra actividad o trabajo para volver a ellos.

Huesa. Hoyo para enterrar un cadáver. Fosa.

Huesoso. Perteneciente o relativo al hueso. De huesos muy grandes y visibles.

Hueste. Conjunto de los seguidores o partidarios de una persona o de una causa.

Humareda. Abundancia de humo.

Humedades. Agua de que está impregnado un cuerpo o que, vaporizada, se mezcla con el aire.

Humero. Habitación donde se ahúma la matanza para que se cure o sazone.

Humor. Cada uno de los líquidos de un organismo vivo.

Hurgar. Escarbar entre varias cosas.

Hurto. Cosa hurtada [tomar o retener bienes ajenos contra la voluntad de su dueño, sin intimidación en las personas ni fuerza en las cosas].

Ibero. Natural de la Iberia europea, hoy España y Portugal, o de la antigua Iberia caucásica.

Idólatra. Que adora ídolos.

Ígnea. De fuego o que tiene la naturaleza del fuego. De color de fuego. Dicho de una roca: Procedente de la masa en fusión existente en el interior de la Tierra.

Ignominia. Afrenta [vergüenza y deshonor que resulta de algún dicho o hecho, como la que se sigue de la imposición de penas por ciertos delitos. Peligro, apuro, trance] pública.

Ignoto. No conocido ni descubierto. Desconocido.

Ilmo., Ilma. Abreviaturas de ilustrísimo e ilustrísima, formas de tratamiento que se anteponen a señor y señora, respectivamente, y que se aplican a las personas que tienen ciertos cargos o dignidades, como obispos y cónsules. (Diccionario de español de Google, s.f.)

Ilutación. Acción y resultado de cubrir o echar el lodo o barro una parte del cuerpo. (en medicina y veterinaria) el acto de ungir con toda la parte del cuerpo o de un animal empleando un agente terapéutico. Untar medicamentos. (Definiciona, s.f.)

Imafronte. Fachada que se levanta a los pies de una iglesia o una catedral, opuesta a la cabecera.

Imbebible. Que no se puede beber. Aguas contaminadas imbebibles. Dicho de una bebida: Que tiene un gusto desagradable.

Imbuir. Infundir, persuadir.

Impávida. Libre de pavor, sereno ante el peligro, impertérrito. Imperturbable. Impeler. Impulsar [dar empuje para producir movimiento. Incitar, estimular].

Impelida: Impulsada.

Imperecedero. Que no perece (acaba, fenecer). Inmortal o eterno.

Ímpetu. Impulso [fuerza que hace moverse a un cuerpo. Deseo o motivo afectivo que induce a hacer algo de manera súbita, sin reflexionar. Instigación, sugestión].

Impetuoso, impetuosa. Que se mueve de modo violento y rápido. Fogoso, vivo, vehemente.

Implume. Que no tiene plumas.

Imprecación. Acción y efecto de imprecar [proferir palabras con que se expresa el vivo deseo de (sic) que alguien sufra mal o daño]. Expresión del deseo de que alguien sufra un mal.

Improprio. Injuria grave de palabra, y especialmente la que se emplea para echar a alguien en cara algo.

In-. Suele significar 'adentro' o 'al interior'. Indica negación o privación.

In primis. En primer lugar. (Diccionario panhispánico del español jurídico, s.f.)

Inabecedaria. Iletrada, no instruida o educada.

Incesante. Que no cesa o que se repite con mucha frecuencia. Constante.

Incitante. Que incita [inducir con fuerza a alguien a una acción]. Atractivo, estimulante.

Inclemente. Falta de clemencia [compasión, moderación al aplicar justicia]. Dicho del tiempo: Riguroso, muy desapacible.

Incoado. Incoar: Comenzar algo, llevar a cabo los primeros trámites de un proceso, pleito, expediente o alguna otra actuación oficial.

Incontinenti. Del latín in continenti (en seguida). Con prontitud, inmediatamente. (Wikcionario, s.f.) Prontamente, al instante.

Incrustar. Embutir en una superficie lisa y dura piedras, metales, maderas, etc., formando dibujos. Hacer que un cuerpo penetre violentamente en otro o quede adherido a él.

Incuria. Poco cuidado, negligencia.

Incurso. Que ha incurrido en algo. Incriminado.

Indefectible. Que no puede faltar o dejar de ser. Inevitable.

Indefinida insanidad. Locura interminable. Indefinido, indefinida: No definido. Que no tiene término señalado o conocido. Insanidad: Locura (privación del juicio).

Indesviable. Que no se desvía, decidido.

Índice. Indicio o señal de algo.

Indivisible. Que no se puede dividir.

Indocto, inducta. Falta de instrucción, inculto.

Indomeñable. Indomable: Que no se puede o no se deja domar [sujetar, amansar y hacer dócil al animal a fuerza de ejercicio y enseñanza. Sujetar, reprimir, especialmente las pasiones y las conductas desordenadas. Domesticar (hacer tratable a alguien que no lo es)].

Indómito. No domado. Que no se puede o no se deja domar. Difícil de sujetar o reprimir. Fiero.

Indulto. Gracia por la cual se remite total o parcialmente o se conmuta una pena. Gracia que excepcionalmente concede el jefe del Estado, por la cual perdona total o parcialmente una pena o la conmuta por otra más benigna.

Ineludible. Que no se puede eludir [evitar]. Inevitable.

Inenarrable. Inefable: Que no se puede explicar con palabras.

Inencontrado. No encontrado: Lejano, perdido.

Infausto. Desgraciado, infeliz.

Inferir. Deducir algo o sacarlo como conclusión de otra cosa.

Infidencia. Violación de la confianza y fe debida a alguien. Traición.

Infolio. Libro en folio.

Informe. De forma vaga e indeterminada. Que no tiene forma.

Informes lenguas. Columnas sin forma. Informe: Que no tiene la forma, figura y perfección que le corresponde. De forma vaga e indeterminada. **Lengua de fuego:** Cada una de las llamas en forma de lengua que bajaron sobre las cabezas de los apóstoles el día de Pentecostés. Cada una de las llamas que se levantan en una hoguera o en un incendio. Columna, franja.

Infrangible. Que no se puede quebrar (romper). Inquebrantable.

Infranqueable. Imposible o difícil de franquear (quitar los impedimentos que estorban). Insalvable.

Infructífera. Que no produce fruto. Que no es de utilidad ni provecho para el fin que se persigue.

Ingrávida. Ligera, suelta y tenue como la gasa o la niebla.

Inhumar. Enterrar [dar sepultura a] un cadáver.

Inmundo, inmunda. Sucio y asqueroso. Impuro. Dicho de un animal: Que los judíos tenían prohibido comer por su ley.

Inmutable. No mudable, que no puede ni se puede cambiar. Que no siente o no manifiesta alteración del ánimo. Inalterable.

Innominable. Innombrable [que no se debe o no se puede nombrar].

Innúmero, innúmera. Que no se puede reducir a número. Incontable.

Inocuo. Que no hace daño.

Inopinadamente. De modo inopinado [que sucede sin haber pensado en ello, o sin esperarlo]. Inesperadamente.

Inquerir. Inquirir: Indagar, averiguar o examinar cuidadosamente algo.

Inquina. Aversión, mala voluntad.

Inquirir. Indagar, averiguar o examinar cuidadosamente algo.

- Inquisición. Tribunal eclesiástico que inquiría y castigaba los delitos contra la fe. Hacer inquisición: Examinar los papeles, y desechar los inútiles para quemarlos. Revisión.
- Insania. Locura (privación del juicio).
- Insepulto. Dicho de un cadáver: No sepultado aún.
- Insípido. Falto de espíritu, viveza, gracia o sal.
- Insolar. Poner al sol hierbas, plantas, etc., para facilitar su fermentación, o secarlas. Enfermar por demasiado ardor del sol o por excesiva exposición a él. Asolear.
- Insolente. Orgulloso, soberbio, desvergonzado.
- Insolvente. Que no tiene con qué pagar.
- Insospechado. No sospechado, inesperado.
- Instar. Repetir la súplica o petición, insistir en ella con ahínco. Apretar o urgir la pronta ejecución de algo.
- Insuceso. Hecho o acontecimiento desgraciado. (Diccionario de americanismos, s.f.) Hecho desafortunado.
- Insulso, insulsa. Insípido (falto de sabor). Falto de gracia y viveza.
- Insumiso. Inobediente, rebelde. Desobediente.
- Insurrecta. Levantamiento o sublevación contra la autoridad pública.
- Intempestivo, intempestiva. Que es o está fuera de tiempo y sazón.
- Intendencia de San Luis Potosí. Intendencia: Última división política de la parte meridional de la Nueva España que suprimió la de reinos, gobernaciones, alcaldías mayores y corregimientos. (Yáñez Rosales, 2001) En 1786, a raíz de las reformas Borbónicas, se expidió la Real Ordenanza de Intendencias expedida por el rey Carlos III, con la que se dividió administrativamente el Virreinato de la Nueva España en 12 Intendencias. La Intendencia de San Luis Potosí fue la más extensa; comprendía las provincias de Texas, Nuevo Santander y Coahuila, el Nuevo Reino de León y los distritos de Charcas, Altamira, Catorce y Ramos. (Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal del Gobierno de México, s.f.)
- Ínter. Ínterin (entretanto).
- Intermediar. Estar entre dos personas o cosas. Quienes habían nacido.
- Interpelación. Acción y efecto de interpelar [requerir, compeler o simplemente preguntar a alguien para que dé explicaciones sobre algo o para que cumpla una obligación]. Reclamo.
- Intitular. Poner título a un escrito. Dar un título particular a alguien o algo. Nombrar (elegir a alguien para un cargo). Dedicar una obra a alguien, poniendo al frente su nombre para autorizarla.
- Intransigencia. Actitud de la persona que no acepta los comportamientos, opiniones o ideas distintas de las propias o no transige con ellos. (Diccionario de español de Google, s.f.) Intolerancia, inflexibilidad, fanatismo, exaltación, apasionamiento.

- Intransitable. Dicho de un lugar o de un sitio: Que no se puede transitar.
- Intransitada. Poco o nada transitada.
- Intrínseco. Íntimo, esencial.
- Inusitada, inusitado. No usado, desacostumbrado.
- Invenir. Hallar o descubrir.
- Inviolada. Que se conserva en toda su integridad y pureza.
- Invocación. Acción y efecto de invocar [llamar en solicitud de ayuda de manera formal o ritual].
- Irradiar. Transmitir, propagar, difundir.
- Irrefrenar. Desmedido, exagerado, que no puede contenerse.
- Irrisión. Burla con que se provoca a risa a costa de alguien o algo. Persona o cosa que es o puede ser objeto de irrisión.
- Ítem. Además. (Diccionario de español de Google, s.f.) Adverbio usado para hacer distinción de artículos o capítulos en una escritura u otro instrumento, o como señal de adición.
- Jacal. Especie de choza.
- Jácara. Romance alegre en que por lo regular se contaban hechos de la vida airada. Cierta música para cantar o bailar. Especie de danza, formada al tañido o son propio de la jácara.
- Jaez. Cualidad [elemento o carácter distintivo de la naturaleza de alguien o algo. Calidad, condición o naturaleza de algo o de alguien.] o propiedad de algo. [De esta] clase o tipo.
- Jale. Apilamiento de material molido restante tras extraer los minerales de las rocas.
- Jamás de los jamases. Nunca [en ningún tiempo. Ninguna vez].
- Jícara deslacada. Vasija sin laca.
- Jífero. Cuchillo con que se matan y descuartizan las reses.
- Jorongo. Prenda de vestir similar a un poncho, que consiste en una frazada de lana o algodón, generalmente de vivos colores.
- Jorquiña. Jorguina: Persona que hace hechicería.
- Jugarreta. Jugada mal hecha y sin conocimiento del juego. Mala pasada.
- Julepe. Poción de aguas destiladas, jarabes y otras materias medicinales. Medicina.
- Junta de Adjudicaciones. La Junta Superior de Real Hacienda fue un tribunal colegiado encargado de la administración de la Hacienda novohispana; fue creada con la Real Ordenanza para el establecimiento e instrucción de intendentales de ejército y provincia en el reino de la Nueva España en 1786. Comenzó a operar en diciembre de 1786 y se mantuvo operando de manera ininterrumpida hasta la proclamación de la Independencia de México en 1821; como máximo organismo de Real Hacienda, se encargó de tratar temas de recaudación fiscal y resolver disputas entre las diversas autoridades

- del virreinato. Entre los presidentes más importantes que tuvo destacan los virreyes segundo conde de Revillagigedo, el marqués de Branciforte y Félix María Calleja. (Wikipedia, s.f.)
- Jurisperito. Jurista (persona que ejerce una profesión jurídica). Abogado.
- Jurisprudencia. Ciencia del derecho. Abogacía.
- Justicia. Ministro o tribunal que ejerce justicia.
- La ley había estrechado muy justicieramente sus mallas. El castigo pareció adecuado o justo.
- La luna trepa más y más en los peldaños del cielo. Pasan las horas.
- La muerte le atajó los pasos. Murió.
- Laboreo. Arte de explotar las minas, haciendo las labores o excavaciones necesarias, fortificándolas, disponiendo el tránsito por ellas y extrayendo las menas [mineral del que se extrae un metal, tal y como se encuentra en el yacimiento] aprovechables. Trabajo.
- Laboriosidad. Cualidad de laborioso [trabajador (muy aplicado al trabajo). Trabajoso, penoso]. Esfuerzo, arrojo, valentía.
- Labrantío, labrantía. Dicho de un terreno: Destinado al cultivo.
- Labrar. Trabajar una materia reduciéndola al estado o forma conveniente para usarla. Esculpir.
- Lacerar. Lastimar, golpear, magullar, herir. Penar, pagar un delito. Padecer, pasar trabajos. Desdicha.
- Lacio. Marchito, ajado [maltratar, manosear, arrugar, marchitar. Desgastar, deteriorar o deslucir algo por el tiempo o el uso]. Flojo, débil, sin vigor.
- Lacar. Cerrar con lacre [pasta sólida, compuesta de goma laca y trementina con añadidura de bermellón o de otro color, que se emplea derretido en cerrar y sellar cartas y en otros usos análogos. Dicho de un color: Rojo semejante al del lacre].
- Lacre. Pasta sólida, compuesta de goma laca y trementina con añadidura de bermellón o de otro color, que se emplea derretido en cerrar y sellar cartas y en otros usos análogos.
- Ladronería. Hurto o fraude, especialmente el que se comete contra bienes públicos. (Diccionario de español de Google, s.f.) Latrocinio: Acción propia de un ladrón o de quien defrauda a alguien gravemente.
- Lánguido. Flaco, débil, fatigados; apagado.
- Lanzal. Lenzal: De lienzo, es decir, pálido, débil y delgado.
- Lanzazo. Lanzada (golpe). Lanzada (herida).
- Largor. Longitud (mayor dimensión lineal de una superficie plana).
- Largos ojos. Con el ojo tan largo: Phrase adverb. que equivale a con gran cuidado, atención y vigilancia (sic) [vigilancia]. Latín. Vigilanter. Continuo obtutu. QUEV. Cuent. El Escribano estaba con el ojo tan largo. (Diccionario de autoridades tomo V, 1737). Con cuidado, atención y vigilancia.

Las del alba serían. Llegaría el amanecer.

Las Recogidas. La capilla y la casa de las recogidas ocupaban —según se deduce de los inventarios que se conservan—, la mitad oriente de la manzana formada por las calles 3ª de Vallejo, Comonfort, Xicoténcatl y Rayón. En su frente se formó la plazuela que todavía hoy existe. Por el frente, la capilla en medio; al sur de ésta, la casa del capellán y al norte, la Casa de Las Recogidas. Ambas casas con muy dignas portadas, próximas a la capilla. Las dos se conservan en el interior del Palacio de Justicia, en donde fueron instaladas al construirse éste. [...] constaba de zaguán, la pieza de la rectora, su alcoba, torno y reja. Se comunicaba con el primer patio por medio de un pasadizo. En el primer patio se enumeran: una pieza con un pedazo de techo caído; una pieza por la que se entra al coro; una galera destechada; una pieza destechada que sirve de cocina; sala de labor; otra pieza techada; otra destechada; otra techada, que sirve de cocina a la rectora; cuatro corredores con arquería de cantera, todo bien tratado, y alrededor de ellos están catorce lienzos de la Pasión del Señor, para rezar el Vía Crucis, y árboles frutales, pozo y pila en el centro del patio. En el segundo patio: una galera, una pieza que sirve de cárcel, una cocina y dos corrales. La habitaban 18 presas. Quizá los dos corrales estaban al poniente de la casa del capellán, Finalmente, a los veinte años de abierta, ya estaba en malas condiciones la casa. Y no sólo la finca, también la iglesia. Por lo que en julio de 1799 la rectora envió un oficio a la mitra de Michoacán, en el que se quejaba de "las lamentables condiciones de la iglesia". Se había nombrado capellán al Pbro. D. Francisco Salazar, cura de Cerro de S. Pedro sepultado en noviembre de 1834 en el presbiterio del templo de la Tercera Orden y protector del afamado médico don Francisco J. Estrada, y como hubo muchos líos por los fondos de la capellanía, no la atendía de pie. [...] Durante las guerras de intervención, las tropas francesas ocuparon Las Recogidas entonces se le llamó "La Martinica" y servía también como cárcel para hombres. Una breve descripción de 1877 explica que: "El local para las Recogidas es bastante amplio y de consistencia sólida. Contiene 23 piezas y 3 patios, uno grande y dos chicos. El uso de las piezas es el siguiente: una, que es la portería, 3 para las habitaciones de la rectora, 4 salones en asiste la prisión, 8 piezas chicas para la incomunicación de las presas, 2 cocinas, una pieza grande y otra chica donde salen a hablar las presas, un pasillo para entrar al primer patio y una capilla para el culto católico. En ambas prisiones hay agua suficiente de pozo y pilatones para baño de presos y presas". La arquitectura del interior, excepto los corredores de arquería, había cambiado: 22 piezas y 3 patios; la casa del capellán había desaparecido como tal, a veces servía de escuela, a veces de cárcel. La capilla confiscada ya había dejado de ser exclusiva de las recogidas. Ambas casas, por los veintes de este siglo, pararon en escuelas.

- Por último, la parte del lado norte, en local de alguna dependencia oficial y en almacén. (Cronologías de San Luis Potosí, s.f.)
- Lascivia. Propensión a los deleites carnales.
- Latamente. En sentido lato. [dilatado, extendido. Dicho del sentido en que se emplea una palabra: Que es por extensión, sin ser el que exacta o rigurosamente le corresponde].
- Latines. Latinear: Emplear con frecuencia voces o frases latinas al hablar o escribir en español. Latinar [hablar o escribir en latín].
- Latinidad. Lengua latina.
- Laudar. Dicho de un juez árbitro o de un amigable componedor: Fallar o dictar sentencia. Alabar [manifestar el aprecio o la admiración por algo o por alguien, poniendo de relieve sus cualidades o méritos. Venerar y celebrar con oraciones. Las criaturas alaban a su Creador. Jactarse o presumir de algo].
- Laude. Alabanza.
- Laurent. El ingeniero Luis Federico Laurent Jannin (16 octubre 1942-3 agosto 2013) fue hijo de Federico Laurent, excombatiente y sobreviviente de la 1ª Guerra Mundial, y de Julieta Jannin, ambos ciudadanos franceses radicados en México. La historia, el modelismo y la investigación fueron sus pasiones; desde muy pequeño, desarrolló un gusto especial por las figuras militares y los trenes, lo que cultivó durante toda su vida hasta convertirse en un especialista. (Plano Informativo, 2015)
- Lazrado. Lazrar: Padecer y sufrir trabajos y miserias. Miserable.
- Le dieron violentamente un mal acabar. Le dieron una muerte violenta.
- Le embebió el seso. Beberse el seso: Perder la cabeza por el estudio, los negocios, etc.
- Legado. Disposición legalmente formalizada que de un bien o de una parte del conjunto de sus bienes hace el testador a favor de alguien y que debe ser respetada por el heredero o herederos. Aquello que se deja o transmite a los sucesores, sea cosa material o inmaterial. Donación.
- Lego. Que no tiene órdenes clericales. Falto de instrucción, ciencia o conocimientos. En los conventos de religiosos, el que siendo profeso no tiene opción a las sagradas órdenes.
- Lépero, lépera. Soez, ordinario, poco decente. Astuto, perspicaz. Muy pobre, sin recursos. Ladrón (que hurta o roba). Grosero [dicho de una persona: Carente de educación o de delicadeza].
- Les iba a la mano. No se les dificultaba, estaba a modo.
- Letrado. Abogado (licenciado en derecho).
- Letras curiales. Perteneiente o relativo a la curia, y especialmente a la romana. Curia pontificia, o curia romana: Conjunto de las congregaciones y tribunales que existen en la corte del pontífice romano para el gobierno de la Iglesia católica.

- Letras misivas. Cartas. Letra: Cada uno de los signos gráficos que componen el alfabeto de un idioma. Misivo, misiva: Dicho de un papel, un billete o una carta: Que se envía a alguien.
- Levítica. Perteneciente o relativo a los levitas [eclesiástico de grado inferior al sacerdote]. Devoto de la Iglesia o de sus ministros. Labores sacerdotales.
- Libidinoso. Lujurioso [dado o entregado a la lujuria (deseo excesivo del placer sexual)].
- Libraco. [Despectivo] Libro despreciable.
- Libro bezerro. Libro becerro: Códice medieval en el cual eran copiados los privilegios de las iglesias y monasterios para ser usados de forma corriente. Las iglesias y monasterios copiaban en él sus privilegios y pertenencias para el uso manual y corriente. (Wikipedia, s.f.)
- Libro de horas. También denominado horarium, es un tipo de manuscrito iluminado muy común en la Edad Media. Cada libro de horas es único, debido a que se realizaba exclusivamente para una determinada persona (generalmente de la nobleza). Suele contener textos de rezos, salmos, así como abundantes iluminaciones alusivas a la devoción cristiana. (Wikipedia, s.f.) Libro en que se contienen las horas canónicas.
- Lienzo. Fachada del edificio o pared, que se extiende de un lado a otro.
- Limitar. Poner límites a algo. Acortar, ceñir. Fijar la extensión que pueden tener la autoridad o los derechos y facultades de alguien. Dicho de dos territorios o dos terrenos: lindar [estar contiguos. Estar muy próxima a lo que se expresa].
- Limosna. Cosa, especialmente dinero, que se da a otro por caridad.
- Linde. Límite de un reino o de una provincia.
- Lindero. Límite o límites de dos terrenos.
- Lite. Pleito (litigio judicial).
- Litispendencia. Estado del pleito antes de su terminación. Estado litigioso, ante otro juez o tribunal, del asunto o cuestión que se pone o intenta poner sub iudice [dicho de una cuestión: Pendiente de una resolución judicial. Dicho de una cuestión: Opinable, sujeta a discusión]. Es motivo para una de las excepciones dilatorias que admite la ley.
- Liviandad. Desenfreno. Superficialidad.
- Llave de los pactos. Mediante la llave mágica de los pactos del misterio, puede hacerse venir a los Genios invocados. Esto significa que durante las invocaciones de la Santa Teurgia, se debe empuñar la llave en momentos de oración, para suplicar la presencia de los Dioses inefables. (Gnosis, s.f.)
- Llegados que fueron a esta ciudad. Cuando llegaron a esta ciudad.
- Llevadero. Fácil de sufrir.
- Lluvióle. Le inundó.
- Lo chiquito del amor. El poco amor.

- Lo veían con ojo sesgo. Ver con recelo o prejuicio.
- Locutorio. Habitación o departamento de los conventos de clausura y de las cárceles, por lo común dividido por una reja, en el que los visitantes pueden hablar con las monjas o con los presos.
- Logro. Ganancia o lucro excesivo.
- Loqueso, loquesca. Alocado, de poco juicio. Chancero [que acostumbra a bromear], decidor [que habla con facilidad y gracia].
- Los malos quererres de la fortuna se cebaron. Los infortunios se ensañaron.
- Los volvió en sí. Volver alguien en sí: Recobrar el sentido después de haberlo perdido por un accidente o letargo.
- Lucerna. Especie de lamparilla o linterna.
- Lucubrado. Elucubrar: Elaborar una divagación complicada y con apariencia de profundidad. Imaginar sin mucho fundamento. Trabajar velando y con aplicación e intensidad en obras de ingenio.
- Luengo, luenga. Largo [que tiene mucha longitud]. Dilación (demora, tardanza).
- Lugar de la ocultación. Escondite.
- Lugarcico. Diminutivo de lugar como cualquier tipo de población como un pueblo, urbe, localidad, ciudad, inspección, caserío o metrópoli. (Definiciona, s.f.)
- Lúgubre. Fúnebre (muy triste). Sombrío, profundamente triste.
- Lumbre. Fuego voluntariamente encendido para guisar, calentarse u otros usos. Luz (claridad que irradia un cuerpo en combustión).
- M. Ille. Aquella memorada. (Enciclopedia Católica Online, s.f.)
- M.R.P. Fr. Misionario rector padre hermano. (Enciclopedia Católica Online, s.f.)
- Macebillo. Mancebilleto: Es una expresión antigua, se refiere como la parte (sic) [el] diminutivo de mancebo, como una persona muy joven que ha llegado a la juventud y no ha superado el (sic) [la] adultez, también que esta en estado o condición de soltero. (Definiciona, s.f.) Mancebo: Dicho de una persona: joven (de poca edad).
- Macizo, maciza. Lleno, sin huecos ni vanos, sólido. Dicho de una persona: De carnes duras y consistentes. Sólido y bien fundado. Bien fundamentado.
- Macular. Manchar algo. Deslustrar la buena fama.
- Madero. Miembro del cuerpo de Policía.
- Madre Perdolente. La Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores (Fratres Tertio Ordinis Sancti Francisci Capulatorum a Beata Virgine Perdolente) conocidos popularmente como Amigionianos; son un instituto religioso clerical de la Iglesia católica y en ella de la espiritualidad franciscana. Fundados el 12 de abril de 1889 en Masamagrell (España) por el fraile sacerdote y obispo Luis Amigó y Ferrer,

miembro notable de la Orden de Frailes Menores Capuchinos. Originariamente se creó con catorce postulantes, siendo sus primeras casas la Cartuja de Nuestra Señora del Puig en Valencia y el Convento de Nuestra Señora de Monte Sión en Torrente, ambos en la Comunidad Valenciana. Como congregación religiosa católica según sus constituciones, están consagrados y comprometidos en el seguimiento de Jesucristo tal y como propone el Evangelio, viviendo en comunidad fraterna y consagrándose especialmente a Dios en el servicio a la juventud extraviada. Siguen la Regla de los Hermanos y de las Hermanas de la Tercera Orden Regular de San Francisco. Junto a la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, la Asociación de Cooperadores Amigonianos, y otros grupos seculares, conforman la Familia Amigoniana. (Wikipedia, s.f.)

Madrugar, madrugero. Levantarse muy temprano o al amanecer. Que se levanta al amanecer o muy temprano.

Magd. Majestad. (Enciclopedia Católica Online, s.f.)

Mágico, mágica. Perteneciente o relativo a la magia [arte o ciencia oculta con que se pretende producir, valiéndose de ciertos actos o palabras, o con la intervención de seres imaginables, resultados contrarios a las leyes naturales. Encanto, hechizo o atractivo de alguien o algo]. Persona que hace encantamientos.

Magnicidio. Muerte violenta dada a persona muy importante por su cargo o poder.

Majar. Machacar (golpear). Golpear en la era el trigo, el centeno, el lino, los garbanzos, etc., con el manal [instrumento formado por dos palos, uno más corto y delgado —por el que se agarra— y otro más largo y grueso —con el que se golpea—] o mayal, para separar el grano de la paja.

Mala nata. Cosa principal y más estimada en cualquier línea. Escoria [residuo] de la copelación [operación metalúrgica].

Mala sombra. Mala suerte, infortunio.

Malafortuna, malafortunado, malafortunada. Mala fortuna: Mala suerte, infortunio, suerte desdichada o fortuna adversa. Desdicha. Mal afortunado: Que no tiene fortuna o buena suerte. Desafortunado.

Malandrín. Maligno, perverso, bellaco.

Maldiciente. Que maldice [echar maldiciones contra alguien o algo. Hablar con mordacidad en perjuicio de alguien, denigrándolo]. Detractor por hábito.

Maldolada. Imperfecta. (Grande Quejigo, 2021)

Maléfica. Que perjudica y hace daño a alguien con maleficios. Que ocasiona o es capaz de ocasionar daño. Persona que practica hechicerías.

Maleficio. Daño causado por arte de hechicería. Hechizo empleado para causarlo, según vanamente se cree. Daño o perjuicio que se causa a alguien.

Maleficioso. Maleficio: Daño causado por arte de hechicería. Hechizo empleado

- para causarlo, según vanamente se cree. Daño o perjuicio que se causa a alguien.
- Malfamado. Que tiene mala fama (opinión de la gente sobre alguien).
- Malhablar. Malos hablares, chismes.
- Malhaya. Mal haya: Con intención imprecatoria [palabras con que se expresa el vivo deseo de que (sic) alguien sufra mal o daño]
- Malhechor. Que comete un delito, y especialmente que lo comete por hábito.
- Maliciar. Recelar, sospechar, presumir algo con malicia.
- Malquerencia. Mala voluntad contra alguien o contra algo.
- Malqueriente. Que quiere mal a otro.
- Malrotar. Disipar, destruir, malgastar la hacienda.
- Malsonancia. Dicho especialmente de una expresión o de una palabra: Que ofende al pudor, al buen gusto o a la religiosidad.
- Mamotreto. Libro o legajo muy abultado, principalmente cuando es irregular y deforme. Libro o cuaderno en que se apuntan las cosas que se han de tener presentes, para ordenarlas después.
- Mamporro. Golpe.
- Mancebo. Dicho de una persona: joven (de poca edad). Persona que sirve como criado. Mozo.
- Manchoso. Manchadizo: Que fácilmente se mancha. Manchado.
- Mancornar. Unir dos cosas de una misma especie.
- Manderecha. Mano derecha. Buena manderecha: Buena suerte o fortuna. Golpes.
- Mandrágora del licopodio, cincoenrama del beleño, estramonio de la belladona, hierba doncella del muérdago de encina y heliotropo de la lengua de perro. Diferentes tipos de plantas.
- Mano de azotes. Castigar con golpes. Mano: Reprensión, castigo. Azote: Golpe dado con el azote. Golpe dado en las nalgas con la mano. Aflicción, calamidad, castigo grande. Persona que es causa o instrumento de un castigo, calamidad o aflicción. Pena que se imponía a ciertos criminales.
- Mansamente. Manso: Dicho de un animal: Que no es bravo. Dócilmente.
- Mansedumbre. Condición de manso [de condición benigna y suave. Dicho de un animal: Que no es bravo. Dicho de una cosa insensible: Apacible, sosegada, tranquila]. Obediencia.
- Manso. De condición benigna y suave. Dicho de un animal: Que no es bravo. Dicho de una cosa insensible: Apacible, sosegada, tranquila. Aire manso. Corriente mansa. En el ganado lanar, cabrío o vacuno, carnero, macho o buey que sirve de guía a los demás. Piadoso.
- Maña. Destreza, habilidad. Artificio o astucia.
- Mañosa. Maña: Artificio o astucia. Astuta, engañosa.
- Maravedí. Moneda antigua española, efectiva unas veces y otras imaginaria (sic), que tuvo diferentes valores y calificativos.

Marco. Peso de media libra, o 230 g, que se usaba para el oro y la plata. El del oro se dividía en 50 castellanos, y el de la plata en 8 onzas.

Marejada. Exaltación de los ánimos y señal de disgusto, murmuración o censura, manifestada sordamente por varias personas, que suele preceder al verdadero alboroto.

Maridaje. Enlace, unión y conformidad de los casados. Matrimonio.

Maritornes. Moza de servicio, ordinaria, fea y hombruna.

Maromear. Dar saltos o hacer piruetas en el aire. Maroma: Voltereta política, cambio oportunista de opinión o partido. Andar alguien en la maroma: Tener partido o favor para algo.

Marrazo. Hacha de dos bocas, que usaban los soldados para hacer leña.

Más alta altura. Nivel más alto.

Matada. Muerta.

Matador. Que mata. Asesino.

Matante. Asesino. Matar: Quitar la vida a un ser vivo.

Matanza. Trabajo de matar los cerdos, salar el tocino, aprovechar los lomos y los despojos, hacer las morcillas, chorizos, etc.

Matojo. Planta de monte muy poblada y espesa.

Mayorazgo. Ordenamiento jurídico que tiene el primogénito de suceder en los bienes dejados, con la condición de conservarlos íntegros y perpetuamente en su familia. (Base de Datos Jurídica Online de España, s.f.)

Mayordomo de la fábrica. Es el que recauda las rentas de la iglesia y cuida de la fábrica. Antiguamente, pertenecía al obispo la inspección de las fábricas de las iglesias, pero descargaron este cuidado en los arcedianos y estos en los curas. Después se nombraron para este cargo a seglares notables y celosos. Esto es lo que se dispuso en el Concilio general de Viena en el año 1311. (Wikipedia, s.f.) Oficial que se nombra en las congregaciones o cofradías para que atienda a los gastos y al cuidado y gobierno de las funciones. [Persona] que recauda el derecho de fábrica.

Mayordomo. Administrador de hacienda (periodo colonial); titular permanente o temporario de una mayordomía (siglo xx). (Dehouve, 2002)

Mazmorra. Prisión subterránea.

Me colijo. Me refiero.

Meco. Indio, especialmente el que conserva sus costumbres y tradiciones.

Medalla del gran Nakir. Munkar y Nakir, en la escatología [teología] islámica, son los ángeles que prueban la fe de los muertos en sus tumbas. De acuerdo con el islam, tras la muerte el alma de una persona pasa a través de un estadio llamado barzakh, donde continúa existiendo en su tumba (incluso si el cuerpo de la persona es destruido, su alma continúa sobre la tierra cercana al lugar donde murió). El interrogatorio comienza cuando concluye el funeral y la última persona de la comitiva fúnebre se ha alejado 70 pasos

- de la tumba. Nakir y Munkar alzan el alma del difunto sobre su tumba y le hacen tres preguntas: “¿quién es tu señor?”, “¿quién es tu profeta?” y “¿cuál es tu religión?”. Un creyente observante deberá responder correctamente afirmando que su Señor es Alá, que Mahoma es su profeta y que su religión es el Islam. Si el finado responde correctamente, el tiempo que pasará esperando la resurrección será agradable. Los que no respondan según se describe más arriba serán castigados hasta el día del juicio. Los musulmanes creen que una persona recordará correctamente las respuestas a estas cuestiones, no recordándolas antes de la muerte (en comparación con el Libro de los muertos) sino por su imán y por la profesión islámica de fe. Munkar en ocasiones se translitera como Monkir. (Wikipedia, s.f.) La medalla es el símbolo de la abundancia, recibiendo la protección del gran Nakir, el mayor entre los profetas que han consagrado su vida al estudio de las ciencias mágicas y al progreso de la humanidad. (Libro de San Cipriano, s.f.)
- Medicamentoso.** Que sirve de medicamento.
- Medror.** Medroso, medrosa: Temeroso, pusilánime, que de cualquier cosa tiene miedo. Que infunde o causa miedo.
- Mefítico, mefítica.** Dicho de una cosa: Que, respirada, puede causar daño, y especialmente cuando es fétida.
- Mejunje.** Cosmético o medicamento formado por la mezcla de varios ingredientes.
- Melindroso.** Que afecta melindres (delicadezas afectadas).
- Memorar, Memorar:** Recordar algo, hacer memoria de ello. **Memora:** Recuerdo. **Memorado:** Recordado.
- Menear.** Mover algo de una parte a otra.
- Menester.** Falta o necesidad de algo. Oficio u ocupación habitual. Necesidades fisiológicas. Instrumentos o cosas necesarias para los oficios u otros usos.
- Menesteroso.** Falto, necesitado, que carece de una cosa o de muchas.
- Menestralía.** Cuerpo o conjunto de menestrales [persona que tiene un oficio mecánico].
- Mengua.** Pobreza, necesidad y escasez de algo.
- Menguar.** Dicho de una cosa: Disminuir o irse consumiendo física o moralmente.
- Menoscabar.** Disminuir algo, quitándole una parte, acortarlo, reducirlo.
- Mentar.** Nombrar o mencionar a alguien o algo. **Mienta:** Mencionar.
- Mercader.** Persona que trata o comercia con géneros vendibles. Comerciante.
- Merced.** Premio o galardón que se da por el trabajo. Dáviva o gracia de empleos o dignidades, rentas, títulos nobiliarios, etc., que los reyes o señores hacen a sus súbditos. Beneficio gracioso que se hace a alguien, aunque sea de igual a igual. Favor.

Mermar. Hacer que algo disminuya o quitar a alguien parte de cierta cantidad que le corresponde. Mermar la paga, la ración. Bajar o disminuir algo o consumirse una parte de ello.

Messa. Mensaje. (Enciclopedia Católica Online, s.f.)

Mesura. Moderación, comedimiento. Gravedad y compostura en la actitud y el semblante. Reverencia, cortesía, demostración exterior de sumisión y respeto. Consideración.

Mesurado, mesurada. Medida: Moderación, comedimiento. Gravedad y compostura en la actitud y el semblante. Reverencia, cortesía, demostración exterior de sumisión y respeto. Templanza. Prudente, moderado.

Metisaca. Estocada [golpe que se tira de punta con la espada o el estoque] imperfecta, en la cual el torero clava el estoque en la res y lo saca rápidamente sin soltarlo.

Miembros. Cada una de las extremidades del ser humano o de los animales articuladas con el tronco.

Mientes. Mentirosos. Mentir: Decir o manifestar lo contrario de lo que se sabe, cree o piensa. Inducir a error. Fingir, aparentar.

Miga. Sustancia o importancia.

Mílite. Soldado (hombre que sirve en la milicia).

Minorar. Aminorar [reducir en cantidad, calidad o intensidad. Disminuir o menguar].

Minuto. Menudo: De pequeño tamaño. Despreciable, de poca o ninguna importancia.

Miramón. Miguel Gregorio de la Luz Atenógenes Miramón y Tarelo fue un general conservador mexicano que destacó primero de manera especial durante la Guerra de Reforma, primero como segundo jefe y más tarde primer jefe del ejército conservador, consiguiendo grandes victorias sobre el ejército liberal. Era conocido como "el joven Macabeo". (Wikipedia, s.f.)

Mirares. Mirón: Que mira, y especialmente que mira demasiado o con curiosidad.

Mirón. Que mira, y especialmente que mira demasiado o con curiosidad. Dicho de una persona: Que, sin jugar, presencia una partida de juego o, sin trabajar, mira cómo trabajan otros. Voyerista [persona que disfruta contemplando actitudes íntimas o eróticas de otras personas].

Miserere. Salmo 50, que, en la traducción de la Vulgata, empieza con esta palabra. Canto solemne que se hace del miserere en Semana Santa.

Mísero. Desdichado, infeliz. Abatido, sin fuerza. Avaricioso, tacaño. De pequeño valor.

Misiva. Dicho de un papel, un billete o una carta: Que se envía a alguien.

Mitote. Fiesta casera. Acaecimiento de cierto pro [ventaja o aspecto favorable]. Suceso provechoso.

- Mitra de Valladolid. Antiguo Obispado de Michoacán solía cubrir Guanajuato, San Luis Potosí, Michoacán, Colima y algunos pueblos en la frontera de Jalisco y otros estados. (Garza, 2018)
- Mixtura. Mezcla, juntura o incorporación de varias cosas.
- Mocetón. Persona joven, alta, corpulenta y fornida.
- Modorro, modorra. Inadvertido, ignorante, que no distingue las cosas. Somnolencia, sopor profundo. Sueño muy pesado y, a veces, patológico. Tenue.
- Mofa. Burla y escarnio que se hace de alguien o de algo con palabras, acciones o señales exteriores.
- Mofante. Mofa: Burla y escarnio que se hace de alguien o de algo con palabras, acciones o señales exteriores. Burlona.
- Mojicón. Golpe que se da en la cara con la mano.
- Mojonera. Lugar o sitio donde se ponen mojones (señales para fijar los linderos). Serie de mojones que señalan la confrontación de dos términos o jurisdicciones.
- Mole. Volumen o corpulencia grandes. Masa, gente, gentío.
- Molondra. Cabeza grande.
- Mondo, monda. Limpio y libre de cosas añadidas o superfluas. Monda: Acción y efecto de mondar [quitar la cáscara a las frutas, la corteza o piel a los tubérculos, o la vaina a las legumbres. Limpiar algo quitándole lo que está adherido a ello o metido entre sus partes]. Tiempo a propósito para la limpieza de los árboles. Cáscara o mondadura de frutos y de otras cosas. Exhumación de restos humanos en un cementerio para conducirlos a la fosa o al osario. Exhumación de huesos que de tiempo en tiempo se hacía en las parroquias de Madrid, cuando se enterraba en ellas a los fieles difuntos.
- Monición. Aviso o amonestación, especialmente el que hace con carácter oficial una autoridad eclesiástica.
- Monitoria. Que sirve para avisar o amonestar. Persona que avisa o amonesta. Amonestación o advertencia que el papa, un obispo o un prelado dirigía a los fieles en general, para la averiguación de ciertos hechos o para señalarles normas de conducta.
- Montante. Borde que se encuentra entre la celda de rejilla de una puerta o ventana. (Autodesk, 2018)
- Morar. Habitar o residir habitualmente en un lugar. Vivir.
- Morboso, morbosa. Enfermo. Que tiene morbo (atractivo propio de lo escabroso).
- Mordaz. Que es crítico, tiene ironía aguda y malintencionada. [Persona] que critica con ironía aguda y malintencionada. (Diccionario de español de Google, s.f.) Crítica ingeniosa y con maldad.
- Moro. Dicho de un hombre: Celoso, posesivo y que pretende tener siempre dominada a su pareja. Energúmeno.

Mortecino, mortecina. Bajo, apagado y sin vigor. Que está casi muriendo o apagándose. Tenue.

Mortificación. Acción y efecto de mortificar [afligir, desazonar o causar pesadumbre o molestia. Domar las pasiones castigando el cuerpo y refrenando la voluntad. Dañar gravemente alguna parte del cuerpo]. Cosa que mortifica.

Mortuorio. Perteneciente o relativo al muerto o a las honras fúnebres. Conjunto de preparativos y actos convenientes para enterrar a los muertos.

Mover guerra. Pelear.

Mozalillo. Mozalbete: Mozo de pocos años.

Mozas de la tierra. Dicho de un producto: Propio del país o de la comarca de que se trata. Jóvenes lugareñas.

Mozo. Joven, por su poca edad o por las características de joven que conserva. Soltero, célibe.

Mozuela. Muchacha virgen.

Muchachez. Estado y condición de muchacho. Juventud.

Mudar. Dejar la casa que se habita y pasar a vivir en otra.

Mueble. Dicho del patrimonio o de la hacienda: Que se puede mover. Cada uno de los enseres movibles que sirven para los usos necesarios o para decorar casas, oficinas y todo género de locales.

Muela de Santa Apolonia. Suponen los exégetas que santa Apolonia es abogada contra los dolores de muelas y dientes casi desde la fecha de su martirio, acaecido (según la mayoría de los hagiógrafos) a mediados del siglo III en Alejandría. Polonia o Apolonia recibió un atroz tormento de las enloquecidas turbas alejandrinas, trastornadas por un vidente que pronosticó grandes males para la ciudad si no morían todos los cristianos que habitaban en ella. Sabemos por Dionisio, obispo de Alejandría, en una carta escrita a Fabio, obispo de Antioquía, de cuya existencia da fe Eusebio en su Historia de la Iglesia, que los salvajes torturadores comenzaron por mortificar a la santa quebrantándole todos los dientes con una piedra, utilizando después la misma arma para abollarle todo el semblante. Durante siglos, tales dientes —recogidos cuidadosamente uno a uno por sus compañeros de religión— fueron distribuidos como preciosas reliquias por varias iglesias del orbe cristiano en las que, desde entonces, se leían oraciones para aliviar a los devotos de los molestos padecimientos de la dentadura. (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, s.f.)

Muelle. Delicado, suave, blando.

Mujeres a las que se les huyó la vida cuando estaban encinta. Mujeres que murieron embarazadas. Dicho de una mujer: preñada [dicho de una mujer, o de una hembra de cualquier especie: Que ha concebido y tiene el feto o la criatura en el vientre].

- Mujerzuela. Mujer de poca estimación. Mujer perdida, de mala vida.
- Mulada. Hato [porción de ganado mayor o menor] de ganado mular [perteneciente o relativo al mulo o la mula].
- Muladar. Lugar o sitio donde se echa el estiércol o la basura de las casas. Aquello que ensucia o inficiona material o moralmente.
- Música ratonera. Expresión que descalifica a un estilo musical. (Lorenci, 2020)
Música mala, o producida por malas voces o instrumentos desafinados.
- Musitar. Hablar en voz baja, susurrar.
- Mutismo. Silencio voluntario o impuesto.
- Muy sobre los estribos. Andar, o estar, alguien sobre los estribos: Obrar con advertencia y precaución.
- N.S.P.S. Nuestro señor padre santo. (EC Wiki Enciclopedia Católica Online, s.f.)
- Nadaba en los dineros. Tenía abundante dinero. Nadar: Abundar en algo.
- Nana. Niñera.
- Narcótico. Dicho de una sustancia: Que produce sopor, relajación muscular y embotamiento de la sensibilidad.
- Natividad. Nacimiento (acto de nacer). Por antonomasia, natividad de Jesucristo, de la Virgen María y de san Juan Bautista, que son las tres que celebra el cristianismo. Navidad (tiempo).
- Nautle. Neutle: Pulque [bebida alcohólica, blanca y espesa, del altiplano de México, que se obtiene haciendo fermentar el aguamiel o jugo extraído del maguey con el acocote].
- Nefanda. Dicho de una cosa: Que causa repugnancia u horror hablar de ella.
- Nefario, nefaria. Sumamente malvado, impío e indigno del trato humano.
- Negro, negra. Dicho de una sensación negativa: Muy intensa. Infeliz, infausto y desventurado.
- Nema. Cierre o sello de una carta.
- Neonato, neonata. Recién nacido.
- Nigromancia. Adivinación mediante la invocación a los muertos. Magia negra o diabólica.
- Nigromante. Persona que ejerce la nigromancia [magia negra].
- Nigromántico. Perteneciente o relativo a la nigromancia [magia negra]. Persona que ejerce la nigromancia.
- Ninfa. Joven hermosa. Cortesana (mujer de costumbres libres).
- Nixtamal. Maíz ya cocido en agua de cal, que sirve para hacer tortillas después de molido.
- No infundado. Justificado. Infundado: Que carece de fundamento [razón principal o motivo con que se pretende afianzar y asegurar algo. Justificación] real o racional.
- Nobles ventanas. Ventanales. Noble: Preclaro, ilustre, generoso.

Nomenclatura. Lista de nombres de personas o cosas.

Nominar. Dar nombre.

Non. No.

Nonada. Cosa de insignificante valor.

Nonadilla. Diminutivo, lo mismo que Nonada. Usase para mayor expresión (sic) de la poquedad. (Diccionario de Autoridades Tomo IV, 1734) Nonada: Cosa de insignificante valor. Nada. Pequeñez.

Nopal tapón, mala mujer, samandoca, sávila [sábila]. Plantas usadas en la herbolaria o la brujería. Nopal tapón: Especie fanerógama perteneciente a la familia Cactaceae. Mala mujer: En diversos sitios es usada para hemorragias de nariz, problemas renales, diabetes, para la vista y la hipertensión. Se usa también en padecimientos reumáticos. Asimismo, tiene amplio uso contra sustos, impresiones, “aires” y para “limpias. (México Desconocido, s.f.) Samandoca: La palma samadoca (Yucca carnerosana) es una especie de planta fanerógama perteneciente a la familia de las asparagáceas. La especie está, sin embargo, ampliamente distribuida en el norte de México (Coahuila, Durango, Zacatecas, Nuevo León, San Luis Potosí y Tamaulipas). (Wikipedia, s.f.) Sábila: produce dos sustancias que se usan en productos para el cuidado de la salud: un gel transparente y un látex amarillo. [...] Las investigaciones sobre el uso de la sábila para afecciones específicas muestran lo siguiente: Quemaduras y heridas, acné, psoriasis, virus del herpes simple, liquen plano oral y estreñimiento. (Mayo Clinic, s.f.)

Noramala. En hora mala. En mala hora: Locución adverbial usada para denotar disgusto, enfado o desaprobación ante lo que se enuncia.

Norte. Meta, objetivo.

Nostramo. Título que se da comúnmente al Santísimo Sacramento. “«Una luz amarilla, una vela de la Candelaria, otra de Nuestro Amo y una lamparita de aceite de olivo»” (FACUNDO, Chucho, tom. II, cap. 9). “«¿Quién trae vela de Nuestro Amo? dijo una señora»” (ID., Gentes, tom. II, capítulo 5). Así llamaban también los marineros al contra maestre. (Dicc. Marít.). (García Icazbalceta, 1899)

Novenario. Oraciones ofrecidas durante nueve días por un difunto.

Nueva Vizcaya. Fue la primera provincia en ser explorada y fundada en el Norte de México durante el Virreinato de la Nueva España. Ocupó el área actual de los estados de Durango, Chihuahua y parte del estado de Coahuila. (Wikipedia, s.f.)

Nuevo Reino de León. Fue un territorio administrativo del Imperio español, políticamente gobernado y dependiente de la Intendencia de San Luis Potosí y del Virreinato de la Nueva España. Su ubicación se encontraba en el área que corresponde generalmente al actual estado de Nuevo León en el país de México. (Wikipedia, s.f.)

Nuevos bríos. Tomar ánimo y aliento.

Nuez de San Blas. Blas de Sebaste, venerado como san Blas, fue un médico, obispo de Sebaste (Sebastensis armenorum) en Armenia (actual Sivas, Turquía) y mártir cristiano. Hizo vida eremítica en una cueva en el bosque del monte Argeus, que convirtió en su sede episcopal. Fue torturado y ejecutado en la época del emperador romano Licinio, durante las persecuciones a los cristianos de principios del siglo IV. Se lo considera patrono de los enfermos de garganta (faringe) y de los otorrinolaringólogos. (Wikipedia, s.f.)

Nunca bien ponderado. Digno de los mayores elogios.

Obeso. Dicho de una persona: Excesivamente gorda [muy abultado y corpulento. Que excede del grosor corriente en su clase. Hilo gordo. Lienzo gordo. Muy grande, fuera de lo corriente].

Oblato, oblata. Dicho de un niño: Ofrecido por sus padres a Dios y confiado a un monasterio para que se eduque culta y piadosamente y, si se aficionase, entre en religión. Integrante de alguna de las diversas congregaciones que se dan a sí mismas el nombre de oblatos u oblatas, es decir, ofrecidos. Integrante de la Congregación de las Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, fundada en España en 1870 para rehabilitar o educar a las mujeres jóvenes. Consagrada [dedicar, ofrecer a Dios por culto o voto una persona o cosa].

Obscenidad. Cualidad de obsceno [impúdico, torpe, ofensivo al pudor]. Cosa obscena.

Occisión. Muerte violenta. Occiso: Muerto.

Ociosa, ocioso. Desocupado, que no hace nada o carece de obligación que cumplir. Inútil, sin provecho ni fruto. Que no se usa para aquello a lo que está destinado.

Oclusión. Acción y efecto de ocluir [cerrar un conducto, como el intestino, con algo que lo obstruya, o una abertura, como la de los párpados, de modo que no se pueda abrir naturalmente].

Ojear. Mirar a alguna parte. Lanzar ojeadas [mirada pronta y ligera que se da a algo o hacia alguien] a algo. Mirar superficialmente un texto.

Ojo de Maimón. Moisés ben Maimón, más conocido como Maimónides (Córdoba, al-Ándalus, Imperio almorávide, 30 de marzo de 1138-El Cairo, Egipto ayubí, 12 de diciembre de 1204), fue un judío sefardí considerado uno de los mayores estudiosos de la Torá en época medieval. Conocido en el judaísmo, y por tanto en hebreo, por el acrónimo Rambam, ejerció de médico, filósofo, astrónomo y rabino en al-Ándalus, Marruecos y Egipto [...] Las obras médicas de Maimónides albergan grandes descripciones del asma, diabetes, hepatitis y neumonía, además de incidir en la moderación y un estilo de vida saludable. Sus tratados llegaron a ser muy influyentes para muchas generaciones de médicos. Se instruyó tanto en la medicina clásica griega como en la coetánea islámica, y siguió los principios del humoralismo de Galeno. (Wikipedia, s.f.)

- Ojo inquisidor. Que examina cuidadosamente.
- Ombrajosa. Sombría. El escritor español José Martínez Ruiz, Azorín, creó la voz ‘ombrajoso’ a partir del modelo francés *ombrageux* y su uso por ‘sombrió’. (Menéndez Pidal y Goyri, 2021)
- Ombroso, ombrosa. Umbroso: Que tiene sombra o la causa. Ensombrecido, sombrío.
- Ominoso. Abominable o despreciable.
- Oneroso, onerosa. Pesado, molesto o gravoso. Costoso.
- Onza pelucona. Ocho escudos de oro realizados a partir de 1728, bajo el reinado de Felipe V, hasta las últimas acuñaciones de Carlos IV. Las monedas pesaban 27.10 gramos con ley de 22 quilates y tenían grabado el busto del rey de España, representado con una gran peluca barroca. (Gómez Ventayol, 2019)
- Opinada. Tener formada una idea u opinión. Manifestar una idea u opinión. En las encuestas cada uno opina lo que quiere. Tener una opinión de alguien o de algo. Opinar bien de él. Opina como tú. Manifestar una opinión.
- Opulencia. Abundancia, riqueza y sobra de bienes. Sobreabundancia de cualquier otra cosa.
- Ora. Ahora [en este momento o en el tiempo actual].
- Ordenanza. Norma de valor reglamentario, ordinariamente dictada por una administración local. Disposición general, ordinariamente reguladora de asuntos económicos, fiscales o para la organización de cuerpos administrativos o militares. Disposición dada por los reyes para fundamentar o regular la actuación de algún organismo (por ejemplo, las audiencias), así como para resolver problemas de jurisdicción, competencia o algún tema específico. Conjunto de normas dadas para la regulación de hermandades de villas en las juntas generales u órgano de gobierno de las mismas en los asuntos que les afectaban. (Diccionario panhispánico del español jurídico, s.f.)
- Orear. Dicho del aire: Dar en algo, refrescándolo. Dicho de una persona: Salir a tomar el aire. Ventilar.
- Orillada. Acercarse, aproximarse. Llegarse o arrimarse a las orillas. Rodear.
- Osadía. Atrevimiento [acción y efecto de atreverse (determinarse a algo arriesgado). Acción y efecto de atreverse (insolentarse)], resolución.
- Osar. Atreverse, emprender algo con audacia.
- Ostentación. Acción y efecto de ostentar [mostrar o hacer patente algo. Hacer gala de grandeza, lucimiento y boato (ostentación en el porte exterior. Vocería o gritos en aclamación de una persona)]. Jactancia y vanagloria. Magnificencia exterior y visible. Alarde.
- Ostentar. Mostrar o hacer patente algo. Hacer gala de grandeza, lucimiento y boato.

- Ostugo. Rincón [escondrijo (lugar propio para esconderse, o para esconder y guardar en él algo) o lugar retirado. Espacio pequeño].
- Otahegui. Fray Antonio Otahegui fue uno de los iniciadores del movimiento insurgente en San Luis Potosí en 1810, de los primeros patriotas que dieron su vida por la emancipación del pueblo mexicano, sacrificado por los soldados realistas la madrugada del 10 de noviembre de 1810. (Cronologías San Luis Potosí, s.f.)
- Otáñez. Voz jocosa que se usa para explicar un gentilhomme, que sirve de acompañar a alguna señora: que por lo regular se entiende de los que ya (sic) [ya] son ancianos, y mui comunmente (sic) [comúnmente] se les nombra con el titulo de Don: como D. Otáñez vino, iba con su D. Otáñez. Latín. *Vetulus stator*. (Diccionario de autoridades Tomo V, 1737). Aristócrata.
- Otomite. Otomí. (Barrientos López, 2004) pueblo de México que habita un territorio discontinuo en el centro de México. Está emparentado lingüísticamente con el resto de los pueblos de habla otomanguéana, cuyos antepasados han ocupado el Eje Neovolcánico desde varios milenios antes de la era cristiana. [...] en San Luis Potosí, un total de 35 familias otomíes fueron llevadas a la fuerza para ocupar la periferia de la ciudad y defenderla de los ataques de los indígenas nómadas de la región en 1711. (Wikipedia, s.f.)
- Oviese. Hubiese.
- Oxte. Oste. Interjección usada para rechazar a alguien o algo que molesta, ofende o daña.
- Pacto de sangre. Acuerdo firmado con sangre por el que ambas partes se comprometen a ejecutar ciertas acciones y a recibir retribuciones de la otra parte por su cumplimiento. Hermandad de sangre: Involucra actos como la mezcla de sangre por medio de heridas y, aunque menos utilizado, mezcla de sangre en bebidas. Suele reflejar un vínculo más fuerte que una hermandad biológica, debido a que se adquieren responsabilidades mutuas más estrictas; suele realizarse un vínculo de igualdad entre las partes involucradas. (Wikipedia, s.f.) Pacto: Concerto [ajuste o convenio entre dos o más personas o entidades sobre algo] o tratado entre dos o más partes que se comprometen a cumplir lo estipulado.
- Padre Vargas. Fray José Antonio Vargas, teniente general nombrado por José Rafael Iriarte Leitona [militar novohispano que se unió a los insurgentes durante el inicio de la guerra de independencia de México]. Durante los 11 años de la guerra de insurrección, medio pueblo potosino, obligado por el antiguo jefe de la décima brigada Don Félix Calleja, empuñó las armas en defensa de la causa realista, y como esclavo de la subordinación que siempre lo ha distinguido, cruzó esas armas más de una vez con las de sus hermanos los defensores de la independencia. El clero de San Luis dio para esa guerra un buen contingente, torneando parte en ella presbíteros y frailes. (Muro, 1910)

Padres ignacianos. Jesuitas.

Pajarraco, pajarraca. Pájaro grande desconocido, o cuyo nombre no se sabe.

Persona disimulada y astuta.

Pajecillo. Se denominaba paje a todo joven que estaba al servicio de un noble o de un rey. El nombre deriva del italiano paggio y por contracción de la palabra latina paedagogium. Este servidor se ocupaba del servicio interno de la casa. Por lo general el paje solía ser muy joven y tener entre 7 y 14 años aproximadamente. (Wikipedia, s.f.)

Palabrota. Dicho ofensivo, indecente o grosero.

Palique. Artículo breve de tono crítico o humorístico. Conversación de poca importancia.

Palma. Gloria, triunfo.

Pandereado. Movido. Pandero: Instrumento rústico formado por uno o dos aros superpuestos, de un centímetro o menos de ancho, provistos de sonajas o cascabeles y cuyo vano está cubierto por uno de sus cantos o por los dos con piel muy lisa y estirada. Se toca haciendo resbalar uno o más dedos por ella o golpeándola con ellos o con toda la mano. Persona necia y que habla mucho con poca sustancia.

Para sí. Mentalmente o sin dirigir a otro la palabra. Se aplica también este modismo a los pronombres mí y ti.

Paradero. Lugar o sitio donde se para o se va a parar. Fin o término de algo.

Paraje. Lugar en el campo aislado y singular.

Paramento. Adorno o atavío con que se cubre algo. Sobrecubiertas o mantillas del caballo. Cada una de las dos caras de una pared. Cada una de las seis caras de un sillar labrado.

Pardo, parda. Dicho de un color: Semejante al de la tierra o al de la piel del oso, y que tira a marrón o a rojizo.

Paredaña. Que está pared por medio del lugar a que se alude. Contigua.

Paredón. Sitio, generalmente delante de un muro, donde se da muerte por fusilamiento.

Parla. Verbosidad [abundancia de palabras] insustancial. Labia. Dicho.

Parlero, parlera. Que habla mucho. Que lleva chismes o cuentos de una parte a otra, o dice lo que debiera callar.

Parola. Verbosidad. Conversación larga e insustancial.

Parpadear. Vacilar.

Partes vergonzosas. Genitales [órganos sexuales externos].

Parvo, parva. Pequeño en tamaño, importancia o cantidad. Parvedad (corta porción de alimento). Mies [cereal de cuya semilla se hace el pan] tendida en la era para trillarla, o después de trillada, antes de separar el grano. Entre la gente trabajadora, desayuno. Montón o cantidad grande de algo.

Párvula, párvulo, parvulito. Inocente, cándido y sin malicia. De corta edad.

- Humilde. Recién nacido. Pequeño.
- Pasar. Tener lo necesario para vivir.
- Pastura. Pasto o hierba de que se alimentan los animales.
- Patentizar. Hacer algo patente (manifiesto).
- Patíbulo. Tablado o lugar en que se ejecuta la pena de muerte.
- Paupérrima. Adjetivo superlativo de pobre.
- Pava. Persona sosa o incauta. Ingenua.
- Pavesa. Partecilla ligera que salta de una materia inflamada y acaba por convertirse en ceniza.
- Pávido, pávida. Tímido, medroso o lleno de pavor.
- Pavoroso, pavorosa. Que causa pavor [temor, con espanto o sobresalto].
- Peaña. Peana: Basa, apoyo o pie para colocar encima una figura u otra cosa. Tarima que hay delante del altar, arrimada a él.
- Pecadrices. Pecatriz: Pecadora, [que peca, prostituta]. Pecatrices: Pecadoras
- Pechero. En la Castilla del Antiguo Régimen, desde la Baja Edad Media hasta el final de la Edad Moderna, era la condición social que no viene determinada por la riqueza, sino exclusivamente por la obligación de contribuir al pago de un tipo de impuesto personal: el llamado servicio ordinario y extraordinario [...] Pechar se entiende como pagar impuestos, y existen algunos impuestos con el nombre de pechos o pechas en Navarra y Aragón. Puede considerársele en su uso extendido como sinónimo de plebeyo, pueblo llano, Tercer Estado o común y más impropriamente, con la condición de contribuyente, que es la propia del Estado contemporáneo. (Wikipedia, s.f.)
- Pecunia. Moneda o dinero.
- Pedernal. Sílex: Roca, variedad de cuarzo, compacto, traslúcido en los bordes y que produce chispas al ser golpeado y que por su dureza se usó en la Edad de Piedra para la elaboración de herramientas cortantes. (Wikipedia, s.f.)
- Pedir las perlas de la virgen. Pedir más de lo razonable, demasiado, lo que difícilmente puede concederse.
- Pedrada de tumulto. Uno entre mil. Que no se sabe quién la tiró o de quién es.
- Pedrea. Acción de apedrear o apedrearse. Combate a pedradas.
- Pelafustán, pelafustana. Persona holgazana, despreciable e insignificante. (Diccionario de español de Google, s.f.) Pelagatos: Persona insignificante o mediocre, sin posición social o económica.
- Pelándoselas. Pelárselas. Apetecer algo con vehemencia. Irse rápidamente, escabullirse. Huir.
- Pelandrín. Pelantrín: Desconocido.
- Pella. Conjunto o multitud de personas.
- Pelos y señales. Pormenores y circunstancias de algo.
- Penar. Padecer, sufrir, tolerar un dolor o pena. Afligirse, acongojarse, padecer una pena o sentimiento.

- Pendencia. Contienda, riña de palabras o de obras.
- Pendiente. Que pende [dicho de una cosa: Estar colgada, suspendida o inclinada].
- Pendoleando. Pendular: Moverse como un péndulo [de un lado a otro].
- Pendolista. Persona que escribe con muy buena letra. Memorialista (escritor de memoriales).
- Penitencial. Perteneciente o relativo a la penitencia o que la incluye. Libro que recogía las normas y ritos para la imposición de penitencias públicas.
- Péñola. Pluma (de ave para escribir).
- Per saecula. Per saecula saeculorum: Por los siglos de los siglos. (Word Reference, s.f.)
- Percha. Pieza o mueble de madera o metal con colgaderos en que se pone ropa, sombreros u otros objetos, y que puede estar sujeto a la pared o constar de un palo largo y de un pie para que apoye en el suelo. Utensilio ligero que consta de un soporte donde se cuelga un traje u otra prenda parecida y que tiene en su parte superior un gancho para suspenderlo de una percha o de una barra. Colgadero (garfio o escarpia para colgar). Madero o estaca larga y delgada, que regularmente se atraviesa en otras para sostener algo.
- Percherón. Dicho de un caballo o de una yegua: Que pertenece a una raza francesa que por su fuerza y corpulencia es muy a propósito para arrastrar grandes pesos.
- Percudir. Dicho de la suciedad: Penetrar en algo. Maltratar o ajar la tez o el lustre de las cosas.
- Perder la sal del bautismo. Dentro del rito [de bautismo] se le pone un poco de sal en la lengua del bautizado. Esto es una señal de bienvenida. Simboliza la entrada a la familia de la Iglesia y la bienvenida que le damos al nuevo miembro. Otro significado que tiene la sal, es el gusto por las cosas de Dios que la gracia del Bautismo le dará al bautizado. (Cendoya, s.f.) Dentro de la liturgia católica la sal se considera símbolo de pureza, de ahí que, en la ceremonia bautismal, el bautizado reciba unos granos de ese mineral para asegurar su alegórica purificación. (Buen territorio católico, s.f.)
- Perder la tierra. Vender sus posesiones.
- Perdonavidas. Baladrón [fanfarrón y hablador que, siendo cobarde, presume de valiente. Truhan (sinvergüenza)], persona que presume de lo que no es y se jacta de valiente.
- Perdulario. Sumamente descuidado en sus intereses o en su persona. Vicioso incorregible.
- Perendengue. Adorno femenino de poco valor. Moneda de vellón que se acuñó en tiempo de Felipe IV, y valía cuatro maravedís. Adornos, atavíos.
- Perenne. Continuo, incesante, que no tiene intermisión.
- Perdolente. Indulgente.

- Pérfido, pérfida. Desleal, infiel, traidor, que falta a la fe que debe. Infame.
- Perinquinoso, perinquinosa. Que tiene perinquina [inquina: Aversión, mala voluntad]. Repugnante.
- Perniciosa fémica. Mujer dañina. Pernicioso: Gravemente dañoso y perjudicial. Fémica: Mujer (persona del sexo femenino).
- Pernicioso. Gravemente dañoso y perjudicial.
- Peroración. Acción y efecto de perorar [pronunciar un discurso u oración]. Discurso.
- Perorar. Pronunciar un discurso u oración. Hablar en la conversación familiar como si se estuviera pronunciando un discurso. Pedir con instancia.
- Perplejidad. Irresolución, confusión, duda de lo que se debe hacer en algo. Incertidumbre.
- Personarse. Presentarse personalmente en una parte. Dicho de una persona: Reunirse con otra para tratar algo.
- Pertinacia. Obstinación, terquedad o tenacidad en mantener una opinión, una doctrina o la resolución que se ha tomado. Gran duración o persistencia.
- Pertinaz. Obstinado, terco o muy tenaz en su dictamen o resolución.
- Pertinencia. Cualidad de pertinente [perteneciente o correspondiente a algo. Un teatro con su pertinente escenario. Que viene a propósito]. Congruencia.
- Pesadumbre. Injuria (agravio). Molestia, desazón, padecimiento físico o moral. Motivo o causa del pesar, desazón o sentimiento en acciones o palabras. Riña o contienda con alguien, que ocasiona desazón o disgusto.
- Pesaroso. Sentido o arrepentido de lo que se ha dicho o hecho. Que por causa ajena tiene pesadumbre o sentimiento. Triste.
- Pescudar. Averiguar, preguntar.
- Pésete. Especie de juramento, maldición o execración [condenar y maldecir con autoridad sacerdotal o en nombre de cosas sagradas. Vituperar o reprobar severamente].
- Pesiatales. Pesía tal: Pesía [para expresar desazón o enfado]. También se usa algunas veces por modo de interjección, para demostrar la extrañeza o disonancia que hace alguna cosa. (Diccionario de autoridades tomo V, 1737)
- Pespuntear. Coser o labrar de espunte, o hacer espuntes.
- Pesquisa. Información o indagación que se hace de algo para averiguar la realidad de ello o sus circunstancias.
- Pesquisición. Perquisición: Acto de buscar algo con cuidado y diligencia. (Asociación para la Defensa del Patrimonio Lingüístico de España, s.f.) Perquirir: Investigar, buscar algo con cuidado y diligencia.
- Pestífera tufarada. Olores apestosos. Pestífera: Que tiene muy mal olor. Tufarada: De tufo, olor vivo o fuerte y desagradable que se percibe de pronto.
- Pestilentes brebajes. Bebidas malolientes. Pestilente: Que origina peste. Que da mal olor. Brebaje: Bebida, y en especial la compuesta de ingredientes

desagradables al paladar. En los buques, vino, cerveza o sidra que bebían los marineros.

Picado. Acción y efecto de picar [pinchar una superficie con un instrumento punzante]. Dicho de un picador: Herir al toro en el morrillo con la garrocha, procurando detenerlo cuando acomete al caballo.

Pico de oro. Que tiene facilidad para hablar.

Pico. Parte pequeña en que una cantidad excede a un número redondo. Pico de una cantidad cuando se ignora cuál es o no se quiere expresar.

Picota. Parte superior, en punta, de una torre o montaña muy alta

Piedra imán. Es una pieza naturalmente imantada de magnetita. Son imanes que se dan naturalmente, los cuales pueden atraer hierro. (Wikipedia, s.f.)

Pilhuanes. Indios mozos [jóvenes] cristianizados. Voz derivada del náhuatl, que significa ‘hijos e hijas’, es decir, muchachos educados en la escuela del convento. (Ruz Sosa, 1995)

Pintar la raya muy larga. Pusieron un límite muy largo. **Pintar:** Señalar o trazar un signo. **Raya:** Término, confín o límite de una nación, provincia, región o distrito. **Lindero** de un predio de mucha extensión. Término que se pone a algo, tanto en lo físico como en lo moral.

Pintorrear. Pintarrajear (pintar sin arte) [pintar sin arte, de uno o varios colores, algo. El niño pintarrajeó la pared. Pintar o maquillar en exceso a alguien, o una parte de su cuerpo].

Pío, pía. Devoto, inclinado a la piedad, dado al culto de la religión. Benigno, blando, misericordioso, compasivo.

Piquete. Grupo poco numeroso de soldados que se emplea en diferentes servicios extraordinarios.

Piquete. Se le llama piquete a esa pequeña cantidad de alcohol que se le añade a una bebida que usualmente no lo lleva, por ejemplo, el café, con el cual se acostumbran combinaciones con whisky, brandy o rompope. (Reyes Castro, 2021) Licor, bebida alcohólica.

Pistolete. Arma de fuego más corta que la pistola.

Pirulero. **Pirul:** Turbinto [Árbol de América del Sur, de la familia de las anacardiáceas, con tronco recto, corteza resquebrajada y ramas colgantes, hojas compuestas de hojuelas lanceoladas siempre verdes, flores pequeñas, blanquecinas, en panojas axilares, y fruto en bayas redondas de corteza rojiza y olor de pimienta, que da buena trementina y con cuyas bayas se hace en América una bebida muy grata].

Pizarra. Trozo de pizarra [roca homogénea, de grano muy fino, comúnmente de color negro azulado, opaca, tenaz, que se divide con facilidad en hojas planas y delgadas, y que procede de una arcilla metamorfoseada por las acciones telúricas.] pulimentado, de forma rectangular, usado para escribir o dibujar en él con pizarrín, yeso o lápiz blanco. Placa de plástico blanco

- usada para escribir o dibujar en ella con un tipo especial de rotuladores cuya tinta se borra con facilidad.
- Placentería. Placer [goce o disfrute físico o espiritual producido por la realización o la percepción de algo que gusta o se considera bueno. Diversión, entretenimiento].
- Placer. Agradar o dar gusto.
- Plácida. Quieto, sosegado y sin perturbación. Grato, apacible.
- Plagiar. Secuestrar a alguien para obtener rescate por su libertad.
- Plantar. Colocar algo en el lugar en que debe estar para ser usado.
- Plañir. Gemir y llorar, sollozando o clamando [clamar: Exigir (pedir imperiosamente). Clamar venganza, justicia. Llamar. Quejarse, dar voces lastimosas pidiendo favor o ayuda].
- Plebanía. Plebano: En algunas partes, párroco, cura párroco. Congregación.
- Pleiteante. Que pleitea (litiga judicialmente). Contendiente.
- Pleito a punto o a filo de hierro. Pelearse a puños o con espada.
- Plenilunio. Luna llena.
- Pliego petitorio. Escrito en el que plantea un conflicto y se pide resolverlo.
Pliego de peticiones: Escrito por el que un sindicato o grupo de trabajadores plantea un conflicto colectivo ante la autoridad administrativa laboral. (Diccionario panhispánico del español jurídico, s.f.)
- Plomizo. Pesado o molesto.
- Poder. Tener expedita la facultad o potencia de hacer algo. Tener facilidad, tiempo o lugar de hacer algo.
- Poluto. Sucio, inmundo.
- Polvareda. Cantidad de polvo que se levanta de la tierra, agitada por el viento o por otra causa cualquiera.
- Pompa procerosa. Acompañamiento suntuoso. Pompa: Acompañamiento suntuoso, numeroso y de gran aparato, que se hace en una función, ya sea de regocijo o fúnebre. Procerosa: Dicho de una persona: De alta estatura, corpulenta y de gran peso.
- Pomposo, pomposa. Ostentoso, magnífico, grave y autorizado.
- Ponderoso, ponderosa. Que pesa mucho. Que hace o se hace con gran cuidado.
- Poner en capilla. Estar en capilla, o en la capilla. Dicho de un reo: Estar, desde que se le notifica la sentencia de muerte hasta la ejecución, en cualquier pieza de la cárcel dispuesta como capilla.
- Poner en su boca. Nombrar, mencionar.
- Poner muy en alto. Por todo lo alto: Con rumbo y esplendidez.
- Ponerlo en suerte para la faena. Alistarlo para la mala pasada. Faena: Mala pasada.
- Por entero. Enteramente [de manera completa o plena].
- Por más señas. Locución adverbial coloquial usada para traer al conocimiento

- algo, recordando sus circunstancias o indicios.
- Porfía.** Acción de porfiar [discutir obstinadamente y con tenacidad. Importunar repetidamente con el fin de conseguir un propósito. Intentar con tenacidad el logro de algo para lo que se encuentra resistencia]. A porfía: Con emulación y competencia. Terquedad.
- Porfiado, porfiada.** Dicho de una persona: Terca y obstinada en su dictamen y parecer.
- Porfiar.** Discutir obstinadamente y con tenacidad. Importunar repetidamente con el fin de conseguir un propósito. Intentar con tenacidad el logro de algo para lo que se encuentra resistencia.
- Porvida.** Juramento o imprecación [pronunciar palabras con que se expresa el vivo deseo de que (sic) alguien sufra mal o daño] que se hace jurando por la vida de Dios o de una persona.
- Posar.** Soltar la carga que se trae a cuestras, para descansar o tomar aliento. Poner suavemente. Alojarse u hospedarse en una posada o casa particular. Descansar, asentarse o reposar. Dicho de un ave u otro animal que vuela, o de un avión o un aparato astronáutico: Situarse en un lugar o sobre una cosa después de haber volado.
- Postrar.** Postrero: Último de una serie o sucesión.
- Postrero.** Último de una serie o sucesión. Las postreras horas del día. Situado en lo más remoto o lejano.
- Potencia.** Poder, fuerza.
- Potro.** Caballo desde que nace hasta que muda los dientes de leche, que, generalmente, es a los cuatro años y medio de edad. Caballo joven. Aparato de tortura en el que se inmovilizaba al preso para tirar de sus extremidades y provocar la dislocación de las articulaciones.
- Pragmática.** Ley emanada de competente autoridad, que se diferenciaba de los reales decretos y órdenes generales en las fórmulas de su publicación.
- Preceptora.** Persona que enseña. Persona que enseñaba gramática latina.
- Preces.** Versículos tomados de la Sagrada Escritura y oraciones destinadas por la Iglesia para pedir a Dios socorro en las necesidades públicas o particulares. Ruegos, súplicas.
- Precocidad.** Precoz [dicho de una persona: Que desarrolla algunas cualidades o capacidades antes de lo normal]. Prontitud.
- Premeditación.** Cuando el agente ha reflexionado sobre la comisión del delito de homicidio o de lesiones que pretende cometer (Código Penal para el Estado de Zacatecas, 1986) Pensar reflexivamente algo antes de ejecutarlo.
- Proponerse de caso pensado** perpetrar un delito, tomando al efecto previas disposiciones. Planificado.
- Prender.** Privar de libertad a una persona, principalmente poniéndola en la cárcel por delito cometido u otra causa.

- Prensar. Apretar algo en la prensa, o mediante otro procedimiento, para compactarlo. Acongojar.
- Preñado, preñada. Dicho de una mujer, o de una hembra de cualquier especie: Que ha concebido y tiene el feto o la criatura en el vientre. Lleno o cargado.
- Preponer. Anteponer o preferir una cosa a otra.
- Présago. Que anuncia, adivina o presiente algo.
- Presbiterio. Área del altar mayor hasta el pie de las gradas por donde se sube a él, que regularmente suele estar cercada con una reja o barandilla.
- Presbítero. En el catolicismo, eclesiástico al que se le ha conferido, por el sacramento del orden, el segundo grado de la jerarquía eclesiástica. Sacerdote.
- Presente. Obsequio, regalo que alguien da a otra persona en señal de reconocimiento o de afecto.
- Prestamente. Con presteza [prontitud, diligencia y brevedad en hacer o decir algo].
- Prestar más alas. Ayudar. Prestar: Ayudar, asistir o contribuir al logro de algo.
- Presteza. Prontitud, diligencia y brevedad en hacer o decir algo.
- Presto. Pronto, diligente, ligero en la ejecución de algo. Aparejado, pronto, preparado o dispuesto para ejecutar algo o para un fin. Luego, al instante, con gran prontitud y brevedad.
- Pretensa. Supuesto. Pretensión. Pretendida.
- Preterida. Hacer caso omiso de alguien o algo. Omitir en la institución de herederos a los que son forzosos, sin desheredarlos expresamente en el testamento. Olvidada.
- Pretérita impetuosidad. Fogosidad pasada. Pretérito, pretérita: Que ya ha pasado o sucedió. Impetuoso, impetuosa: Que se mueve de modo violento y rápido. Fogoso, vivo, vehemente.
- Pretil. Muro de poca altura en el borde de una terraza o balcón construido para evitar caídas.
- Prima noche. A prima noche es el tiempo comprendido entre las 6:00 pm y las 9:00 pm. (Diccionario abierto de español, s.f.) Primera parte de la noche.
- Primiserio. Primicerio: Dicho de una persona: Que es primera o superior a las demás en su línea.
- Primo cormano. Primo hermano [hijo del tío carnal de una persona].
- Primorosamente. Primoroso, primorosa: Excelente, delicado y perfecto. Diestro, experimentado y que hace o dice con perfección algo.
- Principales. Nobles indios parientes de un cacique (siglo XVI). Nobles, notables o personalidades eminentes de los pueblos indios (periodo colonial) hombres de edad que dirigen las comunidades indias al lado de las autoridades civiles (siglos XIX y XX) [...] Los conquistadores españoles encontraron en Mesoamérica una sociedad compleja basada en una agricul-

tura intensiva. La estratificación social se caracterizaba por la existencia de dos “estados”. La mayor parte de la población estaba constituida por gente común o macehuales (campesinos), organizados en comunidades locales y sometidos a pagos tributarios. Una nobleza hereditaria tenía acceso a este tributo y asumía los cargos políticos, religiosos y militares del imperio azteca. Esta distinción fundamental de la sociedad precolombina sobrevivió a la conquista española. Los conquistadores entraron en contacto con la nobleza indígena, y, durante más de un siglo, las historias regionales fueron hechas de las relaciones particulares que se enlazaron entre los españoles y los indígenas nobles a quienes se les atribuyó los títulos de caciques y principales. (Dehouve, 2002)

Principalidad. Cualidad de principal o de primero en su línea. Sobresaliente.

Pringoso, pringosa. Que tiene pringue [grasa que suelta el tocino u otra cosa semejante sometida a la acción del fuego. Suciedad, grasa o porquería que se pega a la ropa o a otra cosa. Castigo que consistía en echar pringue hirviendo a alguien] o está grasiento o pegajoso.

Pringuita. Pringa: Pequeña porción de líquido. Salpicadura.

Prístino, prístina. Antiguo, primero, primitivo, original.

Procacidad. Desvergüenza, insolencia, atrevimiento. Dicho o hecho desvergonzado, insolente.

Proceder. Dicho de una persona: Portarse y gobernar sus acciones bien o mal. Comportamiento.

Proceloso. Borrascoso, tormentoso, tempestuoso.

Procerosa. Dicho de una persona: De alta estatura, corpulenta y de gran peso.

Procurar. Conseguir o adquirir algo. Buscar.

Prodigar. Disipar, gastar pródigamente o con exceso y desperdicio algo. Dar con profusión y abundancia. Dispensar profusa y repetidamente elogios, favores, dádivas, etc. Excederse indiscretamente en la exhibición personal.

Profanar. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos. Deslucir, desdorar, deshorrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Proferir. Pronunciar, decir, articular palabras o sonidos. Ofrecer, prometer, proponer.

Proficuo, proficua. Provechoso, ventajoso, favorable.

Progenie. Casta, generación o familia de la cual se origina o desciende una persona. Descendencia o conjunto de hijos de alguien. Descendencia directa de un ser vivo en una generación.

Prohijar. Adoptar a alguien como hijo.

Prometimiento. Promesa [expresión de la voluntad de dar a alguien o hacer por él algo. Persona o cosa que promete por sus especiales cualidades. Ofrecimiento hecho a Dios o a sus santos de ejecutar una obra piadosa].

- Pronto. Veloz, acelerado, ligero. Dispuesto, aparejado para la ejecución de algo. Reacción repentina motivada por una pasión u ocurrencia inesperada. Ataque repentino y aparatoso de algún mal.
- Propalar. Divulgar algo oculto que generalmente se considera negativo.
- Propinar. Dar un golpe.
- Prorrumpir. Salir algo con ímpetu. Proferir repentinamente y con fuerza o violencia una voz, un suspiro u otra demostración de dolor o pasión vehemente. Exclamar.
- Provecta. De edad avanzada.
- Providencia. Tomar alguien providencia, o una providencia: Adoptar una determinación. Medida [disposición, prevención].
- Provincia. Fue una división territorial de los dominios americanos de la Monarquía española (...) estaba gobernada por un Jefe Político Superior nombrado por el Rey y una Diputación Provincial de siete miembros, elegida popularmente. Se subdividía en partidos, gobernados por Jefes Políticos Subalternos. (Wikipedia, s.f.)
- Puchero. Alimento diario y regular.
- Pudoroso, pudorosa. Lleno de pudor [honestidad, modestia, recato].
- Puebla. Población, pueblo, lugar.
- Puerta franca. Entrada o salida libre que se concede a todos.
- Pujo. Deseo violento de exclamar la risa o el llanto.
- Pulular. Abundar y bullir en un lugar. Dicho de los insectos y sabandijas: Abundar, multiplicarse rápidamente en un lugar.
- Pundonor. Sentimiento que impulsa a una persona a mantener su buena fama y a superarse. Honra.
- Punible. Que merece castigo.
- Punitiva, punitivo. Perteneciente o relativo al castigo.
- Puntal. Puntual: Que llega a un lugar o que parte de él a la hora convenida. Diligente en hacer las cosas a su tiempo y sin dilatarlas.
- Puntillo. Amor propio o pundonor [sentimiento que impulsa a una persona a mantener su buena fama y a superarse] muy exagerado y basado en cosas sin importancia.
- Puñal de misericordia. El estilete [puñal de hoja muy estrecha y aguda, que también recibiera el nombre de "misericorde" (misericordia), comenzó a ganar fama durante la Alta Edad Media, donde era utilizado como arma secundaria por los caballeros. Era utilizada para acabar con los caídos o los oponentes gravemente heridos que contaban con pesadas armaduras y que no se esperaba que sobrevivieran. (Wikipedia, s.f.) Puñal con que solían ir armados los caballeros de la Edad Media para dar el golpe de gracia al enemigo.

- Pusilánime. Dicho de una persona: Falta de ánimo y valor para tomar decisiones o afrontar situaciones comprometidas. Cobarde.
- Quebranto. Debilidad, falta de fuerzas y vigor en el cuerpo o en el ánimo.
- Quebrar la concha que guarda la perla del secreto. Revelar un secreto.
- Quedarse a vestir santos. Quedarse para vestir santos una mujer: Quedarse soltera.
- Quedo, queda. Quieto [que no tiene o no hace movimiento. Pacífico, sosegado, sin turbación o alteración].
- Querella. Discordia [oposición, desavenencia de voluntades u opiniones], pendencia [contienda, riña de palabras o de obras].
- Quicio. Parte de una puerta o ventana en que se inserta el madero o eje al que van unidas las hojas. Ángulo formado por la hoja de una puerta o de una ventana y la parte del muro en que están las bisagras. (Diccionario de español de Google, s.f.)
- Quintal. Peso de 100 libras equivalente en Castilla a 46 kg aproximadamente.
- Quintañón, quintañona. Centenario (que tiene 100 años).
- Quinto. Derecho que se pagaba al rey por las presas, tesoros y otras cosas semejantes, que siempre era la quinta parte de lo hallado, descubierto o aprehendido.
- Quisto, quista. Querido o estimado.
- R.P. Fr. Reverendo padre hermano. (Enciclopedia Católica Online, s.f.)
- Ración. Parte o porción de alimento que se da tanto a personas como a animales. Cantidad de algo que puede adquirir la población en épocas de escasez. Asignación diaria que en especie o dinero se da a cada soldado, marinero, etc., para su alimento. Porción, generalmente pequeña, de un alimento que se sirve en bares, tabernas, restaurantes, etc.
- Raído. Dicho de una prenda o de un tejido: Muy gastado por el uso, sin llegar a estar roto.
- Rapiña. Robo, expoliación o saqueo que se ejecuta arrebatando con violencia.
- Ratonera, ratonero. Trampa o engaño urdidos con el fin de coger a alguien.
- Raudal. Abundancia de cosas que rápidamente y como de golpe concurren o se derraman.
- Raudo. Rápido, violento, precipitado.
- Real de Minas. Pueblos de la Nueva España en cuyos distritos se encontraban depósitos de oro, plata, cobre, azogue, sal gema y otros minerales. (Yáñez Rosales, 2001)
- Real. Que tiene existencia objetiva. Campamento de un ejército, y especialmente el lugar donde está la tienda del rey o general. Asentamiento. Moneda con diverso valor y factura según épocas y lugares. Dinero.
- Rebatir. Rechazar o contrarrestar la fuerza o violencia de alguien.

- Rebisabuelo, rebisabuela. Tatarabuelo [padre y/o madre de uno de los bisabuelos (padre y/o madre de uno de los abuelos de una persona) de una persona. Antepasado remoto de una persona].
- Rebisnieto, rebisnieta. Tataranieta [hijo del bisnieto (hijo del nieto de una persona) de una persona. Descendiente lejano de una persona].
- Reborde. Faja estrecha y saliente a lo largo del borde de algo. Moldura.
- Rebosar. Dicho de una materia líquida: Derramarse por encima de los bordes del recipiente que la contiene. El agua del vaso rebosaba. Dicho de un recipiente: Exceder de su capacidad hasta derramarse su contenido. El vaso rebosaba. Dicho de una cosa: Abundar mucho. Le rebosan los bienes. Dicho de un lugar: Estar exageradamente lleno. El cine rebosaba de gente dispuesta a ver la película. Estar invadido por un sentimiento o estado de ánimo con manifiesta intensidad.
- Rebozante. Rebosante: Que rebosa [rebosar: Dicho de una materia líquida: Derramarse por encima de los bordes del recipiente que la contiene. El agua del vaso rebosaba. Dicho de un recipiente: Exceder de su capacidad hasta derramarse su contenido. El vaso rebosaba. Dicho de una cosa: Abundar mucho. Le rebosan los bienes. Dicho de un lugar: Estar exageradamente lleno. El cine rebosaba de gente dispuesta a ver la película. Estar invadido por un sentimiento o estado de ánimo con manifiesta intensidad. Rebosaba de satisfacción. Vomitar lo que se tiene en el estómago].
- Rebufante. Volver a bufar [dicho de un animal, especialmente de un toro o de un caballo: Resoplar con ira y furor. Dicho de una persona: Manifestar su ira o enojo extremo de algún modo]. Bufar con fuerza.
- Rebullir. Dicho de algo o alguien que estaban quietos: Empezar a moverse.
- Recalentar. Calentar demasiado.
- Recato. Cautela, reserva. Cuidado.
- Receptador. Persona que oculta o encubre delincuentes o cosas que son materia de delito. Encubridor.
- Receptador. Persona que oculta o encubre delincuentes o cosas que son materia de delito.
- Rechinante. Dicho de una cosa: Producir o causar un sonido, generalmente desagradable, por rozar con otra. Entrar mal o con disgusto en algo que se propone o dice, o hacerlo con repugnancia. Hacer rechinar o sonar de manera desagradable algo. Estridente [dicho de un sonido: Agudo, desapacible y chirriante. Que produce ruido y estruendo. Dicho de una persona o de una cosa: Que, por exagerada o violenta, produce una sensación moleestamente llamativa].
- Rechinar, rechinoso, rechinosa. Dicho de una cosa: Producir o causar un sonido, generalmente desagradable, por rozar con otra. Entrar mal o con disgusto en algo que se propone o dice, o hacerlo con repugnancia. Hacer

- rechinar o sonar de manera desagradable algo. Rechinoso, rechinosa: Disgustado, ruidoso.
- Rechispeante. Que chispea. Que tiene abundantes destellos de ingenio y agudeza. Intenso.
- Reciedumbre. Fuerza, fortaleza o vigor.
- Recio, recia, reciamente. Fuerte, robusto, vigoroso. Grueso, gordo. Áspero, duro de genio. Duro, difícil de soportar. Reciamente: Duramente.
- Recluso, reclusa. Encarcelado o preso.
- Recobrar. Volver en sí [recobrar el sentido después de haberlo perdido por un accidente o letargo] de la enajenación del ánimo o de los sentidos, o de un accidente o enfermedad.
- Recoger la sombra al final del novenario póstumo. Ritual que se realiza al término de los nueve días de rezos tras el sepelio. (Gutiérrez Morales, s.f.)
- Recoleta, recoleta. Dicho de una persona: Que vive con retiro y abstracción, o viste modestamente. Dicho de un lugar: Solitario o poco transitado. Modesta [humilde o carente de vanidad] y contemplativa [poner la atención en algo material o espiritual. Considerar o tener presente algo o a alguien].
- Recóndito, recóndita. Muy escondido, reservado y oculto.
- Reconvenir. Censurar, reprender a alguien por lo que ha hecho o dicho. Dicho de un demandado: Ejercitar, cuando contesta, acción contra quien promovió juicio.
- Recoveco. Vuelta y revuelta de un callejón, pasillo, arroyo, etc. Sitio escondido, rincón. Artificio o rodeo simulado de que alguien se vale para conseguir un fin.
- Recrecer. Reanimarse, cobrar bríos.
- Recriminación. Acción y efecto de recriminar [responder a cargos o acusaciones con otros u otras. Reprender, censurar a alguien su comportamiento, echarle en cara su conducta. Dicho de dos o más personas: Incriminarse, hacerse cargos.] o recriminarse. Acusación.
- Recto, rectísimo. Dicho de una persona: Severa, consigo y con los demás, en el cumplimiento de normas morales y de conducta.
- Recua. Conjunto de animales de carga, que sirve para trajinar. Multitud de cosas que van o siguen unas detrás de otras.
- Recuerdo. Objeto que se conserva para recordar a una persona, una circunstancia, un suceso.
- Recuesta. Requerimiento (acto judicial). Busca y diligencia que se hace para llevar y recoger algo. Duelo, desafío. Cartel en que se anuncia. Recuestar: Acariciar, atraer con halago o dulzura de amante.
- Recuestar. Acariciar, atraer con halago o dulzura de amante.
- Regular. Ir hacia atrás. Dicho de una persona: Ceder de su dictamen u opinión. Retroceder.

- Redimir. Librar de una obligación o extinguirla. Poner término a algún vejamen, dolor, penuria u otra adversidad o molestia.
- Reditual. Que da utilidad o renta con regularidad.
- Redomado. Que tiene en alto grado la cualidad negativa que se le atribuye.
- Reempujan. Impulsan. Rempujar: Echar a alguien a empujones. Hacer fuerza contra algo para moverlo.
- Refundir. Encarcelar (meter en la cárcel).
- Regateo. Regatear: Dicho del comprador y del vendedor: Debatir el precio de algo puesto en venta. Revender, vender al por menor los comestibles que se han comprado al por mayor. Escamotear o rehusar la ejecución de algo.
- Regatón. Casquillo, cuento o virola que se pone en el extremo inferior de las lanzas, bastones, etc., para mayor firmeza. Lo más profundo.
- Regente. Persona encargada de un establecimiento o negocio. Hombre que estaba habilitado, mediante examen, para regentar [desempeñar temporalmente ciertos cargos o empleos. Ejercer un cargo ostentando superioridad. Ejercer un empleo o cargo de honor] ciertas cátedras.
- Regir. Dirigir, gobernar, mandar.
- Regocijo. Alegría intensa o júbilo. Acto con que se manifiesta la alegría.
- Regusto. Sabor que queda de la comida o bebida. Afición que queda a otras cosas físicas o morales. Sensación o evocación imprecisas, placenteras o dolorosas, que despiertan la vivencia de cosas pretéritas. Impresión de analogía, semejanza, etc., que evocan algunas cosas. Recordar placenteramente.
- Rehacer. Volver a hacer lo que se había deshecho, o hecho mal.
- Rehuir. Retirar, apartar algo como con temor, sospecha o recelo de un riesgo. Repugnar o llevar mal algo. Rehusar, excusar el admitir algo. Evitar el trato o la compañía de alguien.
- Relamer. Volver a lamer. Lamerse los labios una o muchas veces. Afeitarse o componerse demasadamente el rostro. Gloriarse o jactarse de lo que se ha ejecutado, mostrando el gusto de haberlo hecho. Encontrar mucho gusto o satisfacción en algo.
- Relincho. Voz del caballo.
- Remanso. Acción y efecto de remansarse [hacerse que algo se apacigüe o quiete]. Tranquilidad.
- Remecer. Mover reiteradamente algo de un lado a otro.
- Remendón. Dicho de una persona, especialmente de un sastre o de un zapatero de viejo: Que tiene por oficio remendar [reforzar, reparar].
- Remilgoso, remilgosa. Escrupuloso, celoso, aprensivo.
- Remirar. Volver a mirar o reconocer con reflexión y cuidado lo que ya se había visto. Esmerarse o poner mucho cuidado en lo que se hace o resuelve. Mirar o considerar algo complaciéndose o recreándose en ello.

- Remisa. Flojo, dejado [dicho de una persona: Que no cuida su aspecto o su aseo. Caído de ánimo, por melancolía o enfermedad. Dicho de una persona: Que profesaba cierta heterodoxia, como los iluminados, alumbrados y quietistas. Dejo (fin de algo)] o detenido en la resolución o determinación de algo. Dicho de una calidad física: Que tiene escasa actividad.
- Remolida. Remoler: Moler mucho algo. Molestar. Parrandear, jaranear, divertirse.
- Remoquete. Apodo (nombre que suele darse a una persona).
- Renchido. Cimentación, base sobre la que se asienta una construcción. (Diccionario de americanismos, s.f.)
- Rendimiento. Producto o utilidad que rinde o da alguien o algo. Renta obtenida.
- Rendir la vida. Fallecer, morir.
- Renegado. Dicho de una persona: Que ha abandonado voluntariamente su religión o sus creencias. Dicho de una persona: Áspera de condición y maldiciente.
- Reniego. Blasfemia contra Dios, la Virgen o los santos. Maldición o dicho injurioso contra alguien.
- Rentería. La tierra o pago, que está tomado a renta. Latín: Fundus, vel praedium conductum, ‘Una finca, o una finca arrendada.’ (Diccionario de Autoridades, 1737)
- Rentilla. Renta: Utilidad o beneficio que rinde anualmente algo, o lo que de ello se cobra. Aquello que paga en dinero o en frutos un arrendatario. Ingreso, caudal, aumento de la riqueza de una persona.
- Reparar. Mirar con cuidado, notar, advertir algo. Atender, considerar o reflexionar.
- Repelente. Que arroja, lanza o echa de sí algo con impulso o violencia. Repulsivo, repugnante. Impertinente, redicho [dicho de una persona: Que habla pronunciando las palabras con una perfección afectada], sabelotodo.
- Repletar. Rellenar, colmar. Ahitarse, hartarse.
- Repompeado, repompeada. Pompear: Hacer pompa u ostentación de algo. Comportarse con vanidad o ir con gran comitiva y acompañamiento. Pavonearse [dicho de una persona: Hacer vana (inútil, infructuoso o sin efecto. Arrogante, presuntuoso, envanecido) ostentación de su gallardía o de otras prendas].
- Reptar. Andar arrastrándose como algunos reptiles.
- Republicano. Repúblico: Hombre de representación, capacitado para los oficios públicos. Hombre versado en la dirección de los Estados o en materia política.
- Repujar. Labrar a martillo chapas metálicas, de modo que en una de sus caras resulten figuras de relieve, o hacerlas resaltar en cuero u otra materia adecuada. Resaltar.

- Requebrar.** Halagar a alguien, especialmente a una mujer, con piropos o palabras que destaquen sus atractivos.
- Requemado.** Oscuro o ennegrecido, frecuentemente por efecto del fuego o la intemperie.
- Requiebro.** Persona que tiene relaciones amorosas con otra. **Requebrar:** Halagar a alguien, especialmente a una mujer, con piropos o palabras que destaquen sus atractivos.
- Requisar.** Hacer requisición [en tiempo de guerra, recuento y embargo de caballos, bagajes, alimentos, etc., que suele hacerse para el servicio militar]. Dicho de la autoridad militar, en tiempo de guerra, o de la autoridad civil, en caso de calamidad pública: Expropiar, con efecto inmediato y sin seguir el procedimiento ordinario, cosas, derechos y servicios.
- Rescoldo.** Residuo que queda de un sentimiento, pasión o afecto.
- Resinosa.** Que tiene mucha resina. Que participa de alguna de las cualidades de la resina [sustancia sólida o de consistencia pastosa obtenida naturalmente como producto que fluye de varias plantas].
- Resollar.** Dicho de una persona o de un animal: Salir o aliviarse del trabajo o de la opresión. Respirar fuertemente y con algún ruido. Dicho de una persona ausente: Dar noticia de sí después de algún tiempo.
- Resonancia.** Prolongación del sonido, que se va disminuyendo por grados. Sonido producido por repercusión de otro.
- Resplandor.** Luz muy clara que arroja o despidе el sol u otro cuerpo luminoso. Brillo de algunas cosas.
- Responso.** Responsorio que, separado del rezo, se dice por los difuntos.
- Resquebrajar.** Hender [abrir o rajar un cuerpo sólido sin dividirlo del todo. Atravesar o cortar un fluido.] ligera y a veces superficialmente algunos cuerpos duros, en especial la madera, la loza, el yeso, etc.
- Resuello.** Aliento o respiración, especialmente la violenta. Bienes de cualquier clase. Moneda (pieza de metal).
- Resulta.** Efecto, consecuencia.
- Retablo.** Estructura de piedra, madera u otros materiales que cubre el muro situado detrás del altar, compuesta de obras escultóricas o pictóricas con motivos religiosos.
- Retacar.** En el juego de trucos y billar, herir dos veces la bola con el taco. Hacer más compacto algo. Apretar el contenido de algo para que quepa más cantidad.
- Retazo.** Retal o pedazo de una tela. Pedazo de cualquier cosa. Trozo o fragmento de un razonamiento o discurso.
- Retoño.** Hijo de una persona, y especialmente el de corta edad.
- Retórica.** Arte de bien decir, de dar al lenguaje escrito o hablado eficacia bastante para deleitar, persuadir o conmover. Teoría de la composición literaria y de la expresión hablada.

Retortijón. Ensortijamiento de algo. Retorcimiento o retorsión grandes, especialmente de alguna parte del cuerpo. Retortijón de tripas: Dolor breve y agudo que se siente en ellas.

Retraerse. Acogerse, refugiarse, guarecerse. Guardarse.

Retraimiento. Acción y efecto de retraerse [acogerse, refugiarse, guarecerse]. Habitación interior y retirada. Sitio de acogida, refugio y guarida para seguridad. Cortedad, condición personal de reserva y de poca comunicación. Autoaislamiento.

Retrancada. Retranca: Intención disimulada, oculta. Atrancar: Asegurar la puerta por dentro con una tranca [palo grueso que se pone para mayor seguridad, a manera de puntal o atravesado detrás de una puerta o ventana cerrada].

Retumbante. Dicho de una cosa: Resonar mucho o hacer gran ruido o estruendo.

Retumbares so tierra. Gran ruido bajo el suelo. Retumbar: Dicho de una cosa: Resonar mucho o hacer gran ruido o estruendo. So: Bajo, debajo de. Tierra: Suelo o piso.

Reverente. Que muestra reverencia o respeto.

Revés. Golpe que se da a alguien con la mano vuelta. Infortunio, desgracia o contratiempo.

Revolcar. Practicar juegos eróticos o mantener relaciones sexuales.

Riada. Avenida, inundación, crecida.

Ricohome. Designación tardía (siglo XII) de los integrantes del primer grado nobiliario (antes magnates en Castilla, seniores o barones en Aragón o Navarra) más próximo al monarca. Son los señores jurisdiccionales, con inmunidad, hueste, vasallaje al rey, señores de infanzones [hidalgo (persona que por linaje pertenecía al estamento inferior de la nobleza) que en sus heredamientos tenía potestad y señorío limitados] y caballeros y principales protagonistas laicos del deber de consejo. La designación alude al poder derivado de todo ello y no solo al patrimonio. (Diccionario panhispánico del español jurídico, s.f.)

Rifirrafe. Contienda o bulla [gritería o ruido que hacen una o más personas. Concurrencia de mucha gente] ligera y sin trascendencia.

Rijoso, rijosa. Dispuesto o dispuesta para reñir o contender. Peleonero, peleonera.

Rimero. Montón de cosas puestas unas sobre otras.

Ringla. Fila (serie de personas o cosas).

Robustecer. Dar robustez [cualidad de robusto]. Robusto, robusta: Fuerte, vigoroso, firme. Que tiene fuertes miembros y firme salud. Fortalecer.

Roer. Quitar poco a poco con los dientes a un hueso la carne que se le quedó pegada.

- Rojear. Mostrar el color rojo que en sí tiene. Enrojecido.
- Ronca. Amenaza con jactancia de valor propio en competencia de otro.
- Ronco. Que tiene o padece ronquera. Dicho de la voz o de un sonido: Áspero y bronco.
- Rondar. Dar vueltas alrededor de algo. Andar alrededor de alguien, o siguiéndole continuamente, para conseguir de él algo.
- Rondón. De rondón: Intrépidamente y sin reparo. Entrar de rondón alguien: Entrar de repente y con familiaridad, sin llamar a la puerta, dar aviso, tener licencia ni esperar a ser llamado.
- Rota. Derrota (vencimiento de tropas enemigas).
- Rotamente. Desbaratadamente, con desenvoltura.
- Rotura. Acción y efecto de romper o romperse. Raja o quiebra de un cuerpo sólido. Cuarteadura.
- Roznar. Comer con ruido. Mover una cosa pesada ladeándola con palancas. Rebuzznar [dar rebuznos (voz del asno)].
- Rozogante. Rozagante: Vistoso [que atrae mucho la atención por su brillantez, viveza de colores o apariencia ostentosa], ufano [arrogante, presuntuoso, engreído].
- Rúa. Calle de un pueblo. Camino carretero (camino para el tránsito de carruajes).
- Rucio. Dicho de un animal, especialmente de una caballería: De color pardo claro, blanquecino o canoso. Aplicado a asno o a caballo.
- Rudimentaria. Perteneciente o relativo al rudimento o a los rudimentos [primeros estudios de cualquier ciencia o profesión]. Elemental o primaria.
- Rudimento. Embrión o estado primordial e informe de un ser orgánico. Parte de un ser orgánico imperfectamente desarrollada. Primeros estudios de cualquier ciencia o profesión. Inicio.
- Rueda de Agamenón. Uno de los más distinguidos héroes de la mitología griega cuyas aventuras se narran en La Iliada de Homero. Hijo del rey Atreo de Micenas y de la reina Aérope, fue hermano de Menelao. (Wikipedia, s.f.)
- Rufo. Hombre que hace tráfico de prostitutas. Padrote.
- Rugir. Empezarse a decir y saberse lo que estaba oculto o ignorado.
- Ruín. Vil, bajo y despreciable. Pequeño, desmedrado y humilde. Dicho de una persona: Baja, de malas costumbres y procedimientos. Dicho de una costumbre o de una cosa: mala. Mezquino y avariento. Dicho de un animal: Falso y de malas mañas.
- Ruina mostrenca. Bienes mostrencos: Bienes inmuebles vacantes o sin dueño conocido que por ley pertenecen al Estado.
- Ruinosa. Que arruina y destruye.
- Rumboso, rumbosa. Pomposo y magnífico. Desprendido, dadivoso.

- Rutilar. Brillar [dicho de un cuerpo: Emitir o reflejar luz. Dicho de una persona: Sobresalir en talento, hermosura, etc.]. Resplandecer, recobrar.
- Sabia minuciosidad. Cuidando hasta el último detalle.
- Sabueso. Persona que sabe indagar, descubrir o averiguar los hechos.
- Sacar de cimientos. Construir, edificar.
- Sacratísimas llagas. Heridas sagradas. Sacratísima: Sagrada [digna de veneración por su carácter divino o por estar relacionado con la divinidad. Que es objeto de culto por su relación con fuerzas sobrenaturales.]. Llaga: Úlcera de las personas y animales. Estigma (huella impresa sobrenaturalmente). Daño o infortunio que causa pena, dolor y pesadumbre.
- Sacrilego. Que comete o contiene sacrilegio [lesión o profanación de cosa, persona o lugar sagrados].
- Saeta. Flecha (arma arrojadiza).
- Safar. Zafar: Escaparse o esconderse para evitar un encuentro o riesgo. Librarse de una molestia. Excusarse de hacer algo. Exceptuar.
- Sahumerio. Acción y efecto de sahumar [dar humo aromático a algo a fin de purificarlo o para que huela bien].
- Salación. Brujería que usa la sal para provocar la mala suerte en una persona. (LolaTarot, 2020) Calamidad.
- Salaz. Muy inclinado a la lujuria [deseo excesivo del placer sexual]. Lujurioso.
- Salerosa. Que tiene salero (gracia).
- Salmodia. Parte de la liturgia de las horas en la que se rezan o cantan varios salmos.
- Salpimentar curioseos. Aumentar la curiosidad.
- Saltar. Dicho de una cosa: Romperse o quebrantarse violentamente cuando está sometida a condiciones que rebasan su capacidad de funcionamiento.
- Salteadora. Persona que saltea y roba en los despoblados o caminos.
- Salteadores, ganzueros, gurristas. Distintos tipos de asaltantes. Salteador: Asaltante que atraca en caminos o en descampados: una banda de salteadores. (Diccionario del español de México, s.f.) Persona que saltea y roba en los despoblados o caminos. Mujer que vivía con salteadores. Ganzúa: Alambre fuerte y doblado por una punta, a modo de garfio, con que, a falta de llave, pueden correrse los pestillos de las cerraduras. Ladrón que roba con maña o saca lo que está muy encerrado y escondido. Persona que tiene arte o maña para sonsacar a otra su secreto. Ejecutor de la pena de muerte.
- Salvamento. Acción y efecto de salvar o salvarse. Lugar en que alguien se asegura de un peligro. Rescate.
- San Ramón Nonato. Religioso mercedario, fue un santo nacido en un pueblo de la antigua Corona de Aragón en España. Su epíteto nonnatus (en latín: no nacido) se deriva de haber sido extraído del útero de su madre por el vizconde de Cardona, usando el método cesárea después de que ella hubiera

- fallecido. Es el santo patrón de los partos, [los] niños, [las] embarazadas y [las] personas acusadas falsamente. (Wikipedia, s.f.)
- Sanfrancia. Pendencia [contienda, riña de palabras o de obras], trifulca [desorden y camorra (bronca, pelea) entre varias personas].
- Sanguinosa vindicta. Venganza sangrienta. Sanguinosa: Que participa de la naturaleza o accidentes de la sangre. Que se goza en derramar sangre. Vindicta: venganza (satisfacción del daño recibido).
- Santiguar. Hacer la señal de la cruz desde la frente al pecho y desde el hombro izquierdo al derecho, invocando a la Santísima Trinidad. Persignar.
- Santo leño. Santa Cruz. La fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, que se conmemora el día 14 de setiembre, fue instituida originalmente para recordar el descubrimiento del Sagrado Leño por santa Elena, madre del emperador Constantino, y la dedicación de dos basílicas construidas por él, una en el Calvario y otra en el Santo Sepulcro.” (Tesoros de la fe, s.f.)
- Santo y seña. En México, el uso coloquial más extendido es donde «dar santo y seña» vale por dar hasta el mínimo detalle [...] El «santo y seña» era lo último que un buen soldado confesaría, de modo que cuando lo hacía, era porque ya había revelado hasta el mínimo detalle... había dado hasta el «santo y seña». (Ortega Morán, 2011) Contraseña (seña secreta). A detalle, con detalle.
- Sañeza. Sañoso, sañosa: Que tiene saña [furor, enojo ciego. Intención rencorosa y cruel. Crueldad].
- Sapiencia. Sabiduría.
- Sapiente. Sabio (que tiene profundos conocimientos). Sabio (que instruye o contiene sabiduría).
- Sapuroso. Soporoso: Pesado, fuerte.
- Satírica. Pertenciente o relativo a la sátira [composición en verso o prosa cuyo objeto es censurar o ridiculizar a alguien o algo. Discurso o dicho agudo, picante y mordaz, dirigido a censurar o ridiculizar]. Sarcástica, irónica.
- Saturnal. Pertenciente o relativo a Saturno. Fiesta en honor del dios Saturno. Orgía desenfadada.
- Saudade. Soledad, nostalgia, añoranza.
- Saxoso. Dicho de un terreno: pedregoso [cubierto naturalmente de piedras].
- Se agarró a buenas aldabas. Tener buenas aldabas: Disponer de influencias o amistades poderosas.
- Se dio de lado a las demás parlerías. Se hicieron de lado los demás chismes. Parlería: verbosidad [abundancia de palabras en la elocución (manera de hablar)]. Chisme, cuento o hablilla.
- Se las pelaba. Que se las pela: [Hacer algo o una cosa] con gran vehemencia o rapidez.
- Se le huyera el alma. Morir, fallecer.

- Se le sustanciaba la causa. Resolverse la sentencia. Sustanciar: Llevar a cabo y hacer material un proyecto, una idea o un sentimiento. Tramitar un asunto o un juicio hasta que quede resuelto en una sentencia. Causa: Litigio (pleito judicial). Proceso criminal que se instruye de oficio o a instancia de parte.
- Se le tersó un poco la congoja. Se le calmó un poco la aflicción.
- Sebo. Grasa sólida y dura que se saca de algunos animales, y que, derretida, sirve para hacer velas, jabones y para otros usos.
- Secadal. Terreno muy seco. Tierra de labor que no tiene riego.
- Sedancia. Cualidad de sedante [dicho de un fármaco: que disminuye la excitación nerviosa o produce sueño]. Calmante.
- Sedante. Que seda [sedar: Apaciguar, sosegar o calmar algo o a alguien]. Dicho de un fármaco: Que disminuye la excitación nerviosa o produce sueño. Que adormece.
- Selló su boca para siempre. Nunca volvió a hablar. Cerrar la boca: Callar la boca [callar (no hablar). Callar (cesar de hablar). Callar (cesar de gritar, de llorar, de hacer ruido, etc.)].
- Sempiterno, sempiterna. Que durará siempre; que, habiendo tenido principio, no tendrá fin. Perpetua.
- Sendos, sendas. Uno cada uno o uno para cada uno de dos o más personas o cosas.
- Senecto, senecta. Tercera edad. Senectud: Período de la vida humana que sigue a la madurez.
- Senil. Pertenciente o relativo a la persona de avanzada edad en la que se advierte su decadencia física.
- Seno. Parte interna de algo.
- Sentenciosa. Dicho de un texto o del modo de expresión: Que encierra sentencias morales o doctrinales, o presenta características propias de estas. Dicho de una persona: Que habla con cierta afectada gravedad, como si cuanto dice fuera una sentencia.
- Sentir que los picudos garfios de la policía le empezaban a arañar las carnes. Sentir que la policía lo seguía de cerca.
- Sentó sus reales. Asentó sus reales: Dicho de un ejército: acampar. Fijarse o domiciliarse en un lugar.
- Señero, señora. Solo, solitario, separado de toda compañía. Único, sin par.
- Señuelo. Cosa que sirve para atraer, persuadir o inducir, con alguna falacia. Trampa.
- Sepulcral reserva. El mayor sigilo. Ser alguien un sepulcro: Guardar con fidelidad un secreto. Reserva: Discreción, circunspección, comedimiento.
- Ser de la alta o buena [sociedad]. Personas adineradas que se distinguen por preocupaciones, costumbres y comportamientos que se consideran elegantes y refinados.

- Ser de la baja o mala [sociedad]. Ser pobre y/o de bajo estrato social.
- Seráfico. Como epíteto [adjetivo] para referirse a san Francisco de Asís, a su orden o a lo relacionado con ella. Orden seráfica. Angelical.
- Sereno. Humedad de la que está impregnada la atmósfera durante la noche. Era el encargado nocturno de vigilar las calles y regular el alumbrado público. En determinadas ciudades o barrios también debía abrir las puertas. Incluso en algunos países, anunciaba la hora y las variaciones atmosféricas. (Wikipedia, s.f.) Encargado de rondar de noche por las calles para velar por la seguridad del vecindario, de la propiedad, etc.
- Sesgo. Medio término que se toma en los negocios dudosos.
- Sesudo, sesuda. Dicho de una persona: Prudente o sensata. Dicho de una persona: Sabia o inteligente. Juicioso.
- Seudofinado. Presuntamente muerto.
- Si se le estuviera zafando la razón. Volviéndose loco. Zafar: Escaparse o esconderse para evitar un encuentro o riesgo. Librarse de una molestia. Razón: Facultad de discurrir. Acto de discurrir el entendimiento. Cordura.
- Siete Partidas. Libro del Fuero de las Leyes, redactado entre los años 1256 y 1265, que constituye la obra de carácter jurídico más importante de las que se atribuyen al scriptorium del rey Alfonso X el Sabio de Castilla y León. El Libro aparece dividido en siete partes: I. Fuentes del derecho y derecho de la Iglesia. II. Derecho público y derecho de la guerra. III. Procedimiento judicial. IV. Derecho de familia y derecho feudal. V. Derechos de obligaciones. VI. Derecho de sucesiones. VII. Derecho penal. (Diccionario panhispánico del español jurídico, s.f.)
- Silabario. Libro pequeño o cartel con sílabas sueltas y palabras divididas en sílabas, que sirve para enseñar a leer. Conjunto de los signos silábicos de ciertas escrituras.
- Silbos fortísimos. Fuertes silbidos. Silbo: Sonido agudo que hace el aire. Sonido agudo que resulta de hacer pasar con fuerza el aire por la boca con los labios fruncidos o con los dedos colocados en ella convenientemente. Sonido agudo que se hace soplando con fuerza en un cuerpo hueco, como un silbato, una llave, etc. Voz aguda y penetrante de algunos animales, como la de la serpiente. Silbato. Silbido. Fortísimo, fortísima: Adjetivo superlativo de fuerte. Dicho de un pasaje musical: Ejecutado con un sonido muy fuerte e intenso. En una interpretación, gradación muy fuerte e intensa del sonido. Con un sonido muy fuerte e intenso.
- Silente. Silencioso, tranquilo, sosegado.
- Simpático. Dicho de una parte del sistema nervioso autónomo: Que tiene sus centros en las regiones torácica y lumbar de la médula espinal, y cuya acción es antagonista del sistema parasimpático.

Sin admitir ya restituirlo a la existencia. Sin que ya nada ni nadie pudieran restituirlos a la vida. Muerto, sin posibilidad de resucitación.

Sin blanca. Sin dinero.

Sin dar campo. Sin dar oportunidad.

Sin el ejercicio de los sentidos. Desmayarse. Inconsciente.

Sin nada de hiel en la lengua. Con facilidad. Hiel: Trabajos, adversidades, disgustos.

Sin pronto. Sin prisa.

Singular. Solo (único en su especie). Extraordinario, raro o excelente.

Sino. Hado: En la tradición clásica, fuerza desconocida que obra irresistiblemente sobre los dioses, los hombres y los sucesos. Encadenamiento fatal de los sucesos. Infortunio.

Sisar. Hurtar algo o a alguien mediante sisa [parte que se defrauda o se hurta, especialmente en la compra diaria de comestibles y otras cosas], cuando se maneja dinero ajeno, especialmente en la compra diaria. Robar.

Sito, sita. Situado o fundado.

So. Bajo, debajo de.

Sobre la espuma y nata. En lo más alto, la élite [minoría selecta o rectora].

Sobre sí. Con atención, cautela o cuidado. Con entereza y altivez.

Sobrecoger. Causar impresión o susto a alguien. Coger de repente y desprevenido a alguien. Sorprenderse, intimidarse. Sorpresivo.

Sobredicho, sobredicha. Dicho arriba o antes.

Sobredorar. Dorar [cubrir] con oro los metales, y especialmente la plata.

Sobrestante. Capataz (persona que gobierna a trabajadores).

Socaliña. Ardid o artificio con que se saca a alguien lo que no está obligado a dar. Maña.

Socaliñero. Que usa de socaliñas [ardid o artificio con que se saca a alguien lo que no está obligado a dar].

Socarrar. Quemar o tostar ligera y superficialmente algo.

Socorrer. Ayudar, favorecer en un peligro o necesidad. Dar a alguien a cuenta parte de lo que se le debe, o de lo que ha de devengar. Acogerse, refugiarse.

Socucho. Rincón, chiribitil [desván, rincón o escondrijo bajo y estrecho. Pieza o cuarto muy pequeño], tabuco [aposento pequeño. Habitación estrecha]. Habitación pequeña.

Socueva. Recoveco [sitio escondido, rincón].

Sofocación. Acción y efecto de sofocar [ahogar, impedir la respiración a alguien. Apagar, oprimir, dominar, extinguir algo].

Sofrenar. Dicho de un jinete: Reprimir a la caballería tirando violentamente de las riendas. Reprender con aspereza a alguien. Hacer que remita algo, especialmente una pasión del ánimo. Sofrenó: Contuvo.

- Solar. Porción de terreno donde se ha edificado o que se destina a edificar.
- Solariega. Perteneciente o relativo al solar o linaje antiguo y noble. Dicho de una persona: Que descende de un solar o linaje antiguo y noble. Dicho de un fundo: Que pertenece con pleno derecho a su dueño. Antiguo y noble. Dicho de una persona: Que en la Edad Media vivía en tierra del rey, de la Iglesia o de un hidalgo, sometido al poder personal de su señor. Casa solar, o casa solariega: Casa más antigua y noble de una familia.
- Solaz. Consuelo, placer, esparcimiento, alivio de los trabajos. Distracción.
- Solazar. Dar solaz [consuelo, placer, esparcimiento, alivio de los trabajos] a una persona o a una parte o facultad suya.
- Solázase. Solazar: Dar solaz a una persona o a una parte o facultad suya [consuelo, placer, esparcimiento, alivio de los trabajos]. Se consuela.
- Soldadesca. Perteneciente o relativo a los soldados.
- Soledosa. Que vive en soledad. Que siente nostalgia. Nostálgica.
- Solemne. Grave, majestuoso, imponente.
- Solícito, solícita. Diligente [pronto, presto, ligero en el obrar. Cuidadoso, exacto y activo], cuidadoso, servicial.
- Soltar la lengua. suelto, suelta de lengua: Ligero de lengua [que habla con desvergüenza o con imprudencia].
- Sombrosa. Dicho de un lugar: De poca luz y en que frecuentemente hay sombra.
- Somormujar. Somorgujar: Sumergir, chapuzar. Bucear bajo el agua. Ahogar. A lo somorgujo, o a somorgujo: Por debajo del agua. Ocultamente, con cautela.
- Sonámbulo. Dicho de una persona: Que mientras está dormida tiene cierta aptitud para ejecutar algunas funciones correspondientes a la vida de relación exterior, como las de levantarse, andar y hablar. Adormecido.
- Sonante. Que suena.
- Sonochada. Principio de la noche.
- Sopesar. Levantar algo como para tantear el peso que tiene o para reconocerlo. Equilibrar o compartir el peso de una carga en los serones o angarillas de la acémila aparejada. Examinar con atención el pro y el contra de un asunto.
- Sortería. Sortilegio [adivinación que se hace por suertes supersticiosas], agüero [procedimiento o práctica de adivinación utilizado en la Antigüedad y en diversas épocas por pueblos supersticiosos, y basado principalmente en la interpretación de señales como el canto o el vuelo de las aves, fenómenos meteorológicos, etc. Presagio o señal de cosa futura. Pronóstico, avorable o adverso, formado supersticiosamente por señales o accidentes sin fundamento].
- Sortilegio. Adivinación que se hace por suertes supersticiosas.
- Sosegar. Aplacar, pacificar, aquietar.
- Sosiego. Quietud, tranquilidad, serenidad.

Soterrar. Enterrar (poner debajo de tierra). Esconder o guardar algo de modo que no aparezca.

Ssma. Santísima. (Enciclopedia Católica Online, s.f.)

Sta. Prova. Santa provincia. (Enciclopedia Católica Online, s.f.)

Subsanar. Disculpar o excusar un desacierto o delito. Reparar o remediar un defecto. Resarcir un daño. Remediar.

Subsiguiente. Que subsigue [dicho de una cosa: seguir inmediatamente a otra].

Substanciar. Sustanciar: Llevar a cabo y hacer material un proyecto, una idea o un sentimiento. Tramitar un asunto o un juicio hasta que quede resuelto en una sentencia. Hacer.

Substanciarse la causa. Resolverse la sentencia. Sustanciar: Llevar a cabo y hacer material un proyecto, una idea o un sentimiento. Tramitar un asunto o un juicio hasta que quede resuelto en una sentencia. Causa: Litigio (pleito judicial). Proceso criminal que se instruye de oficio o a instancia de parte.

Suburbial. Suburbano: Dicho de un edificio, de un terreno o de un campo: Próximo a la ciudad.

Suceder. Ocupar el puesto o desempeñar la función de alguien o de algo. Ir detrás de alguien o de algo, seguirlo en el tiempo o en el espacio.

Sucedido. Cosa que ha ocurrido. Hecho.

Suceso. Éxito, resultado, término de un negocio.

Suculencia. Cualidad de suculento [jugoso, sustancioso, exquisito. Cuantioso (grande en cantidad o número) o que produce importantes beneficios económicos].

Sudor. Trabajo y fatiga.

Sumaria. Conjunto de actuaciones encaminadas a preparar el juicio criminal, haciendo constar la perpetración de los delitos con las circunstancias que puedan influir en su calificación, determinar la culpabilidad y prevenir el castigo de los delincuentes.

Superfluo. No necesario, que está de más. Innecesario.

Supérsite. Supérsite: Que sobrevive.

Supradicho, supradicha. Sobredicho: Dicho arriba o antes. Supra-: Elemento compositivo que significa 'superior' o 'encima'.

Susana. Situado en la parte superior o de arriba.

Suscripción. Suscribir: Firmar al pie o al final de un escrito.

Suso. Arriba. De suso: De arriba. Suceso de arriba, hecho mencionado anteriormente.

Susodicha, susodicho. Mencionada o mencionado anteriormente.

Suspecto. Sospechoso (que inspira sospecha).

Suspiciacia. Especie o idea sugerida por la sospecha o desconfianza.

Sustancial. Importante o esencial.

- Sustentamiento. Sustento: Mantenimiento, alimento. Aquello que sirve para dar vigor y permanencia. Sostén o apoyo.
- Sustento. Mantenimiento, alimento. Aquello que sirve para dar vigor y permanencia. Sostén o apoyo.
- Susulto. Sussulto: Estremecimiento, temblor, suspiro, sobresalto, sacudida, jadeo, escalofrío, despertar, arranque, brinco. (Reverso, s.f.)
- Sutilizar. Adelgazar, atenuar. Limar, pulir y perfeccionar algo no material. Discurrir ingeniosamente o con profundidad. Afinar, precisar.
- Tacaño. Que escatima excesivamente en el gasto.
- Tácito. Callado, silencioso. Que no se entiende, percibe, oye o dice formalmente, sino que se supone e infiere.
- Tácito. Callado, silencioso. Que no se entiende, percibe, oye o dice formalmente, sino que se supone e infiere. Implícito.
- Tahalí. Tira de cuero, ante, lienzo u otra materia, que cruza desde el hombro derecho por el lado izquierdo hasta la cintura, donde se juntan los dos cabos y se pone la espada. Pieza de cuero que, pendiente del cinturón, sostiene el machete o el cuchillo bayoneta. Caja de cuero pequeña en que los soldados solían llevar reliquias y oraciones.
- Taimado. Bellaco, astuto, disimulado y pronto en advertirlo todo.
- Tajar. Dividir algo en dos o más partes con un instrumento cortante. Cortar.
- Talabartero. Guarnicionero [operario que trabaja o hace objetos de cuero, como maletas, bolsos, correas, etc.] que hace talabartes [pretina o cinturón, ordinariamente de cuero, que lleva pendientes los tiros de que cuelga la espada o el sable] y otros correajes [conjunto de correas que hay en una cosa. Conjunto de correas que forman parte del equipo individual en los cuerpos armados]. Persona que fabrica objetos de cuero o piel.
- Tálamo. Lugar preeminente [sublime, superior, honorífico y que está más elevado] donde los novios celebraban sus bodas y recibían los parabienes. Cama de los desposados [recién casados] y lecho [cama] conyugal [de las personas unidas en matrimonio]. Cama del matrimonio.
- Taleguilla. Talego: Saco largo y estrecho, de lienzo basto o de lona, que sirve para guardar o llevar algo. Taleguilla de la sal: Dinero que se consume en el gasto diario.
- Talismán. Objeto, a veces con figura o inscripción, al que se atribuyen poderes mágicos.
- Tamaña. Tan grande o tan pequeño. Muy grande o muy pequeño.
- Tambalearse. Dicho de una persona o de una cosa: Moverse a uno y otro lado, como si se fuese a caer.
- Tantear. Calcular aproximadamente o al tanteo.
- Tanto los de suposición y calidad como los de medio pelo y la algarera plebe. Ricos y pobres.

Tanto monta. Expresión usada para expresar que algo es equivalente a otra cosa.

Tapia. Muro de cerca.

Tapial. Pared o trozo de pared que se hace con tierra amasada.

Tapiar. Rodear con tapias [cada uno de los trozos de pared que se hacen de una sola vez con tierra amasada y apisonada en un encofrado]. Cerrar un hueco haciendo en él un muro o un tabique.

Taracear. Obra realizada con elementos tomados de diversos sitios. “Arte milenario que deriva su nombre de la palabra árabe ‘tarsia que significa ‘incrustación’”. (Ruiz Rojas, s.f.)

Tarasco. Tzintzuntzan era el centro político y religioso que controlaba una amplia región que abarcaba casi todo el actual estado de Michoacán y partes importantes de Guanajuato y Guerrero, así como fracciones en los estados de Jalisco, Querétaro y México. Poco se sabe del origen de los tarascos, a quienes los mexicas llamaron michoaque (‘los de la tierra del pescado’), y los antropólogos ahora tienden a llamar ‘purépecha’. (Schöndube, 1996)

Tasajear. Acuchillar (herir con arma blanca). Cortar, dividir.

Tejamanil. Tabla delgada y cortada en listones que se colocan como tejas en los techos de las casas.

Telebrejo. Cachivache [cosa inútil o de poco valor, chisme, trasto. Vasija, utensilio], cosa de poco valor o trasto (mueble, utensilio u objeto cualquiera, especialmente los poco útiles o viejos). (Definiciones de, s.f.)

Tembloreante. Tembloroso, temblorosa: Que tiembla [temblar: agitarse con sacudidas de poca amplitud, rápidas y frecuentes. Tener mucho miedo, o recelar con demasiado temor de alguien o algo].

Temblorear. Temblar [agitarse con sacudidas de poca amplitud, rápidas y frecuentes. Tener mucho miedo, o recelar con demasiado temor de alguien o algo].

Templar. Moderar, entibiar o suavizar la fuerza de algo, aplicado al genio o enojo de una persona. Preparar.

Temporalidad. Patrimonio provisional o por tiempo determinado. Ocupar las temporalidades: Privar a un eclesiástico de los bienes temporales que poseía.

Tenanche. Tenanche: mujer soltera que cuida de la iglesia. [...] El término tenanche designaba a la encargada del aseo de los templos y sus imágenes. [...] El término se deriva, según el diccionario de Santamaría, de la palabra náhuatl tenanche que a su vez se deriva de tenatzin que significa "madre". (Educalingo, s.f.)

Tendajillo. Tendajón: Tienda pequeña y rudimentaria en la que se venden productos de primera necesidad, como aceite, atún, papel de baño, azúcar, jabón, etc. (Diccionario del español de México, s.f.) Tendajo: Despectivo de tienda. Tendejón (tienda pequeña).

Tendajo. Tendejón (tienda pequeña).

Tender. Echar a alguien al suelo de un golpe. Echar por el suelo algo, esparciéndolo. Extender al aire, al sol o al fuego la ropa mojada, para que se seque. Alargar algo aproximándolo hacia alguien o hacia otra cosa. Extender. Dirigirse de manera natural hacia algo.

Tener en muy mucho. Tener en alta estima.

Tener por acierto y verdadero. Asegurarse.

Tenería. Curtiduría: Sitio o taller donde se curten y trabajan las pieles.

Tentar. Ejercitar el sentido del tacto, palpando o tocando algo o a alguien. Examinar y reconocer por medio del sentido del tacto lo que no se puede ver. Instigar, inducir o estimular. Intentar (procurar). Examinar, probar o experimentar. Probar [hacer un examen o experimento] a alguien, haciendo examen de su constancia o fortaleza.

Tepehuanes. El nombre de tepehuanes, tepehuanos o tepehuán es sin duda de origen náhuatl, derivado de tépetl, cerro y huan, partícula posesiva; es decir, "dueño de cerros". Otra interpretación señala que el término tepehuani significa "conquistador o vencedor en batalla". Los tepehuanes se llaman a sí mismos o'dam, "los que habitan". Se les nombra tepehuanes del sur para distinguirlos de los tepehuanes del norte que viven en el estado de Chihuahua, quienes están más emparentados en muchos sentidos con los tarahumaras. (Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, 2017)

Tepetatal. Derivación castellana de Tepetate. Etimología: tetl, 'piedra', y pétlatl, 'petate'. Petate duro o cama pétrea. (Pueblos América, s.f.)

Tercerón. En el sistema de castas americanas durante la colonia, tercerón o morisco era el hijo de un padre mulato y otro blanco. (Wikipedia, s.f.)

Terciana. Calentura intermitente que repite cada tercer día.

Terco, terca. Pertinaz, obstinado e irreductible [que no se puede reducir].

Dicho de una cosa: Bronca o más difícil de labrar de lo habitual en su clase.

Terne. Que se jacta de valiente o de guapo. Perseverante, obstinado. Fuerte, tieso, robusto de salud.

Terrífico. Terrorífico: Que infunde terror. Espantoso (desmesurado).

Terroso. Que participa de la naturaleza y propiedades de la tierra. Que tiene mezcla de tierra. Terrón (masa de tierra compacta).

Tertuliano, tertuliana. Dicho de una persona: Que participa en una tertulia [reunión de personas que se juntan habitualmente para conversar sobre algún tema].

Tesón. Decisión y perseverancia que se ponen en la ejecución de algo.

Testera, testero. Frente o principal fachada de algo.

Testuz. En algunos animales, frente (parte superior de la cara).

Tinajas. Calabozos húmedos y oscuros con filtraciones salitrosas, donde mermaba rápidamente la salud. (The Historical Marker Database, s.f.)

- Tino y eficacia. Con destreza y acierto. Tino: Hábito o facilidad de acertar a tientos con lo que se busca. Acierto y destreza para dar en el blanco u objeto a que se tira. Eficacia: Capacidad de lograr el efecto que se desea o se espera.
- Tirar la zarpa. Echar alguien la zarpa: Agarrar o asir con las manos o las uñas. Apoderarse de algo por violencia, engaño o sorpresa. Echar manos [a la obra].
- Tiroteo. Acción y efecto de tirotear [disparar repetidamente armas de fuego portátiles contra personas o cosas. Andar en dimes y diretes] o tirotearse.
- Tisana. Bebida medicinal que resulta del cocimiento ligero de una o varias hierbas y otros ingredientes en agua.
- Título de la Ciudad y Corte de México. Corte: En España, aquella o aquellas cámaras que, en representación del pueblo, ejercen el poder legislativo y controlan la acción del Gobierno. En los antiguos reinos españoles, asamblea representativa convocada por el rey para intervenir en los asuntos graves de Estado y que, junto a su derecho de elevar peticiones al monarca, tenía atribuciones de carácter fiscal.
- Tlalchichinole, hojásén, suelda, orejuela [oreja] de ratón, romero, tabardillo, manzanilla y mala mujer. Plantas medicinales. Tlachichinole: es utilizada como remedio tradicional para tratar problemas de salud en riñón, úlceras gástricas, diarreas crónicas, cáncer uterino, úlceras cancerosas del pecho, entre otros. (Instituto de Ecología, A. C., s.f.) Hojásén: Se usa en la medicina tradicional mexicana como expectorante en el tratamiento de infecciones respiratorias, incluyendo enfermedades bacterianas serias, tales como la tuberculosis (González Stuart, s.f.). Suelda: Consuelda: Las raíces de *Symphytum officinale* se han utilizado en la medicina tradicional austríaca internamente (como té o tintura) o externamente (como ungüento, compresas, o la digestión alcohólica) para el tratamiento de trastornos del sistema locomotor y el tracto gastrointestinal. Las hojas y tallos también se han utilizado para el tratamiento de los mismos trastornos, y, además, también para el tratamiento de reumatismo y gota. (Wikipedia, s.f.) Oreja de ratón: Esta planta se conoce popularmente como remedio para la bilis en el norte de la República Mexicana, en los estados de Aguascalientes y Durango. Además, es ingerido como aperitivo, laxante y antiabortivo, en este caso, debido a su propiedad de relajante del músculo uterino. Se le usa también para evitar tener hijos. También contra problemas del corazón, piquetes de hormiga, amargor de boca, dolor de cabeza, para regular la fiebre y aliviar el dolor de muelas, la amigdalitis y el dolor por coraje. (Naturalista, s.f.) Romero: Con el aceite esencial que se extrae directamente de las hojas, se prepara alcohol de romero. Ha demostrado efectividad para paliar el dolor y la inflamación en personas con artrosis o artritis reumatoide, pero no en personas con fibromialgia. Se ha utilizado en fricciones como supuesto estimulante del cuero cabelludo para tratar o prevenir la calvicie (alopecia).

- La infusión de hojas de romero supuestamente alivia la tos y se ha usado para atajar los espasmos intestinales. Debe tomarse antes o después de las comidas. Por sus propiedades antisépticas, se puede aplicar por decocción sobre llagas y heridas como cicatrizante. (Wikipedia, s.f.) Tabardillo: Se usa al interior la infusión de toda la planta, para combatir el tifo y las fiebres intermitentes. Además, goza de propiedades estimulantes y, según el Dr. Oliva, distinguido médico y naturalista mexicano, se ha empleado también como estomáquico. (González, 1890) Manzanilla: En té, gotas e incluso aspirada, tiene cualidades curativas: es calmante, descongiona las vías respiratorias, desinflama los intestinos y es auxiliar en enfermedades como la gripe y el catarro. Aplicada en compresas, alivia los dolores de cabeza, las úlceras varicosas en las piernas y las inflamaciones e infecciones de los ojos. En uso externo actúa también como antiinflamatoria, cicatrizante de la piel y mucosas, antiséptica y antineurálgica. En la industria se usa para la elaboración de champús y lociones capilares para aclarar el pelo, en pomadas, cosméticos, toallas femeninas y papel higiénico. (Gobierno de México, s.f.) Mala mujer: En diversos sitios es usada para hemorragias de nariz, problemas renales, diabetes, para la vista y la hipertensión. Se usa también en padecimientos reumáticos. Asimismo, tiene amplio uso contra sustos, impresiones, “aires” y para “limpias. (México Desconocido, s.f.)
- Toca. Prenda de tela con que se cubría la cabeza. Prenda de lienzo que, ceñida al rostro, usan las monjas para cubrir la cabeza, y que llevaban antes las viudas y algunas veces las mujeres casadas. Tela, especie de beatilla, de que ordinariamente se hacen las tocas. Sombrero con ala pequeña, o casquete, que usan las señoras. Tela para cubrirse la cabeza, ocupada principalmente por las monjas.
- Todo miel. Ser algo (como) miel sobre hojuelas: Ser bueno, bonito, fácil. Ser toda dulzura.
- Tolvanera. Remolino de polvo.
- Tomar en los pies el camino. Caminar rumbo a.
- Tomar estado. Pasar de un estado a otro, como de soltero a casado. Contraer matrimonio, casarse.
- Tomar estado. Pasar de un estado a otro; como de secular a eclesiástico, de soltero a casado, etc. (Wikcionario, s.f.)
- Tomar las calzas de Villadiego. Huir de un riesgo o compromiso. (Las de Villadiego, 2014)
- Tonadilla. Tonada alegre y ligera. Canción o pieza corta y ligera, compuesta para ser interpretada en un escenario.
- Tonante. Que truena, usado especialmente referido al dios Júpiter. Despedir o causar ruido o estampido; como las armas de fuego cuando se disparan. Escandaloso.

- Tonelaje. Cantidad de toneladas de aquello que se considera. Tamaño.
- Toque de ánimas. Se hacía a las nueve de la noche en invierno y una hora después en verano. Era un toque que invitaba a rezar por las ánimas del Purgatorio y consistía de tres golpes pausados, pero simultáneos. (Barragán, Saborido Pizarro y Cárdenas Llano, s.f.)
- Toque. Quid [esencia, punto más importante o porqué de una cosa]. Asunto.
- Tornar. Devolver algo a quien lo poseía. Volver a poner algo en su lugar habitual. Cambiar la naturaleza o el estado de alguien o algo. Girar el brazo una fracción de círculo para lanzar al aire el ave de cetrería posada en el puño. Regresar al lugar de donde se partió. Volver a hacer algo. Tornar a entrar, a salir. Dicho de una persona: Recobrar el conocimiento, volver en sí.
- Tornavoz. Dispositivo o aparato para recoger, dirigir y amplificar el sonido, o hacer que se oiga mejor. (Diccionario de español de Google, s.f.)
- Torvo, torva. Dicho especialmente de la mirada: Fiera, espantosa, airada y terrible a la vista.
- Trabar amistad. Hacerse amigo.
- Trabucar. Trastornar, descomponer el buen orden o colocación que tiene algo, volviendo lo de arriba abajo o lo de un lado a otro. Ofuscar, confundir o trastornar el entendimiento. Trastrocar y confundir especies o noticias. Pronunciar o escribir equivocadamente unas palabras, sílabas o letras por otras.
- Trafagar. Vagar por distintos lugares, correr mundo. Traficar (negociar con dinero y mercancías).
- Tráfgo. Tráfico [movimiento o tránsito de personas, mercancías, etc., por cualquier medio de transporte].
- Tragonía. Vicio del tragón [que traga o come mucho].
- Traía muy negra ejecutoria. Tenía mala fama. Ejecutoria: trayectoria, actuación, conducta. (Word Reference, s.f.) Fama.
- Trajinero. Trajinante: Que trajina [acarrear o llevar géneros de un lugar a otro. Ir de un lado a otro con cualquier ocupación o actividad].
- Tranca. Palo grueso y fuerte. Palo grueso que se pone para mayor seguridad, a manera de puntal o atravesado detrás de una puerta o ventana cerrada.
- Trance. Momento crítico y decisivo por el que pasa alguien.
- Tranchete. Instrumento para cortar ancho y curvo en forma de media luna.
- Tranquidazo. Tronido [trueno de las nubes. Estruendo, estallido, estrépito. Fracaso ruidoso].
- Transido. Fatigado, acongojado o consumido de alguna penalidad, angustia o necesidad. Transido de hambre, de dolor. Miserable, escaso y ridículo en el modo de portarse y gastar. Afectado.
- Transvenar. Trasvenarse: Dicho de la sangre: Salir de las venas. Dicho de una cosa: Derramarse desperdiándose.

- Trapacero. Que con astucias, falsedades y mentiras procura engañar a alguien en un asunto. Estafador.
- Traquidazo. Ruido causado por un disparo. (Diccionario de español de Google, s.f.)
- Trasañeja. Muy añejo [que tiene mucho tiempo].
- Trasmano. Oculta, secretamente (Diccionario de americanismos, s.f.) Fuera de los caminos frecuentados o desviado del trato de la gente. Lugar apartado. Comprada a alguien, de segunda mano.
- Trasminar. Dicho de un olor, de un líquido, etc.: Penetrar o pasar a través de algo.
- Traspuesta. Trasposición (acción de trasponer) [trasponer: Poner a alguien o algo más allá, en lugar diferente del que ocupaba]. Traslada.
- Trastocar. Trastornar o alterar algo. Trastornarse, perturbarse.
- Trasudor. Sudor tenue y leve.
- Tratamiento. Trato (acción de tratar).
- Traxcalteca. Tlaxcalteca: Pueblo indígena que habitó el estado de Tlaxcala. Su florecimiento tuvo lugar aproximadamente en 1520. El hecho de que jamás fueron sometidos por los mexicas lo llevó a estar rodeado de pueblos vasallos de los mexicas, lo que les impedía comerciar con libertad. A la llegada de los españoles, en 1519, enfrentaron a los conquistadores de Hernán Cortés para después ser sus aliados fieles en la guerra contra Tenochtitlan. (Wikipedia, s.f.)
- Tremor. Temblor [temblar: Agitarse con sacudidas de poca amplitud, rápidas y frecuentes. Tener mucho miedo, o recelar con demasiado temor de alguien o algo]. Comienzo del temblor.
- Trémula. Que tiembla. Dicho de una cosa: Que tiene un movimiento o agitación semejante al temblor. Temblorosa.
- Tres lustros. Quince años. Lustró: Periodo de cinco años.
- Triaca. Confección farmacéutica usada de antiguo y compuesta de muchos ingredientes y principalmente de opio. Se ha empleado para las mordeduras de animales venenosos. Remedio de un mal, prevenido con prudencia o sacado del mismo daño.
- Triduo. Rezos que se realizan durante tres días.
- Triguito de Dolores. Pálida y extremadamente delgada.
- Trinar. Hacer trinos [sucesión rápida y alternada de dos notas de igual duración, entre las cuales media la distancia de un tono o de un semitono].
- Trinitario. Perteneciente o relativo a la Santísima Trinidad.
- Trípode. Armazón de tres pies, para sostener instrumentos geodésicos, fotográficos, etc. Mesa, banquillo, pebetero, etc., de tres pies.
- Trisagio. Himno en honor de la Santísima Trinidad.
- Triscar, triscado, triscada. Enredar, mezclar algo con otra cosa. Retozar, travesar. Triscado, triscada: Concurrir, concurrido.

Tristura. Tristeza.

Trocar. Cambiar (dar o tomar por otra cosa).

Troje. Espacio limitado por tabiques, para guardar frutos y especialmente cereales. Depósito agrícola, granero.

Tropel. Muchedumbre que se mueve en desorden ruidoso. Aceleramiento confuso o desordenado. Conjunto de cosas mal ordenadas o colocadas sin concierto. En la antigua milicia, una de las partes en que se dividía el ejército. Trote del caballo.

Trotón carricoche. Coche antiguo jalado por caballo. Trotón: Dicho de una caballería: Que tiene como paso ordinario el trote. Carricoche: Carro cubierto cuya caja era como la de un coche. Coche viejo o destartalado.

Trova. Verso (conjunto de palabras sujetas a medida y cadencia). Composición métrica formada a imitación del método, estilo o consonancia de otra. Composición métrica escrita generalmente para canto. Canción amorosa compuesta o cantada por los trovadores.

Truchimán. Persona sagaz y astuta, poco escrupulosa en su proceder.

Trueco. Trueque, intercambio.

Trueno. Joven atolondrado, alborotador y de mala conducta.

Trueque. Intercambio directo de bienes y servicios, sin mediar la intervención de dinero.

Truhan, truhana. Dicho de una persona: Sinvergüenza, que vive de engaños y estafas.

Tullido, tullida. Que ha perdido el movimiento del cuerpo o de alguno de sus miembros Entumecido.

Tumbacalzones. Rancho Tumba Calzones (INEGI, 1952).

Tumefacto, tumefacta. Dicho de una parte del cuerpo humano: Que tiene hinchazón.

Tumultuaría. Tumulto: Motín, confusión, alboroto producido por una multitud. Confusión agitada o desorden ruidoso.

Tundir. Castigar con golpes, palos o azotes. Golpear.

Tupidas pedreas. Abundantes pedradas. Tupido, tupida: Apretar mucho algo cerrando sus poros o intersticios. Hartarse de una comida o bebida. Pedrea: Acción de apedrear o apedrearse. Combate a pedradas.

Tupido, tupida. Que tiene sus elementos muy juntos o apretados. Dicho del entendimiento o de los sentidos: torpes (tardos en comprender). Denso. Lleno.

Turbamiento. Acción y efecto de turbar [alterar o interrumpir el estado o curso natural de algo. Interrumpir, violenta o moleestamente, la quietud]. Interrupción.

Ubérrima. Muy abundante y fértil.

Último suplicio. Pena capital [pena de muerte].

- Ultimogénito. Último hijo. -Génito, génita: Significa 'nacido', 'engendrado'.
- Ultramar. País o sitio que está de la otra parte del mar, considerado desde el punto en que se habla.
- Umbra. Sombra.
- Umbrela. Umbrella: Sombrilla.
- Unción. Acción de ungir o untar. Ungüento.
- Unísono. Al unísono: Sin discrepancia, con unanimidad.
- Urdimbre. Conjunto de hilos que se colocan en el telar paralelamente unos a otros para formar una tela.
- Urdir. Planear cautelosamente algo contra alguien.
- Usanza. Moda [uso, modo o costumbre que está en boga durante algún tiempo, o en determinado país].
- Vacío de carnes. Flaco, delgado.
- Vade-mecum. Vademécum: Libro de poco volumen y de fácil manejo para consulta inmediata de nociones o informaciones fundamentales. Cartapacio [cuaderno para escribir o tomar apuntes. Funda de badana, hule, cartón u otra materia adecuada, en que los muchachos que van a la escuela meten sus libros y papeles. Conjunto de papeles contenidos en una carpeta] en que los niños llevaban sus libros y papeles a la escuela.
- Vago. Que anda de una parte a otra, sin detenerse en ningún lugar. Dicho de una cosa: Que no tiene objeto o fin determinado, sino general y libre en la elección o aplicación. Impreciso, indeterminado.
- Vaguear. Holgazanear [estar voluntariamente ocioso].
- Vahareque. Bahareque: Pared de palos.
- Valentonesca. Envalentonarse: Mostrarse valiente y desafiante.
- Valer. Amparar, proteger, patrocinar.
- Válgame. Expresión que indica sorpresa o estupefacción. (El Bienhabla, s.f.)
- Vano, vana. Falto de realidad, sustancia o entidad. Hueco, vacío y falto de solidez. Inútil, infructuoso o sin efecto.
- Vara de Moisés. hace referencia a la vara (se supone una especie de cayado de madera), llevada por Moisés en el Antiguo Testamento. Para acreditar su misión Dios le comunicó a Moisés el poder de hacer prodigios por medio de una vara que tenía en la mano. Para comenzar, Dios cambió por sí mismo la vara en serpiente, que Moisés hubo de coger por la cola y que luego tomó de nuevo la forma de vara. Moisés, de vuelta en medio de su pueblo, reprodujo este prodigio ante el mismo, con lo cual se granjeó su confianza. Luego se presentó a Faraón en compañía de su hermano Aarón, a quien Dios había asignado por auxiliar y en presencia del monarca obró varios prodigios con la vara milagrosa, entre otros convirtiéndola en serpiente que devoró las varas de los magos. Con esta misma vara extendida en las aguas de Egipto, éstas se convirtieron en sangre, con ella golpeó el polvo del suelo y apareció

una nube de mosquitos; la levantó luego hacia el cielo y empezó a caer granizo; la volvió a levantar y se formó un ejército de langostas. La vara sirvió a Moisés para algunos prodigios en favor de su pueblo; de ella se valió para separar las aguas del Mar Rojo cuando el pueblo de Israel huía perseguido por el ejército de Faraón; con ella golpeó la roca de Horeb e hizo brotar agua cristalina para apagar la sed de los israelitas; con ella acompañó la oración del pueblo durante el combate con los amalecitas y con la misma golpeó de nuevo la roca de Meriba. Después ya no se habla más de hecho alguno saliente; pero la vara siguió siendo un símbolo del poder comunicado por Dios a su siervo y servía para indicar a los espectadores el momento en que tenía lugar la intervención divina. (Wikipedia, s.f.)

Vara de virtud. Varita de virtudes: Varita mágica [vara (palo largo y delgado) pequeña que usan las hadas, los magos y los prestidigitadores (persona que hace juegos de manos y otros trucos) para llevar a cabo sus prodigios o trucos].

Vara. Medida antigua de longitud cuyo valor oscilaba entre 76.8 y 91.2 centímetros.

Vasallo. Persona que reconoce a otra como superior.

Vedado. Campo o sitio acotado o cerrado por ley u ordenanza. Prohibido.

Veedor. Inspector, visitador, observador.

Vehemencia. Cualidad de vehemente [que tiene una fuerza impetuosa. Un discurso vehemente. Ardiente y lleno de pasión. Dicho de una persona: Que obra de forma irreflexiva, dejándose llevar por los impulsos]. Sin reflexionar.

Vehemente. Que tiene una fuerza impetuosa. Ardiente y lleno de pasión. Dicho de una persona: Que obra de forma irreflexiva, dejándose llevar por los impulsos. Amoroso.

Velado. Marido o mujer legítimos.

Veleidosa. Inconstante, mudable.

Venablo. Echar alguien venablos: Prorrumpir [pronunciar] en expresiones de cólera y enojo.

Vene. Venerable. (Enciclopedia Católica Online, s.f.)

Venerable faz. Cara respetable.

Venia. Perdón o remisión de la ofensa o culpa. Licencia o permiso pedido para ejecutar algo. Inclinação que se hace con la cabeza, saludando cortésmente a alguien. Licencia que se concedía a un menor, a consulta de tribunal competente, para administrar por sí su hacienda.

Ventaja. Cuando el delincuente no corre riesgo de ser muerto ni lesionado por el ofendido. (Código Penal para el Estado de Zacatecas, 1986) (Código Penal para el Estado de Zacatecas, 1986) Superioridad o mejoría de alguien o algo respecto de otra persona o cosa. Excelencia o condición favorable que alguien o algo tiene.

- Ventosa. Vaso o campana, comúnmente de vidrio, que se aplica sobre una parte cualquiera de los tegumentos [tejidos], enrareciendo el aire en su interior [creando un vacío] al quemar una cerilla, una estopa, etc.
- Ventriloquía. Arte del ventrílocuo [dicho de una persona: Que tiene el arte de modificar su voz de manera que parezca venir de lejos, y que imita las de otras personas o diversos sonidos].
- Ventura. Contingencia o casualidad. Suerte.
- Ver el asa de la llave perdida. Estar a punto de olvidar.
- Vera. Orilla [término, límite o extremo de la extensión superficial de algunas cosas].
- Verba. Labia [verbosidad (abundancia de palabras en la elocución) persuasiva y gracia en el hablar], locuacidad [cualidad de locuaz (que habla mucho o demasiado. Loco, que ha perdido la razón)].
- Verdugo. Persona encargada de ejecutar la pena de muerte u otros castigos corporales impuestos por la justicia.
- Verdugullo. Era una espada de hoja larga y estrecha, una especie de estoque angosto. (Wikipedia, s.f.)
- Vereda. Camino angosto, formado comúnmente por el tránsito de peatones y ganados.
- Vernácula. Dicho especialmente del idioma o lengua: Doméstico, nativo, de la casa o país propios.
- Veste. Vestido [prenda o conjunto de prendas exteriores con que se cubre el cuerpo. Traje enterizo de la mujer].
- Vetusto, vetusta. Extremadamente viejo, anticuado.
- Vianda. Sustento y comida de los racionales. Comida que se sirve a la mesa. Frutos y tubérculos comestibles que se sirven guisados, como el ñame, la malanga, el plátano, etc.
- Viandante. Persona que viaja a pie. Persona que pasa la mayor parte del tiempo por los caminos, vagabundo.
- Vibrándole de medror la escolaneta. Temblando de miedo en lo más recóndito. Medroso, medrosa: Temeroso, pusilánime, que de cualquier cosa tiene miedo. Que infunde o causa miedo. Escolaneta: Pene.
- Vidaurri. José Santiago Vidaurri y Valdés fue un militar y político mexicano, que ocupó los cargos de presidente del Consejo de Ministros del Segundo Imperio Mexicano, gobernador de los estados de Nuevo León y Coahuila, así como promotor de la frustrada República de la Sierra Madre [era el nombre que hipotéticamente asumirían los estados mexicanos de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas al momento de independizarse por segunda ocasión de México y formar un nuevo país]. (Wikipedia, s.f.)
- Vidriado. Barro o loza con barniz vítreo [parecido al vidrio].
- Vidrioso. Dicho de los ojos: Cubiertos por una capa líquida y que no miran a un lugar determinado, como los de los muertos.

- Vigilia. Oficio de difuntos que se reza o canta en la iglesia.
- Vihuela, laúd, clavicémbalo. Instrumentos de cuerda. Vihuela: Instrumento musical de cuerda, pulsado con arco o con plectro. Guitarra (instrumento musical). Laúd: Instrumento musical de cuerda parecido a la bandurria, pero de caja más grande y sonido menos agudo que ella. Clavicémbalo: Clavecín [instrumento musical de cuerdas y teclado que se caracteriza por el modo de herir dichas cuerdas desde abajo por picos de pluma que hacen el oficio de plectros].
- Vil. Bajo o despreciable. Indigno, torpe o infame.
- Vilipendio. Desprecio, falta de estima, denigración de alguien o algo.
- Villeras. Fray Juan de Villeras, insurgente mexicano perteneciente a la orden de San Juan de Dios. En 1810 se levantó en armas en San Luis Potosí, pero al ser hostigado por Rafael Iriarte se retiró a Guanajuato, donde se entrevistó con Ignacio Allende, quien lo destacó [destacar: separar del cuerpo principal una porción de tropa para una acción] en las tropas de Mariano Jiménez. (Wikipedia, s.f.)
- Villorrio. Población pequeña y poco urbanizada.
- Vinagrillo. Vinagre de poca fuerza. Hierba de la familia de las oxalidáceas, cuyos tallos, de hasta 20 cm, contienen ácido oxálico. Planta medicinal.
- Vindicativo, vindicativa. Inclinado a tomar venganza, vengativo. Dicho de un escrito o de un discurso: Que defiende la fama y opinión de alguien, injuriado, calumniado o injustamente notado.
- Vindicta. Venganza (satisfacción del daño recibido).
- Violar. Infringir o quebrantar una ley, un tratado, un precepto, una promesa, etc. Tener acceso carnal con alguien en contra de su voluntad o cuando se halla privado de sentido o discernimiento. Profanar un lugar sagrado, ejecutando en él ciertos actos determinados por el derecho canónico. Ajar o deslucir algo. Entrar a la fuerza.
- Vislumbrar. Ver un objeto tenue o confusamente por la distancia o falta de luz. Observar.
- Vista. Comparecencia ante un juez o tribunal en la que las partes exponen los fundamentos de sus respectivas pretensiones.
- Vituperable. Que merece vituperio [censura o reproche público dado a alguien (Wikcionario, s.f.) Baldón (injuria o afrenta) u oprobio (ignominia —afrenta pública—, afrenta, deshonra) que se dice a alguien. Acción o circunstancia que causa afrenta o deshonra].
- Vivió en las moras. Sin cumplir obligación [de casarse]. Mora: Dilación o tardanza en cumplir una obligación, por lo común la de pagar cantidad líquida y vencida.
- Volandas. En volandas: Por el aire o levantado del suelo y como que va volando. Rápidamente, en un instante.

Volandera. Accidental, casual, imprevisto.

Volver grupas. Volver atrás.

Volviendo el alma a los cuerpos. Volverle a alguien el alma al cuerpo: Tranquilizarse después de algún grave cuidado o temor.

Voracidad. Cualidad de voraz [dicho de un animal: Muy comedor. Dicho de una persona: Que come desmesuradamente y con mucha ansia. Que destruye o consume rápidamente]. Rapidez.

Voto. Promesa que se hace a la divinidad o a las personas santas, ya sea por devoción o para obtener determinada gracia.

Votoacristo. Voto a cristo: Era usado o usada para expresar ira, juramento o amenaza. (Significado de, s.f.)

Vulgo. Común o conjunto de la gente popular. Conjunto de las personas que en cada materia no conocen más que la parte superficial. Mancebía (casa de prostitución). Vulgarmente (comúnmente).

Yacente. Que yace [yacer: Dicho de una persona: Estar echada o tendida. Dicho de un cadáver: Estar en la fosa o en el sepulcro. Dicho de una persona o de una cosa: Existir o estar real o figuradamente en algún lugar.]. En minería, cara inferior de un criadero.

Yantar. Comer (ingerir alimento).

Yermo, yerma. Inhabitado [no habitado], aplicado a lugar. No cultivado, aplicado a terreno.

Yerro. Falta o delito cometido, por ignorancia o malicia, contra los preceptos y reglas de un arte, y absolutamente, contra las leyes divinas y humanas. Equivocación por descuido o inadvertencia, aunque sea sin dolo.

Yerros de alguna monta. Equivocaciones de cierta importancia. Yerro: Falta o delito cometido, por ignorancia o malicia, contra los preceptos y reglas de un arte, y absolutamente, contra las leyes divinas y humanas. Monta: Valor, calidad y estimación intrínseca de algo; de poca monta: De poca importancia.

Yerto. Dicho de un ser vivo o de alguna parte de él: Tieso o rígido, especialmente a causa del frío o de la muerte.

Zacapela. Riña o contienda con ruido y bulla.

Zaga. Parte trasera de algo. Detrás.

Zahareño. Desdeñoso, esquivo, intratable o irreductible.

Zalamera. Que hace zalamerías [demostración de cariño afectada y empalagosa].

Zancajo. Hueso del pie que forma el talón. Parte trasera del pie, donde empieza la prominencia del talón.

Zanganear. Andar vagando de una parte a otra sin trabajar, sin oficio.

Zángano. Persona floja, desmañada y torpe. Persona holgazana que se sustenta de lo ajeno. Macho de la abeja reina. De las tres clases de individuos que forman la colmena, es la mayor y más recia, tiene las antenas más largas, los ojos unidos en lo alto de la cabeza, carece de aguijón y no labra miel.

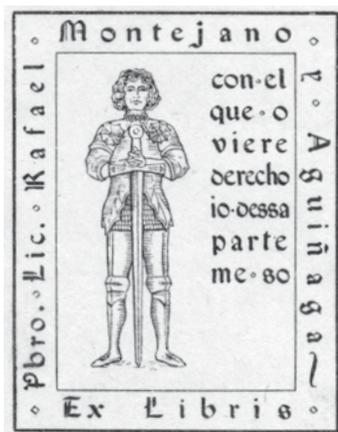
Zaña. Saña: furor, enojo ciego. Intención rencorosa y cruel.

Zarandear. Agarrar a alguien por los hombros o los brazos moviéndolo con violencia. Ajetrear [molestar, mover mucho, cansar con órdenes diversas o imponiendo trabajo excesivo. Fatigarse corporalmente con algún trabajo u ocupación, o yendo y viniendo de una parte a otra].

Zarzal. Sitio poblado de zarzas [arbusto espinoso].

Zuazua. Juan Nepomuceno Zuazua Esparza (Villa de la Punta de Lampazos, Nuevo Reino de León; 6 de enero de 1820-Ramos Arizpe, Coahuila; 31 de julio de 1860) fue un militar mexicano que peleó tanto en la intervención norteamericana, como al lado de los liberales en la Guerra de Reforma. Llevó el apodo de "General de Generales". Murió en una emboscada por tropas del general José Silvestre Aramberri. [...] Cuando estalló la intervención norteamericana en 1846, Zuazua, de 26 años, y acompañado de su hermano mayor Carlos Zuazua, llegó a Monterrey a presentarse con el general Mariano Arista para prestar sus servicios a la Patria. Ambos hermanos fueron nombrados alféreces. Desde ahí, Zuazua empezó a distinguirse en batalla, siendo ascendido a Capitán, y en cuyo grado concurrió a las acciones de Palo Alto y la Resaca (mayo de 1846). Destituido el general Arista del mando, Zuazua lo acompañó hasta San Luis Potosí, regresando después a Monterrey, la cual, por impericia del general Pedro Ampudia, fue entregada a las tropas estadounidenses, precisamente cuando el jefe de éstas, el general Zachary Taylor, estaba por levantar el sitio y emprender la retirada. (Wikipedia, s.f.)

Zumo. Líquido de las hierbas, flores, frutas u otras cosas semejantes, que se saca exprimiéndolas o majándolas. Jugo (parte provechosa, útil y sustancial).



Calles y callejones del viejo San Luis

Tradiciones, leyendas y sucesidos

Editado por la Dirección de Fomento Editorial y Publicaciones de la UASLP.

Se terminó de editar en el mes de enero de 2024

en la ciudad de San Luis Potosí.

En su composición se utilizó la tipografía Minion Pro.

Coordinación editorial: Patricia Flores Blavier

Diseño editorial: Brenda Mora Castillo

Formación de interiores y portada: Rafael Jeshua Rivera Gallegos

Ilustraciones: Mario Andrés Hernández Arias

Transcripción: Martha Gabriela d'Arbel Carlos

Corrección de estilo y edición: Patricia Briones Zermeño

*Escogieron los intrépidos aspirantes a aeronautas, como plataforma de lanzamientos la azotea de la casa que existió donde hoy está el Casino Español en pleno centro de la ciudad”
“Se llegó el día. Las ventanas, azoteas y banquetas de todos los alrededores estaban repletas de mirones de todos los tamaños y condiciones; en la ventana de en frente, el gobernador y las gentes de pro; y toda la posible pista de aterrizaje cubierta de rastrojo y zacate...*

Rafael Montejano y Aguiñaga

Calles y callejones del viejo San Luis: Tradiciones, leyendas y sucedidos: Esta obra cuenta con la gran virtud de adentrarnos y entender la ciudad de San Luis Potosí. Conocer estas calles que, en el devenir cotidiano son testigos de hechos trascendentales, pero que al paso del tiempo con los procesos de urbanización se han ido perdiendo y con ello, parte de la historia local. Por ello, la Universidad Autónoma de San Luis Potosí reedita este título, que se suma a los otros trabajos de Montejano publicados por esta casa de estudios, que tienen como finalidad el rescate de nuestra identidad.

Esta obra cuenta con una intervención especial, la del ilustrador Mario Andrés Hernández Arias quien, de manera creativa y original, ha plasmado las imágenes de lo que son o hubieran sido las calles y callejones de las que habla Rafael Montejano.

Biblioteca Montejano y Aguiñaga

Serie Historia Regional